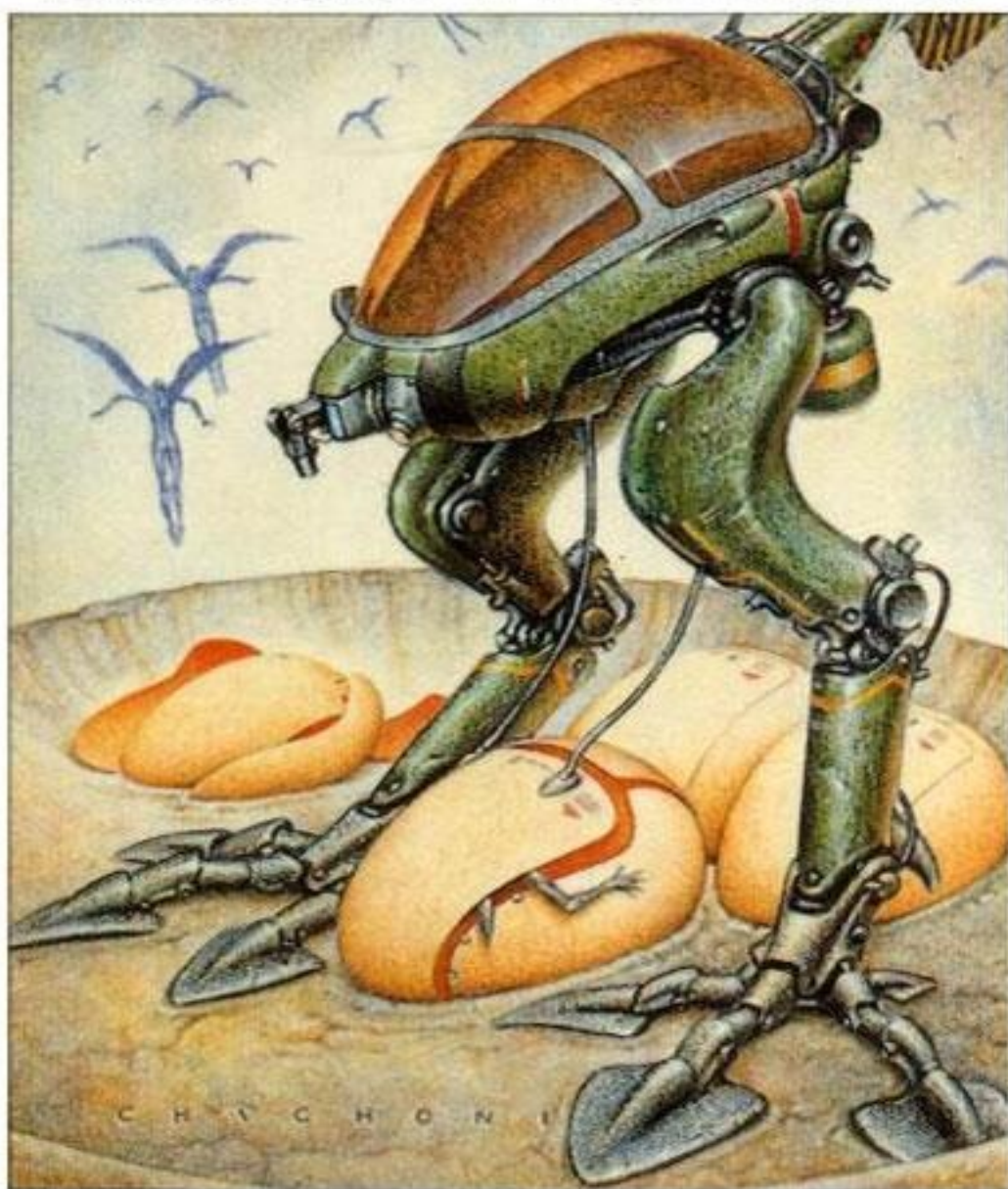


Robert L. Forward



ESTRELLAMOTO

SAGA DE LOS CHEELA/2



Lectulandia

Cuando el conocimiento científico abre a los cheelas las puertas de todo el universo, Huevo, la estrella de neutrones, sufre un grave seísmo que dejará tan solo un puñado de supervivientes condenados a la barbarie. La única esperanza proviene de unos pocos cheela que, en ese momento, se encontraban en el espacio. Afortunadamente disponen de la fecunda inventiva del Dr. Robert L. Forward y sus nuevas especulaciones sólidamente basadas en la ciencia: Máquinas del tiempo de doble sentido, catapultas gravitatorias, distorsiones espaciales métricas de Kerr, etc.

La esperada continuación de la famosa *Huevo del Dragón* profundiza en la historia y aventuras de unos de los mas sorprendentes alienígenas de la historia de la ciencia ficción, con la riqueza de ideas de base científica que hizo famoso al genero en los años cuarenta y cincuenta.

Lectulandia

Robert L. Forward

Estrellamoto

Saga de los Cheela - 2

ePub r1.2

Yorik 14.11.13

Título original: *Starquake*
Robert L. Forward, 1985
Traducción: José María García Grimalt

Editor digital: Yorik
Corrección de erratas: Castroponce
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Suspiró entonces mío Cid, de pesadumbre cargado, y comenzó a hablar así, justamente mesurado: «¡Loado seas, Señor, Padre que estás en lo alto! Todo esto me han urdido mis enemigos malvados».

ANÓNIMO

PRESENTACIÓN

HUEVO DEL DRAGÓN fue la primera novela de Robert L. Forward, un científico de fama mundial en el campo de la astronomía gravitatoria. Desde su aparición en 1980 fue saludada como un hito en la ciencia ficción de tipo hard, aunque gran parte de su encanto procedía también de la divertida e irónica historia de la civilización de los cheela, los curiosos y entrañables habitantes de una estrella de neutrones.

El indiscutible éxito en Norteamérica promovió la aparición de esta continuación titulada STARQUAKE (1985) que nos hemos atrevido a traducir literalmente (se trata de un concepto nuevo utilizado en el estudio teórico de las estrellas de neutrones) como Estrellamoto. El nombre indica, evidentemente, un «seísmo en una estrella», y tal vez seísmo estelar habría resultado un título más prudente, pero seguramente menos adecuado. En esta segunda novela se complementa la interacción entre humanos y cheela y se profundiza en la descripción de la «era moderna» de la historia de los cheela. Y todo ello sin olvidar las maravillas de la ingeniería de la materia ultradensa que dan forma al aspecto hard de la narración.

En lo que hace referencia al resto de la traducción hay que reconocer que los nombres de los cheela pierden mucho al tener que ser traducidos, pero no hacerlo habría sido claramente injusto con la inventiva de Forward y su hija Eva. Creo que el traductor, José María García, ha logrado transmitir la mayor parte de las múltiples significaciones e incluso ha rizado el rizo con el nombre de la doctora P.p.Ta-McCoy que, evidentemente, debe leerse «Pepita-McCoy» (procede del original M.D.Len-McCoy cuya sonoridad evoca en inglés «Madeleine-McCoy»). Asimismo es de justicia reconocer que fue también José María García, quien tradujo HUEVO DEL DRAGÓN, aunque los inevitables duendes de la imprenta cambiaran, en el último momento, su nombre por el de Albert Solé.

Recordemos que las condiciones en la estrella de neutrones son, prácticamente, infernales. Una gravedad que supera sesenta y siete mil millones de veces la terrestre ha comprimido la estrella a una esfera de sólo veinte kilómetros de diámetro que experimenta una revolución (un «día» de Huevo llamado giro) en sólo 200 milisegundos. Y, por si ello fuera poco, además, la fuerza del campo magnético, un billón de gauss, altera los núcleos de la corteza y las reacciones químicas son reemplazadas por nuevas reacciones de neutrones. En ese mundo imposible se desarrolla la vida de los cheela, los seres ameboides de la corteza que experimentan en una hora el equivalente de más de cien años de vida terrestre. Los detalles técnicos de su anatomía y biología son también verosímiles por su correcta adaptación al difícil mundo en que viven.

Tras ser «civilizados» gracias al contacto con los humanos, los cheela superan

muy pronto a la humanidad en conocimientos científicos gracias a las distintas escalas temporales de la vida de los cheela y de los humanos. ESTRELLAMOTO se inicia cuando el conocimiento científico de los cheela les abre las puertas de todo el universo y los exploradores humanos inician los preparativos para su retorno a la Tierra. Precisamente entonces, Huevo, la estrella de neutrones, sufre un grave seísmo que dejará tan sólo un puñado de supervivientes condenados a la barbarie. La única esperanza proviene de unos pocos cheela que, en ese momento, se encontraban en el espacio y deben enfrentarse a la necesidad de «aterrizar» sanos y salvos en la estrella de neutrones. La salvación de cheela y humanos será posible gracias a las maravillas de la maquinaria ultradensa inventada por los cheela: máquinas del tiempo de doble sentido, catapultas gravitatorias, distorsiones espaciales métricas de Kerr, etc.

Una vez más el Apéndice Técnico incluido al final del libro puede orientar al lector sobre las arriesgadas especulaciones del Dr. Forward. Aunque parezcan disparatadas, tienen una base sólida. De las diez referencias bibliográficas que cita Forward, ocho corresponden a artículos científicos en los que se discute precisamente la practicabilidad de esta ingeniería de la materia ultradensa. El artículo de Tipler (1974) trata de la violación de las leyes de la causalidad por efecto de la rotación de cilindros de gran masa. Los de Cáster (1966 y 1968) se refieren a la solución de Kerr a las ecuaciones de Einstein. Lo único que ha hecho Forward (y no es poco) ha sido utilizar estas especulaciones científicas para imaginar algunas de las máquinas de la ingeniería ultradensa de los cheela, fundamentales en la resolución de la trama de esta novela.

En el orden meramente técnico cabe hacer también una pequeña precisión. La trama de la presente novela transcurre en un único día de la escala temporal humana, durante el cual se suceden un centenar de generaciones cheela. Por ello ha sido necesario afinar la escala de tiempos relativos dando entrada a unidades más reducidas del tiempo cheela (ver Apéndice Técnico). El efecto ha sido la necesidad de recalcular con mayor precisión las equivalencias y, por ello, los lectores amantes de los detalles podrán percibir que, en este libro, un día del tiempo humano supone 3.000 gran de giros en Huevo en lugar de los 2.500 usados en HUEVO DEL DRAGÓN.

La saga de los cheela ha sido saludada por la crítica y el público como un hito en la ciencia ficción hard. La arriesgada hipótesis de la posible vida en una estrella de neutrones es el eje indudable de la narración, pero, a mi modo de ver, el interés reside también en las vicisitudes y aventuras de los propios cheela. En la primera novela, HUEVO DEL DRAGÓN, el encanto se centraba en la irónica exposición de la historia de la civilización cheela que parodia en cierta forma la nuestra. En ESTRELLAMOTO, la cultura de los cheela sigue de cerca a la de la humanidad incluso en esa vida y organización social de los cheela «modernos», tan parecida a la

humana.

En esta nueva novela conocemos el interior de la vivienda de un cheela, sus animales de compañía, sus plantas de jardín e incluso sus nuevos robots. También sabemos de los problemas políticos de los científicos cheela para disponer de fondos. Incluso es perceptible el especial desinterés de los cheela por continuar con ese proyecto de rescatar a los humanos que se hallan con problemas. La empresa se había iniciado con muchas ilusiones y su lento progreso recuerda muy claramente las limitaciones presupuestarias del proyecto espacial norteamericano. De nuevo la civilización de los cheela es un espejo en el que se satiriza nuestra propia organización social con muchos guiños al lector enterado.

No hay que negar un elevado grado de ingenuidad en la narración que recuerda el estilo que había sido habitual en la ciencia ficción de los primeros años. La narración carece esta vez del tono casi épico que procedía del nacimiento de la civilización cheela descrita en HUEVO DEL DRAGÓN. Tal vez por ello, esta incursión en la vida cotidiana de los habitantes de Huevo lleva a un indudable esquematismo en los personajes cheela, que son siempre de una sola pieza, sin dobleces y psicológicamente transparentes.

Aunque, evidentemente, el elemento a destacar en ESTRELLAMOTO es, de nuevo, la arriesgada imaginación especulativa de que hace gala el autor. Con ella nos devuelve el tono de la ciencia ficción basada en la ciencia que hizo famosos a autores como Asimov y Clarke en los años cuarenta y cincuenta y en la que descolló Hal Clement. Pero esta vez con la ayuda de los elementos de la ciencia de los años ochenta. Indudablemente, la saga de los cheela hará historia dentro del género por la ajustada combinación de maravillas científicas y tecnológicas y la abundante ironía utilizada en la descripción de la vida de unos de los más sorprendentes alienígenas de la historia de la ciencia ficción.

MIQUEL BARCELÓ

AGRADECIMIENTO

Quiero expresar mi agradecimiento a los muchos amigos que han contribuido con sus ideas y me han ayudado en diferentes aspectos técnicos. Además de aquellos que me ayudaron a hacer más creíble el mundo de *Huevo del Dragón*, quiero dar las gracias a Paul Blass, Rod Hyde, Keith Lofstrom, David Lynch, Lester del Rey, y a Mark Zimmermann por su ayuda adicional en esta segunda parte.

Mi agradecimiento especial para Eve, que ha creado nuevos nombres para las varias generaciones de cheela que han vivido, luchado y muerto a lo largo de las presentes páginas, y para Martha que ha soportado a un marido que estaba constantemente apartado en su estudio.

PRELUDIO

A través del negro vacío que está entre el Sol y sus más próximos vecinos estelares, un pequeño visitante llegó al Sistema Solar; era una estrella de neutrones ultradensa, al rojo blanco y que giraba con mucha rapidez. Un campo magnético de potencia extraordinaria atravesaba la estrella de este a oeste. Al extenderse, los dos brazos giratorios de la fuerza magnética azotaban a los átomos dispersos que flotaban en el espacio hasta llegar a comunicarles una velocidad próxima a la de la luz. Los átomos así impulsados, originaban una radiación pulsátil de potentes ondas de radio. Gracias a ellas, esta estrella de neutrones, tan diminuta que no podía ser observada a simple vista, fue descubierta por los radiotelescopios de la Tierra mucho antes de que llegara al Sistema Solar.

La estrella de neutrones se llamó «Huevo del Dragón». La primera vez que se la observó, su posición en el firmamento era al final de la constelación Draco, como si el dragón hubiera dejado tras él un huevo en su nido.

El descubrimiento de los monopolos magnéticos había revolucionado la tecnología de los cohetes de fusión, hasta el extremo de que poco después, la primera expedición «interestelar» alcanzaba la estrella, situada sólo a unas 2,120 UA (Unidades Astronómicas) de distancia de la Tierra. A bordo de la nave espacial interestelar San Jorge, los exploradores se acercaron con gran cuidado, porque una estrella de neutrones puede ser muy peligrosa si no se toman las adecuadas precauciones al aproximarse a ella.

A pesar de que Huevo del Dragón no tenía más que 20 kilómetros de diámetro, la intensidad de la gravedad en su superficie era 67.000 millones de veces mayor que la de la Tierra; la temperatura, de 8.200 grados K, era más elevada que la del Sol y el campo magnético de un billón de gauss, que atravesaba la estrella por los polos magnéticos este y oeste, era tan potente que podía alargar un núcleo atómico, normalmente esférico, dándole una forma parecida a la de un cigarro puro. A consecuencia de la rápida rotación de Huevo del Dragón, algo más de cinco revoluciones por segundo, los campos magnéticos procedentes de la estrella también giraban rápidamente en el espacio y eran capaces de cocer a todo ser humano que se acercara sin las debidas precauciones.

Para contrarrestar la gravedad y los campos magnéticos rotatorios, los científicos del San Jorge colocaron al Matadragones, su pequeña lancha científica, en una órbita sincrónica alrededor de la estrella, a 406 kilómetros de ella, distancia a la que la gravedad quedaba compensada por la fuerza centrífuga. En aquella posición, el Matadragones se movía junto con el campo magnético, que dejaba de ser peligroso aunque seguía siendo una molestia.

A pesar de que el movimiento en órbita del Matadragones anulaba por completo la gravedad en el centro de la espacio-nave, en otros lugares de la misma era

perceptible. Las variaciones de la gravedad, de unos 200 «g» por cada metro de distancia al centro geométrico, todavía eran peligrosas, pero los científicos de la exploración encontraron la forma de solucionar este problema. Hicieron un bucle alrededor de la estrella de neutrones con un cable superconductor de un millón de kilómetros de longitud. La misión del cable consistía en generar electricidad a partir del campo magnético rotatorio de la estrella. Esta electricidad generada en el cable se utilizaba para suministrar energía a una fábrica robotizada de monopolos magnéticos. A su vez, estos monopolos magnéticos se inyectaban en ocho de los muchos asteroides que había acumulado la estrella durante su viaje a través del espacio. Se utilizaron dos asteroides grandes y seis pequeños.

Los monopolos fabricados provocaron la condensación de los asteroides, hasta que estos llegaron a tener una densidad casi igual a la de la propia estrella de neutrones. Por medio de las interacciones gravitatorias entre los dos asteroides mayores, Otis y Óscar, los humanos y sus ordenadores jugaron una partida de billar celestial que colocó a los seis asteroides menores en una formación circular, en una órbita sincrónica sobre el polo Este de la estrella. Después, por medio de Otis, que se utilizó como un ascensor gravitatorio, hicieron remontar el Matadragones con su tripulación, hasta reunirse con ellos. Ya colocados en órbita, los tripulantes iniciaron los trabajos para obtener mapas de Huevo del Dragón. Esperaban aprender muchos hechos científicos de este denso visitante del Sistema Solar, pero se encontraron con algo completamente inesperado:

¡Vida! ¡Vida en la superficie de una estrella de neutrones!

Las criaturas extraterrestres, los «cheela», eran densas, tan densas como la corteza que recubría la estrella al rojo-blanco. Los pequeños cuerpos de los cheela, un poco mayores que semillas de sésamo, pesaban lo mismo que un cuerpo humano, porque estaban formados por materiales nucleónicos degenerados. Los procesos vitales de los cheela tenían lugar por interacciones entre las partículas nucleares de los núcleos desnudos que formaban sus cuerpos, de manera parecida a como la vida en la Tierra utiliza las interacciones entre las nubes electrónicas de los átomos que constituyen los cuerpos humanos. Debido a que las reacciones nucleares tienen lugar a una velocidad un millón de veces más rápida que las reacciones electrónicas, los cheela pensaban, hablaban, vivían y morían un millón de veces más aprisa que los humanos que estaban en órbita por encima de ellos.

Cuando el Matadragones ocupó por primera vez su emplazamiento sobre el polo Este, los cheela eran poco más que salvajes y se asustaron por los rayos láser que efectuaban el reconocimiento topográfico y procedían del centro de la extraña formación que flotaba inmóvil en su cielo. Construyeron un grandioso templo para adorar a los nuevos dioses. Los humanos vieron el Templo y empezaron a mandarles

mensajes sencillos en forma de dibujos, a una pulsación por segundo. En menos de un día los cheela habían desarrollado su tecnología hasta ser capaces de enviar sus primeras señales, hechas a mano, a los dioses que estaban encima de ellos, a 250.000 pulsaciones por segundo. Entonces, los humanos se dieron cuenta de la enorme diferencia en los tiempos y operaron a la mayor velocidad que les era posible, pero hubo de transcurrir casi una generación en la superficie de la estrella de neutrones antes de que las pulsaciones de láser humanas pudieran responder a las señales con bengalas que les mandaban los cheela que tenían debajo de ellos. La tripulación humana usaba los instrumentos científicos más lentos, como el localizador de radar de láser, para la comunicación entre los humanos y los cheela. Pero, al mismo tiempo, el ordenador utilizaba el comunicador de láser de alta velocidad para transmitir el contenido de la biblioteca de la nave directamente de los cubos de almacenamiento de la Memoria Holográfica a la superficie de la estrella.

El jefe científico, Pierre Carnot Niven, miraba como la jefa ingeniera, Amalita Shakhashiri Drake, colocaba el primero de los 25 cubos HoloMem de la biblioteca, A a AME, en la consola de comunicaciones.

—Una completa educación —decía Pierre en voz baja— desde Astronomía hasta Zoología. El orden alfabético no debe ser la mejor manera de enseñar a alguien pero, en nuestro caso, es la más rápida.

Durante medio día, los humanos fueron los maestros de los cheela. En estas 12 horas, transcurrieron 60 generaciones cheela. A lo largo de este periodo, hubo prosperidad para los cheela, con todo el maná cultural que les caía del cielo y que mantenía ocupados y en paz a los clanes guerreros de tiempos pasados. Después de este primer medio día, los cheela habían sobrepasado a la raza humana en desarrollo técnico, y había llegado el momento en que los humanos asumieran el papel de alumnos. A pesar del cansancio de sus cuerpos y del desconcierto provocado por la rapidez de los acontecimientos del día transcurrido, los humanos siguieron trabajando con toda diligencia en los instrumentos científicos y en la consola, mientras los cristales HoloMem de la biblioteca de la nave se volvían a grabar con los nuevos conocimientos procedentes de los cheela.

PARTIDA

FECHA: 06:00:00 MG; MARTES, 21 DE JUNIO DE 2050

¡Bip! ¡Bip! ¡Bip!

Pierre abrió sus ojos cansados y con torpeza paró el despertador de su reloj de pulsera. Seis horas de sueño. Se frotó su barba con la mano. La barba necesitaba un retoque y probablemente había algunos pelos grises entre los pelos castaños, pero había trabajo pendiente que hacer. Tomaría un rápido bocado en la cocina y, luego, relevaría a Amalita en la consola de comunicaciones. Tanto ella como él tenían mucho sueño atrasado. Oyó unas sofocadas maldiciones procedentes de la hamaca próxima donde Jean Kelly Thomas luchaba por levantar su cama.

Había empezado la larga jornada.

FECHA: 06:05:06 MG; MARTES, 21 DE JUNIO DE 2050

La polifacética científica Seiko Kauffmann Takahashi estaba en la cubierta científica trabajando con la imagen telescópica de la estrella. El telescopio miraba hacia la estrella de neutrones con un espejo de un metro de diámetro, colocado en lo más alto de la torreta cilíndrica que sostenía los aparatos dirigidos permanentemente hacia la estrella, y que sobresalía del «polo Norte» del cuerpo esférico del Matadragones. El telescopio captaba una imagen grande y brillante, y la mandaba, por el centro vacío de la torre, hacia la superficie esmerilada de la mesa de observación que se hallaba en el centro de la cubierta superior. Seiko observaba la imagen al mismo tiempo que el ordenador la estudiaba por medio de una colección de detectores de luz situados debajo de la superficie de la mesa. Cuando habían llegado allí, poco más de un día antes, la imagen de la estrella tenía muy pocos detalles. Sólo aparecía el gran volcán en el hemisferio Norte y las escabrosas regiones montañosas de los polos Este y Oeste, donde se acumulaba el material meteorítico que iba cayendo. Ahora, sólo un día después, la estrella se veía cubierta por una red de supercarreteras, enlaces entre grandes ciudades que iban aumentando de tamaño mientras Seiko las observaba. Cuando vio que algo ocurría en los alrededores de la capital, Paraíso de Brillante, se acercó mediante unas hábiles maniobras en caída libre al otro lado de la mesa para observarlo más de cerca.

—Abdul —dijo Seiko—. Quiero que veas esto. Algo raro ocurre en el Templo Sagrado.

—Por favor, espera un segundo mientras reajusto el detector de neutrones —contestó el ingeniero electrónico Abdul Nkomi Farouk.

Se impulsó hacia arriba hasta quedar flotando por encima de la imagen de la

mesa, mientras Seiko subía hasta el techo para efectuar unos retoques en los controles del telescopio. La imagen que se formaba sobre la mesa se amplió hasta mostrar una alargada formación en estrella de doce puntas, en el hemisferio Sur de la estrella de neutrones.

El Templo Sagrado era todavía la mayor estructura de la estrella, y lo habían edificado los cheela casi 24 horas antes, cuando salieron de la barbarie. Guiados por el antiguo profeta Ojos-Rosados (uno de los pocos cheela capaces de ver la luz del rayo láser de la trazadora de mapas de los humanos), los cheela habían edificado un gran templo en una colina para que sirviera de lugar de adoración a su pléyade de dioses: la Estrella-Dios Brillante (nuestro vecino Sol que estaba suspendido sobre el eje del polo Sur de la estrella neutrónica), El Mensajero de Brillante (el gran asteroide Otis, en su muy elíptica órbita), los seis Ojos de Brillante (los seis asteroides pequeños suspendidos formando un círculo sobre el polo Este), y el Ojo Interior de Brillante (la pequeña nave espacial de los humanos, en el centro del círculo de asteroides).

Después que los humanos hubieran establecido contacto y convencido a los cheela de que no eran dioses, el Templo Sagrado había quedado descuidado y poco a poco iba desapareciendo en el paisaje. La forma del templo era la de un cheela en plena alerta, un cuerpo elipsoidal alargado, con la dimensión mayor en la dirección de las fuerzas del campo magnético local, y doce ojos redondos elevados en doce soportes cortos en forma de curva exponencial. Después de cien generaciones de abandono, las antiguas ruinas habían degenerado: lo que antes habían sido los ojos y las paredes que eran ya sólo doce manchas conformaban el resto del cuerpo. Ahora, sin embargo, uno de los ojos volvía a ser negro y redondo, mientras que su soporte era fácilmente visible en la imagen del telescopio.

Abdul, mientras acariciaba con sus dedos una punta negra de su bigote, reflexionaba sobre aquello, y al fin dijo:

—Parece que están arreglando el Templo Sagrado. ¿Acaso han vuelto a adorarnos?

—En absoluto, es imposible —Seiko pronunció su veredicto con el autoritario tono teutónico que había aprendido de su padre—. Son demasiado inteligentes para hacer una cosa así. Puesto que ahora ya tienen viajes espaciales, se habrán dado cuenta de que la estructura más visible de Huevo está deteriorada. A menos que tus detectores de neutrinos y de rayos X hayan señalado un movimiento sísmico de la corteza, debe tratarse de alguna especie de proyecto de renovación histórica.

—No ha habido seísmos importantes últimamente —dijo Abdul—. O sea que esto lo hacen adrede.

—Ya sería hora —repuso Seiko dubitativamente—. Esto es lo malo de los ponedores de huevos, especialmente éstos que dejan que los Ancianos críen a los

jóvenes. Sin lazos familiares directos, no se sienten involucrados personalmente en los hechos históricos.

Seiko no había dormido en las treinta y seis últimas horas. Miró hacia arriba para ajustar los controles del telescopio y ampliar la imagen. El movimiento súbito le ocasionó un mareo. Pulsó por error un botón y el filtro, que bloqueaba la casi totalidad de la luz emitida por la estrella de neutrones, se anuló por un momento. Sus ojos se cerraron a causa del resplandor.

—Seiko... Seiko...

Seiko abrió sus pesados párpados y vio al Dr. César Wong que la sostenía por los hombros y la miraba de cerca a través de los mechones de pelo negro que habían caído sobre su cara. Flotando junto a él estaba Abdul.

—Le dije una y otra vez que no debía haber suspendido su último descanso para dormir —decía Abdul—. Quizás a ti te haga caso.

—Seiko, querida —los ojos de César mostraban preocupación—. Te has exigido demasiado a ti misma. Por favor, tómate un descanso.

—Doctor Wong, agradezco mucho que te preocupes por mí, pero no quiero abandonar mis responsabilidades profesionales en un momento tan crucial.

—Pero, por lo menos, haz una pausa y ven conmigo a tomar una taza de café.

Amablemente, el Doctor Wong cogió del brazo a la pequeña científica. Ésta dejó que la llevara por el pasillo hasta la cubierta inferior. Al cruzar por la cubierta principal, pasaron junto a Amalita y Pierre que estaban trabajando en la consola de comunicaciones que les servía para hablar directamente con los cheela, a través del enlace láser de comunicaciones.

Pierre estaba estirado, en caída libre, con su cabeza y sus brazos dentro de la consola de comunicaciones, mientras Amalita hablaba con los cheela de la estrella. Su interlocutor no era una imagen retardada mediante ordenador de un cheela real, sino la imagen en tiempo real del Maestro-del-Cielo, un robot inteligente hecho a propósito por los cheela para la tarea de comunicarse con los humanos que pensaban tan despacio.

Pierre estaba reemplazando el cristal de HoloMem en el lado de la consola de comunicaciones. Se estiró para alcanzar la pequeña tapadera de tres lados, parecida al rincón de una caja. Su exterior era negro, pero la parte interior era un triedro reflector de espejos brillantes. Oprimió un botón y un cubo cristalino, de unos 5 centímetros de lado, fue propulsado hasta la sala, girando lentamente por efecto de la fuerza de eyección. Pierre lo dejó flotando en el aire mientras colocaba otro cubo en el alojamiento de la memoria y volvía a colocar la tapadera. Después, flotó hasta alcanzar el cubo. Los vértices y las aristas del mismo eran totalmente negras pero, a través de las caras transparentes, podían verse ráfagas de luz irisada que procedían de

las zonas de información almacenadas en su interior.

FECHA: 06:13:54 MG; MARTES, 21 DE JUNIO DE 2050

Mientras Amalita seguía hablando con Maestro-del-Cielo, Pierre cogió el cubo HoloMem entre dos dedos y siguió a Doc y a Seiko por el pasillo de comunicación con la cubierta inferior y se enderezó sobre la consola de la biblioteca. Se movía con cuidado porque llevaba entre sus dedos toda la sabiduría que los cheela habían acumulado durante los últimos treinta minutos.

Colocó el cristal en la cavidad del lector de la consola de la biblioteca, ajustó el brillante segmento de la esquina en su lugar y cerró la cubierta.

Maestro-del-Cielo había dicho que este último cristal HoloMem contenía una amplia sección que trataba de la estructura interna de las estrellas de neutrones. Pierre hizo que el ordenador saltara rápidamente por los millones de páginas hasta que encontró un detallado croquis de una sección transversal del interior de Huevo del Dragón. El diagrama mostraba que la estrella tenía una superficie exterior que era una corteza sólida de núcleos: isótopos ricos en neutrones de hierro, cinc, níquel y otros elementos, en una red cristalina, a través de la cual corría un mar líquido de electrones. A continuación venía el manto, dos kilómetros de neutrones y núcleos de hierro que, a medida que aumentaba la profundidad, eran más ricos en neutrones. La parte más interior de la estrella, tres cuartos de su radio, era una bola líquida de neutrones y protones superfluidos.

Pierre miró la siguiente página. Era la fotografía de una estrella de neutrones, pero no era Huevo del Dragón. Podía asegurar que era una verdadera fotografía porque se veía parte de un cheela en una nave individual espacial, en primer plano. Sus ojos se abrieron y, rápidamente, examinó una página tras otra. Había varias fotografías, cada una acompañada de detallados diagramas de la estructura interna de diversas estrellas de neutrones. Su gama iba desde las estrellas superdensas que casi eran agujeros negros, hasta estrellas de neutrones grandes e hinchadas, que tenían un corazón de neutrones y un exterior de estrella enana blanca. Algunos de los nombres eran desconocidos, pero otros, como el pulsar Vela o el pulsar de la Nebulosa del Cangrejo, eran estrellas de neutrones conocidas de los humanos.

—¡Pero el pulsar de la Nebulosa del Cangrejo está a más de 3,000 años luz de distancia! —exclamó Pierre.

¡Si han podido tomar estas fotografías en las últimas ocho horas es que pueden viajar más aprisa que la luz!

Una rápida búsqueda en el índice localizó la respuesta:

PROPULSIÓN MÁS RÁPIDA QUE LA LUZ - LA CLAVE CRIPTOGRÁFICA DE ESTA SECCIÓN ESTÁ GRABADA EN UNA PIRÁMIDE EN LA TERCERA LUNA DEL SEGUNDO PLANETA DE EPSILON

Y seguía una muy larga algarabía indescifrable.

A Pierre le faltó poco para que le diera algo; programó la consola de la biblioteca para la transmisión automática de datos al San Jorge y flotó lentamente hasta el salón más próximo, en la parte central del fondo del Matadragones. Todos, excepto Amalita, estaban allí. Doc intentaba disuadir a Seiko, que quería tomar su café con unas píldoras para no dormir. Abdul le contaba a Jean Kelly Thomas lo de la reciente restauración del Templo Sagrado, mientras ella tomaba rápidamente su desayuno, después de un breve periodo de sueño, e intentaba al mismo tiempo peinar sus cortos cabellos rojizos. Mientras Jean y Pierre dormían, los cheela habían avanzado desde sus primeros vuelos en órbita alrededor de su estrella hasta los viajes intergalácticos.

Todos estaban sentados en el sofá circular del salón, retenidos por la baja gravitación residual orientada hacia abajo y ocasionalmente alguno miraba más allá de sus pies, a través de la ventana situada allí. Pierre saltó hacia la parte alta del salón y se agarró al tirador de la compuerta de entrada a uno de los seis tanques de protección para la gravedad elevada, construidos en el centro de la nave. También él miró hacia abajo por la mirilla de observación, de un metro de diámetro, situada en el polo Sur de la nave espacial. El obturador, de control electrónico, había sido programado para oscurecer la mirilla treinta veces por segundo, cada vez que pasaba por delante suyo una de las seis masas candentes de compensación. La única luz que penetraba en el salón era la que llegaba de un punto brillante, a 2,120 UA de distancia. Aquella era su casa, era el Sol.

Pierre rompió el silencio:

—Casi ha llegado el momento de marcharnos de aquí —dijo.

Jean levantó la mirada, arrugó su pecosa nariz a causa de la sorpresa y dijo:

—Creía que nuestro plan era estar aquí por lo menos una semana más.

—Si los cheela nos hacen todos los mapas y mediciones, en realidad no hay ninguna necesidad de que nos quedemos más tiempo —explicó—. Deberíais leer la detallada descripción del exterior y del interior de Huevo del Dragón que está en el último cristal HoloMem que nos han mandado.

Se enderezó impulsándose hasta la entrada del salón.

—He dispuesto que el ordenador re programe las sondas conductoras para que nos lleven a la trayectoria del deorbitador. Dentro de medio día estaremos en la posición correcta para que nos saque de esta órbita de aproximación y nos impulse hacia el San Jorge. Entonces podremos irnos a casa, en vez de contemplarla desde aquí.

Miró al indicador de tiempo que había en la pared del salón.

—Ya es el momento de cambiar el cristal de HoloMem —dijo.

Flexionó sus rodillas, preparándose para saltar hacia la cubierta principal. Sonrió a todos a través de su barba y dijo:

—Vamos, hay mucho trabajo que hacer para dejar esta nave a punto. Amalita y yo nos ocuparemos del último de los cristales HoloMem, pero vosotros es mejor que vayáis ordenando todo lo de la nave. Recordad que cualquier cosa suelta, cuando caiga bajo los campos gravitatorios del deorbitador, puede convertirse en un proyectil mortal.

Saltó hacia arriba, al puente principal, y los demás se dispersaron por toda la nave.

Pierre se columpió hacia la consola y miró al Maestro-del-Cielo por encima del hombro de Amalita. El robot cheela explicaba algo, pacientemente. Pierre miró fascinado hacia la imagen. Contando con el diferencial tiempo de un millón a uno, no había sorprendido a Pierre que los cheela desarrollaran un robot inteligente y de vida muy larga, capaz de asumir la pesada tarea de hablar con los humanos que pensaban tan despacio. Lo que le asombraba era que la criatura robótica estuviera tan desarrollada como para tener personalidad propia. Sus modales no eran de tipo robótico, sino que actuaba a la manera de un paciente maestro de antiguos tiempos. Por el tono de su voz casi se podía captar la sonrisa amistosa y el cabello canoso. También era un descanso para los humanos tener a Maestro-del-Cielo para hablar con él. Ya no se sentían culpables de malgastar gran parte de la vida de algún cheela cada vez que se equivocaban o hacían una pausa.

—Pronto habremos llenado todos los cristales HoloMem de que disponéis —dijo la imagen de Maestro-del-Cielo. La aureola de sus doce ojos robóticos era una imitación perfecta de los movimientos ondulantes de los ojos de un cheela de verdad—. Como veréis, la mayor parte de este material está en clave, ya que ahora estamos algunos miles de vuestros años más adelantados que vosotros en el desarrollo de los conocimientos. Pero si no hubiese sido por vosotros, aún seríamos salvajes, estancados en la ignorancia durante miles o incluso millones de giros. Os debemos mucho, pero debemos ser cuidadosos en la forma como saldemos nuestra cuenta de agradecimiento, porque vosotros tenéis derecho a crecer y desarrollaros por vosotros mismos. Vamos a cortar la comunicación después de que se llene este cristal HoloMem. Os hemos dado material que habrá de ocuparos durante miles de vuestros años. Unos y otros seguiremos caminos distintos, buscando la verdad y su conocimiento a través del espacio y del tiempo. Vosotros en mundos donde el electrón lo es todo, nosotros donde predomina el neutrón.

Sonó un pitido, y apareció un breve mensaje en la parte superior de la pantalla.

EL CRISTAL HOLOMEM ESTÁ LLENO.

—Vais a contar sólo con vuestras propias posibilidades —dijo Maestro-del-Cielo cuando oyó el pitido—. Se acerca el momento de vuestra partida. Adiós, amigos.

—Adiós —dijo Pierre mientras la imagen desaparecía de la pantalla.

Se volvió hacia Amalita.

—Voy a guardar el cristal HoloMem, y tú empiezas a comprobar los tanques de aceleración —dijo—. ¡Ya es hora de volver a casa!

FECHA: 06:40:10 MG; MARTES, 21 DE JUNIO DE 2050

Amalita cerró su consola y flotó hacia una compuerta que estaba en la pared más cercana. Miró a través del grueso cristal de la pequeña puerta hacia el interior del tanque de protección para la alta gravedad. El interior de la pequeña esfera, de un metro de diámetro, estaba vacío, a excepción de una pequeña pantalla de vídeo incrustada en la pared interior. En las paredes del tanque habían generadores de sonido para producir ondas de presión que contrarrestaran las fuerzas de marea gravitacional que sufrirían cuando hubieran abandonado el refugio de las seis masas densas dispuestas en círculo alrededor de la nave espacial. Amalita apretó unos pulsadores para que se vaciara el aire del tanque y se llenara con agua incompresible. Un ligero toque a los mandos y los generadores de sonido entonaron su canción protectora en el interior de la cámara.

En el centro geométrico del tanque había una pequeña esfera de comprobación enclavada por las fuerzas sónicas. Hizo aumentar la intensidad de las pulsaciones sonoras y esperó hasta que la pequeña esfera relució con un brillante matiz verde. Satisfecha por el buen funcionamiento del tanque, Amalita programó su drenaje y la puesta a cero de sus dispositivos y se fue a inspeccionar el tanque contiguo.

Después de que Amalita se apartase, llegó Seiko, se detuvo delante del tanque y empezó a desnudarse. Se quedó en bragas y sostén, sacó uno de los trajes del armario que estaba debajo de la compuerta e introdujo suavemente su pálido cuerpo en el mismo; la mascarilla de respiración subacuática flotaba tranquilamente sobre su cabeza en la baja gravedad. Amalita se detuvo en las comprobaciones del tanque vecino, miró hacia su blusa, se sonrojó, y se zambulló por el conducto de comunicación hacia su armario privado. Regresó poco después, aunque entonces los movimientos de la parte superior de su cuerpo parecían estar algo más restringidos.

Al llegar Amalita a la compuerta que se abría hacia abajo en el techo del salón, Abdul se encontraba ya allí. Estaba en calzoncillos. Eran de un modelo bikini y de dimensiones muy reducidas. El blanco satén contrastaba perfectamente con su piel negra como el ébano. Amalita flotó hasta situarse debajo de Abdul y se agarró firmemente a su desnuda cintura.

—Vamos, deja que te ayude a ponerte el traje —dijo ella mientras sus piernas y pies, tan entrenadas en los pasos de ballet, se anclaban firmemente en los asideros de la puerta del salón.

—¡Eh! ¡No hagas eso! —chilló Abdul.

—Sólo intentaba ayudarte —repuso Amalita dulcemente.

—Apuesto a que sí. Os conozco, fulanas de Harvard, obsesionadas por el sexo. Siempre buscáis alguna excusa para meter mano a un ingeniero del MIT. Suéltame. Ya soy bastante mayor y puedo vestirme sólo.

A pesar de las protestas de Abdul, Amalita siguió agarrada a su musculosa cintura hasta que éste se hubo colocado las perneras del traje de buceo. Después le metió los brazos en las mangas, como si estuviera vistiendo a un niño pequeño, y le ayudó hasta que estuvo perfectamente vestido. Estos cuidados hirieron algo el ego de Abdul, pero a Amalita no le importó. Se iban ya para casa y esto era motivo suficiente para concederse alguna diversión. Con una sonrisa de oreja a oreja, se lanzó por el conducto de comunicación para inspeccionar el tanque de arriba. La compuerta de entrada a este tanque estaba debajo de la mesa de imagen de la estrella.

Amalita flotó hacia la mesa y por un momento contempló la imagen de Huevo del Dragón en la blanca superficie esmerilada. Ahora ya se podían ver muchas más cosas, a medida que la tecnología cheela era capaz de construir estructuras lo bastante grandes para ser vistas desde su órbita. El bucle de la lanzadera de Paraíso de Brillante era visible y estaba lanzando cargamentos hacia el espacio. Unos diez minutos después, se terminaría un surtidor espacial que apuntaría directamente hacia el espacio desde la cima de las montañas del polo Este, allí en el horizonte. Instantes antes de apagar la imagen, Amalita vio la Estación Espacial de Órbita Polar de los cheela que pasaba por debajo de ella como una incandescente bala trazadora.

FECHA: 06:45:10 MG; MARTES, 21 DE JUNIO DE 2050

El capitán Estrella-Fugaz observó, con tres de sus ojos, que las seis masas candentes que formaban los Ojos de Brillante se movían lentamente por encima de él. La órbita polar de su estación espacial le acercó a la enorme formación, hasta que pudo distinguir la torre cilíndrica de instrumentos que se elevaba en uno de los polos de la cubierta esférica del Matadragones. La nave espacial era tan negra y fría como la mirada de una prostituta, y sólo era posible verla gracias a las reflexiones de la luz roja de los Seis Ojos y de la blanco-amarillenta de Huevo. Se estremeció al pensar en la posibilidad de vivir en un lugar tan gélido y, dando gracias, extendió su arista en el candente calorcillo del puente blanco-amarillento. Transcurrió casi un grugiro antes de que el enorme círculo de ardientes planetoides se hubiera desplazado de su vertical y no pudiera ya decir que los tenía «encima». Sus tres ojos ansiosos abandonaron la incesante vigilancia y volvieron a unirse al resto de sus doce ojos en la acostumbrada forma de movimientos ondulatorios.

El movimiento ondulatorio se aceleró cuando el capitán Estrella-Fugaz saboreó un mensaje que iba apareciendo en la pantalla gustativa de comunicaciones

construida en el puente. Iba a lanzar un arca de exploración, unos cuantos giros después, y la tripulación había sido llamada para recibir las instrucciones finales. La reunión debía tener lugar dos docigueros más tarde en el área de reuniones situada al otro lado de la estación espacial. El bucle de lanzamiento de Paraíso de Brillante había estado muy ocupado todo el último giro, enviando una lanzadera tras otra con sus tripulaciones, mientras las catapultas gravitacionales de los polos Este y Oeste habían estado ocupadas en lanzar cargamentos y equipos hacia el espacio. Las catapultas eran antiguas, tenían más de ocho horas humanas. Eran extremadamente ineficientes, incluso cuando eran ayudadas por los impulsos de inercia del trasbordador de carga, por lo que ya estaba en marcha el proceso de sustitución. Casi todas las salidas de personas se efectuaban por los bucles de lanzamiento, y era de esperar que en breve todo se lanzaría mediante un surtidor espacial.

Aunque en realidad no fuera de su incumbencia, Estrella-Fugaz decidió asistir a la reunión. No era muy frecuente que un arca de exploración fuera lanzada para visitar alguna estrella lejana. En realidad ésta sería la última por algún tiempo. El Consejo para la Exploración del Espacio Profundo había decidido por razones presupuestarias limitar a seis el número de arcas de exploración. Las arcas deberían pasar algunos gran de giros en aquellas estrellas que fueran interesantes, y después ir a efectuar otra exploración. El resto de la flota de Exploración del Espacio Profundo consistía en un pequeño escuadrón de naves ligeras y en una docena de transportes de carga que llevaban suministros y personal de relevo a las arcas.

La exploración inicial la hacían naves ligeras de elevada velocidad que visitaban las estrellas de neutrones propuestas, y buscaban dinámicas estelares interesantes o signos de vida. Una de ellas acababa de regresar y había dado cuenta del descubrimiento de vida en una estrella de neutrones distante, unos 12,000 años luz. Este era el informe número seis sobre la posible existencia de vida, pero era el primero en que las formas de vida parecían ser inteligentes.

Estrella-Fugaz había visto las fotografías de los alienígenas cuando aparecieron en holovideo, eran las cosas más horrosas que los cheela habían visto después de ver a los humanos. Sin embargo, la novedad había perdido interés rápidamente. Estrella-Fugaz no había oído hablar mucho más de los alienígenas y confiaba poder aprender algo en aquella conferencia. Cedió los mandos de la estación espacial a su primer oficial, Sensor-del-Horizonte y efectuó el trayecto de varios centímetros por el corredor, hasta la sala de reuniones, en el extremo opuesto de su esférica nave capitana.

Cuando llegó a la sala de reuniones, la encontró casi llena. Utilizando su arista inferior para sostenerse en los topes de deslizamiento de la rampa de acceso, descendió a la zona de alta gravedad del centro de la sala. Estaba casi un centímetro más próximo al agujero negro en miniatura, situado en el centro de la estación

espacial, y se encontró bien al sentirse de nuevo sujeto a una ligera gravedad, aunque aquella estuviera muy lejos de los 67.000 millones de «g» de Huevo.

En la parte central del suelo del salón de reuniones habían colocado tres docenas de pantallas gustativas. Se dirigió hacia ellas fácilmente, porque sus insignias de seis puntas de capitán le abrían paso. En circunstancias normales, su rango le habría permitido tener reservada una de las pantallas. Pero estaban allí los veinticuatro científicos y tripulantes que componían la expedición del arca de exploración y que debían recibir las instrucciones finales. A ellos había que añadir los cuatro tripulantes de la nave de exploración que había descubierto a los alienígenas, y los científicos y directores de la Exploración del Espacio Profundo. Así que tuvo que contentarse con mirar una de las pantallas de intensidad sólo visual, que se hallaban en las partes bajas de las paredes del salón. Cuando se instaló para esperar que empezara la conferencia, advirtió que estaba al lado de una capitana de las Fuerzas Espaciales. Aunque ella tenía un aspecto muy joven para ser capitana, era de tamaño grande, llena de vitalidad, de buen ver y demostró tener rápidos reflejos cuando desvió uno de sus ojos de la cheela con la que estaba hablando. Al instante se dio cuenta de quién era él, giró todos sus ojos hacia su lado y levantó la arista más próxima para hablar.

—¿Capitán Estrella-Fugaz? —dijo—. Soy la Capitana Exploración-Lejana, de la nave interestelar de exploración Tritón.

Agitó la mitad de sus ojos hacia su compañera y prosiguió:

—Esta es la teniente Halla-Estrellas, nuestra navegante. Las dos hemos disfrutado de la hospitalidad de usted durante estos últimos giros.

—Si hubiera sabido, capitana, que usted estaba a bordo, la habría invitado a cenar —contestó—. Es una pena que esta nave sea tan grande ya que muchas veces ni yo mismo sé cuantas aeronaves hemos recogido, ni mucho menos cuantos visitantes tenemos a bordo. Encuentro que sus alienígenas son muy interesantes y me gustaría saber más cosas de ellos.

—No son más que unos salvajes repugnantes —dijo Exploración-Lejana—, como podrá ver en la conferencia. Pero presentan un interés potencial, en caso de que podamos entrar en comunicación con ellos. Si realmente está interesado, quizá podamos reunirnos para comer después que el arca de exploración haya partido. Disfruto de un bien merecido permiso de medio gran de giros, pero regresé antes de tiempo y todavía dispongo de alguna docena de giros.

—Pues está decidido. Será usted mi huésped —dijo Estrella-Fugaz rápidamente—. Quedamos en la fiesta del cambio de giro, del giro 104.

Y recordando sus buenas maneras, agitó tres de sus ojos hacia Halla-Estrellas y dijo:

—También usted será bienvenida, teniente.

—Muchas gracias, capitán —dijo ella—. Pero he de dirigir la navegación del arca

de exploración a la estrella. Además, estoy segura de que usted y la capitana Exploración-Lejana tendrán mucho de qué hablar.

Estrella-Fugaz se disculpó educadamente.

La conferencia había empezado, y todos los ojos se dirigían hacia el fondo de la sala, donde las fuertes ondas, procedentes del amplificador situado junto a la plataforma central para el orador, repercutían a través de la cubierta. Estrella-Fugaz tuvo que mirar por encima de la cara superior de Exploración-Lejana para poder ver al orador. Algunos de sus ojos miraron hacia abajo, contemplando la roja parte superior de ella y, de pronto, se sorprendieron al ser descubiertos por los carnosos párpados de la capitana.

Uno de los ojos más próximos de ella le pilló mirando su anatomía. En vez de echar chispas de enfado, como él temía, el ojo se escondió, lenta y deliberadamente, entre sus párpados, para asomar a continuación dándole un guiño muy sexy. Estrella-Fugaz notó que los pedúnculos de sus ojos se ponían tensos mientras volvía a dirigir su atención al orador.

—Ahora vamos a oír la conferencia sobre las formas alienígenas de vida encontradas en la estrella a cargo de la capitana Exploración-Lejana, Doctora en Alienología —anunció el presentador, y Estrella-Fugaz quedó muy impresionado al oír el segundo título.

—Le invito a que use mi pantalla gustativa —dijo ella y se dirigió hacia el centro, abriéndose paso entre la concurrencia.

Él susurró un electrónico «gracias» y se colocó sobre el brillante cuadrado de la cubierta, donde antes había estado ella. La pantalla gustativa cobró vida bajo su arista cuando le llegó la voz amplificada de la capitana:

—Al llegar a NS 1566 + 74, levantamos un mapa de toda la superficie. No encontramos artefactos, pero un programa de búsqueda rutinaria, mediante inteligencia artificial, atrajo nuestra atención hacia uno de los polos magnéticos.

En la pantalla visual se proyectó una fotografía. En ella se veía una cadena montañosa baja y una pequeña aglomeración de señales hexagonales que estaban en su falda.

—Esto es un pueblo pequeño, con viviendas individuales, que tienen la forma de aglomerados de formas hexagonales simples. Pudimos conseguir algunos primeros planos mediante nuestro dispositivo observador de alta resolución mediante la antena de infrarrojos.

Una fotografía de aspecto artificial apareció en la pantalla.

—Esta fotografía la presentamos con colores falsos puesto que se consiguió observando a través de la parte infrarroja del espectro en lugar de la parte visible de rayos X blandos. Los objetos móviles aparecen borrosos debido al procesador de búsqueda, pero resulta evidente que cada vivienda está ocupada por uno o dos

grandes alienígenas, mientras que el hexágono central en cada «agrupación familiar» contiene pequeños alienígenas con un ocasional alienígena grande. En la parte exterior de las viviendas hay unos corrales bajos que contienen un número elevado de criaturas pequeñas.

»Desde el momento en que supimos dónde ir a fotografiar, enviamos un orbitador de aproximación, con una cámara de rayos X y un compensador de movimiento. A pesar de la cercanía de las montañas, logramos que el punto de máxima aproximación estuviera a menos de un metro de la superficie, lo que nos permitió hacer unas excelentes fotografías de los alienígenas.

Un repugnante bulto llenó la pantalla. Se parecía a un Desliza-Lento, cuando era descuartizado. El cuerpo propiamente dicho carecía de aristas y de ojos y se parecía al de un Desliza-Lento, pero sin sus placas protectoras. Donde deberían haber estado las placas había unos trozos rasgados de carne rojiza. En sitios opuestos de su cuerpo, casi a media altura, estaban clavadas dos cosas largas, como bastones con nudos en sus extremos. Los bastones tenían una articulación en su parte media y estaban ligeramente doblados como los escuálidos brazos y piernas de los humanos.

Alrededor de los puntos de donde surgían los bastones aparecía un gran número de largos sarmientos que se agitaban frenéticamente. La pantalla parpadeó y la imagen cambió ligeramente.

—Pudimos conseguir cinco fotografías seriadas mientras el orbitador estaba sobre este individuo, lo que nos permite reproducir un esquema de su movimiento.

Las cinco fotografías aparecieron rápidamente una tras otra en la pantalla, y la secuencia se repitió varias veces. Aquel ser rodaba sobre la corteza, con los pseudobrazos extendidos en sus flancos mientras los sarmientos empujaban y tiraban de la corte para conseguir un desplazamiento. Los jirones de carne cambiaban de color, a medida que iban rodando, al hacerlo el cuerpo del alienígena.

—Pueden ustedes observar que los bastones se oscurecen más al alejarse del cuerpo, y que el nudo de su extremo es prácticamente rojo oscuro. Los nudos oscilan adelante y atrás, cubriendo las zonas anteriores y posteriores del alienígena, pero no los utilizan nunca para tocar el suelo, lo que indica que no los usan como propulsores. Aquí tenemos un primer plano de uno de estos nudos. Parece ser que una esfera con muchas facetas hexagonales. Suponemos que esos nudos son sus ojos. Parecen tener una estructura similar a la de los ojos de las abejas y de las moscas del planeta humano Tierra. El bastón podría ser un material parecido al hueso, de gran resistencia, pero de poca conductividad térmica para que los ojos se mantengan fríos.

Hay bastantes fotografías más, incluida una que mostraba a dos alienígenas, uno al lado del otro, agarrados mutuamente con sus sarmientos y, al parecer, cada uno de ellos tenía los soportes de sus ojos bien enterrados en el cuerpo del otro.

—No estamos seguros de lo que sucede aquí —dijo Exploración-Lejana—, pero

si ustedes están pensando lo que creo que piensan, es muy probable que estén en lo cierto.

Se oyó un rumor en la cubierta y alguien opinó en medio de las risas:

—Supongo que si esto se hace con un solo ojo cada vez, se podrá llegar a un más profundo y duradero sentimiento.

—Lo más sorprendente de esta cultura alienígena es que no existe la vida vegetal. Todas las criaturas parecen ser animales.

—¿Entonces, cuál es la base de la cadena de alimentos? —preguntó alguien.

—Nos llevó mucho tiempo descubrirlo, pero una de las claves está en que sólo hay dos regiones donde se desarrolla la vida. Son los dos polos magnéticos. No puedo llamarlos polo Este y polo Oeste como en Huevo, porque están muy próximos a los polos de rotación. La estrella tiene mucho material que quedó a su alrededor después de la exploración de la supernova original, y hay una lluvia constante de materiales expandidos, pobres en neutrones, o sea material planetario, en las proximidades de ambos polos. De hecho, había tal profusión de ellos que no me atreví a arriesgar nuestra nave de exploración en un vuelo sobre las regiones polares. Los pasos montañosos están llenos de unos pequeños animales sin ojos, que parecen bolas y que probablemente absorben este polvo, pobre en neutrones, de la superficie de la corteza. Deben extraer de él energía para vivir y crecer mediante un proceso de conversión en material cortical. Las bolas de mayor tamaño las escogen los alienígenas inteligentes para tenerlas encerradas en corrales hasta que son consumidas como alimento. Los alienígenas, evidentemente, están todavía en el estadio salvaje de caza y recolección, con la excepción de que, como no hay plantas, cazar y recolectar son sinónimos.

Otra fotografía apareció en la pantalla. Era el cadáver de uno de los alienígenas rodeado por centenares de cadáveres pequeños. Obviamente todos habían sido fulminados por una emisión extremadamente caliente de fuertes rayos gamma, procedente de la caída de un gran trozo de materia en la estrella.

—Parece ser que es muy peligroso ser designado para guardar los víveres. Creo que una de las maneras con que podemos ayudar a estos alienígenas es vigilar los trozos mayores de materia y avisarles para que se retiren de las montañas cuando vaya a tener lugar su caída. Esto disminuiría sus pérdidas de recolección. También podríamos conseguir estabilizar la cantidad de material aportado para asegurar un suministro constante de alimentos. Si llegásemos a asegurarles su comida, quizá tendrían tiempo de ocio, para hablar con nosotros y para desarrollar su cultura.

Tres giros después, llegó el momento de la partida de la expedición. Estrella-Fugaz y Exploración-Lejana se despidieron de la teniente Halla-Estrellas y observaron mientras el arca de exploración interestelar, Amalita Shakhashiri Drake, que se apartaba algunos metros por razones de seguridad. No podían oír el roncar de

la propulsión por bucle de curvatura espacial al ser activada, pero pudieron observar que un segmento del estrellado firmamento empezaba a curvarse cuando se anulaba el espacio que había entre Huevo del Dragón y un punto situado a 100 años luz de distancia. Una gran estrella roja trazadora se acercó y aumentó su tamaño a medida que se acercaba. Se acercó tanto que incluso pudieron ver sus zonas nubosas. Enseguida, el bucle de curvatura espacial volvió a insertar el espacio anteriormente anulado, pero ahora lo hizo en el otro extremo del arca. El Amalita y la estrella roja regresaron juntos a los cielos con un zoom inverso.

—Cien años luz es el mismo tiempo que necesitamos para dar un solo paso de arista —dijo Estrella-Fugaz.

—No se necesita más que encoger los cien años luz hasta que no sean mayores que un paso de arista —dijo Exploración-Lejana—. ¡Voto a Brillante!, mi bolsa está seca. ¿Te apetece un jugo, antes de la fiesta del cambio de giro?

—Muy buena idea —dijo Estrella-Fugaz—. Tengo algunas cajas de Doble Destilado del polo Oeste, en mi armario.

—Magnífico —dijo ella haciéndole un guiño con su ojo más próximo—. Abre las líneas de campo y te sigo.

Él abrió la marcha hacia su cabina. La móvil masa de su cuerpo conductor separaba las débiles líneas de campo magnético que corrían entre las placas de la estación espacial. Eran mucho más débiles que las del potente campo de un billón de gauss que había en Huevo, por lo que no había ninguna necesidad de que actuara como un abridor de camino, pero no le importaba lo más mínimo llevarla apretujada detrás de él. Mientras recorrían el corredor sin techo, algunos de sus ojos miraron al cielo, hacia la formación de seis asteroides que volvían a pasar por encima. Alrededor de cada una de las masas incandescentes había unos débiles puntos que relucían periódicamente. Eran las sondas «pastoras» a reacción, que mantenían a los seis asteroides condensados en la posición correcta, alrededor del Matadragones. Si alguno fallara, los humanos serían destrozados por las feroces mareas de Huevo. Se paró de repente y todos sus ojos se dirigieron hacia arriba.

—¿Qué pasa? —preguntó Exploración-Lejana.

—La configuración está mal —contestó Estrella-Fugaz—. Las pulsaciones no llegan en los momentos adecuados. ¡Algo ha ocurrido en los Ojos de Brillante!

Durante un instante sintió pánico al pensar que alguno de aquellos enormes objetos pudiera venirle encima. Su razón le hizo recordar que estaban en órbita. No caerían, pero algo iba ciertamente mal. Se deslizó alrededor de Exploración-Lejana y se encaminó por el corredor, retrocediendo hacia el puente de mando, lo más aprisa posible.

—¡Los humanos están en dificultades! —dijo—. ¡Seguidme!

PELIGRO

FECHA: 06:50:06 MG; MARTES, 21 DE JUNIO DE 2050

Fuera del Matadragones, las seis densas masas de los compensadores conservaban su lugar gracias a los poderosos cohetes conductores. Los cohetes no podían llegar demasiado cerca, a causa de las destructivas mareas de las masas ultradensas, por lo que cada cohete empujaba desde lejos, usando los campos magnéticos generados por un conjunto de monopolos magnéticos que llevaban en su prominente proa. Cuando cada compensador llegaba a un extremo del anillo, la llama amarilla de un chorro aparecía en un cohete conductor para ajustar la órbita de la masa y conseguir que se mantuviera en la trayectoria correcta. Cuando la masa de compensación llegaba al otro lado del anillo, el cohete que había allí disparaba en sentido contrario y empujaba hacia atrás al denso asteroide. Esto se repetía treinta veces cada segundo, o sea una vez cada docigiro para quienes lo veían desde Huevo.

Uno de los chorros de un cohete conductor falló cuando un meteorito atravesó la sección de alimentación de combustible, arrancó dos de las tres válvulas de triple efecto, y averió la tercera. Un quinto de segundo después el reactor funcionó correctamente, pero luego volvió a chisporrotear. La masa de compensación que se suponía debía controlar el cohete conductor, empezó a desviarse de su lugar en el anillo.

Al poco rato, todas las masas se desviaban ligeramente cuando sus cohetes intentaban mantener una apariencia de orden. El ordenador del Matadragones disparó la alarma a través de los altavoces:

¡EMERGENCIA! ¡UN METEORITO HA AVERIADO UNO DE LOS COHETES CONDUCTORES!

Amalita regresaba de comprobar el tanque superior, cuando las potentes mareas de la estrella de neutrones se apoderaron de ella y la hicieron descender por la galería, donde entró en colisión con Jean, que se estaba colocando su traje. En la siguiente fracción de segundo ambas mujeres fueron separadas y proyectadas hacia la pared externa de la nave espacial.

Amalita se asió a un montante y se mantuvo allí.

—¿Qué pasa? —gritó a Pierre.

Pierre apretó el cinturón que le fijaba a su consola y la activó.

—Un cohete ha funcionado mal —dijo.

Jean, que flotaba libremente cerca de Pierre, salió disparada hacia la pared exterior y luego enviada hacia el centro de la nave, donde pudo sostenerse en el borde de una silla. En la siguiente parte del ciclo, sus piernas fueron atraídas hacia afuera otra vez, como si estuviera en un tío vivo que girara muy aprisa.

—¿Puedes arreglarlo? —preguntó Pierre al ordenador.

—No. La grieta de la tercera válvula va en aumento —fue el dictamen del ordenador. Tenéis, a lo sumo, cinco minutos.

—Las mareas nos van a destrozar —chilló Jean mientras las fuerzas tiraban y empujaban a su cuerpo.

El proceso aumentó. Se vio arrancada de su precario asidero y se golpeó contra la pared exterior, quedando inconsciente. Al empezar el siguiente ciclo, su cuerpo inerte voló de nuevo hacia el centro.

—¡La he cogido! —dijo Amalita que iba saltando de un asidero a otro, aprovechando los intervalos entre los tirones.

—¡Ponla en un tanque de aceleración! —dijo Pierre, gritando.

Entretanto, Doc Wong había conseguido llegar a la columna central para ayudar a Amalita, que intentaba abrir una de las compuertas circulares. Introdujeron a Jean dentro de uno de los tanques esféricos. Jean se despertó durante esta operación y Doc se las arregló para colocarle la máscara antes de cerrar la puerta.

—¿Está bien el aire? —voceó Doc por el intercomunicador.

La figura que se veía dentro de la cámara hizo una seña afirmativa, y Doc observó que su pecho se dilataba por una aspiración profunda. Puso en funcionamiento el tanque y aparecieron gotas de agua en la mirilla a medida que el líquido protector cubría el maltrecho cuerpo.

La consola de comunicación con los cheela se iluminó. El robot Maestro-del-Cielo estaba de nuevo en pantalla. Alrededor de él y en el fondo, se veían imágenes borrosas de cheelas vivos que respondían activamente a la catástrofe.

—Un cohete falla —dijo Maestro-del-Cielo—. ¿Estáis en peligro?

Pierre respondió apresuradamente a la imagen robótica mientras las fuerzas gravitatorias tiraban de su cuerpo, firmemente sujeto en su arnés.

—Nos ha fastidiado —dijo—. Me temo que habréis de volver a transmitir el último HoloMem directamente al San Jorge... Adiós.

Pierre advirtió una vacilación en la reacción de Maestro-del-Cielo y se detuvo. Podía ver una pléyade de cheela reales a un lado del robot. Los ojos y pseudópodos de aquel lado del maestro robótico se aceleraron hasta volverse borrosos cuando Maestro-del-Cielo habló con los cheela reales a una velocidad casi igual a la normal en los cheela. Una fracción de segundo después, la vacilación en el movimiento oscilatorio de los ojos de Maestro-del-Cielo había desaparecido y era sustituida por su ritmo normal.

—¡ESPERAD! —gritó Maestro-del-Cielo—. ¡Os vamos a rescatar!

—¿En cinco minutos? —Pierre agitó su cabeza—. ¡Imposible!

Aprovechando las pausas entre los tirones gravitatorios, se acercó a la consola de la biblioteca, para cambiar la velocidad de transferencia de datos, a la situación de

emergencia.

FECHA: 06:51:05 MG; MARTES, 21 DE JUNIO DE 2050

El joven estudiante post-doctoral se movía hacia atrás y hacia adelante, mientras el doctor ingeniero daba los últimos toques a la máquina. Aunque había conseguido su doctorado en tempología y él mismo no era un mal ingeniero, Circulo-Temporal sabía que fabricar un agujero negro magnetizado y electrificado tan grande era algo que no podía dejarse en manos de cualquier científico. Afortunadamente, la asignación de fondos hecha por la Fundación de Ciencias Básicas había sido lo bastante importante para que pudiera contratar al mejor ingeniero de Huevo: Red-Risco.

El ingeniero Red-Risco no temía hacerse cargo de proyectos «imposibles». Después de utilizar mucho su arista como ayudante del ingeniero jefe en uno de los primeros bucles de salto espacial, se había encargado del proyecto del primer surtidor espacial. Red-Risco había diseñado una torre 200 veces más alta que el diámetro de Huevo, y no sólo demostró cómo podía construirse sino que además probó que su construcción sería una fuente de riqueza. Convenció con su idea, organizó el equipo correspondiente y se dedicó a otros proyectos «imposibles». Círculo-Temporal había tenido mucha suerte al poder contratar a Red-Risco para su proyecto. Pero, en realidad, tenía dudas sobre si podía haber otro proyecto más «imposible» o que representase un reto mayor que éste: construir una máquina del tiempo.

Habían transcurrido ya casi dos minutos humanos desde que se había iniciado el proyecto de la máquina del tiempo. En su tesis doctoral Círculo-Temporal había probado la posibilidad del viaje temporal enviando señales a través del tiempo. Como resultado, había recibido su Doctorado en Tempología y se le había permitido elegir un nombre nuevo.

Su primera máquina del tiempo sólo tenía dos canales de comunicación. Había modificado un generador normal de agujero negro para que utilizara una mezcla de protones y monopolos magnéticos de alta velocidad y de elevado momento angular relativo. Mediante la constitución del agujero negro a base de materia cargada magnética y eléctricamente, había logrado que la masa que giraba rápidamente franqueara el horizonte de acontecimientos con una velocidad de giro de hasta un 99% de la velocidad de la luz. El agujero negro resultante tenía una vida inferior a un sezgiro pero, con un cuidadoso ajuste de los tiempos, Círculo-Temporal había enviado una pulsación de rayos gamma hacia el tiempo futuro a través de un canal y hacia el pasado a través de otro canal, antes de que el agujero negro se convirtiera en una débil descarga de radiación.

La Máquina de Comunicación Temporal, que el ingeniero Red-Risco estaba

construyendo ahora, sería permanente y podría mandar señales hacia atrás o hacia adelante a cualquier tiempo en que la máquina tuviera existencia o hasta que los ocho canales de comunicación estuvieran saturados de mensajes. Haría falta mucho tiempo para que nadie, incluso los cheela que avanzaban tan aprisa, pudiera construir una máquina que permitiese el viaje físico de seres vivos, pero incluso una máquina para transmitir mensajes temporales, como la que estaban construyendo, podía resultar de utilidad.

Ahora ya se había terminado su construcción. El equipo que la había construido se había retirado a sus viviendas personales para un bien merecido descanso, y los robots ayudantes serían reprogramados para su próximo trabajo, como parte fundamental que eran del creciente imperio de construcciones de Red-Risco, quien se había quedado para las pruebas y ajustes finales.

Por fin, satisfecho por los resultados, Red-Risco se apartó de la pantalla combinada de gusto y tacto.

—Ya funciona —murmuró casi silenciosamente.

—Muy bien —dijo Círculo-Temporal—. Déjame probarlo. ¡Hum! Éste es un momento histórico, ¿qué mensaje puedo mandar? Ha de ser breve, pero debe tener un significado. ¡Ya lo tengo!

Su arista se movió por encima de la pantalla mientras mandaba su mensaje.

—¡Retorna, oh Tiempo! —dijo Red-Risco—. Lo pude leer en la pantalla de control, cuando acababa de introducir el último parámetro.

—¡Pues esto es lo que acabo de mandar! —dijo Círculo-Temporal—. ¡Funciona, sí, funciona!

—Ya te lo había dicho —le recordó Red-Risco mientras guardaba en su bolsa las herramientas e instrumentos de medida.

El detector de ondas gravitacionales era largo y pesado. Pero se podía plegar y quedaba en forma de un paquete que guardaba en una gran bolsa que había desarrollado para el transporte de instrumentos. Lo último que hizo fue irse hasta el rincón para recoger la planta que había dejado allí. Era, a la vez, su marca de fábrica, su capricho y su más apegado compañero: una planta rinconera. Revisó cuidadosamente la planta y la metió en otras de las bolsas de su cavernoso cuerpo.

—Has dejado taponado el pasado de uno de tus cuatro canales hacia el tiempo anterior —avisó mientras se iba.

Círculo-Temporal no lo escuchaba. Estaba preparando un mensaje para recibirlo él mismo durante la ceremonia de inauguración de la Máquina de Comunicación Temporal (Com-Tem) que habría de tener lugar tres giros después, en el futuro. Cuando acabó de mandarlo, recibió el acuse de recibo procedente de su propio ser futuro.

Había dispuesto usar el mismo canal retrotemporal que había usado para su

mensaje de ensayo. Su propio ser futuro había confirmado que el mensaje se había recibido en la ceremonia de la inauguración oficial, y con sólo dos sezgiros de anticipación sobre el tiempo previsto. La ondulación del movimiento de ojos de Círculo Temporal se hizo más lenta cuando él mismo hizo unos ajustes en los circuitos de intervalo de tiempo.

El mensaje de código de utilización que recibió, después del mensaje de acuse de recibo, indicaba que sólo habían sobrado unos pocos bits, del máximo disponible, para poder ser mandado a aquella distancia temporal. Círculo-Temporal hizo que el ordenador sacara una copia escrita del mensaje codificado, para poder calcular después el producto exacto bits-tiempo pero, a simple vista, parecía, que se aproximaba mucho a lo que la teoría había predicho: 864 bits-gran. Esto significaba que podían mandar un mensaje de 864 bits de longitud a un tiempo alejado un gran de giros, o un mensaje de un bit a 864 gran de giros. Las estadísticas cuánticas del tiempo podían ocasionar algunas variaciones, desde luego, y una de las tareas de su investigación iba a ser el determinar estas variaciones estadísticas.

No quería saturar con mensajes ninguno de los otros canales antes de haber realizado algunos cálculos, por lo que puso el seguro de una palabra clave de acceso a la pantalla de tacto y gusto, que fue transformándose en un parche negro sobre el suelo blanco amarillento, mientras él se dirigía hacia la puerta.

Las paredes que circunvalaban el laboratorio del Com-Tem eran de extraordinaria altura y por tanto muy gruesas en su base. Cuando se acercó a la puerta, un sensor de formas, instalado en el piso, leyó las arrugas de su arista y la puerta se abrió automáticamente. Entró en el canal de seguridad en la base de la pared y notó que su cuerpo se ponía rígido cuando un campo magnético penetró en él para generar un mapa de susceptibilidad magnética y compararlo con la copia que tenía guardada.

—Usted lleva un rollo que no llevaba cuando entró —una voz con acentos metálicos vibró en su arista.

—Es el manual de instrucciones de funcionamiento de la máquina Com-Tem —explicó Círculo-Temporal—. Lo leeré en casa.

—Aceptado —replicó la máquina.

El campo magnético desapareció, y se abrió la puerta exterior. Antes de salir, Círculo-Temporal colocó las barreras protectoras. No podía ver las barreras, pero la parte alta de la pared estaba erizada de polos magnéticos norte y sus alternados. Los campos eran tan intensos, y sus gradientes tan elevados, que exigiría un trabajo interminable hacer pasar alguna cosa a través de ellos para franquear la pared. La fuerza del campo en el centro de la barrera era tan potente que podía causar una deformación tan grande de las células de un organismo vivo que no podrían funcionar correctamente. Le habían dicho que su efecto era como si se pusiera un pseudópodo en la llama al rojo vivo, de un proyector de rayos gamma. Percibió la huella de Red-

Risco, que iba borrándose, pero que indicaba que éste había tomado la dirección de los corredores hacia el nordeste. Círculo-Temporal se fue en dirección opuesta, hacia el Oeste de Brillante y hacia el centro Administrativo del Instituto del Ojo Interior para preparar las ceremonias de la inauguración.

Red-Risco estaba contento de sí mismo. Primero, el Surtidor del Espacio (podía ver el delgado hilo de luz que iba creciendo hacia el espacio, sobre la pared del largo corredor del nordeste), ahora la máquina Com-Tem. La máquina del tiempo se había terminado con tanta anticipación sobre lo previsto que la ceremonia oficial de la entrega seguía anunciada para tres giros después. No estaba seguro de si se molestaría en asistir. No le gustaba que la gente le dijera que era maravilloso. Los soportes de sus ojos se retorcían sólo con pensar en ello. Estaba ansioso por llegar a su casa. Estar allí con su holovideo y sus plantas. Entonces se acordó de la rinconera que había metido en una de sus bolsas. Se detuvo, formó un manipulador para buscarla en su bolsa y sacó la planta.

—Vaya, vaya, Red-Bonita —dijo—. ¿Es que tienes demasiado calor?

Levantó la planta hasta sus ojos y la observó con atención. Estaba demasiado caliente. Casi tenía el mismo color blanco amarillento en la parte de arriba que en la de abajo. Y se caía un poco del ángulo agudo de la grieta artificial, que sustituía a las grietas naturales de las rocas donde las rinconeras se desarrollaban normalmente.

Ahora que la planta estaba a cielo abierto, donde podía ver la oscura negrura del cielo estrellado, la superficie de arriba se enfrió y se volvió de un aterciopelado rojinegro. A su vez, la superficie inferior tomó un aspecto plateado. Red-Risco alzó la planta hasta su propia parte superior, de color rojo profundo, y colocó la base del soporte en una bolsa que formó ahí arriba. Hizo que su cuerpo calentara la bolsa; la planta, con sus raíces en un manantial de calor y su parte superior enfriada por el negro cielo, empezó a recuperar su circulación y se enderezó. Los tirantes que se entretejían entre los lados de la grieta se tensaron y las circunvoluciones de su parte superior se hicieron más arrugadas, aumentando la emisividad de la misma. Unos débiles hilos de luz roja aparecieron al azar en la parte superior, y fueron dando vueltas hacia abajo por las venas alimenticias del rojo tallo que conducía a la base de color blanco amarillento. Era un espectáculo emocionante. Red-Risco casi podía oír el zumbido de la planta que trabajaba para producir alimento.

Relajado y feliz consigo mismo y con su planta, Red-Risco no tenía prisa cuando iba por su camino hacia el nordeste. Utilizando las paredes de los edificios como cuñas, empujaba su cuerpo a través del campo magnético, que intentaba impedir su movimiento en dirección norte.

Por algún tiempo anduvo por los arrabales de Ciudad Antigua que rodeaban los terrenos del Instituto del Ojo Interior, cada vez más extensos. Muchos de los edificios

tenían sus ventanas deslizantes cerradas, por lo que no podía ver nada más que paredes. Los cruces de las calles eran irregulares, y se dio cuenta de que debería haber tomado una desviación, unos cuantos cruces antes de llegar hasta allí. La calle más próxima en dirección noroeste apuntaba 60 grados al norte, en vez de los nominales 30 grados. Algo enfadado consigo mismo por su distracción, atravesó el cruce, encontró la pared sur de la calle y empezó a empujar hacia el noroeste, que en ese momento era más norte que oeste. Un coche deslizador de alquiler, con mando robótico, apareció en el escaso tránsito, y tuvo la tentación de tomarlo, pero iba en dirección contraria. Además le convenía hacer ejercicio.

A medida que Ciudad Antigua se iba transformando en los alrededores de Paraíso de Brillante, la forma de las calles se fue haciendo más regular. Las arterias principales iban directamente de este a oeste, y las calles que las cruzaban formaban un ángulo exacto de 30 grados entre las direcciones norte y este, formando un conjunto de bloques triangulares o rómbicos. Las viviendas personales llegaban hasta la calle y sus paredes habían sido revestidas con ladrillos antifricción para permitir el rápido desplazamiento del tránsito a pie en las direcciones norte y sur. Muchas de las ventanas tenían sus puertas deslizantes en posición abierta y Red-Risco podía ver los patios exteriores.

Se detuvo para admirar la distribución de las plantas en un portal de una verja. A alguien se le había ocurrido coger un hueco de ventana normal, triangular, e insertando ramas de rinconera entre hileras alternadas de ladrillos de manera que se formara una especie de escalera. Un único tallo general salía de la corteza y se dividía en dos ramas que ascendían por los lados de la abertura triangular, e iban extendiendo su enramada de uno a otro soporte. Gracias a su distribución en pisos escalonados, cada una de las copas de la planta podían ver el cielo negro y desarrollarse. Las dos últimas ramas de arriba no se habían entretrejido todavía, pero observó que los tenues sarmientos ya empezaban a desarrollarse para poder realizar esta fase de su crecimiento. Rodeando las puntas en crecimiento, aparecían unas pequeñas cajas, que no pudo saber para qué estaban allí. El conjunto vegetal le impresionó mucho. Al pasar por delante de la puerta tomó nota de la placa: D. M. Cero-Gauss, 2412, Séptima calle noroeste. Debía tratarse de un profesor del Instituto con quien le gustaría reunirse algún giro para discutir sobre jardinería.

Red-Risco ya no se equivocó en los cruces, porque estaba en un terreno que le era más familiar. Se dirigió al noroeste, más allá de su vivienda, situada algunos rombos más al norte. Giró hacia el nordeste en dirección a su propia calle y llegó a su casa. Su vivienda era una de las mayores de la vecindad. Disponía de todo un rombo para él. Después de ganar un importante incentivo por haberse mantenido muy por debajo del presupuesto inicial del Surtidor del Espacio, disponía de tantas estrellas en su

crédito que había comprado las casas de sus vecinos y derribado las paredes que separaban las cuatro propiedades para convertirlas en una sola vivienda. Una de las casas de sus vecinos se había transformado en cuarto de trabajo, otra en plantío e invernadero para nuevas plantas, y la tercera para habitáculo de sus animales de compañía. Silbó un electrónico y feliz saludo hacia la corteza, cuando estuvo cerca de su vivienda. Unos sonidos felices le respondieron.

Primero le saludó Friolero, un ligero híbrido de un tamaño miniaturizado genéticamente. Friolero había alcanzado la parte superior de la valla. Tenía su cola enrollada en el letrero del nombre de la calle que estaba en la esquina y le saludaba con unos movimientos alternativos de la cabeza hacia arriba y hacia abajo. Sus cinco dientes puntiagudos se asomaban, dejando ver un buche blanco y brillante, que se ocultaba cuando tragaba. Friolero se abalanzó hacia la planta rinconera que Red-Risco llevaba encima, pero éste apartó al animal metiéndole un manipulador por el gaznate. Los dientes de Friolero, afilados como navajas, podrían haber amputado la punta del manipulador de un solo bocado, pero sólo rozaron ligeramente la piel y la continuó lamiendo después de soltar el manipulador. Red-Risco se detuvo para dejar que Friolero se deslizara hasta su parte superior y a través de la ventana de la valla acarició a unos cuantos cuerpos amigos que estaban al otro lado. Llegó hasta la puerta de entrada, la abrió con su llave magnética y la hizo deslizar dentro de la pared. En el acto se encontró rodeado por tres Ligeros, media docena de crías de Ligero, y Gélida, que era la pareja de Friolero.

Después de saludar a todos los Ligeros que desaparecieron para dedicarse a sus variadas actividades, tuvo tiempo para buscar a Rollo. El animal, que parecía una pelota, estaba en un rincón, acurrucado detrás de su primo Borrón mucho más voluminoso y que se desplazaba lentamente. Borrón era un Desliza-Lento en miniatura. Se había metido en el plantío del parasol. Tendría que hablar de esto con su cuidador, Arena-Movediza.

—Ven aquí, Rollo —le llamó manteniendo en alto un pseudópodo que agitaba para atraerlo—. Ven, Rollo. Ven aquí.

Lentamente, la pelota rodó desde detrás del Desliza-Lento, con toda la multitud de ojos atraídos por el pseudópodo ondulante. Finalmente se acercó lo suficiente para que el pseudópodo lo acariciara. Se estremecía de placer, agachando sus ojos para apartarlos del paso del móvil pseudópodo.

—Bueno, bueno, Rollo —le dijo—. No has de tener miedo, los escandalosos Ligeros ya se han ido.

El animal ahora estaba ya más tranquilo y daba vueltas a su alrededor, disfrutando de las caricias que le daban un pseudópodo tras otro. Entonces apareció Arena-Movediza por la esquina.

—Estaba seguro de que era usted, cuando he oído todo este jaleo. Estos Ligeros

han escandalizado a todo el vecindario.

De repente se dio cuenta de que el Desliza-Lento estaba en la cama del parasol.

—¡Eh! —dijo Arena-Movediza—. ¿Cómo deja usted que Borrón se meta en las plantas? ¿Cómo puedo tener las cosas en orden, si usted no ayuda?

Formando un grueso manipulador, a modo de maza, Arena-Movediza se acercó hacia la pesada criatura que estaba chupando los jugos de la planta utilizando su arista inferior, y la golpeó fuertemente en un costado.

—¡Vete, pedazo de pedrusco fofo! —chilló Arena-Movediza a través de la corteza.

Encogido, tanto por los gritos que le llegaban por su parte inferior como por los golpes que caían sobre su acorazada parte superior, el Desliza-Lento salió del cuadro de flores parasol y regresó al terreno donde se le había enseñado que debía permanecer.

Arena-Movediza le propinó algunos golpes más, para que no se detuviera.

—Su correo está en su despacho, y su comida en el horno —dijo Arena-Movediza—. Cójala usted mismo. Todavía tengo que trasplantar una docena más de retoños de planta fuente.

—¿Cómo están las plantas fuente? —preguntó Red-Risco.

—Las que sobreviven, van bien —le informó Arena-Movediza—. Estarían mejor si usted las hubiese dejado en el polo Sur, donde las encontró, porque allí el campo magnético va de arriba a abajo. He descubierto que si opero a partir de semillas, recogidas en un tubo inclinado con un apoyo en forma de aro, y las planto en la dirección adecuada, puedo conseguir que se desarrollen. Aunque no se puede esperar que lleguen a ser muy grandes. Desde luego que no. El apoyo ha de ser tan curvado que se salen de él. Aquí hay una que está bien plantada.

Los pedúnculos del ojo de Arena-Movediza se inclinaron hacia un arriate circular con flores parasol, en cuyo centro había una pequeña fuente con destellos blanco azulados.

La planta fuente era una forma de vida vegetal de alta energía que debía trabajar a altas intensidades para seguir viva. Los biólogos del Instituto del Ojo Interior seguían discutiendo si debía ser clasificada como una planta o como un animal, puesto que sólo podía desarrollarse en un suelo rico en nutrientes, pero pobre en neutrones, tal como se encuentra en las montañas de los polos Este y Oeste.

El eje central de la planta fuente era un tubo largo y delgado. Un sistema de raíces muy amplio le aportaba los nutrientes que eran quemados a una velocidad aterradora. Las elevadas temperaturas interiores se transmitían a unas partículas parecidas a semillas que eran proyectadas hacia el cielo a través del ánima del tubo central en forma de un surtidor de pequeñas motas blanquiazules. Estas motas se enfriaban por radiación y adquirían un color rojo apagado cuando eran recogidas en un colector, en

forma de copa y situado en la base de la planta, donde eran recicladas. Cada fotón de rayos gamma, emitido durante la breve trayectoria, desplazaba al equivalente nuclear del ciclo de fotosíntesis un escalón más arriba en el proceso de obtención de una molécula energizada que la planta pudiera utilizar para su propio crecimiento.

Con mucha frecuencia, las plantas fuente que Red-Risco había visto en las Montañas del Polo Este vivían menos de un giro. Nacían de una semilla en un montón de polvo, lucían durante unos pocos docigiros, creciendo a simple vista y después, a medida que el nutriente escaseaba, el tallo cañón empezaba a tambalearse, la velocidad de proyección aumentaba y las semillas iban a parar a una región desplazada algunos centímetros hacia cualquiera de los lados. Si caían en terreno propicio, con un suelo escaso en neutrones, el proceso se repetía. En caso contrario, las semillas esperarían hasta que algún temblor del suelo o la intervención de algún animal las trasladara a un lugar más adecuado para su desarrollo.

Red-Risco suponía que si se les proporcionaba suficiente cantidad de los nutrientes adecuados podría tenerlas en acción durante varios giros. Pero estas plantas no estaban hechas para ser de larga vida y, a pesar de todos los esfuerzos, no vivían más que una media docena de giros. Era una verdadera delicia mirarlas cuando echaban chispas, cosa que hizo durante algunos mizgiros, antes de atravesar el patio para dirigirse a su cuarto de estudio, en el edificio interior.

Cuando entró en su estudio, Lassie abandonó su yacija, cercana a la pared posterior del horno de la sala contigua. El decrepito Vergonzoso se movió erráticamente cuando intentó acercarse a su amo para saludarle. El Vergonzoso era tan viejo que había perdido casi todo su largo pelo. Red-Risco se sorprendió de lo mucho que el pelón Vergonzoso se parecía a una arrugada cría de cheela. El parecido entre las dos especies podría ser la causa de que los Vergonzosos fueran los animales preferidos por los cheela. En la práctica, casi cada cheela tenía uno, y la última moda era darles nombres de los animales de los humanos, de largo pelo y cuatro patas, tales como Lassie, Trigger, Peter, Bossy y Tabby.

Red-Risco se fue a su lugar de trabajo, y la pantalla plateada de tacto y gusto quedó activada en el momento que su arista se asentó encima de ella. Como uno de los más importantes contratistas de ingeniería, Red-Risco disponía de las más recientes terminales inteligentes. Leyó los mensajes que le guardaba el ordenador, dictó algunas contestaciones a su robot secretario, dispuso lo necesario para la facturación final de la máquina Com-Tem y pasó a ocuparse de las remesas de rollos. Había estado ausente mucho tiempo y, a pesar de que el servicio de mensajes por ordenador había reemplazado a muchos de los servicios de entrega física de mensajes había una gran cantidad de rollos esperándole en la pared de mensajes.

Construida con resistentes placas empotradas en la pared de su estudio, la pared de mensajes era el depósito de los documentos que eran demasiado importantes o

demasiado burocráticos para ser confiados a la red de mensajes por ordenador. Sospechando de qué se trataba, Red-Risco tomó el mayor de los rollos, colocado en un agujero en forma de rombo de la pared. Una sola mirada le bastó para saber que su suposición era cierta. Era el pedido formal para el proyecto del motor impulsor inercial que debería sustituir al cohete que fallaba en el asteroide que protegía a los humanos. Después de reforzar el hueso de su manipulador para compensar el peso del documento que constaba de muchas hojas, lo bajó hasta el suelo con mucho cuidado. En el suelo, el documento se desplegó y adquirió forma elipsoidal, en espera del simple toque de un pseudópodo para abrirse por la página deseada. Aunque disponía de una copia para mirarla en sus ficheros, Red-Risco prefería mirar hacia la corteza cuando estaba pensando, por lo que formó un pseudópodo y apretó con él dentro del agujero central del rollo.

La ligera presión añadida al fuerte campo gravitatorio de Huevo hizo que la hoja metálica se aplanara mostrando la primera página. Era el pedido de los planos del gigantesco motor inercial. Red-Risco ojeó rápidamente la primera página y no le gustó lo que había allí.

—¡Así se ponga Brillante! —imprecó—. Ya han transcurrido más de dos gran de giros desde que prometimos a los humanos que les íbamos a rescatar. Estaba convencido de que el Laboratorio de Interacción con los Pausados ya habría hecho algo al respecto. Pero esta solicitud de proyecto no era más que un intento preliminar. Esto debería estar hecho desde mucho tiempo atrás.

Como en su carrera profesional había tenido que ver con muchos documentos análogos, metió un pseudópodo por los dos tercios del espesor del documento. Las hojas de relleno que la burocracia había metido entre la tapa y la parte importante del documento, se enrollaron otra vez en forma de elipse. Enrolló unas cuantas hojas más, desenrolló una y volvió a maldecir.

—¡Chúpate un Desliza-Lento! Sólo han presupuestado 144 gran-estrellas para este contrato. Deben esperar que añadamos huevos a su nido.

Hizo enrollar algunas páginas más, hasta que llegó al listado de los trabajos requeridos. Esta vez no echó maldiciones porque había visto aquello ya demasiadas veces.

—... y la única diferencia entre este «proyecto preliminar» y el «proyecto definitivo» es que no habremos de presentar presupuestos en el resumen final.

Agitó su pseudópodo y pasó las páginas en una rápida lectura. El movimiento ondulante de sus ojos se hizo más lento y su arista tamborileaba nerviosamente mientras su cerebro pensaba en un punto de vista alternativo del problema.

«Podría ser que esto funcionase», murmuró para sí.

Dejó que el documento se enrollara por completo y lo devolvió a su estantería cuando se dirigía hacia la pantalla de gusto y tacto. Iba a convocar una reunión

llamando a algunos de sus jefes ingenieros que estaban en el campo, cuando un lento sonido de gong atravesó la corteza. Su reloj de péndulo marcaba el final del giro con las lentas campanadas del duodécimo docigiro. Consultó su cronómetro nuclear y vio que el antiguo reloj de péndulo marcaba correctamente el tiempo a pesar del gran cortezamoto que se había registrado unos pocos giros antes. No serviría de nada hacer la llamada ahora. Todo el mundo, en Huevo, estaría haciendo su comida principal del giro. Lo mejor sería que comiera también y dejara la llamada para el primer docigiro.

Se encaminó hacia el comedor seguido por Lassie. Lassie era vieja pero no tonta. También era su hora de comer. Arena-Movediza había preparado una buena comida para la fiesta del cambio de giro. Se estaba calentando en el horno una cazuelita con lonchas de pedúnculos de ojo con especias y una docena de pequeños nódulos de raíz de parasol como acompañamiento. Levantó la tapadera de la nevera construida en el suelo del comedor, y encontró una ensalada fresca de hojas-pétalo con salsa picante que se había preparado moliendo hojas de helecho picante del polo Norte. Además sacó una bolsa que contenía frío vino de bayas; procedía de la ladera norte del Volcán Éxodo y tenía fama de ser el mejor.

No dejaba de pensar en el nuevo proyecto, y lo normal hubiera sido que vaciara el contenido de los recipientes de comida en una bolsa de comer y regresara a su estudio, pero en esta ocasión decidió quedarse en el comedor y disfrutar del excelente festín. Dejó los platos en las zonas de temperatura controlada, cerca de sus bolsas de comer y acomodó su corpachón en el suelo. Desplazó dos de sus bolsas de comer, hasta que estuvieron una al lado de otra y delante de los dos platos. Un manipulador sostenía el recipiente del vino de bayas encima de ambas bolsas y echaba chorritos a una u otra según las conveniencias de su gusto.

Las lonchas de pedúnculos de ojo estaban exquisitas. En el congelador había algunas tajadas de solomillo que quizá fueran mejores, pero estaba contento de que Arena-Movediza se hubiera decidido por aquel pedazo más barato, porque así podía reservar las tajadas más apreciadas para cuando tuviera compañía. No siempre se podía comer carne de cheela de primera en el festín del cambio de giro.

Tuvo la suerte de tener la mayor parte de sus cupones cuando el cadáver se puso a la venta, de otro modo a Pétalo-Fuente se la habrían comido los que no eran de su clan. Había resultado muerta en un horroroso accidente de coche deslizador, ocurrido durante un cortezamoto. Todos los cadáveres de los cheela pertenecían a su clan y se vendían en pública subasta como complemento de los tributos del clan que debían cubrir los gastos de crianza y educación de las crías. Puesto que por término medio, no había más que un cadáver por cada vida de cheela, incluso la carne dura y correosa de los Ancianos era más cara que la mejor carne de animal. Únicamente una persona muy rica podía comprar más de un trozo correspondiente a un pedúnculo de ojo de un cadáver normal. La carne de una víctima de accidente, en lo mejor de su vida, casi no

tenía precio para los ricos indolentes que parecían aflorar en la moderna sociedad. Red-Risco consiguió honores para su clan cuando superó las ofertas que unos empresarios de salas de festines hacían por todos los pedúnculos de ojo de Pétalo-Fuente. Los tributos del clan se rebajaron en una doceava parte durante un gran de giros después de la subasta.

El frasco de vino estaba seco, la fuente de lonchas de pedúnculo de ojo estaba vacía, y Red-Risco estaba revolviendo los restos de su ensalada picante cuando la corteza vibró con la compleja melodía que el carrillón tocaba en los medios docigiros. Aún era demasiado pronto para convocar la conferencia con su equipo de ingeniería, por lo que dejó que Lassie lamiera los platos y se dirigió a su cuarto de entretenimientos. Sin embargo, no quería diversiones, lo que quería eran noticias, noticias de los humanos y del apuro en que se encontraban. Quería saber lo que sabía el cheela medio y si se preocupaba por las difíciles circunstancias en que se encontraban los Pausados que estaban por encima de ellos.

Se volvió hacia el holovideo y enfocó sus ojos hacia el espacio vacío que estaba entre él y la pantalla plateada que cubría el suelo y dos de las paredes de la habitación. Apareció una escena, flotando en el espacio. Se trataba de un nuevo profeta que hacía vibrar las antiguas palabras de Ojos-Rosados, el Primer Profeta, y prometía a todos el éxtasis sexual. Red-Risco agitó sus pedúnculos de ojo, fastidiado por este ejemplo adicional de la degeneración de la sociedad moderna. Ya empezaba a haber algunos machos modernos que renunciaban a sus clanes, para ahorrarse el tributo necesario para la educación de las crías. Después de todo, ellos no generaban huevos que requirieran cuidados o educación. No tardaría en darse el caso de hembras cheela que quisieran abortar sus huevos porque «estaban cansadas de tener que llevarlos a cuestras». Deberían dar gracias de no ser como las hembras humanas que debían cuidar de sus crías después de que hubieran nacido.

Red-Risco tenía un holovideo moderno con toda clase de periféricos.

El ordenador no era tan inteligente como un robot, pero era casi tan bueno como él.

En su MolecMem guardaba copias de toda la programación que había pasado por sus 144 canales durante los últimos seis giros, y podía recuperar programas más antiguos que guardaba en su memoria permanente.

—¿Cuántos programas han citado a los humanos? —preguntó.

—Ninguno, en los pasados seis giros —contestó el ordenador—. Hubo un programa de noticias científicas, hace 36 giros, que mencionó que Maestro-del-Cielo, ese robot de utilización especial para hablar con los humanos, había sido desactivado para repararlo y modernizarlo, después de que el comunicante humano Pierre Niven hubiera abandonado su consola. Su puesto había sido tomado por un autómatas, pero Maestro-del-Cielo volverá a estar en su sitio antes de que los humanos lo echen de

menos. La emisión fue patrocinada por los Protectores de los Pausados.

—Todo el mundo, toda la burocracia, son Protectores de los Pausados —dijo Red-Risco—. Tratan a los humanos como si fuesen un animal más al que proteger. Dicen: «Los humanos son tan lentos y tan estúpidos que debemos cuidarles». ¡Pero no les cuidan! Los humanos están en peligro, y los cheela intentamos hacer ahorros retrasando el trabajo y escatimando en los costes.

Regresó a su estudio, entre maldiciones sofocadas. Todavía faltaban dos grugiros para el primer docigiro, pero como conocía muy bien a sus colaboradores, estaba seguro de que ya habrían acabado de tomar sus alimentos y regresado a sus consolas.

Activó un enlace de conferencias y reunió a sus ingenieros para preparar la contestación a la solicitud de un proyecto. Construcciones Red seguramente perdería dinero con el contrato, pero esto no preocupaba a Red-Risco. Si los Clanes Aliados de Huevo no se preocupaban demasiado por los humanos, Construcciones Red sí.

FECHA: 06:51:19 MG; MARTES, 21 DE JUNIO DE 2050

El doctor César Wong apartó la vista de la mirilla que le había permitido observar el tanque de protección donde estaba Jean y la fijó en el cuadro de control que había en la pared. Sus indicaciones decían que tres de los tanques estaban ocupados y que Jean, Seiko y Abdul estaban a salvo, por el momento, de las fuerzas de marea que oscilaban rápidamente. Pierre estaba todavía en la biblioteca situada en el piso más abajo, pero debería regresar pronto para meterse en su tanque. César se dirigió, rodeando la columna central, hacia su propio tanque, teniendo mucho cuidado en no perder el control de sus extremidades, ante las terribles fuerzas que parecían querer arrancárselas. El tanque de Amalita era el vecino al suyo, pero ella no estaba allí. Miró a su alrededor con mucha preocupación. La cubierta principal estaba vacía.

—¡Amalita! —gritó.

No obtuvo contestación, pero oyó el ruido de una respiración jadeante que procedía del sistema de comunicación con la cubierta científica. Subió para ver qué pasaba.

Cuando las masas de compensación funcionaban bien, la parte central del Matadragones estaba prácticamente en caída libre. Sólo muy cerca de las paredes exteriores el campo gravitatorio era lo bastante notable para dar la noción de arriba y abajo. Ahora la compensación estaba muy disminuida, y las fuerzas gravitatorias en las cubiertas de arriba y de abajo eran importantes. El valor promedio del campo era de dos gravedades, y lentamente iba aumentando; las variaciones sobre el promedio eran hasta dos gravedades durante un milisegundo. Se dio la vuelta para que la gravedad tirara de él «bajándole» por la escalera hasta la cubierta científica de «arriba» y así poder alcanzar a Amalita que estaba sentada en el techo, luchando por

meterse en su traje espacial.

—Voy a reparar el cohete conductor, sustituyendo la válvula estropeada por una de otro de los cohetes —jadeó.

—¡Te vas a matar! —dijo él, abriendo exageradamente sus ojos a causa del espanto.

—Todos vamos a morir, si alguien no arregla este cohete —dijo ella—. Es muy posible que no lo consiga, pero por lo menos quiero intentarlo mientras pueda.

—Admiro tu valor —dijo el doctor Wong—. Pero si te pararas a pensar un momento, te darías cuenta de que el valor no es suficiente.

Se inclinó hacia ella y la obligó a que le mirara.

—Los cohetes conductores trabajan en la zona que está a medio camino entre nosotros y las masas compensatorias, que están a 200 metros del centro del anillo —dijo él, y su voz tomó un tono imperativo—. ¿Cuál es la intensidad de la fuerza de marea a 100 metros de distancia de una de estas masas?

Doc vio el brillo de los ojos de Amalita mientras su superordenador coloidal, implantado debajo de su cola de caballo, hacía rápidamente el cálculo mental.

—133 «ges» por metro —dijo ella, y sus ojos parpadearon cuando volvió a intentar colocarse el casco—. Pero esto está compensado por las mareas de la estrella de neutrones de 101 «ges» por metro.

—Lo que nos da un resto de 32 «ges» por metro —dijo Doc—. Las juntas de los cohetes conductores están proyectadas para resistir estas condiciones, pero tienes que admitir que tus articulaciones no pueden aguantar tanto.

Cogió el casco de las manos de ella, que ya no ofrecieron resistencia, y en aquel momento vieron un destello de luz que atravesaba la mesa de imagen de la estrella. La Estación Espacial en Órbita Polar de los cheela, había pasado otra vez cerca de ellos.

FECHA: 06:52:19 MG; MARTES, 21 DE JUNIO DE 2050

El capitán Estrella-Fugaz miraba hacia el muelle de atraque, cuando la pequeña nave de trasbordos maniobró para acercarse a la estación espacial. Traía a un almirante de dos estrellas, y la costumbre exigía que el capitán de la estación estuviera allí para saludar a tan insigne visitante. No estaba seguro del motivo de la visita del almirante. Pudiera ser que se marchara de viaje al espacio, pero Estrella-Fugaz no tenía aviso de ningún lanzamiento espacial. Sospechaba que la visita tenía relación con él mismo, porque el periodo de su empleo, como comandante de estación, estaba tocando a su fin y ya le correspondía la asignación de un nuevo destino. Mientras esperaba, asignó cuatro de sus ojos a la observación de los Seis Ojos de Brillante que pasaban por encima de él, sólo a un kilómetro de distancia. Ya

hacía cuatro gran de giros que el meteorito había colisionado con el cohete, y ahora las masas de compensación aparecían muy desplazadas de su lugar habitual. Para entretenerse, especulaba sobre lo que la burocracia de los Clanes Aliados estaría haciendo al respecto, porque no había oído nada acerca de esto en los noticiarios de la holovisión.

La nave transbordadora se posó hábilmente en un sitio plano de la esférica estación espacial.

—Bienvenido a la Estación Espacial de Órbita Polar, almirante Vía-Láctea —dijo Estrella-Fugaz tocando con un pseudópodo su estrella de seis puntas en señal de saludo—. ¿Qué es lo que le hace estar tan lejos del calor de Huevo?

—Pues, podría decir que había venido para hacer una inspección por sorpresa —contestó el almirante, y su arista se agitó a causa de las carcajadas provocadas por la agitación nerviosa de los pedúnculos de ojos de Estrella-Fugaz—. Pero, en realidad, he venido a verle para tratar de un asunto privado. ¿Podemos retirarnos a su oficina?

—¡Desde luego!

Estrella-Fugaz estaba ligeramente perplejo. Por lo general, un cambio de mando solía hacerse por medio de un anuncio oficial. Pasó delante para indicar el camino y se dirigieron a sus habitaciones. Había dejado el holovideo conectado y en el bloque visualizador aparecía un primer plano de un ojo de cheela aislado, de un frío y profundo color rojo y su pedúnculo que estaba debajo, se fue engrosando a medida que iba retrayendo el ojo dentro del párpado más sexy de Huevo. La holocámara retrocedió para poder mostrar el resto de la hembra que se desplazaba por el escenario ondulando su cuerpo y guiñando un ojo tras otro, mientras cantaba una canción ligeramente atrevida, «Enlaza tus ojos con los míos». Con cierto embarazo, Estrella-Fugaz se aproximó a los mandos para desconectar el aparato, pero el almirante le bloqueó el camino utilizando un pseudópodo.

—No lo apague —dijo—. Déjela que acabe su canción, es una de mis favoritas.

Se dirigió hacia una de las alfombras de descanso y se extendió para disfrutar del espectáculo. Estrella-Fugaz se reclinó en la otra alfombra, con la mitad de sus ojos puestos en el bloque visualizador y la otra en el almirante. Se acabó la canción y también el espectáculo. Estrella-Fugaz desplazó una porción de su arista y desconectó el holovideo.

—Es una criatura perfectamente deliciosa, esta Qui-Qui —exclamó el almirante Vía-Láctea—. Me resulta el antídoto perfecto para la fiebre de empollar huevos. Siempre que puedo ver estas doce pestañas tan lujuriosas, me vuelvo a sentir joven.

Movió ligeramente su arista para poder alcanzar una de sus bolsas, de la que sacó un rollo de mensaje. Pero, en vez de pasarlo a Estrella-Fugaz, lo tuvo consigo mientras hablaba.

—Como usted probablemente se dará cuenta, su tiempo de servicio aquí está

llegando a su fin. Ha realizado un trabajo excelente y, si lo desea, puede quedarse aquí durante otro giro, pero ha sido recomendado para otro cargo. No se trata de uno de los puestos de mando normales, sino que es una misión extraordinaria, creada para una sola ocasión, que requiere a alguien que tenga su amplia experiencia en grandes operaciones espaciales. En algunas ocasiones tendrá dificultades que le costará solventar y además requerirá una dedicación de su tiempo durante un largo plazo, mucho más de los usuales cuatro gran de giros. Por estas razones no le hemos asignado directamente este cargo. He preferido venir personalmente para explicarle, honestamente y en privado, todos los aspectos positivos y negativos que presenta, y darle una oportunidad, si así lo quiere, de poder renunciar a él.

—No me importa comprometerme a un período muy largo de servicio, si se trata de un puesto bueno e interesante —dijo Estrella-Fugaz—. ¿Pero qué es lo que lo hace ser un puesto tan difícil?

—Se le va a dar a usted plena responsabilidad, pero no va a tener casi ninguna autoridad —explicó Vía-Láctea—. En confianza, la mayor parte del trabajo del comandante de esta misión especial consistirá en pedir, en suplicar, en engatusar para lograr la necesaria autoridad a fin de efectuar la misión de cuyo resultado será responsable. En este caso, cuando digo autoridad, me refiero al dinero.

Dejó el cilindro del mensaje en el suelo.

—Ya hace cuatro gran de giros que un meteorito impactó en uno de los cohetes conductores de los Seis Ojos de Brillante, y puso en peligro a los humanos. Entonces se calculó que habrían de transcurrir cinco minutos de los humanos, lo que equivale a diez gran de giros, antes de que la disposición de los Seis Ojos llegara a ser tan deforme que las mareas gravitatorias pudieran provocar la destrucción de la nave espacial Ojo Interior. Si se sobrepasara este tiempo, incluso los tanques de aislamiento serían incapaces de proteger a los humanos. Cuando ocurrió el accidente, el presidente de los Clanes Aliados declaró que el pueblo de Huevo asumía la misión de reparar el cohete y salvar así a los humanos. Pero el entusiasmo inicial de la gente por este proyecto se fue apagando rápidamente. Pasaron dos gran de giros antes de que redactara un contrato de proyecto, y los fondos que se le destinaron eran insuficientes. La Compañía de Construcciones Red ha acabado el estudio y ofrece una solución técnicamente posible. Han intentado mantener el coste bajo, pero esta misión va a requerir un importante incremento en el presupuesto espacial y la Legislatura de los Clanes Aliados, está apretando sus aristas y renegando para no autorizar los aumentos de fondos.

Estrella-Fugaz empujó el rollo y éste se extendió sobre el suelo. Hizo descender un ojo para leerlo.

—¡Una promoción a Almirante! —dijo.

—Sí. Habrá seis puntas más en su estrella si acepta usted este trabajo —dijo Vía-

Láctea—. Y casi puedo garantizarle otra estrella más si consigue salir con bien de esta empresa.

Estrella-Fugaz vacilaba.

—Va a tener que ganarse cada una de estas seis puntas, si acepta la oferta —dijo el almirante—. Tendrá que aparecer en los programas de la holovisión y asistir a las reuniones de los clanes, para volver a levantar el entusiasmo público en este proyecto. Tendrá que conocer a muchos de los miembros de la Legislatura de los Clanes Aliados y llegar a acercarse tanto a los miembros de los subgrupos legislativos que se ocupan del Espacio, Comunicaciones e Interacciones con los Pausados, que crean que es usted su compañero de empollar huevos. Y, por encima de todo, a pesar de las provocaciones, deberá usted mantenerse en calma, no crearse enemigos y no perder nunca los estribos. ¿Puede hacerlo? ¿Quiere usted hacerlo?

—¡Sí! —respondió enfáticamente Estrella-Fugaz.

—Mi enhorabuena, Almirante —dijo Vía-Láctea—. Casualmente he traído algunas estrellas de doce puntas.

Revolvió en sus bolsas, y sacó un cartón que tenía prendidas media docena de estrellas.

Mientras Estrella-Fugaz permanecía inmóvil en el centro de su habitación, el almirante dio una vuelta a su alrededor, sacó las estrellas de seis puntas de los esfínteres de sostén del cuerpo de Estrella-Fugaz y las sustituyó por unas relucientes estrellas de doce puntas. Cuando hubo terminado el círculo, le preguntó:

—¿Le interesa cambiar de nombre, además?

—No. Todavía me gusta el que elegí después de graduarme en la academia.

—Pues en este caso, almirante Estrella-Fugaz —dijo Vía-Láctea—, reunamos a su tripulación para dar un comunicado.

El almirante Estrella-Fugaz transfirió el mando de la estación espacial al primer oficial Sensor-del-Horizonte y regresó con Vía-Láctea a la superficie de Huevo. Había permanecido en órbita durante más de un gran de giros y tenía muchas ganas de volver a asistir a las reuniones de su clan.

El piloto del trasbordador utilizó durante un corto tiempo un disparo de energía inercial para salir de la órbita polar. Había calculado su empuje para salir de órbita de forma que su perigeo tuviera lugar en las proximidades del polo Este. A medida que se acercaban a las regiones del potente campo magnético que estaba encima del polo, se desplegaron unas cortas alas superconductoras, que emergieron de la nave espacial periférica. Incluyó la nave, que ahora ya tenía alas, cuando atravesaba las evasivas líneas del campo magnético, y consiguió transferir su momento cinético a Huevo, por medio de los campos del polo Este, y así cambió su órbita polar por una órbita ecuatorial. No hubo variación en la velocidad del trasbordador, puesto que la interacción con el campo magnético se había efectuado sin pérdidas de energía. La

maniobra les llevó a unos cien metros de distancia del delgado espigón de metal de la Fuente Espacial. Esta torre tenía entonces una altura de cincuenta kilómetros que descollaba por encima de su trayectoria. Estrella-Fugaz procuró estar en la parte superior cuando efectuaron el giro. La vista era excelente. Hasta vio a los pequeños montacargas de los constructores que subían y bajaban por el eje que se estaba alargando.

FECHA: 06:52:20 MG; MARTES, 21 DE JUNIO DE 2050

El joven meritorio estaba incómodo. En circunstancias normales no le habría importado lo más mínimo estar en un ascensor apretujado, entre dos hembras de abultados párpados. Un ligero contacto, un cierto cosquilleo debería ayudarle a pasar el docigiro de descenso hacia la superficie. Pero, en aquella ocasión, una de las hembras era su jefe de equipo y la otra era la supervisora de turno. Aquél había sido su primer turno de trabajo en lo alto de la Fuente del Espacio, desde que había iniciado su aprendizaje en Construcciones Red, e intentaba causar una buena impresión para que le permitieran trabajar más tiempo en lo alto de la torre.

Las dos supervisoras estaban hablando del trabajo, y él estaba sufriendo en silencio, procurando encontrar algo para mirar que no fueran los párpados o la parte superior de sus compañeras de viaje. Seis de sus ojos estaban ocupados mirando los tres pares de rápidas corrientes de anillos superconductores que pasaban a través de los agujeros que estaban en las esquinas del ascensor de forma triangular. Sus otros seis ojos miraban fijamente el espacio en dirección al distante horizonte, donde podía ver borrones y líneas que eran ciudades y carreteras que se dirigían hacia el Paraíso de Brillante.

Una partícula reluciente giró alrededor de la torre, unos cien metros más abajo, y se perdió a lo lejos. Se trataba, probablemente, de una nave que se encaminaba hacia el Bucle de Saltos. El ascensor se detuvo en la plataforma de los sesenta kilómetros. La plataforma estaba vacía, exceptuando los imanes deflectores que rodeaban cada uno de los seis pares de corrientes de anillos. El ascensor ascendente, que guiaban los otros tres pares de corrientes de anillos, acababa de descargar el turno entrante y se detuvieron mientras se transmitían las instrucciones.

—Mantén algunos ojos fijos en el deflector de la corriente tres ascendente. Se calienta, y arriba dicen que tienen demasiados descartes —comunicó el encargado del turno saliente—. Ya avisé para que nos mandaran un repuesto.

—Aquí lo tengo —dijo el entrante, sacando una caja muy abultada de una cavernosa bolsa de trabajador—. No voy a tardar nada en dejarlo arreglado. Que te diviertas en Ascensión de Ligero.

—Así lo espero. Te veré dentro de un docigiro.

Huevo-Pesado sabía lo que eran los descartes. Éste era su trabajo en la plataforma superior. Las seis corrientes ascendentes eran inspeccionadas por una especie de detectores que estaban en la parte superior. Cualquier anillo que estuviera torcido o demasiado caliente era desviado a un colector de rechazos, donde eran detenidos por medio de un freno magnético. No se quería que los anillos defectuosos entraran en los magnetos que les hacían dar la vuelta. De hacerlo, podrían causar muchos problemas. El trabajo de Huevo-Pesado consistía en enganchar el anillo antes de que llegara el siguiente rechazo, evitando así que se golpearan unos con otros y se abollaran.

El campo magnético de frenado era tan intenso que podía llegar a quemar su piel si dejaba su manipulador demasiado rato dentro. Hacía calor y era un trabajo ruidoso, pero le resultaba divertido. Cada uno de los anillos que salvaba valía más de lo que él ganaba en un giro. Estaban hechos de monopolio metálico estabilizado, que era el único material de Huevo que no explosionaba cuando se hallaba en caída libre. Calculaba que en su turno de docigiros había ahorrado a Construcciones Red el dinero suficiente para pagarle durante todo un gran de giros, y no había permitido que ninguno chocara con otro.

Llegaron a la base de la torre y el turno saliente abandonó el ascensor y se encaminó hacia las rampas de descenso. Huevo-Pesado se detuvo para percibir la corteza de la cima de las montañas del polo Este. Se oía el zumbido de potencia de la corriente constante de anillos, que se aceleraban en largos túneles circulares, emplazados en la base de la montaña, antes de ser lanzados hacia arriba como un surtidor de metal.

Huevo-Pesado fluyó dentro del vehículo de descenso. Pero ahora procuró que la hembra que estuviera a su lado no fuese su jefe de equipo. Se llamaba Arista-Brillante, y se hicieron realmente amigos mientras el coche de descenso iba a toda velocidad, por una canalización de descenso semicubierta y superconductora que no dejaba pasar el campo magnético. Frenaron hasta detenerse en las afueras de Ascensión de Ligerio y se dirigieron hacia el bar de pulpa más próximo. El bar de pulpa tenía algunas habitaciones alfombradas privadas y algunas parejas se encaminaban directamente hacia ellas, dejando caer algunas estrellas en la bolsa de dinero del encargado del bar, cuando pasaban por su lado.

Faltaban todavía algunos mizgiros para llegar a la celebración del cambio de giro, por lo que Huevo-Pesado y Arista-Brillante se regalaron mutuamente con algunos envases de jugo fermentado de los frutos de las plantas pétalo. Estaban en sus terceros envases cuando empezó el espectáculo de holovisión favorito de Huevo-Pesado. Se trataba del «Show de Qui-Qui» que tenía como primera estrella a la animadora más sexy de todo Huevo. Los machos lanzaban gritos y pateaban la corteza siguiendo el ritmo, mientras las hembras hacían bromas sobre la forma de sus párpados.

—Si pusiese todos sus doce ojos a un mismo lado, su arista se despegaría de la corteza —dijo en voz baja Arista-Brillante, riéndose.

—Mis ojos me dicen que tienes el mismo problema —dijo Huevo-Pesado a modo de apertura. Ella hizo girar sus doce ojos para mirarle, y los pedúnculos del ojo de él se pusieron tiesos cuando ella empezó a guiñar sus ojos uno tras otro, haciendo una imitación bastante buena del famoso guiño ondulante de Qui-Qui.

—¿De esta manera? —dijo apoyando su peso sobre él y dejando que sus carnosos párpados frotaran su parte superior—. Es una suerte que estés aquí, para que yo pueda apoyarme y no corra el riesgo de volcar y romper algo.

De nuevo volvieron a ser realmente amistosos, y ella hasta le permitió llegar dentro de su bolsa de herencia, para que pudiera tocar su tótem de clan. Pero el tótem no le era familiar, lo que significaba que ella no era miembro de alguno de los clanes que estaban relacionados con el de él. Ella estaba decidida a alquilar una habitación alfombrada y llegar más lejos, pero Huevo-Pesado todavía sentía una extrema fidelidad a su propio clan y a los clanes afines al mismo. Cualquier huevo del que pudiera sentirse responsable debía ir a parar a alguno de los recintos de incubación de su propio clan. Ya había demasiadas crías sin clan por las calles.

Huevo-Pesado se separó de mala gana de Arista-Brillante. Ella encontró a algún otro con quien irse a la fiesta del fin de giro. Huevo-Pesado, frustrado, invirtió algunas estrellas en alquilar una habitación provista de holovisión y así poder ver el resto del show de Qui-Qui.

Qui-Qui era de su mismo clan, y había podido verla en persona en una reunión de su clan. Desde luego, ella estaba rodeada de admiradores. Su sueño, desde que había llegado a la edad necesaria para darse cuenta de que las hembras eran diferentes de los machos, era que Qui-Qui pusiera un huevo suyo. Sabía que jamás sería verdad, pero esto no le impedía soñar.

El espectáculo de Qui-Qui se terminó. Huevo-Pesado lo volvió a ver por medio del dispositivo automático de repetición de programas, mientras metía en sus bolsas digestivas la comida del cambio de giro sin verla ni saborearla. La mayoría de los del turno saliente se iban a tomar algunos giros de descanso, pero él regresó a la cima de la montaña y se presentó al encargado de Construcciones Red. Siempre había algún meritorio demasiado perezoso o demasiado lleno de pulpa para volver a tiempo a su trabajo. Tuvo suerte. Había un puesto de trabajo disponible en Lo-Más-Alto. Rápidamente se lo agenció, porque la única cosa que prefería a pensar en Qui-Qui era la emoción casi sexual de trabajar en la torre, donde el resbalón más insignificante podía representar una muerte instantánea.

Huevo-Pesado disfrutaba trabajando, y muchas veces pensaba lo que sentiría si fuese humano y tuviera que pasarse un tercio de su vida inconsciente. Había oído que los humanos se quedaban dormidos, incluso cuando sus vidas peligraban. Entonces

recordó que hacía mucho tiempo había oído en el holovisor que los humanos estaban en alguna clase de peligro y se preguntó si, a pesar de esto, algunos de ellos podían dormir.

FECHA: 06:53:21 MG; MARTES, 21 DE JUNIO DE 2050

Amalita se arrastró lentamente por la escalera de comunicación entre el piso científico y el piso central, luchando con sus músculos frente al potente empuje en sentido radial de la marea gravitacional.

Tenía mucho cuidado en tener siempre tres puntos de agarre seguros, con sus manos y pies en las asas, para poder contrarrestar las fuerzas variables que originaba la masa de compensación errante.

Algunas veces la empujaban hacia arriba y otras veces hacia abajo de la escalera. Cuando pasó junto al tanque de protección donde estaba Seiko, miró a su interior. Seiko tenía los ojos cerrados y sus brazos colgaban inertes dentro del agua. Estaba profundamente dormida.

—Supongo que treinta y seis horas de actividad agotadora es demasiado, incluso para una persona tan superhumana como ella —dijo Amalita en voz baja.

Se sujetó en las asas próximas a la consola de comunicaciones. Pierre estaba asegurado con correas a su asiento.

—Si por lo menos el Matadragones tuviera algún sistema de propulsión —dijo a Pierre.

—Debería ser una propulsión más rápida que la luz para que nos permitiera alejarnos de la estrella de neutrones antes de que las mareas nos hicieran trizas.

De repente se encendió una luz en la mente de Pierre. En la relatividad especial, el viaje a velocidad superior a la de la luz equivalía al viaje en el tiempo.

Sabía que los cheela podían viajar con una velocidad mayor que la de la luz. Volvió a mirar hacia la pantalla de la consola.

—Maestro-del-Cielo —dijo—. Los cheela pueden viajar más aprisa que la luz. ¿Tienen el viaje por el tiempo?

—Sí —contestó Maestro-del-Cielo—. Un Doctor en Tempología ha logrado, hace dos minutos, comunicarse a través del tiempo, muy poco después de vuestro accidente.

—Pues, en este caso, es posible mandar un mensaje hacia atrás en el tiempo y conseguir que alguien desvíe el meteorito —dijo Pierre.

—Desgraciadamente, nuestras máquinas del tiempo no nos permiten comunicarnos con el tiempo anterior a la primera conexión de la máquina —dijo Maestro-del-Cielo.

—Pues nos ha llegado la hora —dijo Pierre, mientras su cuerpo era sacudido

contra las sujeciones que le mantenían en su silla—. El casco no durará más de dos minutos.

RESCATE

FECHA: 06:53:40 MG; MARTES, 21 DE JUNIO DE 2050

Un zumbido intermitente se irradiaba por la corteza. Red-Risco no quiso enterarse y continuó la placentera tarea de sembrar unas pequeñas plantas parasol en un arriate de la parte posterior del jardín, para sustituir a las que se habían convertido en semillas. Arrancó las plantas viejas e hizo con ellas un montón para que Arena-Movediza se lo llevara, y las reemplazó por los nuevos retoños. Se trataba de una nueva variedad que él y Arena-Movediza estaban desarrollando a partir de una forma mutante que había descubierto durante su último trabajo de ingeniería.

La planta parasol normal tenía doce ramas de soporte, que salían y crecían en su única raíz principal, y con las que se daba apoyo a la superficie cóncava superior que radiaba hacia el cielo. Aquellos retoños tenían veinticuatro ramas. Este efecto de duplicación no era simple, sino semejante a dos amazones de planta que trataran de coexistir debajo de una corteza común, porque los brillantes extremos de las ramas en voladizo se iban alternando en sexo y color. Las plantas parasol normales variaban lentamente con el tiempo. Las puntas que tenían el polen, que al empezar eran de un color rojo muy oscuro, se volvían de color rojo y blanco brillante, y luego volvían a ser como al principio. Las dos series de puntas de polen del parasol doble estaban desfasadas. Cuando una de ellas tenía color oscuro, la otra lo tenía brillante, produciendo una impresión muy placentera.

El zumbido persistía.

—Arena-Movediza —chilló hacia la corteza—. ¿Puedes contestar a esta llamada?

—Cójala usted. Tengo mucho trabajo limpiando la habitación de los Vergonzosos —dijo una voz que llegaba desde la parte trasera del edificio.

Con un gesto de resignación, Red-Risco vació su bolsa de jardinero, se limpió su manipulador en una toalla, disolvió el rechoncho brazo óseo en su cuerpo y se dirigió hacia el estudio. El sonido se hizo más fuerte cuando entró en la habitación. Lassie todavía estaba descansando en un caliente rincón del estudio. Se deslizó sobre la placa gustativa que estaba en el suelo, y una parte de su arista inferior tocó el cuadrado de la pantalla señalada con la palabra RESPUESTA. Era el almirante Estrella-Fugaz, jefe de la expedición para el rescate de los Pausados. La imagen presentaba otra vez unas manchas blancas. Tendría que llamar a la compañía encargada de la conexión de vídeo y lograr que encontraran el tramo defectuoso del cable de fibra transmisora de rayos X que llegaba hasta su domicilio.

—Sintonice el canal de holovideo de los servicios públicos —dijo Estrella-Fugaz—. En la cámara legislativa se está llegando al final del debate sobre la financiación del Roscón Jumbo. Pronto va a tener lugar la votación, y entonces podremos empezar

los trabajos.

Mientras «veía» a Estrella-Fugaz por medio de las ultrasensitivas papilas gustativas de su arista, Red-Risco dirigió algunos de sus ojos hacia la pantalla plateada que estaba colocada en una pared del estudio. Formó un pseudópodo para maniobrar en una pequeña caja de mandos, dispuesta en el suelo, donde tocó algunos paneles.

Unas breves escenas aparecieron delante de la pantalla, mientras la antena plana de distribución física, empotrada en un rincón de la vivienda, variaba su zona de recepción para recibir un flujo de rayos gamma modulados, procedentes de un satélite de emisión directa que estaba suspendido al oeste de los Ojos de Brillante.

Cuatro de sus ojos miraron hacia arriba para ver la conformación de seis brillantes asteroides que se cernían sobre Brillante. Su distribución era muy anormal.

—Los Seis Ojos se han alejado mucho de su posición —dijo Red-Risco—. Deberíamos haber ido allí hace mucho para colocarlos bien. Después de todo, prometimos hacerlo.

—Bueno. A los políticos les gusta hacer promesas —repuso Estrella-Fugaz—. Pero cuando se trata de destinar dinero para cumplirlas, parece ser que necesitan mucho tiempo para decidirse. Especialmente en casos como éste, donde no hay una verdadera urgencia. Tenemos mucho tiempo.

—Teníamos mucho tiempo cuando ocurrió el accidente —le recordó Red-Risco—. Pero los políticos han estado tonteando durante seis gran de giros para encontrar una manera más barata de realizarlo. Mis ingenieros, y yo mismo, hemos intentado abaratarlo al máximo, pero no hay manera de construir este gigantesco motor inercial y mandarlo al espacio por menos de mil millones de estrellas, y cuanto más esperemos más nos va a costar. ¿Cómo se lo toman los humanos?

—Según Maestro-del-Cielo, empiezan a sentir pánico. Lo deduce por la entonación de sus voces.

—¿Cuál es el cálculo actual del tiempo que falta para el desastre?

—Resulta difícil de determinar. Disponemos de un modelo gravitatorio de ocho cuerpos que puede predecir con mucha aproximación las posiciones futuras de la nave y de los asteroides con relación a Huevo, pero la verdadera incógnita es la resistencia del casco de la nave. Los humanos han empezado a introducirse en sus tanques de protección contra la aceleración, y allí estarán a salvo por algún tiempo. Pero preferiría tener el cohete arreglado antes de que el casco cediera de modo que los humanos pudieran utilizar toda la nave cuando les llegue el momento de regresar. Puedo suponer que, por lo menos disponemos de dos minutos humanos.

—Esto nos da cuatro gran de giros —dijo Red-Risco—. Creo que puedo tener el motor acabado en menos de dos, si conseguimos el dinero.

Devolvió su atención a la escena tridimensional que flotaba sobre el suelo,

delante de la pantalla plateada del holovisor. Los representantes se habían reunido en una gran hondonada situada en el centro de Brillante y que servía como recinto para reuniones. En los últimos tiempos aquel lugar no se usaba con mucha frecuencia, porque muchas de las asambleas para negocios y espectáculos las efectuaban por medio de enlaces múltiples de comunicación, en vez de asistir a ellas personalmente. Sin embargo, aquélla era la última sesión de la legislatura antes de las elecciones y se efectuaba, como era tradicional, en el recinto de comunicaciones. El último de los temas presupuestarios a tratar en aquella magna sesión era la aprobación de los fondos para construir el motor de desplazamiento inercial, a escala gigante, que se necesitaba para reemplazar el motor que fallaba en un cohete conductor de los humanos. Por sus enormes dimensiones y por su forma tórica, los presentadores de la holovisión lo habían bautizado con el mote de Roscón Jumbo. Lo de Roscón derivaba de su parecido con un pastel que los humanos solían comer. Uno de los legisladores estaba en el uso de la palabra, y la holocámara enfocó sus pedúnculos de ojos, que se agitaban al mismo tiempo que la placa alfombra del estrado ampliaba los golpes y movimientos de su arista.

—... Y yo, en primer lugar, no quiero regresar a mi clan, precisamente antes de las elecciones, y tener que explicar que hemos de aumentar los impuestos sólo para poder rescatar a un grupo de Pausados ignorantes que no supieron construir correctamente su nave espacial. Yo digo: ¡Qué se rescaten ellos mismos!

—Estoy seguro de que mi estimado colega del tercer sextante de la cámara no quería decir exactamente lo que acabamos de oír —le reprendió una legisladora—. Con toda justicia hemos de oponernos a que se diga que los Pausados son unos ignorantes, aunque vivan con tal lentitud que les resulte imposible llegar a ponerse a nuestro nivel. Pero esto no quiere decir que sean animales. No podemos ignorar su difícil situación y dejar que se mueran. Después de todo, nos ayudaron en el pasado.

—Pero ya ha pasado mucho tiempo desde que esto sucedió. Fue cuando éramos unos salvajes. Les hemos pagado con creces. Hemos llenado sus cristales de memoria con toda la tecnología avanzada para que puedan utilizarla. Hemos eliminado los agujeros negros que existían en su Sol para evitar las eras glaciales que, en caso contrario, deberían haber soportado. Afirmo que no estamos en deuda con ellos. La exploración del espacio es peligrosa. Los individuos, tanto los cheela como los humanos, resultan muertos con mucha frecuencia por accidentes imprevisibles. Estos Pausados aceptaron voluntariamente una misión peligrosa. Han tenido mala suerte y deberán aceptar su sino. ¿Por qué hemos de vaciarnos los bolsillos para salvarles de su propia temeridad? Yo votaré ¡No!

—¡No es posible que hable en serio! —explotó, airado, Red-Risco—. ¡No dejaremos que estos humanos mueran, cuando podemos salvarles con tanta facilidad! Está haciendo comedia de cara a los electores. ¿Hay alguna probabilidad de que estos

locos no nos den el dinero?

—Si se pone a votación en esta sesión, probablemente se autorizará la asignación, aunque será por poco margen —calculó Estrella-Fugaz—. Lo que temo es que decidan aplazar la votación hasta después de las elecciones. Para entonces ya habría resultado elegido un número elevado de nuevos representantes y tendríamos que volver a pasar por todo el proceso de reeducación y justificación. Esto requeriría todo un gran de giros, y el tiempo se nos está quedando corto.

Otro cheela ocupó el estrado de los oradores. Debía ser la líder del cuarto sextante, puesto que había salido de la zona principal de aquel sector. Su cuerpo era grande y firme y resultaba de una gran presencia. El ritmo de ondulación de sus pedúnculos de ojos se hizo cada vez más lento a medida que iba atrayendo la atención de la asamblea de legisladores.

—El legislador del primer sextante y la legisladora del tercer sextante son muy competentes. Ambos han estudiado la misma serie de hechos, pero al parecer no han llegado a estar de acuerdo. Estoy segura de que hay muchos de ustedes con unas diferencias de opiniones similares. Quiero hacer una propuesta de compromiso. Recomiendo que devolvamos el rollo de esta propuesta al agujero de la pared archivo de donde ha salido y volvamos a considerarla cuando se hayan efectuado las elecciones. Entonces ya tendremos más información procedente de nuestros contables e ingenieros y podremos llegar a una decisión con mejor conocimiento de causa. Tal vez entonces hayamos podido hallar un modo menos costoso de realizar el proyecto.

—¡Los humanos están en peligro, debemos decidirlo ahora si queremos que nuestra actuación sirva para algo! —dijo una arista desde el primer sextante.

La líder del cuarto sextante se calló, formó un par de pseudópodos y sacó de una de sus bolsas un rollo de escritura. Lo dejó en el suelo donde la gravedad lo mantenía plano, y bajando uno de sus ojos cerca del suelo empezó a leer:

—Registro de los informes del subgrupo de la Legislatura que se ocupa del Espacio, Comunicaciones e Interacciones con los Pausados. De fecha giro 112 del gran de giros 2875 desde el Contacto. Informe de progresos dado por el comandante de la expedición de rescate de los Pausados, almirante Estrella-Fugaz —se saltó unos párrafos y prosiguió—. Cito exactamente lo dicho por el almirante Estrella-Fugaz: «Nuestros calculadores estiman que las mareas llegarán a ser lo suficientemente altas para romper el casco de la nave humana en 2880. Los humanos pueden sobrevivir en los tanques de protección contra las mareas, tal vez hasta 3010.» —continuó—, en una sección posterior dice: «Contando a partir del momento en que se autorice la realización del proyecto, nuestros ingenieros calculan que van a necesitar aproximadamente dos gran para terminar la construcción del motor de propulsión inercial e instalarlo en el cohete de los humanos». —Después de citar prosiguió—: Tenemos tiempo. Dentro de pocos giros estaremos en 2876. Los humanos estarán a

salvo por lo menos hasta cuatro gran después, y tan sólo necesitamos dos gran para completar el trabajo. Con toda seguridad, podemos aplazar la decisión por un breve periodo, hasta que hayamos celebrado las elecciones.

El líder del primer sextante avanzó rápidamente hasta la tarima del estrado de los oradores:

—La distinguida líder del cuarto sextante ha cometido la negligencia de no proseguir la cita del comandante de la expedición de rescate de los Pausados. ¿Quiere concedernos el favor de leer el párrafo siguiente, aprovechando la circunstancia de que lo tiene debajo de su arista?

Los pedúnculos de ojo de ella se agitaron con enfado, pero continuó leyendo:

—«Si por algún motivo, no obstante, existiese un retraso en el inicio de la construcción, el coste real podría exceder del que hemos calculado. Para mantener el plazo, cierto número de etapas de la fabricación deberían ser realizadas en paralelo. Siempre hay alguna posibilidad de error que obligaría a repetir algún trabajo y esto siempre es muy gravoso.» —levantó su ojo del rollo—. Sí, habría un riesgo si retrasamos la iniciación de los trabajos, pero también hay el riesgo de empezar ahora, sin buscar antes una solución menos cara. Como líder del cuarto sextante, pido una votación sobre la oportunidad de archivar el rollo.

—Esto está decidido —dijo Estrella-Fugaz en voz baja—. Después de que un líder de un sextante pide una votación, el debate se detiene hasta que se haya efectuado el recuento de votos. Me complace que se viera obligada a leer lo del costo supletorio, pero consiguió cubrirse bien. Esto va a resultar muy reñido. Si la votación se hiciera para decidir sí o no a la adjudicación de dinero, entonces habríamos ganado con toda seguridad, porque a nadie le gusta quedar señalado en las actas como partidario de dejar que los humanos se mueran. Pero, entre los que habrían votado sí, hay muchos que estarán a favor de aplazar la decisión.

La imagen del holovideo hizo un zoom inverso para mostrar como los legisladores acudían a las placas alfombras preparadas para dar su voto, tocando sus pantallas de arista. En un reluciente rectángulo que aparecía en el centro del bloque del holovisor, Red-Risco podía seguir el recuento de votos. Se había llegado a 114 síes frente a 112 noes para decidir si devolver el rollo al archivo, cuando dos legisladores más se deslizaron por las rampas y los totales quedaron igualados en 114 cada uno.

—¡Falta uno de los legisladores! —exclamó el almirante Estrella-Fugaz.

—Veo a alguien, allí al fondo.

—¡Maldición de Brillante! —el almirante Estrella-Fugaz pudo identificar al cheela que faltaba—. Es Arista-Parlante, del quinto sextante. Creo que estará decidido a votar en favor de retirar el rollo. Pero sólo tiene dos sezgiros de tiempos para alcanzar su alfombra de votación.

Ambos observaban al legislador que iba bajando por la rampa. Era uno de los legisladores más viejos, y su placa alfombra de voto estaba en el centro de reuniones.

—Falta un seziro —musitaba Estrella-Fugaz—. Sólo 12 parpadeos... 8... 7... 6... 5... 4... 3... 2...

Sonó un gong y la votación se cerró con empate a 114 síes y 114 noes.

—Una votación con empate, no decide nada —sentenció el juez de votación.

—¡Hemos ganado! —gritó la imagen de Estrella-Fugaz, con tanta energía que Red-Risco pudo percibir que su propia arista vibraba—. Llene sus bolsas. Nos encontraremos en la planta de montaje de naves espaciales del polo Este.

—¿Dice usted que hemos ganado? —preguntó Red-Risco—. Si ni siquiera ha empezado la votación sobre la asignación de fondos, ¿cómo es posible que hayamos ganado?

—Considerando lo fácil que resulta posponer los asuntos para un legislador cuando tiene alguna duda en su mente esta última votación representa para nosotros una victoria inmensa. Le doy mi palabra de que, cuando se acabe la votación para conceder la asignación vamos a ganar por tres a uno.

Pero Estrella-Fugaz se equivocaba. El líder del cuarto sextante solicitó una votación por medio de la arista, y entonces el voto resultó unánime.

Red-Risco apagó su holovisor y volvió a sus ocupaciones de jardinería. No estaría bien dejar sin terminar el arriate de plantas, y necesitaba aquel periodo de tranquila relajación que obtenía al trabajar la blanda corteza con sus manipuladores, antes de partir para encargarse del mayor de los proyectos de ingeniería en que se ocupaba su empresa.

Cuando hubo terminado la tarea en el jardín, regresó a sus habitaciones y empezó a llenar sus bolsas con las cosas que iba a necesitar durante la larga ausencia de su casa.

—¡Arena-Movediza! —llamó—. ¿Dónde están mis insignias y mi pintura corporal? Estoy seguro de que va a haber algunas ceremonias formales, y tendré que llevarlas.

—Todavía están en su maleta —dijo Arena-Movediza al tiempo que le entregaba la bolsa—. No ha llegado usted a vaciarla desde su último viaje. He sacado solamente una gran cantidad de toallas, tan sucias y con tantas manchas de alimentos, que las voy a usar como abono. Hay algunos rollos de toalla y algunas joyas relucientes en el agujero de abajo, a la izquierda de la pared de su cuarto vestidor.

—Pon sólo las toallas en la maleta —dijo Red-Risco—. Y deja aquí las joyas ostentosas. Se trata de un trabajo y no de una fiesta.

—Usted debe llevarse las joyas —insistió Arena-Movediza—. Va a visitar las estaciones espaciales y la Cúspide de la Plataforma de Lo-Más-Alto. Es posible que usted no tenga muy buena opinión de sí mismo. Pero, para toda aquella gente, usted

es una celebridad. Va a haber recepciones, y usted debe aparecer como el propietario de una de las mayores compañías privadas de Huevo.

Arena-Movediza sacó las joyas radiactivas hechas con cristales de uranio, enriquecido en neutrones, que estaban en el agujero de la pared del vestidor. Se las entregó a Red-Risco que las miró durante un cierto tiempo. Relucían a causa de la emisión de rayos gamma, debida a la fisión espontánea de los núcleos de uranio. Las metió en la maleta de viaje. Abrió una bolsa de uno de sus costados e introdujo profundamente la maleta en su cuerpo. Debería sacarla de allí cuando tomara el transporte del Bucle de Salto, porque sólo estaba permitido llevar una pequeña cantidad de equipaje en la cabina de la nave de salto.

Se fue hasta su estudio para embolsar algunos instrumentos y rollos técnicos, y dio a su robot secretaria las instrucciones para el manejo de los mensajes.

Lassie, que había visto en muchas ocasiones anteriores como su amo se marchaba, se desplazó lentamente desde su yacija y se acercó a él para que le acariciara los pedúnculos de los ojos. Mientras Red-Risco mimaba a la casi calva Vergonzosa y le dirigía unos dulces ruidos electrónicos, le dio las últimas instrucciones a Arena-Movediza, utilizando su arista inferior.

—Por lo menos habrá de pasar medio gran de giros antes de que pueda tomarme un respiro para regresar a visitaros —dijo—. Es posible que Lassie se muera mientras estoy fuera.

—Cuidaré de ella —prometió Arena-Movediza—. Los otros Vergonzosos estarán contentos de tener algo más que carne de Desliza-Lento en sus comederos.

—No la des a comer a los Vergonzosos —dijo Red-Risco—. Ha sido mi fiel Vergonzoso desde que estaba en la escuela de ingeniería. Quiero comérmela yo mismo.

—¡No consigo entenderle! —se notaba el disgusto de Arena-Movediza—. Aquí está usted, que es lo bastante rico para poder comer filetes de primera, de carne de cheela, todos los días, y me dice que quiere chupar una carne vieja y fibrosa de Vergonzoso.

—Pues será así —dijo Red-Risco—. Pero me parece que tienes razón cuando dices que su carne es vieja. Será mejor que hagas carne picada con las partes más duras.

Hizo una última caricia a Lassie, tomó su planta mascota Red-Bonita, y fluyó por la puerta, pasó por el patio y salió a la calle donde le esperaba un coche deslizante robotizado para llevarle hasta el Bucle de Salto.

Se deslizó sobre la placa de grueso metal, que le estaba esperando, entre el escudo frontal y la unidad de potencia situada detrás, y luego la cubierta transparente y superconductor se cerró encima de él. El coche de deslizamiento se levantó unas cuantas micras del suelo y aceleró calle abajo, viajando sobre las olas del campo

magnético que generaba en su placa base.

La terminal de pasajeros del Bucle de Salto estaba en las afueras de Brillante, no demasiado lejos de las ruinas del Templo Sagrado. Allí se estaban efectuando algunos trabajos de restauración, y Red-Risco pudo ver algunas grandes máquinas excavadoras de la corteza que trabajaban en la colina de uno de los ojos. Este era uno de los pocos trabajos cuya contrato había perdido Construcciones Red. Tanto él como sus ingenieros estaban acostumbrados a los trabajos de alta tecnología, y siempre acababan por perder al fijar el precio de las operaciones de excavación. El coche deslizador se detuvo y Red-Risco insertó su tarjeta magnética en la correspondiente ranura.

El vehículo descontó 8 estrellas y 64 gruesavos y le liberó de su prisión transparente.

La terminal estaba situada en un barrio peligroso de la ciudad, por lo que se apresuró a dirigirse a la puerta que estaba señalizada como ENTRADA. En el mismo momento en que activaba con su arista la puerta magnética, un rapazuelo se metió en la abertura entrando en sentido contrario. Estaba muy sucio y su flanco sin emblemas tenía más cicatrices que los flancos de muchos soldados. Mantuvo la puerta abierta empleando su arista e intentó acuchillar con un afilado estilete a Red-Risco, quien rápidamente invirtió el golpeteo de su arista.

—¡Está bien, maldito gordinflón. Échate hacia atrás y no te pasará nada —miró hacia detrás de la puerta—. Arista-Cascada... Espalda-Pecosa...!, ¡moveos! —gritó—. ¡Los claneros están detrás de vosotros!

Dos nuevos pilluelos aparecieron por la puerta; todavía eran más pequeños que su jefe. La menor de ellos lucía algunas joyas de vestir y una toalla bordada que sin duda había robado. No era mucho mayor que una cría, acabada de salir del cascarón, y Red-Risco pudo mirar su parte superior para comprobar que «Espalda-Pecosa» estaba cubierta de manchas de tonalidad distinta a la del resto de su cuerpo. El conjunto de las pecas se extendía también a sus ojos, porque algunos de ellos eran rosados en vez de tener su color normal de un rojo oscuro.

Arista-Cascada dio a su jefe de pandilla una de las dos maletas que habían sustraído, y los tres pilluelos de la calle desaparecieron en distintas direcciones. Red-Risco oyó el golpe de la puerta automática al cerrarse y volvió a pisar la alfombra de activación para abrir la puerta y dejar salir a la agente de orden público. Esta lanzó una mirada con sus doce ojos que lo abarcó todo, y se marchó en persecución del jefe de la pandilla, que todavía estaba intentando meter una pesada maleta en una de sus bolsas. Red-Risco la vio pasar, pero era evidente que la agente, cargada con todas sus armas, insignias y aparatos de comunicación, no iba a poder coger al veloz chiquillo.

Red-Risco había quedado horrorizado al ver el tamaño del menor de los ladrones. En los recintos de incubación de su clan, una cría de aquellas dimensiones estaría

todavía jugando con los Ancianos, escuchando el relato de las antiguas historias de los héroes del clan y las hazañas que habían realizado.

Aquella niña debía ser lo que los asistentes sociales llamaban «una cría rechazada». Era muy probable que su madre hubiera sido una prostituta sin clan que había abandonado su huevo entre la basura local. Si el huevo no era comido por los basureros, la cría podía tener una probabilidad razonable de sobrevivir, porque los cheela acabados de salir del cascarón, podían alimentarse por sí mismos y entre la basura había gran cantidad de alimentos. Luego, algunas crías ya mayores podían tomar a los pequeños bajo su protección para enseñarles a robar en su beneficio.

El simple hecho de pensar en aquella pobre y desamparada criatura, con su fea espalda llena de pecas, creó en el cuerpo de Red-Risco unas potentes tendencias sentimentales de protección. Deseaba encontrar a aquella pobre criatura para protegerla, alimentarla y amarla. Quería...

Red-Risco se estremeció voluntariamente para hacer desaparecer aquel sentimiento. Todavía no podía permitir que sus hormonas le convirtieran en un anciano. Tenía que realizar un trabajo.

Fluyó por la puerta y entró en el terminal, convertido otra vez en un hombre de negocios. Encontró la puerta de acceso que pudo atravesar, cuando su tarjeta magnética demostró que tenía una reserva para aquel Salto. Puesto que el pasaje del Salto era un gasto mayor, en la barrera del acceso tenía un lector de arista para comprobar que se trataba del legítimo poseedor de la tarjeta.

Mientras se deslizaba en el largo y esbelto vehículo, un mozo le ayudó a sacar de su bolsa la maleta de viaje. Y, mucho más delgado, avanzó por el estrecho corredor y se introdujo, de lado, en su ranura de alojamiento. Levantó el panel que debería evitar que su cuerpo se deslizase hacia afuera, durante la aceleración extrajo un rollo de papeles y empezó a leer con dificultad por la estrechez del lugar. Descifraba una pequeña parte, mientras usaba sus pseudópodos para desenrollar por un lado y enrollar por el otro.

La nave de saltos partió con puntualidad. Dejó a un lado el rollo para comprobar como los transparentes escudos superconductores se levantaban para cerrar el compartimiento. El vehículo se deslizó por una rampa hasta el inicio del Bucle de Salto propiamente dicho. Este parecía un tubo aplanado que viajaba por encima de la corteza durante un cierto tiempo y después se elevaba hasta llegar al cielo, en aparente desafío a la intensa gravedad de Huevo. El pasajero situado junto a Red-Risco era un jovencito que parecía que acababa de salir de la Academia de Ingeniería de los Clanes Aliados que estaba en Brillante. Llevaba unos emblemas de ingeniero que, sin duda, estaban acabados de hacer.

—Parece que sea imposible, ¿no es cierto? —dijo el jovencito.

—Parece como si tuviera que caer —contestó Red-Risco.

—No debe preocuparse —le tranquilizó el joven—. Todo es perfectamente seguro. Verá usted: lo que lo mantiene suspendido es algo que usted no puede ver, la cinta de elevada velocidad que se desplaza dentro del tubo. En un túnel, al este de aquí, hay enterrado un potente motor lineal electromagnético que hace que la cinta se mueva a gran velocidad y la introduce en el interior del tubo.

Notaron un golpe cuando el morro del vehículo empezó a inclinarse hacia arriba.

—Acabamos de pasar sobre la magneto de deflexión que desvía la cinta hacia arriba —explicó el ingeniero jovencito—. La cinta viaja a una velocidad que alcanza prácticamente la cuarta parte de la de la luz, y entraría en órbita si no hubiera de levantar el peso del tubo.

—¡Oh! ¿De veras?

—Sí —afirmó el ingeniero—. Pero usted no se preocupe, que no nos vamos a ir al espacio. El tubo se mueve con la cinta transportadora, utilizando guías superconductoras, y pronto va a nivelarse para que viajemos sobre la superficie de Huevo. Vamos allá. ¿Nota usted la aceleración a medida que las fijaciones magnéticas del vehículo empiezan a acoplarse con las de la cinta?

Se hundieron mucho más profundamente en sus ranuras cuando el vehículo empezó a elevarse sobre la parte superior del tubo en dos tramos superconductores, mientras captaba la energía de la cinta de alta velocidad que iba por dentro del tubo. Fue aumentando la velocidad. Siguió una trayectoria plana a 10 metros de altura y viajaron rápidamente a lo largo de los 2 kilómetros de longitud del tubo. A su izquierda había un tubo idéntico que llevaba la cinta en su viaje de regreso, hasta la terminal que acababan de dejar. Una aguja de plata con su morro ligeramente brillante, pasó como un proyectil en el circuito de su izquierda.

—Eso es una nave de salto orbital que regresa desde el espacio —dijo el joven ingeniero—. El verdadero problema de la nave de salto estriba en disminuir lo suficiente su velocidad para poder aterrizar. Aquí, en Huevo, al contrario que en la Tierra, la atmósfera es demasiado tenue para poder utilizar aerofrenos. Tampoco es posible utilizar la atracción magnética, porque llegaría a fundir la nave. Para frenar, se deslizan a lo largo del tubo y transmiten la energía del vehículo a la cinta. Nosotros vamos a recuperar una parte de esta energía cuando despeguemos. Puesto que no necesitamos acelerar tanto, probablemente saltaremos a la cinta que va hacia el este, en la estación que está a mitad del trayecto.

Cuando llegaron al punto kilométrico uno, un desvío de los sistemas de guía les despidió en un pequeño bucle que les hizo virar hacia el este. Red-Risco que había viajado en el Bucle de Salto muchas veces, fue capaz de notar el pequeño incremento en la gravedad que actuaba sobre su cuerpo cuando se activaron los generadores de campo gravitatorio que estaban en la base de su vehículo. Los enlaces magnéticos se fijaron sobre la cinta y empezó la aceleración.

—Se supone que antes han de conectar la gravedad —explicó el ingeniero mientras sus pedúnculos de los ojos se movían nerviosamente—. Cuando alcancemos el final del bucle y salgamos despedidos, estaremos en caída libre. ¡Para entonces la gravedad ya ha de estar conectada o vamos a explotar!

—Estoy convencido de que el piloto está al cuidado de todas las cosas. Comprenda que, como el funcionamiento de los generadores de gravedad resulta muy caro, es probable que espere hasta el último parpadeo para hacerlos funcionar.

El vehículo salió despedido del extremo del tubo a una velocidad igual a la cuarta parte de la de la luz, y ambos se dilataron verticalmente cuando la gravedad quedó reducida a tan sólo un millón de «ges».

—No parece que sea muy intensa, ¿no es verdad? —el jovencito evidentemente se había tranquilizado—. Pero con esto ya basta para evitar que nuestros electrones vayan a ponerse en órbita alrededor de nuestros núcleos, y ocasione la rotura de nuestras moléculas nucleares.

El vuelo suborbital alrededor de la cuarta parte de la circunferencia de Huevo no duró más que dos mizgiros, a una velocidad próxima a la de la luz. Pero, durante todo este tiempo Red-Risco se enteró de todo lo relativo al nuevo empleo del jovencito que iba a trabajar en el Roscón Jumbo.

—Va a ser el mayor motor para la navegación inercial que jamás se haya construido. Pero Construcciones Red es la mayor compañía de construcciones de todo Huevo, y es lo bastante grande para poder construirlo. He tenido mucha suerte al conseguir que mi primer empleo sea con ellos. Se portan bien con sus ingenieros, siempre que estos trabajen intensamente, y esto es lo que voy hacer. Me han destinado al equipo que se ocupa de construir las plataformas de lanzamiento de los segmentos del motor, que son los que...

—Creo que estamos llegando a Ascensión de Ligeró —dijo Red-Risco.

El joven ingeniero miró hacia adelante.

—Aquí el Bucle de Salto es menor que el de Paraíso de Brillante —dijo—. Éste sólo lo utilizan para los vuelos suborbitales. El que está en Paraíso de Brillante puede acelerar a los vehículos hasta una velocidad igual a la mitad de la de la luz, que ya es mayor que la velocidad de escape de Huevo.

El piloto usó los impulsores para alinear el vehículo con los dos largos caminos que estaban suspendidos encima de la corteza. Ascensión de Ligeró era una mancha sobre el paisaje, con una red rectangular de calles, que se volvía más irregular a medida que la ciudad iba ascendiendo por las colinas que constituían las estribaciones de las montañas del polo Este, hasta llegar a la zona de fincas de recreo que se escondían en los valles más elevados. Muy por encima de ellos, descollaba la Fuente Espacial, una estructura metálica que desaparecía en el cielo a muchos kilómetros por encima de su nivel.

—Éste es otro proyecto en el que trabaja mi compañía —dijo el ingeniero—. ¿No es divertido? Es una especie de Bucle de Salto vertical, pero utiliza una corriente de anillos en vez de una cinta.

Disminuyeron su velocidad para aproximarse a los valores habituales en el suelo hasta que, en punto muerto, fueron a detenerse dentro de la terminal. El joven ingeniero ya estaba en el pasillo, para llegar antes al depósito de equipajes. Red-Risco le siguió, sacando su planta mascota de su bolsa, para dejarla enfriar de cara al cielo.

El jovenzuelo miró la planta con interés.

—Esta planta se parece mucho a la que Construcciones Red utiliza como distintivo —dijo—. Bien, ha sido muy agradable poder hablar con usted. ¿Qué va usted a hacer en Ascensión de Ligeró?

—¡Oh! Trabajaré también en el Roscón Jumbo —dijo Red-Risco.

—¿De veras? ¿A qué sección va destinado? ¿A las rampas de lanzamiento?

—No. Me cuido de las finanzas y de hacer los planes a largo plazo.

—¡Oh! Bien. Supongo que alguien se ha de dedicar a hacer los trabajos de escritorio. Pero lo verdaderamente divertido está en la ingeniería. Ya nos veremos uno de estos giros, —dijo cuando ya intentaba empujar para abrirse camino contra el poderoso campo magnético vertical que penetraba en Ascensión de Ligeró.

Red-Risco se sintió viejo cuando fluyó en la ranura trasera del coche de la compañía, conducido por un chofer que le estaba esperando en la calle.

—Al edificio de la administración —dijo al conductor—. ¡Espere! He cambiado de intención. Lléveme a la planta de montaje de espacionaves. El trabajo de escritorio puede esperar.

Mientras el coche de deslizamiento hacía su recorrido hasta la planta que estaba en los alrededores de Ascensión de Ligeró, Red-Risco efectuó una llamada, usando el comunicador móvil, al Centro Espacial de los Clanes Aliados para hablar con Estrella-Fugaz.

—He logrado activar los trámites del contrato a través de la burocracia de Paraíso de Brillante y del Centro Espacial —le informó Estrella-Fugaz—. Está a punto para que usted lo selle con la impresión de su arista. ¿Dónde se lo he de llevar? Quiero empezar de una vez.

—Ya hemos empezado. ¿Por qué no se reúne usted conmigo en la planta de montaje? Quiero ver la maqueta a escala natural, antes de que la destruyan para hacer sitio a la verdadera máquina.

La planta de montaje de espacionaves de Construcciones Red estaba en los mismos terrenos que la base de lanzamientos, no muy lejos del edificio del cuartel general del Centro Espacial, lo que permitió a Estrella-Fugaz llegar allí antes que Red-Risco.

—¿Ha tenido un buen salto? —le preguntó cortésmente Estrella-Fugaz.

Red Risco esperó un poco, recapacitó y dijo:

—Ha sido interesante. Vayamos a ver la maqueta.

El andamiaje que rodeaba y sostenía a la maqueta se podía ver desde lejos. Entraron por la barrera de seguridad y un pequeño coche deslizante les llevó en un recorrido circular alrededor de la colosal estructura.

—Dispuse que los ingenieros construyeran un modelo a escala natural y con peso real, para que el andamiaje estuviera sujeto a las mismas tensiones que deberá soportar y no hubiera fallos en su construcción. Aunque el motor ha de trabajar en el espacio, hemos de montarlo y probarlo aquí, en Huevo, para asegurarnos de que puede resistir las tensiones de su funcionamiento, cuando lo pongamos en marcha en el espacio.

Estrella-Fugaz miró hacia arriba y vio a una cheela que se deslizaba por un estrecho tablón, muy por encima de su propio nivel, y lo hacía con la misma facilidad con que lo haría si estuviera sobre la corteza.

—¿A qué altura está? —preguntó Estrella-Fugaz.

—El espesor de la máquina es de 48 milímetros —le explicó Red-Risco—. O sea que el punto más alto del andamio debe estar a unos 60 milímetros.

—No me importa mirar hacia abajo cuando estoy en órbita —dijo Estrella Fugaz—. Pero nunca podría tener fuerzas para hacer una cosa como ésta.

—Pocos son los cheela que pueden. Encontramos a los que lo hacen mejor en el clan de Roca Blanca. Será porque pasan mucho tiempo de su niñez jugando cerca de unos acantilados muy altos.

El coche deslizante se detuvo cerca de una discontinuidad en la estructura por donde se había retirado una parte del modelo.

—La máquina se construirá en doce partes —dijo Red-Risco—. Después de los ensayos de resistencia, los segmentos se lanzarán por separado y se volverán a montar en el espacio.

El coche deslizante entró por el agujero de la máquina en forma de rosquilla y pudieron ver la complejidad de los extractores de energía, anuladores de tensión y los generadores de vértices que habrían de provocar el vacío por sí mismos, obtener energía de él y, después, utilizar esta energía para dar inercia al vacío a fin de que éste pudiera usarse como masa de reacción contra la que pudiera apoyarse el impulsor.

El vehículo se detuvo cerca del montacargas del andamio, que utilizaron para llegar a la plataforma de inspección más alta. Sus cuerpos estaban protegidos y totalmente seguros detrás de unas barreras miraron hacia abajo y vieron el «roscón» de 144 milímetros de diámetro, al que le faltaba un pedazo.

—Dentro de un gran de giros la maqueta ya habrá sido reemplazada por la máquina real —le dijo—. Red-Risco.

—Vayamos a firmar este contrato y empecemos por fin —dijo Estrella-Fugaz—. Las mareas gravitatorias empiezan a causar deformaciones perceptibles en el Matadragones.

La fabricación de los doce segmentos del Roscón Jumbo concluyó en el plazo previsto, pero los ensayos de resistencia descubrieron un fallo en los planos. Un conector de potencia falló cuando se activó el blindaje superconductor.

—En cada segmento hay 144 conectores y tenemos 12 segmentos —dijo Red-Risco—. Hacerlos de nuevo va a requerir un mínimo de 12 cheela-gran y nos va a situar a 24 giros de retraso sobre lo previsto.

—Iré al Subcomité de Presupuestos de la Legislatura y pediré una ampliación del presupuesto —prometió Estrella-Fugaz—. Ya les había advertido de que una cosa así podía suceder, si se retrasaban en su decisión. ¿Cuánto necesita usted?

—Nada —contestó Red-Risco—. Pagaré la diferencia de mi bolsillo particular. Sólo deberá explicarles que vamos a tener algún retraso.

Medio gran después, el último de los segmentos se cargó entre las celdas esféricas de lanzamiento que eran mitad andamio y mitad nave espacial. La esfera fue transportada hasta el centro de un campo libre, y colocada en una depresión que había en su centro. Enterrada bajo el suelo había una catapulta gravitatoria que, ante todo, levitó la esfera unos 100 milímetros sobre la corteza, para que se pudieran activar los motores inerciales.

Después, con la ayuda que proporcionaba el empuje de sus motores, la esfera fue lanzada al espacio mediante una breve descarga de repulsión gravitatoria, procedente de los gigantescos bobinados enterrados en el suelo.

—Ha acelerado desde cero a un tercio de la velocidad de la luz, en un abrir y cerrar de ojos —comentó Red-Risco—. Pero gracias a que se utilizaron fuerzas gravitatorias, apenas si ha sufrido tensiones.

—Es formidable, para ser una máquina tan antigua —dijo Estrella-Fugaz—. Bien. ¿Por qué no la seguimos?

—Antes quiero inspeccionar los progresos de la Fuente Espacial —dijo Red-Risco—. Nos reuniremos en la Estación Espacial del polo Este.

El almirante Estrella-Fugaz aprovechó el lanzamiento de una lancha de exploración, que se acababa de poner en servicio y que iba a ser probada enviándola al espacio. La catapulta gravitatoria ya no se utilizaba en los viajes ordinarios debido a su elevado coste operativo.

Red-Risco comprobó los trabajos en curso en la Fuente Espacial, saltó de regreso a Paraíso-Brillante, para dedicar algunos giros a sus animales, y luego regresó al Bucle de Salto, para el largo salto hasta la Estación Espacial del polo Este. Se reunió con Estrella-Fugaz y se fueron en un pequeño crucero a inspeccionar la instalación

del Roscón Jumbo, para lo que se utilizaba un transpone de carga que había sido acondicionado para esta misión.

Llegaron allí cuando se acababa de colocar en su sitio el último segmento.

—Dentro de pocos giros va a terminar mi trabajo, y va a empezar el de usted —dijo Red-Risco.

—Bien —dijo Estrella-Fugaz—. Hemos llegado justo a tiempo. Ya hemos empezado a ver algún deterioro en el casco de presión del Matadragones, pero todavía está intacto. Los humanos han abandonado la consola de comunicaciones y se han retirado a los tanques de protección.

FECHA: 06:54:00 MG; MARTES, 21 DE JUNIO DE 2050

Los tirones de la gravedad iban siendo cada vez peores. Un frasco metálico para beber quedó suelto por los pasillos y llegó como un proyectil desde la comunicación con el piso inferior. Pasó como un relámpago cerca de Amalita y se dirigió hacia una de las consolas de electrónica científica, que estaba en el puente principal entre las compuertas. El frasco de bebida se estrelló contra uno de los mandos de la consola. Eran ya tres los proyectiles que volaban hacia atrás y hacia adelante por la cubierta principal: una abollada ampolla metálica y las dos cortantes mitades de un tirador de plástico.

—Esto está claro —sentenció Pierre—. Ya es demasiado peligroso estar aquí. ¡Entremos en los tanques!

—Pero cuando estemos en los tanques, no podremos hacer nada para salvar la nave —arguyó Amalita.

César no discutió con Pierre y no tardó en cerrar la puerta de su cubículo. Pierre apuntó su índice para señalar la pared exterior del Matadragones que se doblaba ostentosamente bajo las extremas fuerzas de la gravedad.

—Cuando desaparezca el casco de presión, estos tanques van a ser lo único que nos pueda mantener con vida —replicó—. O sea que, entra ya.

Abrió la compuerta del tanque y la sujetó para que Amalita entrase.

De mala gana ella abrió la puerta del armario que estaba debajo de la compuerta, sacó la máscara de respiración y se la colocó. En aquel mismo instante el frasco de metal se acercó volando hasta ellos. Amalita lo cazó al vuelo y lo metió en el armario, cerró la puerta de éste y trepó rápidamente hasta quedar dentro del tanque, mientras se ajustaba la máscara. Pierre se cuidó de comprobar el tanque, y cuando el agua llegó al nivel de la mirilla, pasó alrededor de la columna central intentando quedarse lo más cerca posible del centro de masas de la nave para buscar la fuerza de gravedad más baja. Un momento antes de cerrar su compuerta observó que los mecanismos que sostenían las pantallas metálicas sobre las mirillas exteriores,

acababan de fallar. Miró hacia afuera y vislumbró la mortal estrella de neutrones que pasaba cinco veces por segundo. Por suerte, el cristal todavía resistía a la presión. Mientras cerraba su propia compuerta vio una constelación de objetos, brillantes como estrellas, que aparecía al otro lado del cristal de la mirilla exterior.

FECHA: 06:55:05 MG; MARTES, 21 DE JUNIO DE 2050

—¡Huevo Sagrado! —exclamó uno de los tripulantes cheela cuando la pequeña armada de naves espaciales cheela navegaba entre los grandes e incandescentes asteroides condensados. Los motores trabajaban continuamente para compensar los constantes cambios del campo gravitatorio, causados por la salida de sus posiciones de los asteroides. La nave espacial se había estabilizado, en una posición sincrónica, a unos quince metros de distancia del casco exterior del Matadragones. Quedaba cerca de una de las mirillas que habían quedado sin la protección de la pantalla metálica.

—Preparad un aparato volador para mí —ordenó Estrella-Fugaz.

—A la orden almirante —contestó su segundo en el mando, la capitana Estrella-Brillante. Su arista tamborileó una orden al casco cristalino de la nave espacial, de donde fue recogida por los equipos de lanzamiento de naves individuales que estaban en el hemisferio opuesto de la redonda nave espacial.

—¿Puedo acompañarle, en otra nave? —solicitó Estrella-Brillante por medio de un susurro electrónico.

—Desde luego. Es muy poco frecuente poder contemplar directamente a un humano de carne y hueso. Comprendo que se vean muy extraños porque los rayos X los atraviesan y sólo podemos ver los huesos de los manipuladores que tienen dentro. Estoy seguro de que la mayor parte de la tripulación quisiera tener una oportunidad para ver a los Pausados. Prepare algunos focos de rayos X y acérquelos a aquella mirilla para iluminar el interior.

Cuando los focos de iluminación estuvieron emplazados, la tripulación pudo mirar a través del cristal intensamente teñido y borroso. La cubierta principal estaba vacía, a excepción de dos objetos grandes y abollados que flotaban uno al lado del otro. Eran casi transparentes, si se exceptuaba una pieza de metal inserta en un agujero de uno de ellos. Utilizando el mapa del Matadragones que había sacado de sus archivos, Estrella-Fugaz pudo identificarlo como la compuerta del tanque de Pierre. La compuerta en cuestión estaba abierta a medias y en el interior Estrella-Fugaz pudo ver una forma borrosa de extrañas formas y colores. Era la cabeza de Pierre. En el centro de la mancha había una estructura de color violeta, relativamente densa, que tenía cuatro agujeros. El cráneo óseo estaba recubierto con carne blancoazulada, y la parte de arriba y la de abajo tenían unas tenues manchas blancoamarillentas de pelo.

—¿Por qué no cierra la compuerta? —preguntó Estrella-Brillante.

—Lo está haciendo. Pero los Pausados tardan mucho tiempo en hacer cualquier cosa —le contestó Estrella-Fugaz—. Si usted regresa dentro de algunos giros, podrá ver que la compuerta se está cerrando. Pero habrán de pasar una docena de giros antes de que esté cerrada y con el cierre echado.

Otra nave se les había reunido. Al frente de ella iba Watson-Íncrito, profesor de Humanología del Instituto del Ojo Interior, que era el jefe científico de la expedición.

—Almirante Estrella-Fugaz —empezó diciendo—. Reconozco que nuestro plan inicial era estudiar a los humanos y su espacionave después de que se hubiera arreglado el cohete conductor. Pero si todos los humanos, excepto uno, están dentro de los tanques de protección, y sólo la cabeza de éste está disponible para su análisis, estaba considerando si usted nos concedería algo de tiempo, para hacer investigaciones, antes de que Pierre acabe de cerrar la compuerta.

—Si la Legislatura hubiera actuado con más diligencia, ahora no habría necesidad de que pidiera esto —dijo Estrella-Fugaz—. Habríamos llegado dos minutos antes y usted tendría tres humanos para estudiarlos.

—Sí, ya es bastante malo —coincidió Watson-Íncrito—. Nuestros modernos instrumentos son mucho más sofisticados que los que los cheela utilizaron en la última oportunidad de analizarles.

—¿Cuándo sucedió esto? —preguntó Estrella-Brillante.

—Hace más de mil gran —replicó Watson-Íncrito—. Almirante, ¿podemos disponer de una docena de giros?

Estrella-Fugaz estudió la petición y concedió:

—Le doy media docena. Después será preferible que sigamos con el objeto principal de la expedición que es arreglar el cohete y salvar a los humanos.

Los humanólogos se disgustaron mucho al no disponer para su estudio más que de una cabeza humana, y aún aquello estaba a más de dos metros de distancia de la mirilla. Pero hicieron cuanto pudieron y concluyeron cuando sólo habían transcurrido cinco giros.

FECHA: 06:55:06 MG; MARTES, 21 DE JUNIO DE 2050

—Bien —intervino Estrella-Fugaz cuando Watson-Íncrito le comunicó que había acabado— ha transcurrido todo un segundo de los humanos. Ocupémonos en salvarles. Poned rumbo hacia el cohete conductor averiado, y luego preparad la nave de carga para que coloque el motor de recambio en su emplazamiento.

Estrella-Brillante grabó el mensaje en la corteza, con su arista inferior. Enseguida, la gigantesca nave espacial de los cheela, tan grande como un balón terrestre de baloncesto, avanzó suavemente hacia una de las seis masas incandescentes que

rodeaban al Matadragones. El diminuto y brillante transporte se aproximó hasta pocos metros de los poderosos tirantes de acero inoxidable que sostenían el motor averiado al cuerpo principal del cohete conductor.

—Tened cuidado —aconsejó Estrella-Fugaz—. No os acerquéis demasiado. Este material es tan frágil como un huevo de Cáscara Floja.

—Lancen los cortadores y recolectores —tamborileó Estrella-Brillante.

Un conjunto de pequeñas esferas se desprendió de unas depresiones que había en el lado del gran crucero esférico. El tipo menor de las naves que aparecieron eran «patinetes» para un solo cheela, muy poco mayores que el cuerpo de su pasajero. Cada uno de los cheela blandía un largo instrumento cortante hecho de cristal de dragón. De una medida igual a la de una espada, habían sido contruidos especialmente para aquella misión.

Se acercaron a los puntos de unión de los tirantes seleccionados, y procedieron a cortar el duro acero como si estuvieran hechos con niebla. Otros cheela dirigían unas naves robotizadas mayores, en su trayectoria en zig-zag por la cámara de empuje del motor del cohete, que chisporroteaba. Las elevadas mareas gravitacionales provocadas por los agujeros negros de las naves cheela, destrozaron la cámara de acero en forma de hilos incandescentes. Su material se comprimía y era absorbido por la superficie de la espacionave, donde desaparecía dando un rayo de luz y dejando un pequeño granulo de materia degenerada en la superficie incandescente. Cuando la cámara de combustión del cohete conductor hubo desaparecido, llegó el momento previsto para la colocación del motor de repuesto, que los cheela habían llevado hasta allí.

—Traed la nave de carga —dijo Estrella-Fugaz—. Pero emplead el tiempo que sea necesario y hacedlo bien, porque tenemos todo un giro antes de que deba funcionar de nuevo.

La nave de carga se desplazó al vacío que había en la parte trasera del cohete conductor, donde antes había estado su motor. El carguero, que era una esfera de 360 milímetros de diámetro, llevaba incrustado en su superficie el motor, en forma de rosquilla, que medía 144 milímetros de diámetro. Ambos parecían muy diminutos, en comparación con los destripados restos del cuerpo del motor original que había medido diez metros de diámetro.

—Motor en posición —anunció Estrella-Brillante.

—Soltad el motor y retirad la nave de transporte —ordenó Estrella-Fugaz.

El Roscón Jumbo y la esfera de carga se separaron. Mientras la esfera se alejaba, unos rayos de fuerza de color violeta, salieron de unas pequeñas protuberancias del brillante roscón blanco, para controlar los muñones de los tirantes situados en la estructura del cohete conductor. Los rayos violeta variaron su luminosidad a medida que fueron poniendo el cohete bajo su control. El minúsculo, pero masivo motor,

estaba ya instalado.

Estrella-Fugaz contó con los sezgiros que iban transcurriendo, en el cronómetro incorporado en la parte superior de la caja de mandos que estaba bajo su arista. Cuando llegó el momento oportuno dio la orden:

—Activad la impulsión inercial.

Los rayos tractores de color violeta, que sostenían el motor, se hicieron más brillantes y apareció una curvatura del espacio que surgía del agujero del roscón. El campo estelar situado detrás del cohete conductor se agitó. Después de una larga espera, de casi un docigiros, el motor se paró, porque ya había terminado su trabajo durante aquel ciclo. Deberían esperar once docigiros más antes de que se necesitase de nuevo el motor, o sea que no podían hacer más que limpiar y esperar. Después empezaría el largo y tedioso proceso de comprobar el funcionamiento del motor, durante un gran número de ciclos, antes de que la expedición pudiera dejar que el motor funcionara por sí mismo mientras ellos regresaban a la superficie de Huevo.

Estrella-Fugaz estaba contento. La misión había resultado un éxito. Tres de sus ojos enfocaron a los ojos de su primer oficial.

—Anuncie un giro de descanso —susurró—. ¡Y empiecen a agujerear los envases de pulpa!

Pero antes de que la capitana pudiera tamborilear la orden oficial, el susurro electrónico del almirante había sido captado por la tripulación del puente de mando. Estrella-Fugaz advirtió muy pronto los golpeteos que levantaban ecos por toda la nave espacial. Levantó un pseudópodo que lanzó hacia la capitana antes de que pudiera transmitir la orden. Ambos escucharon con sus aristas. Captaron el frote apresurado de unas aristas veloces que se iban hacia el área de recreo donde estaban guardados los envases de pulpa. Los movimientos de los pedúnculos de los ojos de Estrella-Fugaz denotaban enfado. Estrella-Brillante, que sabía lo que se avecinaba, logró llegar a tiempo para levantar los puntos sensibles de su arista, antes de que el estruendo conmoviera el casco de cristal que tenía debajo.

—¡PERO PRIMERO! —llegó el grito de la arista del almirante—. ¡INSPECCIÓN! ¡Una inspección rigurosa!

Un profundo silencio se propagó por toda la nave. El único sonido que llegaba a través del casco era el de los motores inerciales en punto muerto.

—¡Vean cómo está esto! —tamborileó Estrella-Fugaz paseándose por el puente.

Su arista echaba a un lado trozos de basura y polvo, sus pseudópodos apuntaban acusadoramente a las insignias que los oficiales más jóvenes llevaban sin atender a lo dispuesto, que ordenaba que estuvieran exactamente horizontales en relación con la vertical de cada lugar.

—¿Cómo puedo esperar que el resto de la tripulación mantenga sus puestos en estado de revista, si el puente parece el lugar donde se revuelcan los Desliza-Lentos?

Se deslizó sobre una pantalla electrónica que estaba sobre el puente y volvió a explotar:

—¿Qué hijo de Vergonzoso de Cáscara-Débil es el que ha derramado jugo de pulpa sobre esta pantalla? El sabor de estas manchas abrasan mi arista. ¡Quiero que esta pantalla se limpie y que toda la nave se limpie hasta que pueda tocar cualquier punto de ella, con un ojo mojado, sin que tenga que parpadear!

Se fue como una tromba a sus habitaciones privadas y cerró dando un portazo con la puerta corredera. Esperó unos cuantos mizgiros, y se concentró en las vibraciones que llegaban a través del casco.

Escuchó el apagado rumor que Estrella-Brillante y los otros oficiales difundían por toda la nave. Después, llegó el ruido de frotamientos que produjo la tripulación cuando empezó la gran limpieza de la nave, algo que llevaba demasiado tiempo sin efectuarse.

Estrella-Fugaz formó un pseudópodo, lo introdujo en una de las bolsas de su flanco y sacó una llave magnética. Metió la llave en una ranura del lateral de su armario, abrió la puerta y sacó un pequeño envase de Doble Destilado del polo Oeste, que era el mejor de Huevo. Llevando consigo el frasco, se aproximó cansinamente a su alfombra de reposo. Su cuerpo pareció deshincharse cuando abandonó su postura de mando y se relajó y extendió sobre la suave alfombra decorada. Puso el envase de pulpa en su bolsa de beber y con un poderoso esfuerzo de los músculos de la bolsa, rompió el envase y empezó a trasegar el ardiente jugo a la delgada membrana que constituía el fondo de su bolsa. Ahuecó su manipulador convertido en almohada, formó un pequeño manipulador de sostén y lo dejó apoyado en la almohada. Utilizó después un pseudópodo para sacar de uno de sus esfínteres laterales una insignia de almirante, en forma de estrella de doce puntas. Aproximó la estrella a su bolsa de beber, escupió sobre ella un poco de jugo de pulpa y la pasó a su manipulador de sostén para darle un cuidadoso pulido con un trapo muy usado. Para pasar mejor el tiempo, conectó su holovisor y contempló el fragmento final de la Revista de Qui-Qui. Qui-Qui ya no estaba en la flor de la juventud, pero todavía era la hembra más sexy que aparecía en holovisión.

FECHA: 06:55:07 MG; MARTES, 21 DE JUNIO DE 2050

—Los cheela deben haber arreglado el cohete conductor —dijo Amalita desde su tanque, con su voz deformada por la máscara respiratoria. Todavía no se ve el escape del cohete, pero las mareas gravitatorias son cada vez más débiles.

Pierre desvió su mirada de la imagen de Amalita, que aparecía en la parte superior izquierda de su pantalla partida, hacia la que transmitía la única cámara que había quedado en el exterior.

—Hace un segundo que he visto alguna actividad en la parte trasera del cohete, y ahora hay una estructura incandescente en el sitio donde antes estaba el motor —dijo Pierre.

Amalita activó el miniaturizado panel de mandos que tenía en su tanque y cambió el campo de la cámara para que enfocara la parte trasera del cohete conductor. Cinco veces durante cada segundo fluctuaba el campo de estrellas que aparecía detrás de la sonda. Lentamente, la masa de compensación errática fue acercándose a su posición correcta, y de nuevo volvió a coordinar su movimiento con el de las otras, si bien la invisible curvatura del espacio, causada por uno de los cohetes conductores, contrastaba con los brillantes fogonazos de los cohetes de los demás.

Poco después, los humanos que estaban en los tanques ya no notaban las sacudidas de las mareas residuales y sus oídos dejaron de percibir las ondas ultrasónicas que habían evitado que sus extremidades sufrieran demasiado por los tirones.

—Supongo que ya no hay peligro si salimos —dijo Pierre mirando a las cinco caras que aparecían en la pantalla múltiple que tenía dentro de su tanque.

—¿Cómo está Seiko? —preguntó Jean.

Pierre observó el trozo de pantalla contiguo al de la imagen de Jean. Seiko todavía tenía los ojos cerrados y respiraba muy lentamente.

—Aconsejo que la dejemos dormir —dijo la imagen de Doc Wong desde la parte de pantalla que estaba debajo—. Vigilaré por si tiene problemas con su máscara de respiración.

—¡El último en salir del agua será tonto del bote! —Abdul ya estaba desaguando su tanque.

—Espera —dijo Amalita—. Será mejor que primero salga yo para ver si hay problemas. El indicador de la presión interior se mantiene estable, pero pudiera ser que hubiera fugas o puntos débiles.

Desde su consola, canceló la orden de desagüe del tanque de Abdul y empezó el drenaje de su propio tanque.

—Ponte tu traje espacial antes de salir a vagabundear por la nave, dándote golpes contra las paredes —le recordó Pierre.

—Desde luego.

Amalita abrió su compuerta y escuchó atentamente. Como no oyó nada anormal, salió del tanque que se vaciaba, pasando al área de la cubierta principal y ojeó el pasillo de comunicación con el armario donde se guardaban los trajes.

TRANQUILIDAD

FECHA: 06:55:16 MG; MARTES, 21 DE JUNIO DE 2050

Cuando la expedición de rescate regresó después de haber cumplido su misión tan satisfactoriamente, el comandante de la Estación Espacial del polo Este organizó una recepción formal en honor del almirante Estrella-Fugaz y su equipo. El almirante Vía-Láctea y cierto número de líderes del sextante de la Legislatura saltaron de gozo al enterarse.

Red-Risco, con afán de servicio, pulió sus insignias de ingeniero, pintó su cuerpo con un diseño de plata y oro que Arena-Movediza le había asegurado era de mucho estilo y taponó los esfínteres de sostén que le sobraban con joyas de gala, aunque estuvo sufriendo durante todo este proceso.

La recepción empezó en la fiesta de cambio de giro y duró tres docigiros. Las alfombras-manteles estaban llenas de suficiente comida y bebida para hartar a un Desliza-Lento. Había una cría entera asada, con sus bolsas rellenas de nueces de triposter y decorada con exquisito gusto para disimular la cicatriz de un accidente; cubos de Desliza-Lentos marinados con una salsa acre que le gustaba muy poco a Red-Risco; macedonia de unos frutos que jamás había visto, cubierto con huevos de Cáscara-Débil, y cestos enteros llenos de pequeños envases de chispeante jugo de la ciudad de Roca Blanca. Red-Risco tomó dos de estos envases y rompió uno de ellos en su bolsa de comer. El delicado sabor del jugo, destilado de la pulpa, se había mejorado con las emisiones de energía procedente de los núcleos de uranio fisionable que habían sido añadidos inmediatamente antes de envasar el destilado. Red-Risco esperó hasta que el almirante Vía-Láctea anunció el momento culminante de aquella ocasión: la ceremonia de ascenso del almirante Estrella-Fugaz. Tres líderes de sextante y tres oficiales de las Fuerzas Espaciales formaron un círculo alrededor de Estrella-Fugaz y cada uno de ellos sustituyó una de las estrellas de doce puntas por un sistema de dos estrellas. Estrella-Fugaz aprovechó aquella ocasión para adoptar un nombre nuevo. Ya era el almirante Rebana-Acero.

Red-Risco decidió que había llegado su momento de partir cuando Coma-Chula empezó a mirarle con ojos amorosos. Ella ya había bebido dos envases de más e intentaba que él la acompañara a su casa para enseñarle su bodega. No era de mal ver y habría resultado agradable acariciarla con la arista, pero él había tomado la decisión de no liarse nunca con funcionarias del gobierno. Tenía que hacer demasiados negocios oficiales. Se marchó mientras ella admiraba las estrellas nuevas del almirante Rebana-Acero.

Un docigiro más tarde, y cuando ya se había desembarazado de las galas de la recepción, estaba en la cubierta de despegue de la estación espacial esperando a un

trasbordador de la Compañía de Construcciones Red que había de recogerle. La cubierta de despegue estaba en la parte de la estación espacial esférica orientada hacia Huevo. Miró al planeta donde estaba su hogar y trató de distinguir las ciudades. A 406 kilómetros de distancia, las ciudades aparecían como unas borrosas manchas sobre la corteza amarilla, y lo único que se distinguía claramente era la cordillera del polo Este con la Fuente Espacial que surgía de ella.

La cúspide de la Fuente Espacial se detenía a los 405.900 metros mientras que la Estación Espacial del polo Este estaba en una órbita sincrónica a 406.300 metros. La estación espacial estaba colocada ligeramente a un lado de la Fuente Espacial y por esto era capaz de ver no sólo el núcleo de lo que habría de ser la Plataforma Superior, sino además la larga pértiga que la sostendría por encima de las montañas del polo Este. Mientras miraba, un punto reluciente se elevó de la plataforma que estaba debajo de él. Empezó a derivar hacia el oeste, pero sus impulsores la dirigieron de nuevo hacia la estación espacial. El punto fue creciendo hasta que pudo ver que era un trasbordador de Construcciones Red, y que se posaba en la pista de despegue. Red-Risco reconoció al piloto Huevo-Pesado, uno de los supervisores de turno del equipo de la Plataforma Superior. Al tener las dos estaciones tan próximas, no se necesitaba ser un experto piloto espacial para ir de una a otra. Esto no era sino un ejemplo más de como la Fuente Espacial iba a revolucionar los viajes espaciales en Huevo.

Red-Risco se desplazó por la curva rampa que permitía a su cuerpo la transición desde el campo gravitatorio del agujero negro, que estaba en el centro de la estación espacial, al campo del diminuto agujero negro que estaba en el centro del trasbordador de cuatro plazas.

—¿Cómo avanza el trabajo, Huevo-Pesado? —preguntó Red-Risco.

—Como un Ligero engrasado, Jefe —contestó Huevo-Pesado, mientras hacía elevar verticalmente el trasbordador, desde su alojamiento en la cubierta de despegue—. Estamos mucho más avanzados de lo que estaba previsto. Hace tres giros que hemos parado cuando faltaban 100 metros para la cúspide. Tengo a mi gente adecentando la Plataforma Superior para la Ceremonia de la Culminación. El ingeniero jefe asegura que va a asistir un grupo de insignias gordas, que vendrán desde Paraíso de Brillante y que la Fuerza Espacial también vendrá.

Red-Risco no estaba ansioso por asistir a otra recepción oficial, especialmente a una que debería pagar él, pero esto era parte obligada en los negocios. Se posaron en una cuna semiesférica que estaba casi en el centro de un disco plano de 50 milímetros, ocupado por muchos atareados obreros dedicados a la larga tarea de ampliar el disco y convertirlo en una plataforma de 200 milímetros de diámetro. Ésta dispondría de paredes bajas que dividirían la superficie en oficinas y viviendas para el personal de operaciones, y en tiendas y comedores para los pasajeros y turistas.

Aquella sería la cubierta más alta de las tres que constituirían la Plataforma Superior, donde los pasajeros y la carga podrían ser trasladados desde la Fuente a las diversas estaciones o naves espaciales y viceversa.

Red-Risco y Huevo-Pesado se deslizaron desde la nave trasbordadora esférica a la cubierta plana.

—Uno se siente mejor cuando vuelve a estar sobre una superficie plana, después de haber estado tanto tiempo en cubiertas curvas —hizo constar Red-Risco.

—Ya sé lo que usted quiere decir —asintió Huevo-Pesado—. Nunca me he fiado de los agujeros negros. Me gusta estar sometido a la gravedad de Huevo, aún en los sitios en que sea débil.

—Durante la construcción de la cúspide, debe detener a su equipo en cuanto suban cien metros más —dijo Red-Risco—. Allí la gravedad de Huevo todavía será suficiente para mantenernos en una pieza. Pero si se subiera trescientos metros más, la gravedad caería hasta cero.

—¡Y bumb! Nos convertiríamos en seres tan grandes como los humanos.

—Sería más adecuado decir que nos convertiríamos en una nube de plasma —le corrigió Red-Risco—. Las cosas se están desarrollando bien aquí en la cúspide, vayamos a tomar los ascensores hasta la planta intermedia.

Se dirigieron a un ascensor reservado para el personal de operaciones. La alfombra de arista que estaba delante de la puerta reconoció la arista de Huevo-Pesado y les permitió el acceso. Se detuvieron en el piso central y entraron en una sala que parecía una caverna.

El suelo que tenía debajo de sus aristas vibraba enérgicamente. El fondo de la cubierta que les servía de techo, no había sido enfriado para simular que era el cielo, tan sólo se había pintado con pintura plateada.

Servía en cierto modo pero a pesar de ser un ingeniero experimentado, tener algo por encima, todavía molestaba a Red-Risco.

Hubo un golpe procedente de algún punto cercano.

—¿Todavía llegan desechos? —preguntó Red-Risco.

—Tres o cuatro cada giro —contestó Huevo-Pesado—. El ingeniero jefe nos manda recogerlos y mandarlos a Calidad. Un deflector ascendente, en la plataforma 200, ocasionó algunos problemas, pero ya se arregló. Ahora Calidad dice que no hacemos más que eliminar los anillos malos.

Se acercaron a un tubo muy grande que sobresalía de la cubierta. Este se curvaba en forma de un gran arco que tocaba casi el techo y volvía a descender para penetrar otra vez en el suelo. Había un total de seis tubos, separados regularmente, alrededor del centro de aquella cubierta. En un recipiente próximo al tubo había un anillo al rojo vivo suspendido en un campo magnético. Una joven meritoria intentaba pescar el anillo con un gancho. Cuando lo tuvo sobre la cubierta, absorbió su manipulador

dentro de su cuerpo para enfriarlo.

—¡Por los ancestros de Brillante! —exclamó la joven—. ¡Cómo quema el maldito campo de recogida!

Ella no se había percatado de su proximidad en la cubierta, pero acabó por verles con uno de sus ojos. No pudo identificar al desconocido, pero a juzgar por todo el metal que llevaba colgando, forzosamente había de ser un personaje importante. Sacó su manipulador que todavía le escocía y recogió el anillo.

—Lo voy a llevar enseguida a Calidad, Supervisor —dijo.

—Espere tan sólo un parpadeo, joven —dijo Red-Risco—. Quiero palparlo.

La joven meritoria miró a su supervisor que movió sus ojos señalando hacia la cubierta. Dejó el anillo en el suelo y el personaje importante fluyó sobre él.

Era un anillo grande, la mitad que un cheela. Estaba hecho de un metal superconductor, perfectamente pulido y estabilizado con monopolo. Era un componente de precisión, de una máquina de precisión. El anillo estaba sujeto a tremendas aceleraciones, cuando era lanzado hacia arriba a una velocidad próxima a la mitad de la de la luz. Cualquier defecto en su pulida superficie provocaría un sobrecalentamiento local y la posibilidad de que perdiera su superconductividad.

—No hay abolladuras, pero hay un punto caliente en la parte exterior y una pequeña grieta de fatiga —dijo Red-Risco.

Se apartó del anillo y la jovencuela se lo llevó. Después Red-Risco se acercó al tubo ascendente y examinó su interior a través de una mirilla lateral. Iluminado por la incandescencia del tubo, que estaba a la temperatura ambiental de la sala, la procesión de anillos plateados fríos se veía como una aparente barra sólida que ondulaba lentamente de atrás hacia adelante y viceversa para confirmar que se trataba de una corriente móvil. Los anillos habían empezado su recorrido en la superficie a una velocidad próxima a la mitad de la de la luz, pero, a medida que subían, iban perdiendo velocidad debido a la atracción de Huevo y a los ligeros tirones que recibían en cada plataforma deflectora. Cuando llegaban a la Plataforma Superior todavía circulaban a un doceavo de la velocidad de la luz.

Red-Risco observó lo que había arriba y pudo ver la negrura del vacío y la fría magneto de deflexión que hacía girar en redondo los anillos y los volvía a mandar hacia abajo. Red-Risco observó cuidadosamente la corriente de anillos durante cierto tiempo.

—El flujo es muy regular —dijo por fin—. Cada intervalo de aceleración debe tener un anillo en su interior.

—En el último cambio de turno, en Ascensión de Ligero, el supervisor de la planta base se vanagloriaba de que habían obtenido la calificación de tres onces.

—Todo el equipo está realizando un trabajo excelente —aseguró Red-Risco—. Ahora quiero ir abajo.

—Tenemos ascensores de repuesto —dijo Huevo-Pesado—. Pediré que nos manden uno. Casi he llegado al final de mi turno y le acompañaré hasta abajo.

Subieron al ascensor que les llevó a la plataforma inferior. Aquí sería el punto de transferencia de pasajeros y por esta razón el techo era profundamente negro y tenía estrellas pintadas. Los ascensores de la Fuente Espacial subían gracias a las corrientes de los anillos hasta aquel nivel, mientras que los anillos seguían hasta las magnetos inversoras de sentido que estaban en la plataforma intermedia. Los pasajeros y la carga eran transferidos por medio de ascensores menores a la plataforma superior, mientras que los ascensores grandes eran acoplados de las corrientes y separados de los agujeros de la plataforma para ser apilados hasta que fueran necesarios para descender.

Bajo la mirada atenta de Red-Risco, uno de estos ascensores fue sacado de la pila, colocado sobre raíles de deslizamiento y llevado por medio de brazos de sostén hasta que sus bobinas deflectoras rodearon los tubos por los que pasaba la corriente anular. Cada ascensor utilizaba tres pares de tubos de corriente, para mayor seguridad. Los brazos de sostén fueron retirados y el ascensor osciló ligeramente al trasladar su peso a los tubos. Un meritorio acudió corriendo con una rampa para tapar la separación entre la plataforma y el ascensor. Red-Risco le detuvo con una sacudida de los pedúnculos de sus ojos.

—Guárdala para los que se arrastran por la corteza —dijo, al tiempo que se deslizaba sobre la discontinuidad que medía unas seis micras de anchura. Procuró mantener sus ojos enfocados a lo lejos, pero algunos se resistían y seguían mirando hacia abajo, hacia la superficie de Huevo a 406 kilómetros por debajo de su arista.

«Lo que tiene que hacer un jefe para que le respeten», se dijo para sí mismo.

Huevo-Pesado activó los controles del ascensor. Cuando salieron de la cubierta inferior, se acabó el tubo que tapaba la corriente de los anillos, y pudieron ver la imagen de la corteza incandescente de Huevo reflejada en el flujo plateado. Exceptuando los primeros cien milímetros, donde era necesario un tubo de vacío, para evitar que los electrones débiles y el vapor de hierro de la atmósfera de Huevo calentaran los anillos, no había ninguna estructura sólida en la torre, ni siquiera un armazón de tipo esquelético, sólo había anillos que circulaban.

—Si usted no tiene inconveniente, Jefe, tengo algunas tareas que hacer mientras le llevo hasta abajo —dijo Huevo-Pesado.

—El trabajo es lo primero. Sería distinto si yo fuera un pasajero de pago.

—Tengo que terminar las comprobaciones de este ascensor, para poder entregar después una copia en la plataforma 40.

—¿Qué clase de comprobaciones? —preguntó Red-Risco.

—Los controles del selector de corriente —contestó Huevo-Pesado—. Ahora mismo utilizamos las seis corrientes. Sacamos energía de corrientes que suben y la

devolvemos a las que bajan. He de asegurarme de que se podría suprimir manualmente un acoplamiento si una de las corrientes se desmandara y el automático no la desconectase.

Red-Risco no estaba preocupado. Conocía muy bien aquella parte del proyecto. En teoría, el ascensor podía elevarse utilizando una sola de las corrientes aunque si estuviera muy desequilibrado, el par de equilibrado necesario podría ocasionar problemas en la siguiente plataforma deflectora. Con dos o tres corrientes bastaba y sobraba para tener un recorrido suave. Observó con interés a Huevo-Pesado que iba desconectando, uno tras otro, los acoplamientos e iba comprobando la respuesta de los cinco restantes. Después Huevo-Pesado desconectó los tres acoplamientos de bajada para utilizar solamente los de subida; más tarde invirtió los controles para utilizar sólo los de bajada, sin que se pudiera advertir en la marcha la menor irregularidad.

—No hay problemas —dijo Huevo-Pesado—. Hemos llegado a la plataforma 40.

Cuando Red-Risco oyó el número decimal de la plataforma, que estaba a los 40 kilómetros de altura, los pedúnculos de sus ojos se doblaron. Todas las medidas de ingeniería de Huevo usaban el sistema de numeración de base doce excepto las de distancia. Habían heredado de los humanos los metros, kilómetros y milímetros y al parecer no había manera de cambiar esto, a pesar de algunos intentos de utilizar un sistema de longitudes que no fueran decimales y cuyas unidades se pudieran calcular con más rapidez por ser múltiplos de doce.

Huevo-Pesado detuvo suavemente el ascensor. Un equipo reducido de operarios se ocupaba en la reparación de un deflector que se resistía a funcionar bien, en la corriente ascendente cuatro. Red-Risco se deslizó hasta el borde de la plataforma. La aceleración de la gravedad en aquella plataforma no era especialmente intensa: aproximadamente un dieciseisavo de la que había en la superficie de Huevo. Miró más allá de la barrera. Desde una altura de cuarenta kilómetros pudo distinguir el perímetro de Ascensión de Ligerio, y ver el tramo de un kilómetro de longitud del Bucle de Salto que quedaba al este y que pronto iba a utilizar para saltar de regreso a casa. Como no había sabido nada de Arena-Movediza, suponía que Lassie vivía todavía, pero dudaba de que conservara la agudeza mental necesaria para que se acordara de él.

Cuando Red-Risco regresó a su domicilio faltaba poco para el festín del giro. Inmediatamente después de que la puerta corredera se deslizase en su alojamiento, se encontró rodeado por un enjambre de Vergonzosos que le husmeaban felices. También Lassie estaba allí. Se había arrastrado desde su yacija que estaba al lado del horno, en cuanto pudo oír el ruido familiar que hacía él al llegar desde la calle. La parentela de Lassie había aumentado con la adición de una nueva incubación de crías, que nunca había visto antes a Red-Risco, aunque esto no les impidió unirse al feliz

grupo, saliendo tanto por el orificio de entrada como por el de salida de su nidal a causa de su impaciencia infantil. Les acarició alrededor de los párpados una y otra vez hasta que estuvieron satisfechos y se alejaron. Rollo debía haberse olvidado de él, porque volvía a esconderse detrás de Borrón, que había conseguido abrirse camino a través de la barrera magnética que protegía las sabrosas plantas parasol. Red Risco fluyó hasta la miniatura de Desliza-Lento y conformó un manipulador óseo largo para darle un golpe fuerte en la placa de su armadura, junto a los ojos.

—¡Vete de aquí! —le gritó.

Borrón retrajo los ojos del lado correspondiente al cultivo de los parasoles. Sin el constante recordatorio de las sabrosas plantas que no llegaba ya a su casi inexistente bulbo cerebral, se olvidó del jardín y se fue en dirección contraria hacia el césped, donde continuó su metódico mascar y chupar. Puesto que el Desliza-Lento se desplazaba en la dirección conveniente, Red-Risco tuvo tiempo suficiente para admirar el arreglo de su jardín. Arena-Movediza debía de haber tenido éxito en el cultivo de las plantas fuente, porque había una muy alta en el centro de un jardincillo circular, con otras seis alrededor de ella, dispuestas en forma de hexágono. Las siete plantas lanzaban hacia arriba unos preciosos surtidores de chispas. Si no acabase de llegar del polo Este se habría dado cuenta antes. Los surtidores de las plantas se dirigían al aire, derechos hacia arriba. Esto era insólito, porque la declinación en aquella parte de Huevo estaba desviada de la vertical casi en un cuarto de pi.

—¡Arena-Movediza! —llamó, golpeando sobre la corteza.

Desde un lejano rincón de la finca llegó una respuesta gruñona:

—Ya era hora de que regresara.

Los antiguos sentidos de localización que estaban en la arista inferior de Red-Risco triangularon inmediatamente el origen del sonido y supo que Arena-Movediza estaba en la esquina noreste del edificio de bricolaje. Cuando enfocó allí su atención, pudo darse cuenta de los movimientos de alguien más que estaba con Arena-Movediza. Se deslizó a través del patio exterior hasta el lado opuesto de la finca.

—Es un curioso conjunto de plantas fuente —dijo Red-Risco mientras rodeaba la pared del edificio de bricolaje—. Una de estas plantas aparenta haber vivido durante media docena de giros o más. ¿Cómo lo has podido conseguir? ¿Y cómo has logrado que las fuentes vayan hacia arriba sin desviarse?

—Ella me ha ayudado un poco —dijo Arena-Movediza mientras los pedúnculos de sus ojos se inclinaban en dirección a la desconocida. Era una hembra grande, ligeramente voluminosa, que evidentemente ya había pasado su mejor época para poner huevos. El movimiento normal de sus pedúnculos de ojo se desvió hacia las ondulaciones convergentes de bienvenida, mientras decía:

—Soy Cero-Gauss, doctora en Magnética en el Instituto —dijo ella—. Me especializo en el estudio de la interacción de los campos magnéticos sobre las

plantas.

—Entonces su domicilio es aquel donde la planta rinconera ha aprendido a subir por la escalera de apoyos que hay en la ventana.

—Sí —contestó ella—. Cuando Arena-Movediza vino a preguntarme sobre esta técnica, me enteré de que usted tenía una amplia colección de plantas de formas exóticas. Mientras usted estaba ausente hemos tenido charlas realmente interesantes. Le he explicado algunos de mis trucos para usar campos magnéticos en la instrucción de los animales y de las plantas, y Arena-Movediza me ha suministrado un cierto número de tipos de plantas que usted recogió en sus diversos viajes alrededor de Huevo. Además de ser unas adorables adiciones a mi jardín, se han convertido en algo inapreciable para mi investigación en el Instituto.

—Veo que ha mejorado extraordinariamente el comportamiento de la planta fuente, en el arriate circular de delante —dijo Red-Risco—. ¿Cómo lo ha hecho?

—Compré un bobinado superconductor muy grande y que tenía una corriente persistente, y lo enterramos en la corteza, por debajo del sistema radicular. Lo pusimos inclinado para que la dirección de la resultante de los campos magnéticos de Huevo y de la bobina fuera vertical. De esta manera, el chorro de chispas que sale de la planta puede elevarse verticalmente, igual que lo hace en su lugar de origen en el polo Este.

—Esto ha representado mucho trabajo, pero el truco ha resultado bien —dijo Arena-Movediza, gruñendo—. Esta planta fuente ha durado más de doce giros y todavía está creciendo. Lo mejor que yo había conseguido antes eran tres giros; apenas sí valía la pena molestarse por tan poco.

—Supongo que incluso las plantas se desarrollan mejor cuando las condiciones son parecidas a las que están acostumbradas —dijo Red-Risco.

—No necesariamente. En mi laboratorio de investigación en el Instituto —explicó Cero-Gauss—, he descubierto que muchas plantas crecen más aprisa y más sanas cuando no hay ninguna clase de campo.

—¿Ninguna clase de campo? —la curiosidad científica de Red-Risco se había despertado—. ¿Qué hace usted? ¿Las pone en el eje central de alguna bobina de Helmholtz y así anula el campo magnético de Huevo?

—Para empezar, utilizo un par de grandes bobinas de Helmholtz —contestó ella—. Las bobinas únicamente reducen el campo a cero en el centro. Incluso unas pocas micras más allá, la anulación es deficiente y la planta se siente afectada. Entre los bobinados he fabricado una habitación especial recubierta con blindaje superconductor y así he logrado eliminar completamente el campo magnético de Huevo, en un volumen lo bastante grande para hacer pruebas con docenas de plantas al mismo tiempo.

—No lo entiendo —los pedúnculos de los ojos de Red-Risco se agitaban

confusamente mientras el cerebro del ingeniero se esforzaba en imaginar cómo se podía construir una habitación como aquella—. Supongo que puede construir una habitación con un suelo y unas paredes hechos con chapa superconductora de elevada calidad, pero incluso si las paredes fueran descomunadamente altas, los campos secundarios se introducirían por arriba. Eso no resultaría, de ninguna manera.

—No me refería a una habitación corriente, abierta hacia el cielo —explico Cero-Gauss—. Mi laboratorio está debajo de la corteza y tiene encima una cubierta, en forma de cúpula, hecha con chapa superconductora parecida a los techos, o tejados que los humanos utilizan en los edificios donde viven o trabajan.

—No me encontraría usted trabajando en un sitio parecido —refunfuñó Arena-Movediza—. No me fío de las cosas que estén por encima de mí.

—La cúpula está enfriada artificialmente para reproducir el frío del cielo —dijo Cero-Gauss—. Eso me ayuda mucho cuando he de trabajar allí. Como es tan negra como el cielo, me resulta fácil hacerme a la idea de que no existe.

—Debe ser una estructura muy curiosa —dijo Red-Risco—. Supongo que hay unos pilares y unos arcos dobles para sostener la cúpula, parecidos a los de las catedrales humanas. ¿Es muy grande?

—Tiene treinta milímetros cuadrados, y tiene una columna cada milímetro. La cima de la cúpula se eleva hasta cinco milímetros —contestó Cero-Gauss—. ¿Le gustaría verla?

Dudó un instante y añadió.

—No permitimos el acceso directo, porque cada entrada representa la penetración de un poco más de campo magnético; pero, como es lógico, tenemos un conjunto de videocámaras, con control remoto que le permitirán mirar hacia cualquier sitio.

—Me gustará verlo —le contestó Red-Risco.

Encabezó el regreso desde el cuarto de bricolaje, pasando por los jardines hasta la puerta frontal de la finca. Borrón estaba cortando el césped en silencio, y Rollo y los Vergonzosos habían desaparecido. En el mismo instante en que activó la puerta, el sitio se llenó de Vergonzosos. Utilizando su cuerpo para impedir la salida a la calle de los Vergonzosos, Red-Risco acompañó a Cero-Gauss a través de la puerta, tocando por primera vez a la voluminosa hembra.

Arena-Movediza salió también para echar a los Vergonzosos de la puerta y golpeteó detrás de la pareja:

—Usted no se puede marchar ahora. Sólo acaba de llegar. Ni siquiera ha leído el archivo de mensajes. Por lo menos tiene seis docenas de mensajes para contestar.

—Ya los veré luego —le contestó Red-Risco mientras iba delante, bajando por la pared de deslizamiento hacia el Instituto del Ojo Interior.

—Uno de ellos es del Comité de Selección para el Rejuvenecimiento —le gritó Arena-Movediza.

Red-Risco hizo una pausa y luego continuó calle abajo, pensando en silencio.

Cero-Gauss le llamó la atención por medio de un susurro electrónico que cosquilleó su espalda:

—Estoy impresionada. Sólo hace una docena de giros que el comité ha empezado a dar a conocer los nombres de los que han sido elegidos para el proceso de rejuvenecimiento. Usted debe estar en la cabecera de la lista.

—Debe ser una lista muy larga —dijo él.

—No —contestó ella—. No conozco más que a uno de los científicos del Instituto que esté en ella. No olvide que consume tanto tiempo y resulta tan caro, que únicamente pueden empezar un rejuvenecimiento cada tres giros, o sea sólo cuatro docenas de cheela durante todo un gran de giros. Debe resultar muy difícil decidir quiénes han de ser los pocos afortunados a los que se va a permitir vivir una segunda vida, mientras que el resto de nosotros tendremos que morir, cuando llegue el momento de hacerlo.

Red-Risco estaba demasiado confundido para poder contestar, y ambos siguieron desplazándose en silencio a lo largo de las paredes de deslizamiento y turnándose en la cabeza a cada bloque.

Cuando llegaron al siguiente cruce volvieron a intercambiarse de posición, de modo que Red-Risco volvió a ir delante, abriendo las líneas de campo. Arrimada a su lado trasero, Cero-Gauss trató de romper el silencio con un comentario apenas susurrado.

—La verdad es que usted tiene un robot personal insólito —dijo—. Es el robot más parecido a un ser vivo que he visto hasta ahora. Pero muchos robots personales están programados para ser corteses y respetuosos.

—Arena-Movediza es uno de nuestros modelos más recientes. Lo estoy probando antes de que entre en producción. Y en lo que se refiere a su personalidad, resulta que por ser el propietario de una gran compañía, no encuentro más que gente cortés y respetuosa. Quería tener en casa algo diferente, para que mi bulbo cerebral no se hiciera mayor que mi piel. Programé a Arena-Movediza personalmente, copiando al Anciano que me educó en la incubadora del clan.

—Es una buena idea —dijo Cero-Gauss—. Esto debe hacer que usted siga pensando como un crío. Cuando pueda costearme un robot personal, creo que haré lo mismo.

—Cualquier cosa para evitar que se inicie el síndrome de cuidar huevos —dijo Red-Risco—. La jardinería también sirve de ayuda.

—Esta es una de las razones por las que yo elegí para mi investigación las plantas y los animales —dijo Cero-Gauss—. Por descontado, esto ya no va a ser necesario, porque tenemos el rejuvenecimiento.

El resto del trayecto hasta el Instituto del Ojo Interior se efectuó en silencio.

FECHA: 06:55:20 MG; MARTES, 21 DE JUNIO DE 2050

Mientras esperaba que Amalita terminara la minuciosa inspección del Matadragones, Pierre volvió a abrir la conversación con Maestro-del-Cielo, por medio del enlace con la superficie de la estrella de neutrones.

—Quiero darles las gracias por haber salvado nuestras vidas. Si alguna vez hay algo que podamos hacer para agradecérselo...

—He estudiado la crítica especulativa de la literatura de la raza de los humanos, con objeto de conocerles mejor —contestó Maestro-del-Cielo—. Me resulta divertido que su oferta de ahora coincida con la de la antigua fábula de Esopo que trata del león y el ratón. En otro tiempo, en el lejano pasado, ustedes nos ayudaron y lo agradecemos. Confiamos que habremos resultado una ayuda en su reciente apuro. Por fortuna para nosotros, es difícil saber si ustedes, con su limitada tecnología, podrían ayudarnos de alguna manera, pero agradecemos sus buenos deseos. Si todo vuelve a estar a punto para su partida, una vez más les digo adiós. Con estas últimas palabras, la pantalla se ennegreció.

FECHA: 06:56:20 MG; MARTES, 21 DE JUNIO DE 2050

Era el festín del giro y Círculo-Temporal se arrastraba con indiferencia más allá de las alfombras de comer del restaurante de la facultad. Tomó algunos manjares corrientes que había en la amplia selección, los metió descuidadamente en una de sus bolsas de transporte, tomó un envase grande de jugo de pulpa sin fermentar y se encaminó hacia el área comedor. Sobre las espaldas de algunos comensales, que ya estaban disfrutando de su festín, vio tres ojos que se alzaban sobre sus pedúnculos para saludarle. Se animó un poco y fue a reunirse con la más reciente miembro del club de la facultad, D.C. Lluvia-Neutrónica que acababa de recibir su doctorado en cristalografía y de elegir un nuevo nombre, hacía sólo unos giros.

Círculo-Temporal intervino en la ceremonia como el representante decano de su clan familiar, y concedió la aprobación del clan al cambio de nombre. Ellos dos eran los únicos miembros de su clan en el Instituto del Ojo Interior, puesto que el clan estaba radicado en el polo Este, lejos de Paraíso de Brillante. A juzgar por la edad de ella, sabía que no había sido engendrada por uno de sus huevos, por lo que no tenía por qué preocuparse de su relación con ella. Ahora que ella ya no era una estudiante, intentaba conocerla mejor.

Cuando él se acercó, Lluvia-Neutrónica se apartó y se extendió, de forma que quedara sitio para él, sobre la alfombra de descanso. Rebuscando en su bolsa sacó su comida y la dejó sobre la alfombra de comer.

—Vaya un festín de giro poco selecto que has escogido —dijo Lluvia-Neutrónica,

mientras con sus pedúnculos de los ojos hacía gestos hacia atrás y delante en señal de desaprobación—. Tres porciones de carne picada, dos frutas exprimidas y un envase de jugo de pulpa. El festín del giro se supone que ha de ser un festín de verdad y no una parada de revituallamiento.

Conformó un manipulador, tomó con él una pequeña porción de huevo de Desliza-Lento al horno, cubierto con una salsa picante de pulpa de nuez y la sostuvo delante de la bolsa de comer de Círculo-Temporal.

—Ten —dijo ella—. Prueba esto, tal vez te anime un poco.

Él tomó el bocado, dándose mucha más cuenta del contacto del extraño manipulador de ella en su bolsa de comer, que del sabor.

—Es muy sabroso. Tendré que regresar para buscar más, —dijo él mientras los movimientos de sus pedúnculos volvían a ser más normales, a medida que el sabor de la salsa de nuez iba penetrando en el fondo de su bolsa de comer.

—Ya sabía que esto iba a animarte —dijo ella—. ¿Qué te preocupa?

—Mi proyecto de investigación —contestó él—. Solía ser divertido, pero ahora no me da más que preocupaciones.

—¿Hay algo que no funcione en la máquina de Comunicaciones Temporales? —le preguntó ella.

—Pudiera ser que algo funcionara mal, o también podría ser que todavía no comprendiera bien la teoría. Pero, en cualquiera de los casos, no voy a conseguir dinero para mi nueva máquina de 24 canales, hasta que no sepa exactamente lo que está pasando. La primera máquina sólo tiene cuatro canales en cada uno de los sentidos, y tarda una eternidad en conseguir algún dato. Incluso, durante el último giro, tuve que rechazar a un estudiante graduado que estaba decidido a investigar sobre las comunicaciones temporales, a pesar de que yo hubiera estado muy contento de que un joven tan brillante trabajara conmigo. Pero, honestamente, no podía consentir que se pasara los próximos doce días recogiendo los datos necesarios para una tesis doctoral.

—Le conozco —dijo Lluvia-Neutrónica—. Se trata de Ojos-Impacientes. Ha venido a verme después de que le rechazaras. Entre él y yo vamos a preparar una batería de detectores de cortezamotos en las montañas del polo Este. Con un poco de suerte, su tesis podrá establecer la base de una teoría para predecir los cortezamotos del polo Este.

—Con un cortezamoto de tamaño decente cada tres o cuatro giros, que es lo habitual en los polos, por lo menos tendrá datos suficientes para analizar —parecía como si Círculo-Temporal hubiera recibido una repulsa—. Pero, ¿por qué hay que preocuparse por la previsión de los cortezamotos? Si exceptuarnos algunos pocos accidentes, como cuando un coche deslizante, de alta velocidad, choca contra el terreno, cuando ocurre un cortezamoto importante, lo único que hacen es romper

algunas paredes de los edificios o de las vías subterráneas de servicios. Por lo menos nosotros no tenemos el problema de un «techo» suspendido por encima, como les ocurre a los humanos.

—Hablas como los del Comité de Subvenciones que siempre preguntan «¿para qué va a servir esto?» —ella retiró los bordes de su arista—. ¿Para qué va a servir una nueva cría?

—Lo siento —dijo él—. Lo que ocurre es que me siento pesimista respecto a todo.

—Cuéntamelo —le animó, acercándose más a él.

—Al principio el proyecto me divertía mucho —empezó—. Tenía dos estudiantes brillantes. Uno de ellos hacía los experimentos y el otro desarrollaba la teoría. Al principio logramos enviar mensajes atrás y adelante, con pequeños intervalos de tiempo, de sólo unos pocos giros. Después efectuamos unas series progresivas de saltos más largos, hasta que pudimos mandar mensajes cortos a más de un gran de giros. Codificábamos los mensajes de tal forma que estábamos seguros de que los datos esenciales lograrían llegar, mientras que el resto del mensaje contenía códigos que nos permitían calcular el número máximo de bits que podían pasar por el canal. Logramos demostrar que el número de bits que el canal podía manejar era inversamente proporcional a la distancia en el tiempo a que se mandaba el mensaje. Salvando pequeñas variaciones estadísticas, el producto de los bits por el tiempo era siempre de 864 bits-gran.

—Es decir que podías mandar una respuesta «sí o no» a una distancia temporal de 864 gran de giros —dijo ella.

—O también 124.416 bits a un giro —afirmó Círculo-Temporal con su arista golpeteando la ya familiar ristra de números—. Entonces cuando llegamos al punto culminante de ambos proyectos, mandamos mensajes a tiempos que estaban a dos, tres y cuatro gran en el futuro. El cuarto canal se dejaba siempre libre, para el caso de que se necesitara mandar un mensaje urgente.

—Cuatro gran es mucho tiempo para esperar, antes de poder terminar una tesis —dijo ella.

—No tuvimos que esperar nada —dijo Círculo-Temporal—. En alguna parte había un pequeño error de calibrado entre los canales que iban hacia delante en el tiempo y los que lo hacían hacia atrás. Antes de que mandásemos los mensajes, ya nos había llegado la respuesta desde el futuro, acusando recibo del mensaje y dándonos la cifra de bits que habían logrado pasar por cada canal. Todas ellas coincidían con la predicción teórica de 864 bits-gran.

—¿Qué habría pasado, si entonces hubiesen decidido no mandar el mensaje hacia el futuro? —preguntó ella.

—Uno de los estudiantes lo sugirió —le explicó—. Pero ya les había estado

machacando sobre este tema, mucho antes, en el proyecto. Hasta que no dispongamos de una teoría sobre estas máquinas y podamos comprender las implicaciones de la creación de una paradoja, no podemos atrevernos a correr el riesgo. Mi hipótesis es que cada paradoja importante provoca una bifurcación del universo. Pero hace falta una teoría muy buena que sugiera un experimento a fin de probar que tal bifurcación ha tenido lugar.

—¿Y tienes una buena teoría? —preguntó ella.

—Hasta hace unos giros, creía que la tenía —dijo él tristemente—. Ahora no estoy tan seguro de ello.

—¿Qué ocurrió?

—Después del éxito logrado con las tres transmisiones a varios gran, no tuve inconvenientes para lograr que el Comité de Subvenciones me autorizara la construcción de una máquina de 24 canales, con la capacidad de cada canal muy aumentada. Obtener el dinero que me habían concedido requirió algún tiempo. Y, mientras se realizaban los trabajos de diseños preliminares, se cumplió el plazo para la recepción del primero de los mensajes, el que habíamos mandado a dos gran de giros. Los dos estudiantes, así como algunos miembros del Comité de Subvenciones estaban allí cuando se recibió el mensaje en la máquina, desde el pasado, y estuvieron muy atentos mientras yo efectuaba el recuento de bits y transmitía la confirmación a mí mismo, en el pasado. Entonces debería haber abandonado.

—¿Qué sucedió?

—Ya que entonces podía disponer de dos canales libres en cada dirección, se me ocurrió demostrar al comité como operaba la máquina de comunicaciones temporales mandando un mensaje a seis gran hacia el futuro. Mientras preparaba el mensaje para el canal del futuro, me sorprendió que el canal hacia el pasado no me advirtiera de que el mensaje ya había sido recibido. Pensando que tal vez se había alterado espontáneamente el calibrado diferencial y que era posible que los canales de retorno fueran ahora más lentos que los de salida, mandé el mensaje a seis gran en el futuro y me quedé a la espera de la respuesta.

—¿Y qué?

—No llegó —dijo él—. No pude descubrir lo que había pasado hasta muchos giros después, mucho después que el Comité hubiera decidido no colaborar en la construcción de la nueva máquina.

Habían acabado de comer y el restaurante de la facultad estaba prácticamente vacío.

—Has de regresar a tu trabajo —dijo él—. No puedo hacer nada hasta que quede despejado otro canal, dentro de algunas docenas de giros, o sea que tú abre los campos y yo me apretaré detrás de ti y te iré contando el resto de esta amarga historia.

Ella abrió el camino a través de los campos del Instituto y él cambió a un suave susurro electrónico que cosquilleaba a través de la piel.

—Estaba muy deprimido hasta que llegó el tiempo para recibir el mensaje que había mandado a tres gran de distancia temporal. Llegó en el momento previsto y mandé la contestación por medio del canal de respuesta. Casi en el mismo momento en que el mensaje emprendía el viaje hacia el pasado, el canal volvía a estar lleno otra vez con un mensaje del futuro, a ocho gran de distancia. A la distancia de ocho gran sólo se pueden mandar 108 bits de información, por lo que el mensaje era breve. Tanto el mensaje de seis gran como el de ocho gran habían sido recibidos, pero la respuesta al mensaje de seis gran había quedado bloqueada, por alguna emisión espontánea en el canal hacia atrás.

—¿Emisión espontánea?

—Esto me desconcertó, al principio. Mi teoría de la comunicación temporal, aunque estaba basada en la cuantificación del espacio y del tiempo, no podía predecir ninguna emisión espontánea de energía de señal en los canales —dijo—. Busqué a un brillante estudiante teórico, y pronto descubrimos un efecto de tercer orden que podía provocar la emisión espontánea de un par de bits que viajan en el tiempo simultáneamente hacia atrás y hacia adelante, durante un breve periodo y luego salen por el receptor. A pesar de que el «mensaje» consta de un solo bit, esto es suficiente para evitar que el canal pueda ser usado por otro mensaje. Se supone que esto sólo puede ocurrir cada doce generaciones más o menos, pero sucedió cuando yo necesitaba aquel canal para impresionar al comité.

—¿Tus nuevos resultados consiguieron que el comité decidiera continuar los trabajos en la máquina de 24 canales? —preguntó ella.

—Sospechaban tanto de aquella coincidencia, como yo mismo —dijo él—. Acordaron esperar hasta que pudiéramos ver el ruido de fondo del canal y pudiéramos aprender más sobre él, de lo que se podía explicar con 108 bits. Con toda seguridad, 72 giros después, llegó un bit solitario y el indicador del canal registró «Canal Ocupado» durante casi dos gran, cuando, de repente, el canal de retorno se quedó vacío y el canal de ida estuvo «Ocupado». No se había activado ninguno de los dos transmisores. Lo analicé todo una y otra vez y estaba a punto de gestionar con el Comité la reanudación de la construcción de la máquina cuando recibí el último golpe.

Lluvia-Neutrónica cesó de avanzar, y sus lados fluyeron hacia atrás alrededor de él, en un abrazo semicircular.

—Durante el último giro contesté a una alarma y descubrí que en otro de los canales de retorno había ruido. Lo que es peor, no se trataba de un solo bit, sino de tres, que tenían un significado sin sentido. La probabilidad de emisión espontánea de tres bits es infinitesimal. La máquina debe tener un foco de ruido. Y hasta que no

comprendamos esto, no debemos gastar dinero en una máquina mayor. Pero, con nuestra máquina de sólo cuatro canales, vamos a tardar una eternidad en descubrir cuál es el problema.

—Pero cuando lo encuentres, podrás mandarte un mensaje hacia atrás, explicándote a ti mismo la solución... —empezó a decir.

—Y tú ya estás otra vez creando paradojas —dijo él—. Si esto hubiese sido posible, yo ya lo habría hecho, y no estaría aquí susurrando mis penas a tu parte posterior.

Círculo-Temporal se puso delante de ella y empezó a empujar a través del campo.

—Y basta ya de mis problemas —dijo—. ¿Por qué no me enseñas como vais a poner esa red alrededor del polo Este para atrapar cortezamotos?

FECHA: 06:57:52 MG; MARTES, 21 DE JUNIO DE 2050

Qui-Qui se sorprendió cuando recibió una carta del Comité de Selección para el Rejuvenecimiento. Inmediatamente envió un mensaje de aceptación, y llamó a su representante Pedrusco-Gris.

La imagen que aparecía en el videoenlace era la de un pequeño macho de mediana edad, pintado con las brillantes franjas diagonales que habían dejado de estar de moda hacía 20 gran.

La ya rápida agitación de sus pedúnculos se incrementó todavía más cuando reconoció a su famosa cliente.

—¿Qué problema tienes ahora? —dijo Pedrusco-Gris—. Nunca me llamas a no ser que tengas algún problema.

—No hay problema; en absoluto —dijo Qui-Qui—. Son buenas noticias. He sido seleccionada por el Comité para el Rejuvenecimiento, para hacerme el tratamiento. Desde luego, el tratamiento dura medio gran.

—¡Un medio gran! —llegó la bronca respuesta por el video-enlace—. ¡No tienes un mediogran libre hasta el 2899!

—Ahora lo tengo —contestó ella—. Me voy hacia el oeste, para la entrevista final y las pruebas, dentro de dos giros. A menos que me descalifiquen, empezaré el tratamiento inmediatamente después.

—Pero tus contratos... —dijo Pedrusco-Gris.

—Renegócialos —le contestó—. No tienes más que hacerles comprender que van a tener la experiencia de una vieja y blanda Qui-Qui, en el cuerpo de una joven y firme Qui-Qui.

Se quedó observando como el movimiento ondulante de los pedúnculos de Pedrusco-Gris disminuía hasta casi detenerse, mientras se representaba la imagen que ella había sugerido.

—¡A una tarifa doble que la actual! —dijo finalmente.

—Por esto te tengo como apoderado —le contestó ella con un sobretono acariciador en su arista—. No hay empresa demasiado audaz para Pedrusco-Gris.

Se detuvo, y sus pedúnculos se inmovilizaron, mientras guiñaba sus preciosos párpados en su famoso gesto de sorprendida e inocente perplejidad.

—Desde luego... podría suceder —dijo haciendo que se pararan las ondulaciones de sus párpados—. El tratamiento podría dejarme plana.

Desconectó el vídeo con un gorgorito de diversión, mientras los ojos de Pedrusco-Gris se quedaron inmóviles a causa del susto.

Qui-Qui programó a los criados de su casa para que mantuviera los tres edificios en perfecto estado mientras ella estuviese ausente, y tomó el Bucle de Saltos hasta el Centro de Rejuvenecimiento del polo Oeste. La habían mandado allí para que estuvieran cerca de su clan familiar, en la ciudad de Roca Blanca. En el Centro de Rejuvenecimiento no tuvo problemas para pasar todos los exámenes físicos. La última etapa era una entrevista final con el médico decano del centro, Sabino-Salk. Durante los exámenes, Qui-Qui había tenido tiempo sobrado para pensar, y ahora quería plantear algunas preguntas.

—Lo que no entiendo —dijo ella—, es ¿por qué me han escogido a mí, en lugar de algún científico, escritor, músico o político?

—Según nuestra evaluación, resulta que usted es uno de los mejores cheela que jamás se hayan puesto en Huevo —dijo Sabino-Salk flemáticamente—. Usted es una experta en comunicarse con los otros cheela. Si su origen o instrucción hubiera sido distinto, podría haber sido un músico o un político y hasta un científico. En realidad, si no fuera porque es incapaz de engañar a la gente, con su inteligencia, agradable aspecto y carisma, probablemente podría convencer a todos de que era un dios e iniciar un nuevo culto religioso.

—Pero si yo no soy más que una artista —protestó ella.

—No creo que ni usted misma se lo crea —dijo él—. Para el televidente medio usted no es más que doce párpados grandes. Pero los que han podido hablar con usted, saben que detrás de estos doce párpados está uno de los bulbos cerebrales más brillantes de Huevo. Usted tiene muchos amigos, en gran cantidad de sitios. El que la eligiéramos no fue ningún error. Pero ahora permítame que le enseñe el lugar donde se hace el tratamiento y le explique lo que va a tener que soportar. No es un proceso fácil —entraron en el primer edificio, donde había un par de ayudantes robóticos y mucho equipo para hacer ejercicios.

—Primero debemos hacerle hacer ejercicio y alimentarla hasta que haya conseguido tener una buena reserva de carne en su cuerpo. Las enzimas disolventes la usarán como material de construcción para producir las estructuras de soporte del cuerpo de la planta intermedia. Estas estructuras de soporte deben ser de alta calidad

para que no se rompan al quedar sometidas a la fuerte gravedad de Huevo.

Qui-Qui advirtió que alguien estaba haciendo ejercicios bajo la vigilancia de un robot, en el rincón más alejado de la sala. Se trataba de un macho grande, casi tan grande como ella. El robot dijo algo al macho, que echó maldiciones al tener que aumentar el ritmo de su ejercicio.

—¿Quién es aquél? —preguntó Qui-Qui.

—Es el ingeniero Red-Risco. Es el propietario de la Compañía de Construcciones Red.

El movimiento de los ojos de Qui-Qui se hizo más lento en señal de perplejidad. Era obvio que no sabía quién era Red-Risco.

—Es él quien ha construido la Fuente Espacial y el Roscón Jumbo que es la máquina espacial que ha permitido rescatar a los Pausados —le aclaró Sabino-Salk.

Todos los ojos de Qui-Qui miraron con asombro al ingeniero.

—¿Y yo fui seleccionada, junto a alguien tan importante? —dijo ella.

—Lo cierto es que él era el primero de la lista —dijo Sabino Salk—. Pero es bastante más viejo que usted y como se ha dedicado a trabajos de rollos durante la mayor parte del tiempo, estaba en peores condiciones físicas. Ha debido estar en la fase de ejercicios casi cuarenta giros, antes de que lograra alcanzar el suficiente tono muscular. Con dos giros más de ayuno, estará preparado para el tratamiento.

—¡Ayuno! —dijo Qui-Qui con voz entrecortada—. Creo que usted dijo que nos iban a alimentar.

—Se le alimentará durante la fase de desarrollo —explicó Sabino-Salk—. Pero hemos de conseguir que su bien musculado cuerpo pase hambre y esté cerca de la depauperación antes de que le inyectemos las enzimas de conversión animal-vegetal. Estos activarán los genes que quedaron latentes en el cuerpo, después de nuestra evolución a partir de las plantas dragón, que tuvo lugar hace muchísimo tiempo. —Hizo una pausa y la observó curiosamente mientras proseguía—. Ya le avisé que no iba a ser agradable. Si usted prefiere no seguir el tratamiento...

—No. Quiero seguir adelante —dijo Qui-Qui; sus pedúnculos se agitaron y se detuvieron cuando hizo su siguiente pregunta—. ¿Estaré consciente durante la etapa de quemado?

El doctor Sabino-Salk la miraba perplejo, por lo que ella prosiguió:

—Pertenezco al clan de la Anciana Mata-Ligero, el primer cheela que, según la historia, pasó por el proceso de rejuvenecimiento. En mi recinto de incubación me contaron que tuvo que esforzarse mucho, al trepar por las montañas del polo Este, para poder mandar el primer mensaje a los humanos. Después de conseguirlo, su agotado cuerpo resultó quemado por el calor de un meteorito que cayó cerca de ella. Las quemaduras hicieron que su cuerpo revirtiera espontáneamente a la forma de planta dragón, y así pudiera curarse los daños producidos. Después, la planta dragón

evolució de nuevo, y Mata-Ligero se encontró con que tenía un cuerpo nuevo y joven.

—Mata-Ligero fue extraordinariamente afortunada —declaró Sabino-Salk—. Muchos de los cheelas que han intentado el sistema de quemarse para rejuvenecer, han muerto. El único efecto de las quemaduras fue el de provocar la formación de las enzimas de conversión animal-planta. A usted no la vamos a quemar. En lugar de esto, elaboramos artificialmente las enzimas y se las inyectaremos. Disolverán todo su cuerpo, exceptuando el tejido nervioso y la capa más externa de la piel. El líquido resultante será utilizado para hacer la planta.

Dejaron a Red-Risco que seguía con sus ejercicios, y pasaron al edificio vecino. Una larga fila de máquinas pequeñas se alineaban en un rincón, cada una con dos tubos para ser conectada a dos largas líneas colectoras que iban a parar a dos depósitos grandes. Un solo robot se cuidaba de las máquinas.

—Estas máquinas producen las dos enzimas: la de animal a planta y la de planta a animal —dijo Sabino-Salk—. Todas estas máquinas tardan 18 giros en obtener las enzimas necesarias para un rejuvenecimiento.

—¿Sólo un paciente cada 18 giros? —exclamó Qui-Qui—. ¡Estoy segura de que ustedes son capaces de ocuparse de más casos!

—Podremos —le contestó Sabino-Salk—. A medida que se fabriquen más máquinas productoras de enzimas, aumentaremos la cifra de tratamientos hasta a uno por giro, por lo menos. Pero vamos a tardar algún tiempo en lograrlo, porque los otros centros también están en la lista de espera de las máquinas.

—No me parece que sean muy grandes —dijo Qui-Qui—. Podría esperarse que hubiera abundancia de dinero, destinado a la producción de máquinas de rejuvenecimiento. Supongo que, por dentro, serán muy complicadas.

—El problema no está en el dinero o en la dificultad en fabricarlas —dijo Sabino-Salk—. El procedimiento para la preparación de las enzimas, requiere el uso de un catalizador muy escaso. Es un isótopo muy rico en neutrones del que sólo se encuentran trazas en la barrera de lava procedente del volcán Éxodo. Dado que el volcán está todavía activo, la minería de la lava es extremadamente peligrosa. Habrá que esperar durante doce gran para que tengamos suficiente catalizador para alcanzar nuestra plena capacidad. Pasemos al jardín.

Pasaron al recinto vecino. En el centro del mismo había dos plantas dragón muy grandes. Eran del tipo de raíz única, y de toldo invertido, parecido al de las plantas parasol, pero mucho mayores. Una de ellas todavía estaba creciendo y a su alrededor se veía un pequeño número de robots y dos cheela reales que la cuidaban. Los cheela tenían unas insignias de médico, muy grandes, en sus lados, además de estrellas supletorias y manchas de colores que indicaban lo importantes que eran sus títulos.

—Esto es lo que usted será dentro de 30 o 36 giros, si hace sus ejercicios

correctamente —Sabino-Salk señaló hacia las plantas con un gesto de sus pedúnculos.

—¿Quiénes eran? —preguntó Qui-Qui con un suave susurro electrónico.

—Son —corrigió Sabino-Salk—. Estoy seguro de que usted les conocería, si yo le dijera quienes son, pero es norma nuestra el no dar la identificación de quienes están en forma de plantas. A los cheela no les importa que les señale con los pedúnculos cuando llevan sus pinturas corporales e insignias, pero cuando uno se convierte en planta todo esto queda a un lado. La planta mayor está casi a punto para la reconstitución. Vamos a dejarla madurar durante un par de giros y después inyectaremos la enzima de conversión de planta en animal. Este proceso inverso sólo dura algunos giros. Las estructuras de soporte de la planta se fluidifican y se utilizan para la reconstrucción del cuerpo. En la última fase, la piel exterior se desprende y los ojos nuevos, acabados de formar, salen de debajo de sus nuevos párpados.

—¿Todo es como había sido antes, excepto que más joven? —preguntó Qui-Qui.

—Sí, si exceptuamos el bulbo cerebral y el resto de tejidos nerviosos, porque no habrán sido alterados por las enzimas animal a planta. Descontando un periodo en blanco, durante el proceso de rejuvenecimiento, la memoria y las funciones cerebrales del cuerpo nuevo son idénticas a las del viejo —se detuvo y deliberadamente miró a lo lejos cuando continuó—. Dado que usted es una artista profesional del holovideo, estoy seguro de que estará interesada en saber cómo va a ser su nuevo cuerpo. Puedo asegurar a usted y a todos sus fieles admiradores, que el cuerpo reconstruido utilizará la misma espiral genética triple que originó a la anterior Qui-Qui, y que la nueva Qui-Qui adquirirá el mismo volumen en el holovideo que aquella.

Una señal direccional vibró a través de la corteza que cosquilleó la parte externa de la arista de Qui-Qui cuando se enfocó hacia Sabino-Salk.

—Uno de los ancianos de su clan ha llegado, para autorizar los últimos rollos burocráticos —dijo Sabino-Salk—. Si usted me sigue, abriré camino hasta mi oficina.

FECHA: 06:58:06 MG; MARTES, 21 DE JUNIO DE 2050

Cero-Gauss había salido del restaurante de la facultad, después de un nutritivo festín de giro y se dirigía a su laboratorio subterráneo, libre de campo magnético. Pasó por el lado de algunos estudiantes que cesaron en sus conversaciones para que sus aristas pudieran escuchar lo que ella decía. Parecía que, al mismo tiempo que hablaba con ella misma, lanzaba chillidos.

—Tengo un delicioso trozo asado de huevo de Desliza-Lento para ti. Le he sacado casi toda la salsa, para que no te queme demasiado —dijo ella, mientras formaba un manipulador y lo introducía en una de sus bolsas, para extraer de ella un

apetitoso bocado. Después introdujo el manipulador en otra bolsa. Cuando el orificio de esta bolsa se abrió, apareció una pequeña cría peluda de Vergonzoso que trató de salir fuera, pero cambió de idea al ver la comida. Se apoderó de ella rápidamente e intentó introducirla toda a la vez, en su pequeñísima bolsa de comer.

—¿Es demasiado grande para ti, Peludo? —preguntó.

Su manipulador partió el pedazo de huevo en trozos menores, que fueron vorazmente devorados por la hambrienta cría. Cerró el orificio lo suficiente para retener dentro al animal, pero dejó un pequeño agujero para que pudiera tener algunos ojos fuera con los que ver a donde iban.

Entró en un pequeño recinto que era la parte de arriba de su único edificio de investigación, que contenía recintos secundarios para su oficina y para las viviendas de sus estudiantes graduados. Otro edificio que estaba a poca distancia contenía la maquinaria que hacía funcionar la instalación subterránea y suministraba la refrigeración para el cielo simulado que colgaba debajo del potente techo superconductor del laboratorio. El segundo edificio tenía, en uno de sus rincones, una estructura muy poco corriente. Era una caja rectangular, hecha con espesas chapas de metal, con una puerta en un extremo y una cubierta sobre su parte superior.

Se acercó a su despacho y miró a la red de mensajes del ordenador. No había nada importante, por lo que se fue a hacer una visita a una vivienda, donde se hallaban dos de sus estudiantes graduados.

—¿Cómo se portan las plantas, Promotor-Cauto? —preguntó a uno de los estudiantes.

—Se nos ha muerto una planta fuente —contestó Promotor-Cauto—. Y disparó semillas por toda la habitación cuando murió. Pero ya había vivido durante 46 giros, lo que casi es un récord.

—¿Habéis podido recoger todas las semillas? —preguntó Cero-Gauss.

—Sí. Y mientras lo hacíamos, Corteza-Aterciopelada y yo hemos descubierto otro «punto caliente» en uno de los rincones —dijo Promotor-Cauto.

—¿Es muy grave? —preguntó Cero-Gauss—. Me incomodaría mucho si tuviera que volver a vaciar, por bombeo, todo el laboratorio.

—Eran 100 gauss encima mismo del punto caliente —repuso Promotor-Cauto—. Pero es muy pequeño y a unos pocos milímetros de distancia queda absorbido por las variaciones de fondo de algunos pocos gauss. Había muy pocas plantas cerca del rincón y las pusimos en otras partes de la habitación.

Cero-Gauss se volvió hacia Corteza-Aterciopelada.

—Tengo el sustituto de Peter —dijo ella sacando la pequeña bola de pelo y ojos de su bolsa.

—Peludo, te presento a Corteza-Aterciopelada. Desde ahora va a cuidarte muy bien —dijo la profesora, formando un pequeño nido en el suelo, con el borde de su

arista y dejando allí al animal.

El Vergonzoso trató de trepar sobre el borde, pero Cero-Gauss lo mantuvo en su lugar rascándole la piel que estaba debajo de su pequeña arista. El Vergonzoso se detuvo y miró a Corteza-Aterciopelada con sus doce ojos de color rojo oscuro. El estudiante hizo descender uno de sus ojos para mirarle.

—Es decir, que ahora serán Fracaso, Escoba, Algodón y Peludo —dijo Corteza-Aterciopelada—. Ha encontrado usted un sustituto perfecto. Es igual que Peter.

—Los Vergonzosos de estas razas de laboratorio genéticamente puras, parecen todos iguales —dijo Cero-Gauss—. Elegí a éste sólo porque me pareció que era el más listo.

—Debería haber elegido el más tonto —dijo Promotor-Cautó—. Peter era listo y vea lo que le sucedió. Descubrió como podía abrir su jaula y murió por sobrecalentamiento. Ocasionó un retraso de medio gran en mi tesis.

—Esta vez voy a asegurarme de que la jaula esté bien cerrada —prometió Cero-Gauss—. ¿Tenéis algo más para que me lo lleve abajo?

—Unas semillas —dijo Promotor-Cautó—. Están en el almacén que está al lado del ascensor.

Cero-Gauss comprobó el funcionamiento de los monitores de vídeo que permitían ver cada uno de los rincones del plantel y de las jaulas de los animales. Anotó mentalmente que tenía que ver algunas de las plantas, que parecían necesitar sus cuidados, y se dirigió al ascensor que estaba en el edificio de los servicios.

Próximo al ascensor había un edificio vestuario de paredes muy altas. Se despojó de sus seis insignias metálicas de profesor, se sacó todas sus joyas, se quitó toda la pintura corporal y vació todas sus bolsas, incluso la bolsa de herencia que contenía el tótem de su clan. El tótem estaba fabricado con arcilla cocida en un horno, a la antigua manera, y llevaba un campo magnético aplicado durante la cocción. Envolvió el tótem en una toalla y lo dejó en un cajón provisto de cerradura de combinación. Y ya desnuda, como el día que salió del cascarón, pasó por la puerta del vestuario y la dejó cerrada. Empuja-Electrones, el operario de los servicios, esperaba discretamente en la consola de mandos, a la vuelta de la esquina.

Se dirigió suavemente a los depósitos de almacenaje y llenó sus bolsas. Peludo pasó a una bolsa pequeña, y los botes de plástico que contenían las plantas de semillero, cultivadas en un suelo no magnético, pasaron a su bolsa de carga general. Cuando ya estaba muy abultada se fue ante la puerta abierta del ascensor. El ascensor no tenía el techo enfriado, y tuvo que poner en juego su fuerte voluntad para conseguir que su arista desplazara a su cuerpo hasta situarlo debajo del pesado techo. Después de entrar, hizo un esfuerzo para que sus ojos miraran hacia el suelo, y consiguió calmarse. Activó el canal de audio del videoenlace.

—Ya puedes cerrar la puerta, Empuja-Electrones —dijo.

—La puerta está cerrada, profesora —dijo Empuja-Electrones—. ¿Cuál es el diámetro mayor de lo que lleva?

—No hay nada mayor que mi bulbo cerebral —contestó ella.

—En este caso sólo necesitamos tres bombas de pared —dijo Empuja-Electrones. Con un ruido quejumbroso, la pared posterior del ascensor se movió hacia Cero-Gauss.

—Ya va la primera pared —dijo él—. Avíseme cuando haya terminado.

La pesada pared de metal superconductor se detuvo en el centro de la habitación, y un pequeño agujero circular se abrió en ella, un poco más arriba del suelo. Lo primero que hizo Cero-Gauss fue vaciar sus bolsas y alinear los botes de plantones cerca de la pared. Después introdujo un manipulador por el agujerito, se asió con él a un asa que había al otro lado, se hizo lo más delgada que pudo y se introdujo por el agujero. El diafragma del agujero iba siguiendo las dimensiones de la silueta de su cuerpo, dilatándose cuando pasó el bulbo cerebral y encogiéndose hasta el diámetro del manipulador tractor que sujetaba firmemente al revoltoso Peludo.

Mientras su propio cuerpo volvía a recuperar su aplanada forma normal, su manipulador estaba ocupado en transferir las plantas jóvenes de uno a otro lado de la pared. Después de esta operación, el orificio se cerró apretadamente y la pared superconductora continuó su desplazamiento por el ascensor hasta llegar a la puerta de éste, comprimiendo en su trayecto todas las líneas de fuerza que se le ponían por delante. La puerta del ascensor se abrió brevemente, y las líneas de fuerza fueron empujadas al exterior. Una segunda pared se separó del fondo del ascensor y el proceso se repitió. La única diferencia consistió en que ahora la primera pared se hizo no superconductora antes del último empuje de expulsión. Después de que la tercera pared hubiera pasado, Cero-Gauss se acercó a un panel de control que estaba en el suelo e introdujo un código. Un aparato de medición se elevó desde el suelo, en el centro de la habitación.

—La bomba es buena —dijo ella por el audioenlace—. Solamente registra 2.800 gauss.

—Pues ya es bastante cercano a cero y se puede accionar el cierre de la cámara —dijo Empuja-Electrones—. ¿Preparada para la caída?

La manera de accionar sus pedúnculos de los ojos indicó un cierto enfado ante su intento de hacer una broma de mal gusto. Tal vez él había conseguido hacer chillar alguna de las estudiantes, al hacerles creer que iban a caer dentro del suelo, y ahora lo repetía cada vez que alguien bajaba.

—Estoy preparada para el descenso —dijo ella, golpeando firmemente con su arista el recubrimiento metálico del suelo. No llegó a conseguir en su golpeteo, el tono exacto propio de un «profesor-jefe». Es bastante difícil conseguir un tono autoritario cuando se está desnudo.

—Sí, Profesora —dijo Empuja-Electrones, y el ascensor empezó su descenso por debajo de la corteza.

En el fondo, el proceso de las bombas magnéticas se volvió a efectuar usando las bombas de pared en la compuerta que conducía hasta la cámara de campo bajo. Todos los campos magnéticos residuales posibles fueron bombeados al ascensor, cuyas barreras alternaban estados conductores y superconductores para atrapar a los campos. Después, el ascensor subió a la superficie para expeler al exterior los campos atrapados.

Cero-Gauss se detuvo en un vestidor, se puso un poco de pintura corporal, se colocó seis insignias de profesor hechas con plástico pintado, para que parecieran de metal y, ya presentable, salió para ponerse delante de las cámaras de vídeo que escrutaban toda la sala. El techo era de un negro tranquilizante. Ella, Peludo y las plantas estaban contentos por haber salido de la enervante clausura del ascensor y de las barreras.

Empezó por los animales. Tres de las nueve partes del cuarto libre de campo estaban ocupadas por numerosas parejas de crías de los animales mayores de Huevo, exceptuando aquellos que eran mayores que un cheela adulto o sea el poderoso Desliza-Lento y el carnívoro Ligero, que estaban representados por sus miniaturas obtenidas genéticamente y que tenían aproximadamente las dimensiones de un Vergonzoso.

Tenía varios tipos de Vergonzosos. Además de las tres clases distintas de Vergonzosos, de brillantes colores pero estúpidos que se utilizaban como comida y que se alimentaban con carnes de distintos sabores, había algunos Vergonzosos pastores a los que se educaba a fondo. Estos se criaban a causa de su inteligencia. Ahora, con la adición de Peludo, tenía dos grupos de una variante de laboratorio cuyos cuerpos tenían las mismas respuestas que un cuerpo de cheela a los cambios ambientales.

Tenía que comprobar muchas cosas en el laboratorio. Después de haber tenido que pasar por todo el largo y tedioso trabajo de llegar hasta allí, no tenía ninguna prisa en irse. Había por lo menos dos giros de trabajos pendientes, además de someter a los animales a exámenes físicos y a pruebas de inteligencia. Los depósitos de víveres instalados en esta misma sala habían sido llenados con alimentos la vez anterior que se había bombeado la habitación, por lo que, cuando llegara el festín de giro, podría recuperar fuerzas allí mismo. Además, alguien debía probar la calidad de las nueces y frutos de las plantas comestibles.

Rebana-Acero deseaba regresar a la Estación Espacial de Órbita Polar. Habían ocurrido muchas cosas desde que había estado allí de visita. Se había retirado de sus cargos activos, había sido elegido para la Legislatura de los Clanes Aliados, y había

sido seleccionado para el rejuvenecimiento. Todavía tenía derecho a llevar sus insignias de dobles estrellas de almirante, por lo que se las puso para aquella visita.

Exploración-Lejana también había acabado su rejuvenecimiento y estaba a punto de reincorporarse al espacio interestelar. Había invitado a Rebana-Acero a su fiesta de despedida.

El vehículo robot de deslizamiento zumbaba a través de la carretera del lado este de Paraíso de Brillante hasta que se detuvo delante de la terminal del Bucle de Salto. Rebana-Acero introdujo su tarjeta magnética en la ranura de pagos y el coche deslizador le dejó marchar. Mientras fluía hacia la acera vio a un pequeño, enclenque y asustado crío, sin insignias, recostado contra una pared próxima. Los ojos del crío miraban despreocupadamente, pero con atención a todo lo que ocurría cerca de él, especialmente al tránsito que entraba y salía por las puertas automáticas de la terminal. La terminal estaba instalada en un barrio conflictivo de la ciudad, por lo que Rebana-Acero aceleró su avance por la calle y se apresuró a través de la puerta de entrada.

Cuando hubo entrado, se relajó un poco y se colocó en la cola de equipajes, donde vació su maletín de viaje. Había llegado antes de tiempo por lo que se fue, a través del gentío que había en la terminal, hacia el bar de pulpa. Empezó a girar en torno de una hembra pequeña y llena de pecas que tenía todos los ojos fijos en el macho, de aspecto amenazador, con el que estaba hablando. De repente, sin que al parecer mirara donde iba, la hembra retrocedió y el almirante Rebana-Acero se encontró medio envuelto en carne de hembra pecosa.

—Perdone —dijo Rebana-Acero tratando de apartarse.

—A mí no me importa, si no le importa a usted —dijo la hembra núbil, mientras desplazaba algunos ojos y abría algunos párpados pecosos en su parte superior—. Además, usted es mucho más hermoso que este bruto.

Inclinó sus pedúnculos hacia el otro macho, que les miraba fijamente.

Rebana-Acero observó que las pecas de la hembra llegaban hasta los ojos, de los que había algunos de color rosado, en lugar del color rojo oscuro más normal.

El almirante intentó separarse, pero descubrió que la hembra había formado algunos pseudópodos y lo estaba reteniendo por sus insignias de doble estrella de almirante. Otros pseudópodos que quedaban ocultos por sus cuerpos, empezaron a cosquillearle.

—¿Quieres divertirte un poco? —le decía ella por medio de un susurro electrónico que desencadenó un hormigueo a lo largo del cuerpo de él—. Sé de un sitio bonito y tranquilo, con alfombras, que está cerca.

Rebana-Acero empezaba a declinar la oferta, cuando fue golpeado por un duro manipulador.

—¡Deja tranquila a mi nena! —dijo el macho, mirándole ferozmente.

Sorprendido por el golpe, Rebana-Acero no se dio cuenta de la pérdida de sus insignias, cuando la hembra pecosa se separó de él.

—¡Ya las tengo! —gritó mientras se deslizaba hacia la puerta de entrada todo lo aprisa que le permitía su arista. El macho la seguía de cerca.

—¡Alto! —gritó Rebana-Acero, al darse cuenta de su pérdida, luego salió en su persecución. El macho sacó un puñal de una de las bolsas de su cuerpo y lo agitó amenazadoramente.

—¡Vete a chupar ojos, Espadero! —gritó el macho.

—¡Que viene un clanero! —advirtió la hembra pecosa cuando se acercaban a la puerta, que su compinche mantenía abierta desde fuera y que cerró casi del todo cuando el guardia de seguridad llegó allí, aunque éste logró pasar por la rendija y continuar la persecución.

Rebana-Acero se detuvo cuando el guardia inició la persecución. Se quedó algo azorado, y cambió de sitio una insignia para cubrir el sitio que había quedado desnudo en su piel. Era difícil que el guardia pudiera alcanzar a los ladrones. Como ya casi había llegado el momento de salida de su nave de salto, dio la vuelta y se fue hasta el área de embarque.

—¡Este clanero comehuevos ha salido! —gritó Cara-Pecosa—. ¡Dispersémonos! ¡Ya lo venderemos después!

Salió por una calle lateral que la condujo hasta los terrenos del antiguo templo, donde sabía que había muchos sitios para esconderse. Por suerte, el clanero había seguido a Arista-Rota. Ella era la que llevaba las insignias robadas y así, incluso en caso de que el clanero le detuviera, tendría que dejarle marchar.

La arista de ella, acostumbrada a los ruidos de la calle, recogió el movimiento rápido de otros dos claneros que se le aproximaban y apresuró su marcha, evitando hacer demasiado ruido. A la entrada de los terrenos del antiguo templo, comprimió su escuálido cuerpo, para hacerlo pasar por una grieta de origen sísmico que había en la antigua valla exterior. Evitando encuentros con los obreros que efectuaban trabajos de restauración, pasó apresuradamente junto a uno de los recién restaurados «ojos» del antiguo monumento para dirigirse hacia una roca de corteza, en un punto donde la base del «pedúnculo de un ojo» enlazaba con la pared que formaba el «cuerpo» del templo. Detrás de la roca existía un antiguo túnel que ella había descubierto unos giros antes. Había notado un pequeño agujero en la pared, después de que las enormes máquinas terraplenadoras hubieran pasado por allí. Buscando un escondrijo seguro para las cosas robadas, hasta que pudiera venderlas, había descubierto que el agujero daba paso a un túnel subterráneo que estaba recubierto por un antiguo tipo de espeso metal superconductor.

Cuando se realizó la construcción original, en la época del profeta Ojos-Rosados, el superconductor había mantenido alejados del túnel los campos magnéticos, para

que los Sumos Sacerdotes de Brillante pudieran viajar rápidamente desde el santuario más exterior hasta la cima del monte del Ojo Interior, donde aparecían milagrosamente a la vista de la gente que estaba abajo. Actualmente, el túnel estaba obstruido con flujo magnético aprisionado, que se adhería fuertemente a las paredes.

Cara-Pecosa empujó su camino a través de las líneas de flujo hasta que estuvo dentro e hizo deslizar la roca para volver a disimular la entrada. Descansó y se relajó cuando el campo magnético aprisionó sólidamente su cuerpo en la corteza que la rodeaba. Tenía cierto miedo a estar bajo la corteza, pero estaba segura de que los clanneros jamás la podrían encontrar en su escondite secreto.

Por fin llegó el fin del turno y Huevo-Pesado dio permiso para que su equipo se retirara. Observó que se apretaban en los ascensores para volver a la superficie de Huevo y a sus bares de pulpa y observó también que se movían a mayor velocidad de la que habían desarrollado durante todo el tiempo de trabajo.

—Es el último ascensor, señor —Bolsa-Hambrienta aguantaba abierta la puerta.

—Espérame —dijo Huevo-Pesado—. He de ver al jefe.

Tomó un montacargas hasta la cubierta más alta de la plataforma superior y se dirigió al edificio donde estaba la oficina del ingeniero jefe de la plataforma superior. Su equipo había realizado escasamente su cuota de trabajo, y debía hacer algo para remediarlo. No importaba que durante el trabajo hubiera algunos apretones y cosquilleos. Aquello ayudaba a pasar mejor el tiempo de trabajo; pero había sorprendido a Roca-Amarilla tocando a Desliza-Fácil detrás del eje de los ascensores, y ésta había sido la última gota que había colmado el vaso. Quería que ambos fueran reemplazados.

La puerta del edificio del ingeniero jefe estaba abierta. Huevo-Pesado fluyó por ella con una arista determinada, y se detuvo. Una persona desconocida y muy joven estaba en la oficina y el ingeniero jefe le escuchaba respetuosamente. El jovencito llevaba insignias mayores que las del ingeniero jefe, y dijo al recién llegado:

—Me alegro mucho de volver a verle —al percibir el asombro que se notaba en el movimiento de los pedúnculos de Huevo-Pesado, añadió—: Soy su patrón, Red-Risco. Me han rejuvenecido. Creo que así lo llaman. ¿Tiene algún problema?

—Sí, pero puede esperar hasta el próximo turno —dijo Huevo-Pesado, invirtiendo la ondulación de su arista. Se retiró de la puerta en plena confusión mental y se dirigió a la cubierta de debajo. Roca-Amarilla evitó sus miradas cuando entró en el ascensor. Se hizo cargo de los controles que sostenía Bolsa-Hambrienta e inició el largo descenso por la Fuente Espacial hasta la superficie.

Círculo-Temporal de nuevo se sentía solitario y estaba buscando a alguien con

quien hablar. Otro de los canales de su máquina se había taponado con ruido. Anduvo sin rumbo fijo hasta el otro extremo del Instituto del Ojo Interior y visitó el pabellón de Cristalografía, pero Lluvia-Neutrónica no estaba en su terminal del ordenador y fue a buscarla al laboratorio. Allí sólo estaba Ojos-Impacientes, trabajando en una consola de tacto y gusto. A cada uno de los lados de la misma había dos cuencos esféricos muy aplanados que representaban los dos hemisferios de Huevo. Estaban dibujados al estilo de los mapas antiguos, en los que las distancias se marcaban en longitudes de arista. Eran planos de las regiones correspondientes a las proximidades de los polos magnéticos donde las aristas de los cheela tenían su tamaño mínimo, y eran más curvos cerca del ecuador magnético, allí donde la componente horizontal del campo magnético hacía alargar la arista de los cheela. Ahora que los cheela ya tenían el viaje espacial, habían descubierto que Huevo tenía forma esférica; pero la forma antigua era todavía útil para los cristalógrafos, puesto que la mayor parte de su actividad se desarrollaba cerca de los polos. Los mapas daban destellos que señalaban la actividad de los cortezamotos. Un punto azul brillante apareció en el mapa y, después, su color fue disminuyendo a medida que el seísmo desaparecía.

—Busco al profesor Lluvia-Neutrónica —dijo Círculo-Temporal a Ojos-Impacientes.

—Estoy aquí —llegó una voz sofocada que parecía venir de debajo de la arista de Ojos-Impacientes.

—Está en el polo Este —exclamo Ojos-Impacientes—. Voy a pasar la imagen a la pantalla visual de aquella pared. Las cosas ocurren muy aprisa y será mejor que yo siga trabajando con la pantalla de tacto y gusto.

—He venido para ver si podíamos estar juntos en el festín del giro —dijo Círculo-Temporal—. No sabía que te hubieras marchado.

—Este viaje no estaba previsto —replicó la imagen de Lluvia-Neutrónica. Se desplazaba a lo largo de una línea de transeptores acústicos que estaban recogiendo los datos de los instrumentos sísmicos distantes, enterrados bajo la corteza que rodeaba el polo Este.

—Efectué un salto, al principio de este giro, para asegurarme de que la escala de los transeptores estaba bien. Creo que se avecina un gran seísmo. Pero no puedo estar segura, porque ésta es la primera vez que alguien intenta registrar los seísmos previos a uno grande.

—Todo empezó justo después del último festín de giro —explicó Ojos-Impacientes—. Yo observaba las señales que llegaban desde la red que rodea el polo Este, cuando empecé a ver dibujos en forma de anillos.

—Y esto no es todo —dijo Lluvia-Neutrónica—. Si bien al principio eran pequeñas, las magnitudes de los seísmos se han ido incrementando casi exponencialmente, durante los últimos diez docigiros, a medida que se acercan a la

base de las montañas del polo Este.

—¡Exponencialmente! —era evidente que Círculo-Temporal estaba muy impresionado.

—Espero un «temblor de Timble» de un momento a otro —dijo Lluvia-Neutrónica y se dio cuenta del temblor confuso en los pedúnculos de él—. Las montañas del polo Este van a bajar algunos milímetros y la duración de un giro se aumentará ligeramente. El premio Nobel humano Timble fue el primero que pudo predecirlos, a partir de las observaciones de la estrella de neutrones de la Nebulosa del Cangrejo.

—¡Puedes estar en peligro! ¡Escapa de ahí inmediatamente! —gritó Círculo-Temporal.

—Ahora ya es demasiado tarde —contestó Lluvia-Neutrónica—. ¡Sigue recogiendo los datos, Ojos-Impacientes! —ordenó, y de pronto la pantalla visual quedó vacía.

Círculo-Temporal desvió su mirada hacia el cuenco que representaba el hemisferio Este. Alrededor de las montañas del polo Este surgían continuos destellos de brillante luz azul. De repente, todo el polo Sur explotó con un resplandor azul. Hubo una pausa, y después una suave ondulación se extendió a partir del punto focal. Llegó hasta Ascensión de Liger y el mapa se apagó.

Entonces Círculo-Temporal comprendió porque tres de los canales de su máquina del tiempo, estaban bloqueados por el ruido. Salió velozmente del laboratorio y atravesó los terrenos del Instituto. Había un canal abierto hacia el pasado. Si lograra mandar un mensaje hacia el pasado, destinado a él mismo, podría ser capaz de avisar a toda la población de Huevo. Mientras apretaba su cuerpo contra los poderosos campos magnéticos que emanaban de la corteza, luchó contra el espectro del desaliento. Después de todo, «él» estaba allí en aquella línea temporal, luchando por llegar hasta la máquina del tiempo, y no había recibido ningún mensaje que llegase desde el futuro. Su línea del tiempo actual estaba condenada, pero tal vez podría crear una paradoja —una bifurcación— que pudiera salvarle a él y al resto de Huevo en otra línea temporal. Siguió luchando.

¡SEÍSMO!

FECHA: 06:58:07 MG; MARTES, 21 DE JUNIO DE 2050

En las profundidades, debajo de la base de las montañas del polo Este, un grueso bloque de corteza gruñó de manera audible bajo el enorme esfuerzo provocado por los mil millones de toneladas de materia, amontonadas unos centímetros por encima suyo. Cuando el esfuerzo rebasó el límite máximo de resistencia, un bloque de corteza se rompió y una larga vibración se transmitió a través de los estratos que estaban debajo de la corteza. Las cimas de las montañas, que se habían quedado sin soporte, cayeron unos veinte milímetros en el intenso campo de gravedad de Huevo. La onda de choque, originada por la caída de la cordillera se propagó a partir del polo Este, casi a la velocidad de la luz, afectando en primer lugar a Ascensión de Ligeró.

Cuando la corteza se levantó, para caer a continuación, las paredes se agrietaron y las comunicaciones quedaron cortadas, Lluvia-Neutrónica notó que sus pedúnculos oscilaban al agitarse la corteza situada debajo de ella. Siguió atendiendo a los sobrecargados instrumentos, en espera de que volvieran a su campo de medición y pudieran grabar el resto de lo que había sido el mayor cortezamoto de la historia de los cheela.

Algo más tarde, la onda de superficie alcanzó al Instituto del Ojo Interior, en Paraíso-Brillante. El bulbo cerebral de Círculo-Temporal, que estaba ya dominado por el pánico, chilló mentalmente cuando notó que se elevaba la corteza donde apoyaba su arista. Disminuyó su marcha, hasta reducirla a un avance consciente y deliberado, cuando la onda pasó por debajo de él y la corteza volvió a descender, sin haberle afectado mucho a él ni tampoco a los bien contruidos edificios del Instituto del Ojo Interior.

Los campos magnéticos de la estrella, que estaban incorporados a la corteza en movimiento, oscilaron un poco atrás y adelante, generando con ello unas corrientes eléctricas que pasaron por el cuerpo de Círculo-Temporal, y pusieron en excitación los electrones y núcleos sueltos que formaban la tenue atmósfera de Huevo, hasta que los aceleraron lo suficiente para originar pares electrón-positrón. Los intercambiadores de calor, a contracorriente, que tenía en la base de sus pedúnculos de los ojos, incrementaron su capacidad de enfriamiento para eliminar el calor que el flujo de corrientes eléctricas había producido en sus glóbulos oculares. Mientras sus ojos se iban enfriando hasta el color rojo oscuro normal, vio disminuir la fluorescencia de rayos X que se producía cuando los positrones formados por las corrientes de la atmósfera, encontraban un electrón con el que aniquilarse.

Ya más lentamente, Círculo-Temporal continuó su marcha hacia el edificio de las Comunicaciones Temporales para comprobar el estado de su máquina. A pesar de que

el cortezamoto había sido muy intenso, estaba seguro de que Red-Risco había proyectado personalmente la máquina para que pudiera resistir la sacudida. Pero era posible que el movimiento sísmico hubiera deteriorado la consola de control y que fuera ésta la causa de las extrañas señales de ruido.

El ascensor que ocupaban Huevo-Pesado y siete miembros de su equipo pasaba por el nivel 50 cuando un fogonazo de luz, procedente de la atmósfera que tenían debajo, anunció el principio del cortezamoto. Un par de mizgiros después, el ronroneo de los deflectores, en sentido ascendente, cambió de tono cuando los aceleradores que estaban en el suelo compensaron la caída de veinte milímetros de la corteza que estaba inmediatamente debajo.

—Éste ha sido fuerte —pensó Huevo-Pesado cuando su arista percibió el cambio de ruido en las vibraciones de la cubierta.

Se oyó un fuerte ruido. Un desecho, el primero desde hacía varios giros, colgaba del separador debido a que el esfuerzo suplementario había resultado excesivo para él.

Las ondas de choque procedentes de la corteza alcanzaron el centro de la estrella de neutrones y de allí salieron rebotadas varias veces, hacia arriba y hacia abajo, a causa de las diferencias de densidad entre las diversas capas. Cierta número de choques de rebote coincidieron en una de las áreas límite y concentraron su energía en una zona muy pequeña. Una vez iniciado, el cambio de fase se transmitió a casi la velocidad de la luz. Una capa interna de la estrella, de casi un kilómetro de altura alteró su densidad y se encogió unos dos metros, dejando sin soporte a las capas más externas de la estrella. Las capas externas cedieron y el cortezamoto se convirtió en un estrellamoto.

El gigantesco estrellamoto llegó a la superficie e hizo temblar a la corteza, igual que un Ligero destrozaría a un Desliza-Lento. La corteza se movió alternativamente hacia arriba y hacia abajo, todos los materiales que estaban sueltos fueron proyectados a través de la superficie y a gran velocidad contra las paredes, plantas y riscos. Los campos magnéticos embebidos en la corteza, se desplazaron a la vez que esta y aceleraron los electrones e iones de la tenue atmósfera. La atmósfera se recalentó hasta que alcanzó la temperatura de mil millones de grados. Se formaron pares electrón-positrón que luego se aniquilaron mutuamente originando un flujo continuo de rayos X. Los rayos X rebotaron contra los electrones ultraveloces de la supercaliente atmósfera y en cada una de las colisiones aumentaron su energía hasta que se convirtieron en un resplandor de penetrantes rayos gamma.

Círculo-Temporal notó de nuevo que la corteza se hundía debajo de él. Pero, contra lo que había ocurrido la primera vez, el movimiento de caída no se detuvo. Todo el mundo que le rodeaba caía y caía. Los campos gravitatorios y electromagnéticos de la máquina de comunicaciones temporales perdieron el control del agujero negro que giraba en el corazón de la máquina. El agujero negro se reconvirtió en energía, haciendo volar el edificio de las Comunicaciones Temporales y con él a Círculo-Temporal.

Lluvia-Neutrónica había esperado una segunda serie de sacudidas para cuando el cortezamoto hubiera dado la vuelta a Huevo y regresara allí. Llegó muy pronto. Intentó comprender por qué el seísmo parecía ser todavía más intenso que antes, pero se encontró resbalando a gran velocidad y sin poder evitarlo, hacia los instrumentos que había estado atendiendo. Los aguzados bordes de los instrumentos la dejaron convertida en tiras.

Cero-Gauss estaba en su laboratorio subterráneo. Buscaba algunas semillas que habían caído fuera del recogedor de una planta fuente, durante la primera sacudida de la corteza. El estrellamoto llegó hasta allí y ella y todas las plantas fueron barridas por el suelo de la habitación hasta uno de los rincones. Los pilares de sostén se doblaron y el techo les cayó encima.

Una pulsante sábana de fuego recorrió la superficie de la estrella de neutrones, produciendo una explosión de alta energía de radiación que se transmitió al espacio. Apenas un milisegundo después, los rayos ultravioletas de alta energía, los rayos X y los rayos gamma alcanzaron al Matadragones que estaba en su órbita sincrónica sobre Paraíso de Brillante. Los rayos gamma más potentes atravesaron el casco de la nave espacial así como la débil protección del traje espacial de Amalita, cuyo cuerpo se irradió con el triple de una dosis mortal. La radiación ultravioleta rebotó en el espejo del telescopio de imagen, quemando todos los filtros de protección e inundando el puente científico y los ojos de Amalita con un resplandor ultravioleta.

Los párpados de Amalita se cerraron demasiado tarde, sobre unas ya quemadas córneas, y empezaron a formar ampollas a causa de la intensa radiación. Detrás de la pulsación de radiación electromagnética, llegó una triple pulsación gravitatoria, de un kilohertzio, que lanzó el cuerpo de Amalita hacia atrás y adelante fracturándole tres vértebras y destrozándole la columna vertebral a la altura del cuello. La postrera sensación de la moribunda Amalita fue la de un dolor punzante en sus ojos.

Qui-Qui todavía estaba recuperándose de su regeneración y se lo tomaba con calma en el Complejo Hotelero de la Montaña del polo Oeste. Jugaba con su nuevo juguete: Era un aparato volador, hecho por encargo y de elevada potencia. En todo Huevo no había más de media docena de aparatos semejantes, porque su utilización resultaba mucho más cara que la de un coche de deslizamiento de carretera y no era más rápida. Pero un coche de deslizamiento no podía ir hacia arriba.

El volador poseía un generador de repulsión gravitatoria para operar cerca de la superficie y un impulsor inercial para volar a gran altura; además tenía unas alas superconductoras para deslizarse dentro del campo magnético de Huevo. Era caro, era una extravagancia, pero ¡era divertido!

Despegó del complejo hotelero y voló por encima de algunas de las colinas próximas para buscar un valle solitario. Se elevó para adquirir velocidad, con el impulsor de gravedad, hasta conseguir una duodécima parte de la velocidad de la luz, antes de cambiar al impulsor inercial para elevarse rápidamente sobre las montañas que estaban al final del valle. Desconectó el repulsor e hizo aparecer las alas para ascender utilizando la impulsión inercial.

Vio la disminución importante de las reservas energéticas de sus acumuladores. Su representante iba a protestar mucho por la factura de la operación de recarga, pero ella había ahorrado muchas estrellas y ahora que volvía a ser joven no le iban a faltar.

Qui-Qui estaba a 25 metros de altura cuando ocurrió el estrellamote. Afortunadamente estaba mirando hacia arriba, a la Estación Espacial del polo Oeste cuando la atmósfera se iluminó. Pero a pesar de esto, antes de que pudiera resguardarlos debajo de sus párpados, dos de sus ojos empezaron a ver manchas, que no desaparecieron hasta casi después de un giro.

Tuvo dificultades con el altímetro cuando empezó a variar de 24 a 26 metros cada pocos mizgiros. Todos los canales de comunicación estaban silenciosos, a excepción de un solitario haz direccional de navegación, lo que demostraba que sus aparatos de a bordo funcionaban bien. Sabía que se trataba de un cortezamote, a causa del resplandor de la atmósfera, y suponía que había sido uno muy importante y que todavía seguía teniendo mucha fuerza.

Estaría a salvo si se mantenía fuera de la atmósfera mientras la corteza estuviera en agitación. Puso el aparato en piloto automático fijando una trayectoria que requiriese un consumo energético mínimo. El aparato escondió sus alas superconductoras y empezó a planear lentamente siguiendo las líneas del campo magnético, extrayendo todo el poder ascensional que era posible de las pequeñas variaciones de campo ocasionadas por el movimiento de la corteza que estaba por debajo.

La nave de salto que transportaba al almirante Rehana-Acero iba a iniciar su salto hasta una órbita, cuando el estrellamote eliminó la estructura de soporte inferior del Bucle de Salto. Un latigazo de elevada velocidad cortó los alrededores de Paraíso de Brillante mientras el piloto luchaba para conseguir que la nave se elevase. La nave de salto no tenía energía suficiente para ponerse en órbita y siguió una trayectoria curva que iba a parar a las montañas del polo Oeste. El piloto perdió la vista en ocho de sus doce ojos, uno tras otro, a causa del resplandor de rayos X, cuando intentaba localizar el Bucle de Salto del polo Oeste para un aterrizaje de emergencia. Pero éste ya no estaba allí. Hizo salir sus alas superconductores y usando las últimas reservas energéticas de emergencia de que disponía, pudo conseguir que su nave saliese del campo magnético del polo Oeste y pasara a una órbita elíptica.

—Periapsis de 5 metros y apoapsis de 90 metros, capitán Faja-Luminosa —informó el copiloto Ala-Resbaladiza—. Vamos a entrar en penapsis.

El altímetro fluctuaba bruscamente cuando la corteza ondulante pasaba a unos cuatros metros por debajo. Desplazándose a velocidades orbitales, pasaron raudamente por debajo de un volador que se movía lentamente mucho más alto que ellos. La cara inferior del volador relucía brillantemente a causa del resplandor de la superficie de la estrella.

—Voy a circularizar la órbita con propulsión magnética para ver si logramos tener alguna probabilidad —dijo Faja-Luminosa—. Pero no tardaremos en quedarnos sin potencia y al fallar los generadores gravitatorios estaremos en caída libre.

Ala-Resbaladiza se concentró en sus instrumentos y procuró no pensar en cómo sería una muerte por desintegración lenta.

Cara-Pecosa notó la sacudida del primer cortezamote, y después las subidas y bajadas del intenso seísmo consiguiente. Las subidas y bajadas continuaron por algún tiempo. Llegó el tiempo del festín del giro y ella estaba hambrienta. Era muy probable que el gran seísmo tuviera ocupados a los claneros y en consecuencia se atrevió a deslizarse fuera de su escondite. Cuando llegó donde estaba la piedra que tapaba la entrada, apoyó parte de su arista en ella y escuchó. El único ruido era el de las piedras que se golpeaban unas contra otras cuando la corteza se movía arriba y abajo. Empujó ligeramente la piedra y se asomó. El resplandor le dejó unas bandas luminosas fijas en su visión. Volvió a colocar la piedra en su sitio y retrocedió hacia la oscuridad, hambrienta y echando maldiciones.

Huevo-Pesado, con sus sentidos en alerta plena, a causa del cortezamote, introdujo su cuerpo en el puesto de la consola del ascensor, conformó unos

manipuladores suplementarios, para hacerse cargo de los controles, por si ocurría que los automáticos dejaran de trabajar, y continuó observando el ruido de cada uno de los seis deflectores que mantenían en alto su plataforma. Hizo disminuir la velocidad de descenso para dar un margen más amplio a los deflectores.

—Recoge este desecho, Empuja-Metales —dijo.

—Todavía está caliente, jefe —se quejó Empuja-Metales.

—Te he dicho que lo recojas —dijo Huevo-Pesado— esto ha sido un cortezamoto intenso y pronto dará otra sacudida. Los de Calidad no estarán contentos si les llevas un par de anillos golpeados.

Se oyó un gruñido, una maldición y el ruido que produjo el anillo al caer sobre el suelo del ascensor.

Los deflectores ascendentes empezaron a cambiar de nuevo de sonido.

—Ya llega —dijo Huevo-Pesado que mantenía seis ojos atentos al panel de instrumentos y los otros seis a las seis corrientes de anillos que tenía por encima de él y que relucían al resplandor de Huevo. El tono del sonido se hizo cada vez más profundo y los anillos ascendentes se fueron apartando cada vez más. El suelo vibraba a causa de los murmullos de ansiedad del equipo de trabajadores. Huevo-Pesado vigilaba atentamente los indicadores. Los automáticos estaban desplazando la carga de las corrientes ascendentes, que estaban deteriorándose, a las corrientes descendentes que se mantenían estables. El tono del ruido fue haciéndose más grave hasta que se convirtió en algo completamente irregular.

Los indicadores de los deflectores ascendentes fluctuaban rápidamente porque los deflectores trataban de enderezar las deformadas corrientes de anillos. Se oyó otro ruido cuando un nuevo desecho apareció en el separador. Empuja-Metales estaba preparado para recogerlo, pero su gancho fue arrebatado de su manipulador por otro anillo que golpeó sonoramente contra el primero. Y luego llegaron tres anillos más.

—Vamos a perder nuestro soporte —chilló Huevo-Pesado.

Las corrientes ascendentes, poco a poco, se fueron separando de las corrientes descendentes, destruyeron sus deflectores y, como tres cuchillos frenéticos, cortaron transversalmente el ascensor de forma triangular. Dos de los flujos de anillos se separaron, casi en el acto, de la plataforma, pero el tercero se abrió camino a través del centro. Los cuerpos trataron de comprimirse para dejar sitio por donde pasara la corriente letal. Un grito de terror se convirtió en un conjunto de alaridos de dolor, cuando los anillos seccionaron un costado de Roca-Amarilla y prosiguieron su camino para acabar de cortar la plataforma.

Tres ojos de Huevo-Pesado vieron con horror como la plataforma quedaba cortada en dos partes. Cuando la última conexión de la cubierta quedó seccionada, las voces de los cinco miembros del equipo que habían quedado al otro lado, dejaron de oírse. Esta sección quedaba con un solo deflector y sin conexión con el ordenador de

la consola de control. Un deflector aislado era incapaz de compensar adecuadamente, y el trozo de ascensor se inclinó y cayó hacia la lejana corteza.

Huevo-Pesado devolvió su atención al trozo de plataforma. Era el menor de los dos trozos, pero conservaba la consola de control y dos deflectores. Allí, además del operador de consola, sólo había sitio para dos, y uno de ellos era el moribundo Roca-Amarilla. Las corrientes descendentes ya empezaban a mostrar algunas variaciones. Los automáticos llegaron al límite de sus posibilidades de control y la plataforma se inclinó peligrosamente a causa de los desechos que sucesivamente golpeaban el separador. Roca-Amarilla volvió a gritar cuando empezó a deslizarse por el suelo resbaladizo.

—Te sujeto —dijo Bolsa-Hambrienta. Ésta se asía fuertemente a la barandilla con varios manipuladores y trataba de retener el cuerpo inerte de Roca-Amarilla, aferrándose a sus pedúnculos e introduciendo pares de manipuladores en sus bolsas. Sus cuerpos resbalaron muy cerca del borde, haciendo inclinar todavía más la plataforma.

—Suéltalo —gritó Huevo-Pesado—. De todos modos está prácticamente muerto.

—¡Es mi amigo! ¡Nos incubaron bajo el mismo manto! —explicó Bolsa-Hambrienta—. ¡No quiero soltarle! Usted cuídese de que este maldito ascensor se nivele.

—¡No puedes salvarle! —gritó nuevamente Huevo-Pesado luchando con los controles—. ¡Suéltale!

Sonó un gruñido, el ruido de deslizamiento y el suelo volvió a nivelarse. Huevo-Pesado se había quedado solo en la plataforma.

El ascensor había llegado a donde debería haber estado el nivel 30, pero allí no había nada. Ya no se registraban flujos ascendentes, y él se sostenía gracias a dos de las tres corrientes descendentes. El resplandor procedente del suelo era cada vez más intenso, y tuvo que resguardar sus ojos de él para poder ver los controles. Efectuaba su descenso lo más aprisa que se atrevía pero necesitaba saber cuanta corriente descendente le quedaba para proseguir.

Asomó un ojo para una rápida mirada hacia arriba. En la lacerada imagen persistente vio tres corrientes largas y muchos puntos que se apartaban a uno de los lados. Los puntos mayores tenían la forma hexagonal de las plataformas de los niveles establecidos cada 10 kilómetros, pero otros tenían la forma triangular de las plataformas de los ascensores. Y no quiso identificar a los puntos menores.

Se arriesgó a otra mirada, con un segundo ojo, hacia donde debería haber estado el nivel 20. En esta ocasión el resplandor de los rayos X era más brillante. Cuando hizo retroceder el ojo debajo de su párpado, se resignó a la pérdida permanente del mismo. Las tres corrientes descendentes eran ahora mucho más cortas, pero debería ser capaz de llegar hasta la superficie. Aquella mirada había resultado muy

conveniente, porque una de las dos corrientes que usaba aparecía doblada y deformada.

Utilizó ambas corrientes descendentes durante otro mizgiro, y cuando iba a llegar al nivel 10 cambió y sólo se quedó con una. Hizo girar la plataforma alrededor de la corriente correcta para apartarse de la destrozada cola de la otra y continuó su viaje hasta la superficie. Cuando el indicador de altitud señaló que le faltaba bajar un metro, hizo disminuir la velocidad. Sacrificó otro ojo para ver una deslumbrante montaña de anillos, en donde debería estar el nivel base. No disponía de mucho tiempo, por lo que descendió rápidamente los últimos centímetros, golpeó contra el montón de anillos y se dejó resbalar hacia abajo apartándose del resto de la corriente que iba llegando. La plataforma del ascensor se deslizó hasta la parte baja del montón de anillos y se detuvo.

¡Estaba vivo! Y no había sufrido más daños que un par de ojos llagados. Durante mucho tiempo se quedó en la plataforma, con sus ojos escondidos debajo de sus apretados párpados. Cuando los movimientos de la corteza se hubieron calmado algo, miró con cuidado y pudo descubrir que la atmósfera todavía chisporroteaba con rayos X. Pero no era demasiado grave porque estaba muy alto sobre las montañas del polo Este. Fluyó por encima de los anillos hasta que su arista volvió a estar sobre corteza firme.

Miró a su alrededor y encontró dos pequeños puntos que eran la Estación Espacial del polo Este y la Plataforma Superior. Esta última, que había perdido su soporte y enlace con la Fuente, había quedado a la deriva en su propia órbita elíptica. Huevo-Pesado se preguntaba qué debería pasarles a quienes estaban en la Plataforma Superior, en caída libre y sin agujero negro que les proporcionase gravedad. Debería ser espantoso morir de aquella forma. Estaba contento de estar a salvo en Huevo.

Una nueva onda de choque surgió de la base de las montañas del polo Este. Su energía se concentró cuando llegó a la cima de la montaña. Junto a la onda de choque se propagaba un mar de llamas de rayos X. Mientras su resplandor crecía por momentos, la llama recorrió el valle y quemó completamente los ojos de Huevo-Pesado.

Tanto Red-Risco como el ingeniero jefe se detuvieron cuando sus aristas advirtieron el cambio de tono del omnipresente zumbido que había en la cubierta.

—Es un cortezamoto —dijo el ingeniero jefe—. Hace poco he creído advertir un aumento de la luz, reflejada por la Estación Espacial del polo Este.

Prosiguieron su discusión mientras el zumbido fue cambiando lentamente de tono mientras las corrientes de anillos compensaban los movimientos de la corteza que estaba por debajo de ellos. Las variaciones habían desaparecido de su atención cuando el tono volvió a cambiar. La nota se fue haciendo cada vez más baja. Todos

sus pedúnculos se pusieron en alerta cuando advirtieron que la plataforma empezaba a caer, debajo de ellos. Un ruidoso staccato de estallidos amortiguados que se originaban por una sobrecarga de desechos, les obligó a salir por la puerta y atravesar la cubierta hacia el ascensor. La Plataforma Superior se movió como si hubiera desaparecido la fuerza que la había sostenido en su lugar. El ruido que llegaba desde abajo, se hizo más fuerte. Entonces, a través de la cubierta que tenían delante corrió a gran velocidad un chorro de mortales anillos metálicos.

—Haga que todo el personal vaya al área de lanzamientos y suban a un trasbordador —gritó Red-Risco.

El ingeniero jefe sacó de una bolsa un comunicador de emergencia, lo puso en el suelo y colocó su arista encima. Su voz amplificadas retumbó en los tres niveles.

—Todo el mundo al área de lanzamientos. La Plataforma Superior está en caída libre. Repito. Todos al área de lanzamientos y a bordo de un trasbordador.

—Las tres corrientes ascendentes están fuera de control —Red-Risco miraba apenado cómo los anillos errantes hacían trizas su creación.

Sus aristas intentaban sostenerse en los puntos ásperos de la cubierta, para poder llegar al área de lanzamientos. La atmósfera que estaba sobre la plataforma ya empezaba a llenarse de pequeños copos de suciedad que se iban rompiendo y se expandían convirtiéndose en tenue plasma. Tres trasbordadores estaban esperando en sus plataformas de lanzamiento, y en alguno había unos pocos trabajadores encima de sus superficies curvas. Los glóbulos de los ojos de Red-Risco empezaban a escocerle cuando se desplazó sobre la rampa curva hacia la seguridad que ofrecía el trasbordador, con el campo gravitatorio de su agujero negro.

—¿Puedo despegar, Jefe? —preguntó el piloto del trasbordador—. Hay una gran cantidad de restos de la plataforma superior que empiezan a caer sobre nosotros.

—Todavía no —dijo Red-Risco—. Ya no estamos en peligro de caer y todavía falta mucho tiempo para que la plataforma superior se desintegre. ¿Quiénes faltan?

—Prácticamente todos los de la cubierta de abajo —contestó el ingeniero jefe—. ¡Espere, llega el ascensor!

A través de la cubierta llegó el ruido lejano de motores. Desde muy lejos, un ascensor lleno subió hasta el centro de la plataforma. Un grupo de meritorios, salió echando maldiciones del ascensor en dirección al muelle de lanzamientos. Impulsados por la locura, provocada por el dolor de sus pieles que se desintegraban, y atreviéndose solamente de vez en cuando a sacar un ojo de debajo de su párpado, se arrojaron ciegamente hacia el área de lanzamientos.

—¡Alto! ¡Alt...! —chilló la que iba delante cuando se dio cuenta de que había una cortadura en el suelo que impedía su paso. Su arista trató de hacer marcha atrás sobre la resbaladiza superficie pero la presión de los que iban tras ella era demasiado fuerte. Su grito se interrumpió bruscamente cuando se escurrió hacia el espacio.

Sin embargo, en vez de caer, se quedó en caída libre en medio de la cortadura, y se volvieron a oír sus gritos y maldiciones cuando su deteriorada arista consiguió agarrarse tenazmente al destrozado metal del otro lado.

—¡Saltad! —gritó Red-Risco a los demás que se habían detenido al borde de la discontinuidad del suelo—. No caeréis por la rotura: la atravesaréis flotando.

El picor empeoró cuando empezaron a desprenderse trozos de piel, que se transformaban en nubes flotantes, alrededor de aquellas personas que debían sobreponerse al miedo lógico de toda su vida, para lanzarse deliberadamente por un precipicio.

—Lo haré, si tú lo haces —dijo Camino-Difícil a Arista-Lustrosa.

—El último en saltar comerá mierda de Cáscara Blanda.

Arista-Lustrosa se apartó del borde, agitó su arista rápidamente para ganar velocidad sobre el resbaladizo pavimento, y se puso él mismo en órbita.

Camino-Difícil le siguió inmediatamente. Era más larga y fuerte que él, y su mayor fuerza le permitió saltar más lejos sobre el vacío.

Después de haber saltado, Arista-Lustrosa notó una sorprendente sensación de bienestar, como si hubiera regresado a su huevo. Su cuerpo se contrajo en forma de bola, deformada por su musculosa arista que seguía retorciéndose para tratar de asirse a algo.

El dolor de su piel se hizo más intenso. Sacó un ojo fuera. Pudo ver la plataforma que flotaba por debajo de él, también vio a Camino-Difícil hecha una pelota muy por encima de él y del abarrotado trasbordador. Podría haber pasado por encima del trasbordador e ido a parar al espacio, pero la atracción gravitatoria del agujero negro que tenía el trasbordador le había alcanzado y tiraba de él. Cayó pesadamente sobre la espalda del ingeniero jefe.

—Perdone, jefe, lo siento —murmuró Arista-Lustrosa mientras se apeaba de su jefe y pasaba al piso curvo. Pero nadie le hizo el menor caso. Incluso los ojos del ingeniero jefe miraban hacia arriba desde donde llegaban unos quejidos transmitidos por el pavimento. Arista-Lustrosa también miró hacia arriba.

—¡Camino-Difícil! —gritó Arista-Lustrosa—. ¡Vuelve! ¡VUELVE!

Los demás miraban en silencio como Camino-Difícil se marchaba por encima del área de lanzamiento y desaparecía en la distancia. Vieron que uno de sus ojos se asomaba para mirar, y que su arista empezaba a agitarse fútilmente intentando regresar. La nube de partículas que flotaba alrededor de Camino-Difícil aumentó, hasta llegar a impedir verla.

—Debéis saltar más lentamente, o bien dar la vuelta —decía Red-Risco a la gente.

—Si intentamos dar la vuelta, no nos va a quedar piel —dijo Muchos-Anillos, que era una nueva encargada de turno. Hemos de cruzar como sea.

Formó manipuladores y se sujetó a tres de sus vecinos.

—¡Sujetadme, pedazos de pasmados! —dijo—. Vamos a jugar a Bucle de Salto.

Sacó fuera la mayor parte de sus ojos, estiró su cuerpo para formar un largo puente y se agarró al lado opuesto. Soltó sus manipuladores que se habían aferrado a los demás y transfirió su presa al borde de la cubierta. Después volvió a escoger sus ojos y procuró no pensar en lo que estaba haciendo.

—¡Cruza ya, cría de Cáscara Blanda, hija de un Desliza-Lento! —chilló su arista posterior. Todos cruzaron por aquel improvisado puente y después tiraron de su valiente encargada para ponerla también a salvo, junto a todos ellos, bajo la protección de la gravedad de la lanzadera. Varios de ellos habían perdido mucha piel y habían empezado a supurar a través del tejido muscular subcutáneo.

Se oyó un ruido que venía desde abajo, y la cubierta se agitó cuando la plataforma superior empezó a romperse.

—Eleve el traspasador —ordenó Red-Risco—. Y llévenos a la Estación Espacial del polo Este. Tendremos que tomar una nave de salto o un ascensor de catapulta para bajar y ayudar a recomponer las averías de Huevo.

La capitana Exploración-Lejana estaba discutiendo con el jefe de la Estación Espacial del polo Este sus planes para la fiesta de despedida, antes de su viaje por curvatura espacial, cuando vio la llamarada de Huevo. Cuando la luz se hizo demasiado intensa para poder mirarla, supo que pasaba algo y se encaminó al puente de mando. Cuando llegó allí, se quedó en segundo plano y dejó que la comandante de la estación, almirante Transferencia-Hohmann, dirigiera las operaciones.

—Oficial de comunicaciones, ¿se ha recibido alguna comunicación desde la superficie? —preguntó Transferencia-Hohmann.

—No llega nada desde la superficie, excepto un solo haz de navegación —contesto el teniente Giga-Byte—. Pero dos vehículos están transmitiendo. Uno es la nave de saltos en órbita de emergencia. El otro es un volador personal que está en el polo Oeste. La Estación Espacial del polo Oeste no ha sido capaz de ponerse en contacto con el volador. No tienen transmisores para su banda de frecuencias.

—¿Tiene datos de la órbita de la nave de salto? —preguntó Transferencia-Hohmann.

—El piloto consiguió determinarla. Pero se están quedando sin potencia para accionar los generadores de gravedad.

—¿Cuánto tiempo les queda?

—No alcanza a un giro —dijo el oficial de comunicaciones.

—Si por lo menos tuviéramos un vehículo que no dependiera de una lanzadera en tierra para su energía de traslación arriba y abajo —dijo la almirante.

—Lo tenemos —interrumpió Exploración-Lejana—. Mi nave de exploración interestelar ha sido proyectada para operar alrededor de las estrellas de neutrones. No

puede aterrizar ni despegar, pero seré capaz de descender, igualar órbitas con esta nave de salto, y regresar a una órbita sincrónica con mis propulsores.

—Con esto podríamos salvar a tres de ellos. Tal vez a alguno más, si se aprietan mucho.

—Si vaciamos los depósitos de víveres y la cubierta de carga, probablemente podré cargar a todo el pasaje de una nave de salto —dijo Exploración-Lejana—. Estoy segura de que a los pasajeros no va a importarles estar, uno o dos docigiros, en el frigorífico.

—¡Primer oficial! —bramó Transferencia-Hohmann—. ¡Coja una escuadra y vacíen la nave de exploración! ¡Navegante! Prepare una trayectoria y pásela al ordenador de la nave de exploración.

—Ya tendré suficiente tiempo para calcular mi trayectoria, mientras sacan la carga de mi nave —le recordó cortésmente Exploración-Lejana.

—Desde luego —dijo la almirante Transferencia-Hohmann—. Mis excusas.

FECHA: 06:58:07.1 MG; MARTES, 21 DE JUNIO DE 2050

Medio giro después, Exploración-Lejana llevó su nave exploradora al horizonte de Huevo. Forzando hasta el límite su impulsión inercial, igualó órbitas con la nave de salto que iba cayendo lentamente.

—Si no necesitase mis últimos cuatro ojos para ver mis instrumentos —dijo por el comunicador el piloto Faja-Luminosa—, os diría «me alegró mucho de poder veros». ¿Tenéis alguna idea de cómo efectuar el trasbordo de los pasajeros?

—Vuestra gravedad artificial es plana, mientras que la de nuestro agujero negro es esférica —dijo Exploración-Lejana—. La única solución es situar las naves tangencialmente.

Exploración-Lejana hizo descender lentamente su órbita hasta que su nave esférica estuvo encima de la nave de salto. El copiloto Ala-Resbaladiza, ayudado por dos pasajeros, había sacado una parte del escudo magnético que recubría la sección de pasajeros de la nave de salto y Exploración-Lejana colocó su nave exploradora exactamente sobre el agujero. De uno en uno, los pasajeros fueron izados, empujados o lanzados desde la cubierta plana de la nave de saltos, para caer de cabeza sobre la cubierta curva de la nave de exploración.

—¡Ahora salga usted! —dijo el almirante Rebana-Acero, que había estado haciendo pasar a sus amigos pasajeros, hasta Ala-Resbaladiza que estaba arriba. Cuando se inclinó para coger al primer cuerpo disponible, se encontró con el del piloto de la nave de saltos.

—Muchas gracias por su ayuda, almirante —dijo Faja-Luminosa—. Pero usted es el siguiente.

—Pero sus ojos... —protestó Rebana-Acero.

—Soy el capitán de la nave de saltos —dijo Faja-Luminosa—. Y seré el último en abandonarla.

—Desde luego —dijo Rebana-Acero—. Le presento mis sinceras excusas. En este caso tome la punta de la cuerda de seguridad.

Puesto que tenía una larga experiencia en el estado de baja gravedad, apretujó una parte de su arista contra un saliente y aprovechó este apoyo para golpear con el resto la cubierta, logrando así saltar de una nave a la otra. Faja-Luminosa utilizó los cuatro ojos que le quedaban para observar con asombro aquella maniobra.

Al salir el almirante de la cubierta, Faja-Luminosa se quedó sin interlocutor. Miró hacia arriba y vio al almirante y a Ala-Resbaladiza que estaban por encima de él, sobre la cubierta curva.

El almirante tiraba insistentemente de la cuerda de seguridad, mientras Ala-Resbaladiza le hacía gestos y agitaba los extremos de su arista.

Después Faja-Luminosa dejó que su arista se separara de la cubierta y notó que le izaban hasta la seguridad de la otra cubierta, que estaba muy concurrida.

El almirante Rebana-Acero fluyó dentro del puente de mando de la nave de exploración y se puso detrás de la atareada piloto de la nave de exploración.

—¿Llego tarde para el banquete de despedida? —preguntó.

—La almirante Transferencia-Hohmann ha requisado toda la comida —uno de los ojos de Exploración-Lejana hizo un guiño lento—. Pero he podido salvar unos pocos envases de destilado doble del polo Este.

Manióbró en la pantalla que tenía debajo de su arista y la nave de exploración salió disparada hacia la negrura del espacio.

—La verdad es que me gusta tu nuevo cuerpo —susurró Exploración-Lejana.

—Podría decir lo mismo de ti —le contestó susurrando.

—Alguien deberá ir a llevar las malas noticias al resto de la flota de exploración —dijo ella—. Y puesto que la mía es la única nave de exploración que hay en Huevo, parece ser que voy a tener que encargarme de hacerlo. Pero no puedo llevar mi tripulación regular. El viaje será demasiado largo y ellos son demasiado viejos. ¿Sabes algo de navegación?

—Cuando era cadete, podía navegar mejor que nadie —le contestó Rebana-Acero.

—Ya lo veremos —dijo Exploración-Lejana.

FECHA: 06:58:07.2 MG; MARTES, 21 DE JUNIO DE 2050

—No veo como las cosas podrían ser más desastrosas —dijo la almirante Transferencia-Hohmann cuando iniciaba el debate en la sala principal de reuniones.

Era poco después del festín del giro y Red-Risco todavía chupaba una Cáscara Débil, tratando de obtener la última porción de carne que pudiera estar alojada en la cavidad espiral. La comandante en jefe, en cuanto supo que estaban abandonados en el espacio, había ordenado inmediatamente poner a todos a media ración.

—En primer lugar, tenemos un informe del capitán Estrella-Fija, de Operaciones Espaciales, del Este —anunció Transferencia-Hohmann.

Un capitán casi Anciano se acercó al estrado de oradores y activó un tablero gráfico en las pantallas gustativas de todos los presentes.

—Nuestra fuerza espacial consiste en tres estaciones espaciales: en polo Este, en polo Oeste y en Órbita Polar. La tripulación permanente nominal en cada una de ellas, es de veinticuatro. Hemos perdido a los que estaban en la superficie de Huevo cuando ha ocurrido el estrellamato. Por estar sin contacto con el Cuartel General de Operaciones de Huevo, y dado que el almirante retirado Rebana-Acero acompaña a la capitana Exploración-Lejana en su misión de ir en busca del resto de la flota espacial, queda como comandante provisional de todas las Operaciones Espaciales la almirante Transferencia-Hohmann, por ser el oficial en activo más antiguo.

»Además del personal espacial asignado tenemos a 16 civiles en la Estación del polo Este que son refugiados procedentes de la Fuente Espacial. Tenemos seis naves de exploración, cuatro de carga y once naves de enlace que están en el Espacio Profundo en misiones de exploración.

»Nuestro inventario total consta de 287 personas, tres estaciones espaciales, seis naves de exploración, seis naves de carga, doce naves de enlace, cuatro naves de salto que no tienen bucle de salto donde saltar, dos catapultas de elevación, sin ninguna catapulta a donde poder descender, y tres transbordadores sin ninguna fuente espacial donde transbordar.

—No se olvide de los humanos —dijo Red-Risco—. Sólo están alejados un cuarto de órbita.

—Es evidente que los Pausados no pueden representar ayuda alguna en la presente crisis —decidió la almirante Transferencia-Hohmann.

—Nos ayudaron en el pasado —dijo Red-Risco—. Y tal vez ahora puedan hacerlo también. Por ejemplo. En nuestras bibliotecas técnicas de las estaciones espaciales, ¿están los planos de construcción de una catapulta gravitatoria?

Un joven alférez, que estaba detrás de todos, habló ruidosamente por su micrófono de vibraciones.

—Lo dudo, señor. Esta tecnología es obsoleta desde hace docenas de generaciones.

—Los humanos cuentan con esta información que tienen almacenada en sus

cristales de memoria. Si yo estuviera en su lugar, les incluiría en nuestro «inventario» a pesar de que sean lentos.

—Pues entonces digamos que somos 287 personas y seis humanos —dijo Estrella-Fija con evidente enojo.

—Esto hace en total 293 «personas» que están preocupadas por lo que ha sucedido en Huevo —insistió Red-Risco—. También yo estoy preocupado. ¿Qué ha sucedido en Huevo?

—El siguiente informe es del teniente Senso-Atento, controlador de los Recursos de Huevo —dijo la almirante Transferencia-Hohmann.

—Según el doctor en Cortezalogía, Onda-Rompedora, que es nuestro experto en cortezamotos, lo que ha sucedido en Huevo no es un cortezamoto sino un fenómeno mucho peor y produce efectos mucho más devastadores, es lo que los humanos llaman «estrellamoto». Esto ocurre muy pocas veces, incluso a escala humana, por lo que nunca esperábamos que sucediera en Huevo. Durante un estrellamoto, si los movimientos del terreno no te matan, lo hará el recalentamiento electromagnético y, si por milagro, quedara alguien, moriría a causa de los niveles letales de la radiación de rayos gamma.

Senso-Atento agitó su arista, y apareció un mapa en todas las pantallas.

—Hemos efectuado un reconocimiento preliminar de la superficie de Huevo. Todas las grandes estructuras se han derrumbado, incluyendo todos los bucles de salto, todas las catapultas de gravedad y la Fuente Espacial.

—Hará falta media docena de gran para construir otro bucle de salto u otra Fuente Espacial —dijo Red-Risco—. ¿Cuándo creen las autoridades que van a volver a poner en uso las catapultas de gravedad?

—Estamos intentando ponernos en contacto con el piloto del volador —dijo el teniente Capacidad-Shannon—. Aparte de este volador, no hemos descubierto señales de vida en Huevo.

Qui-Qui había hecho un aterrizaje correcto en la parte exterior del complejo hotelero de la montaña del polo Oeste. Cuando llegó allí por primera vez, había hecho tratos para guardar el volador en un taller local de reparación de los coches robot deslizantes. El mecánico no estaba allí, para colocar las amarras que debían evitar que el volador se deslizara por el suelo durante los cortezamotos, por lo que tuvo que efectuar esta tarea personalmente. Encontró al mecánico dentro del taller, empalado en una pieza puntiaguda de maquinaria pesada. Se apartó horrorizada y buscó el enlace de vídeo para llamar a los carniceros. Pero el enlace estaba inutilizado.

Los coches deslizantes que había en el garaje estaban destrozados y amontonados en un rincón, lo que la obligó a usar su arista para desplazarse. Las calles estaban

desiertas y la corteza estaba silenciosa, si se exceptuaban los ruidos que llegaban desde las profundidades de Huevo. Pasó al lado de edificios que tenían las paredes agrietadas. Entre las grietas no veía más que muerte. Había cuerpos de cheela aplastados que habían fluido a través de las puertas parcialmente abiertas, muchos presentaban los ojos quemados y los pellejos con ampollas. Una vez muertos, los Vergonzosos se parecían más a sus dueños, porque habían perdido su pelo.

Las plantas de todos los tamaños, si no se habían doblado, habían sido arrancadas de raíz. Las plantas más pequeñas y el suelo de cultivo se veían sin vida. Le costó bastante tiempo encontrar el edificio de los guardias, porque en aquel sector privilegiado nunca habían sido necesarios. Los guardias también estaban muertos, y al parecer ninguno de los aparatos que allí había era capaz de funcionar. Por fin salió de allí y se fue a su volador.

Cuando conectó su equipo de comunicaciones, una voz retumbó en la cabina.

—... alguien en Huevo. Por favor conteste por los canales 1, 12, 36 ó 144. La Estación Espacial del polo Este llamando por todas las bandas a cualquiera que esté en Huevo. Por favor, responda por los canales... —la voz parecía chillona y apresurada porque el tiempo transcurría más deprisa en la estación orbital que en la superficie de Huevo.

Cambio la frecuencia de banda del volador a la del canal 36.

—Soy Qui-Qui, en el volador 7. He aterrizado en el complejo hotelero de la montaña del polo Oeste, cerca del Centro de Rejuvenecimiento. Al parecer, aquí todos han muerto. Todos los videoenlaces están fuera de uso. Les agradeceré mucho si llaman a Paraíso de Brillante y consiguen que me envíen un mecánico para revisar mi volador. Debo regresar durante el próximo giro para empezar los ensayos de mi espectáculo.

Esperó durante los dos largos grugiros que tardó la señal en ir y volver a lo largo de 400 kilómetros de distancia que la separaban de la Estación Espacial del polo Este.

—Volador 7 —llegó una voz—. Aquí el teniente Capacidad-Shannon. Le recibo muy débilmente. ¿Ha dicho que su nombre es Qui-Qui? ¿La famosa Qui-Qui? Lo siento mucho, pero no puedo llamar a nadie para que la ayude. Por lo que sabemos, usted es la única persona en Huevo que dispone de un transmisor al espacio libre.

Qui-Qui empezó a preocuparse.

—¿Ven ustedes signos de vida en alguna parte? Si no es muy lejos, puedo irles a buscar volando.

Tuvo dos grugiros para seguir preocupándose, mientras esperaba la respuesta.

—Espere. Lo voy a consultar con el comandante en jefe de Operaciones Espaciales —dijo el teniente.

Algunos sezgiros después una voz áspera y preocupada se oyó en la cabina.

—¡Eh, usted! Aquí la almirante Transferencia-Hohmann, comandante de las

Operaciones Espaciales. Estamos en estado de emergencia grave. Por ahora, requiso su volador privado en nombre del Gobierno de los Clanes Aliados. Lo vamos a necesitar para restablecer el contacto con las autoridades que queden en Huevo y empezar los trabajos de reconstrucción. Déjeme hablar con su piloto.

—Yo soy el piloto —dijo Qui-Qui y esperó la respuesta.

—¡Brillante nos ha lanzado su maldición! —gritó Transferencia-Hohmann—. Aquí estamos nosotros en medio de la mayor catástrofe que pueda caer sobre Huevo, y nos encontramos atascados con una estúpida actriz de gruesos párpados —de repente, la voz del almirante dejó translucir su pánico.

—Hemos de encontrar a alguien más en Huevo —dijo—. ¡Si no encontramos a nadie que sea capaz de reconstruir un bucle de salto, o una catapulta de gravedad, estaremos clavados aquí en el espacio hasta que muramos! ¡Hemos de hallar a alguien más! ¡Hemos de hallar a alguien más!

Qui-Qui cerró el aparato de comunicaciones.

—Bueno, Quita-Quimeras —se dijo en voz alta—. Parece ser que de momento no vas a tener que actuar. Esto es lo que cuenta. Tal como ha dicho la almirante: «Tenemos que hallar a alguien más».

Consideró si iba a usar el volador, pero decidió no hacerlo. Hasta que encontrara la manera de recargar los acumuladores, debía guardar la energía disponible para los aparatos de comunicación. Había cierto número de ciudades que estaban cerca y a las que podía llegar por medio de su arista entre ellas se incluía la ciudad donde radicaba su clan. Confiaba en encontrar allí a alguien que estuviera vivo. Subconscientemente, mientras acariciaba su tótem de clan que llevaba en su bolsa de herencia, pensaba en todos sus amigos íntimos del clan: ¡los ancianos, las crías, los huevos! Al pensar que los huevos y crías del clan pudieran estar sin nadie que cuidara de ellos, hizo que emprendiera una acción inmediata.

Al cabo de pocos sezgiros llevaba su volador en vuelo rasante sobre la superficie de la ciudad de Roca Blanca, la sede del Clan de la Roca Blanca. Sabía dónde estaba exactamente el recinto de las crías porque había dejado un huevo allí, hacía sólo un par de gran de giros.

La visión del recinto de incubación del clan, afectó gravemente a su bulbo cerebral. Allí estaban los delicados cuerpos de las inocentes e indefensas crías, que habían sido proyectados contra las paredes, habían reventado y estaban sobre la corteza como frutos demasiado maduros. Aquellos cuerpos que habían sido acolchados por los Ancianos agonizantes estaban cubiertos de ampollas fatales, cuyo líquido se había casi solidificado por efecto del calor. Esperando contra toda posibilidad de esperanza, entró en el recinto de incubación e hizo rodar el cadáver de un Anciano de encima de los huevos que estaba empollando. Sólo hacía dos giros que había ocurrido el estrellamato, y era posible que los huevos hubieran podido

sobrevivir sin cuidados. Observó los huevos detenidamente y luego formó con cierta torpeza un manto de incubación con el que los cubrió. No habían sufrido daños, ni tenían ampollas, pero en ellos no había vida. Cambió de posición su tótem de clan en su bolsa y se fue a investigar el resto de la ciudad de Roca Blanca.

AISLADOS

FECHA: 06:58:07.3 MG; MARTES, 21 DE JUNIO DE 2050

Los retortijones de hambre que padecía Cara-Pecosa se localizaban, alternativamente, en cada una de sus bolsas de comer. Se hicieron tan intensos que le hacían recordar con nostalgia sus antiguos tiempos en el basurero, cuando llegaban los trineos con los desperdicios de los restaurantes. Había transcurrido mucho tiempo después del festín de giro y ella tenía que conseguir algo para comer. Lo malo era que había demasiado silencio en la corteza que estaba a su alrededor. Era casi seguro que los claneros iban a oírla cuando empujara la roca para destapar el final del túnel. Lo que hizo fue acercarse a la boca del túnel y sacar un ojo aprovechando una rendija que quedaba entre la piedra y la pared.

—¡Maldición de Brillante! —susurró al tiempo que replegaba su ojo.

Una clanera estaba allí, pero había algo raro en su aspecto. Volvió a asomar un ojo, para ver la reacción que provocaba al mover ligeramente la piedra. Un fuerte ruido de arrastre se irradió por la corteza, pero la clanera no se movió. Haciéndose más osada, apartó la roca a un lado y fluyó hacia la atmósfera que todavía chisporroteaba.

Mantecía sus ojos resguardados, a medias, bajo sus párpados y se acercó a la clanera. El grueso cuerpo había fluido en forma de un amplio óvalo. Unos pocos globos de ojos de un rojo amarillento colgaban tristemente sobre sus carnosos párpados y las grandes insignias de clanera se habían desprendido de sus esfínteres de sostén.

—¿Eras demasiado blanda para soportar un pequeño cortezamoto, mamona de Vergonzosos?

Cara-Pecosa recogió una de las insignias de la clanera y se la colocó en su propio pellejo que estaba sin condecoraciones. La insignia pesaba, pero se sentía feliz.

—Me sienta mejor a mí, que a ti, chupaojos, amante de tu padre —dijo cuando fluyó encima del cadáver de la clanera y cogió el resto de las insignias.

En una de las bolsas encontró un látigo electrónico. El pellejo de Cara-Pecosa había probado el látigo, la primera vez que la cogieron y fue lo suficientemente tonta para intentar fugarse. Desde aquel día, cuando la cogían haciendo algo malo, seguía pacíficamente a los claneros. Fluyó fuera de la clanera muerta y conectó el látigo. Unas corrientes de elevado voltaje chisporrotearon por la corteza. Introdujo el látigo debajo de la arista de la clanera. La primera descarga produjo alguna acción refleja en los bordes de la arista pero cesó cuando el látigo formó un aura sobre el cadáver.

—A ver si ahora algún clanero se atreve a detenerme —bravuconeaba moviendo el látigo en todas direcciones—. ¡Freiré sus aristas y me las comeré como aperitivo

entre los festines!

Se embolsó el látigo y se desplazó hacia el centro de la ciudad, casi arrastrando las enormes insignias por la corteza. El silencio le molestaba mucho. Desde que había salido del cascarón, en el basurero del otro lado de la ciudad, su arista había percibido el constante ruido del roce de las aristas y el de las máquinas, que le llegaban a través de la corteza. Pero en aquella ocasión allí no oía nada; ni el quejido de alta frecuencia del Bucle de Salto. Por fin, se acordó de mirar hacia donde debía estar el Bucle de Salto. Ya no estaba allí.

—¡Esto debe haber sido un baile de campeonato! —dijo en voz baja para sí misma, mientras avanzaba lentamente utilizando su atenta arista habituada a circular por las calles.

Cuando llegó el siguiente festín de giro, ya no sentía hambre. Había cargado a tope sus bolsas de alimentos, de gustos exóticos, que había cogido de las tiendas sólo custodiadas por los tenderos muertos. Su rechoncho pellejo deslumbraba a causa de las insignias de todas clases que lucía, incluyendo las dobles estrellas del almirante que había robado al soldado del espacio. Sus pecas estaban recubiertas por manchas irregulares de pintura corporal aplicada inexpertamente, y rodeando a cada uno de sus pedúnculos de los ojos había una o dos joyas ostentosas en forma de anillo, de alto precio, que había robado en una joyería. Su arista percibió un ruido lejano.

—¡Un clanero! —supuso.

Se fue rápidamente hacia un estrecho callejón que estaba entre dos edificios comerciales. Cuando llegó allí se desembarazó de las pesadas insignias, escondió los anillos de ojo en una de sus bolsas, y escuchó atentamente con su arista. Parecía que sólo había una cosa en movimiento, y sonaba como si fuera un Vergonzoso. Se sentía solitaria, y por esta razón se adelantó para descubrir el origen del ruido. En el mismo instante en que empezó a moverse, el sonido cambió de dirección y se fue directamente hacia ella, avanzando rápidamente. Pronto pudo ver, calle abajo, un Vergonzoso que se le acercaba tan aprisa como se lo permitía su arista.

—Hola, Copito-Rojo —dijo Cara-Pecosa al saludar al Vergonzoso cuando llegó a su lado, con el color de su pelo virando al rojo blanco a causa de la fatiga.

A Cara-Pecosa le gustaban mucho los animales, y formó un pseudópodo para acariciar el pelo ensortijado de aquel. El Vergonzoso dejó caer al suelo un pequeño rollo mensaje, y evitando las caricias se separó de ella y esperó; sus ojos miraban alternativamente primero a ella y luego al rollo. Cara-Pecosa pasó junto al rollo para acariciar al Vergonzoso, pero éste se zafó, dio una vuelta por detrás de ella, levantó el rollo y lo volvió a poner junto a la arista de ella.

Abandonó la idea de acariciar al animal y usó su pseudópodo para empujar hacia abajo el rollo, como había visto hacer alguna vez en la holovisión de los escaparates de las tiendas. El rollo quedó aplanado sobre la corteza. Había algo escrito. Ella

conocía algunas palabras como «ENTRADA» y «SALIDA», pero no sabía leer el resto. El Vergonzoso se movía sin parar hacia atrás y hacia adelante, mientras ella trataba de descifrar el mensaje. De repente reconoció otra palabra. Era «SOCORRO». Se detuvo. Si ayudaba a alguien, éste se preguntaría, con toda seguridad, de dónde había sacado aquella pintura corporal tan cara, y llamaría a los claneros.

—Lo siento, Copito-Rojo —dijo dejando que el rollo se enrollase en el suelo de la calle—. Busca a otro. Tengo que ocuparme de mí misma.

Se encaminó a la entrada de una tienda de comestibles que había en aquella calle. El Vergonzoso recogió el rollo, se esforzó por adelantarla y dejó otra vez el rollo en su camino, vigilando atentamente con sus doce ojos todos los movimientos que ella hacía. Intento sortearlo, pero el Vergonzoso se movió con rapidez para bloquearle el camino. Se detuvo para tamborilear en el suelo una carcajada e intentó de nuevo acariciar al animal. El Vergonzoso la eludió y empezó a hacer cortos viajes de ida y vuelta en la dirección desde donde había llegado, deteniéndose para ver si ella lo seguía, y volviendo a empezar de nuevo la serie de movimientos. Mientras se movía hacia el lugar de donde procedían unos pequeños ruidos de ansiedad.

—Está bien, Copito-Rojo, te seguiré —siguió tras el Vergonzoso, calle abajo, con su arista alerta a un posible ruido de un clanero.

El Vergonzoso guió a Cara-Pecosa hacia el centro de la ciudad. Cuando llegaron a la entrada de un recinto muy grande, se introdujo por una reja que había en la pared. Cara-Pecosa dudó, porque sabía que aquél era el sitio donde trabajaban los personajes importantes que llevaban las insignias más pesadas. Algunas veces, ella y su pandilla habían pensado colarse allí, para ver si había algo que pudieran robar, pero los claneros estaban allí para impedirselo. Al ver que se detenía, el Vergonzoso regresó para recogerla y sus ruidos se hacían cada vez más ansiosos. Entró en el recinto y pudo oír una voz lejana que llamaba. Allí había algo muy extraño. La voz sonaba como si llegara desde dentro de la corteza. Se limpió bien la arista y esperó la siguiente llamada. La dirección de donde llegaba la voz era, sin duda, desde abajo. Con un intenso sentimiento de inseguridad, Cara-Pecosa siguió al Vergonzoso hacia la voz, hasta que éste se detuvo algún trecho hacia adelante, para intensificar sus lamentos. Fueron contestados por una voz.

—¡Rin-Tin-Tin! ¡Has vuelto! —dijo Cero-Gauss en cuanto vio a la bola de pelo rojo en el borde de la rampa—. Tenía la esperanza de que encontrarías a alguien para darle el mensaje —colocó parte de su arista contra la pared lateral y elevó la intensidad de las vibraciones de su arista—. ¡Oiga, si hay alguien arriba! ¡Socorro! ¡Estoy atrapada en un agujero! ¡Socorro! ¡Socorro!

Rin-Tin-Tin salió corriendo y no tardó en regresar. En aquella ocasión un globo de ojo de cheela se asomó mirando por encima del cuerpo del Vergonzoso. El ojo no tardó en ocultarse de nuevo.

—¡Por el culo de Brillante! —dijo Cara-Pecosa escondiendo su propio ojo bajo su párpado y haciendo esfuerzos para olvidarse de aquella imagen terrible. Con sus Ojos restantes miró a la preciosa corteza plana que tenía a su alrededor, tratando de calmarse. Trató de hablar con el adulto que estaba en el agujero, pero no pudo porque su arista se apretaba demasiado contra la corteza. Aflojó su arista, y evitando que sus ojos mirasen, con demasiada frecuencia, hacia la parte de la corteza que faltaba, al fin pudo contestar.

—Hola, quien seas —dijo Cara-Pecosa que todavía tenía su arista enervada por la emoción—. ¿Cómo te has caído en este hoyo?

—Con un ascensor —contestó Cero-Gauss.

—¿Y eso, qué es?

—Es una máquina para ir hacia arriba y hacia abajo. Pero no puede funcionar sin potencia, por lo que supongo que tendré que quedarme aquí hasta que lo arreglen. Por favor. ¿Puedes decir a tu maestro de la guardería, o a cualquier otro adulto que estoy aquí, y conseguir que envíen ayuda?

—No tengo ningún maestro de guardería que me limpie los vómitos —dijo Cara-Pecosa con un tono de voz enfadada—. ¡Me cuido de mí misma!

—Lo siento —dijo Cero-Gauss que estaba muy extrañada por lo vulgar de su lenguaje—. No puedo verle, y creía que era una cría. Estoy aquí aislada con algunos animales de investigación que están hambrientos y necesito urgentemente que vuelvan a conectar la potencia a mi ascensor. ¿Podría, por favor, buscar a un guardia o a alguien que pudiera avisar a las autoridades?

—No voy a buscar a un asqueroso clanero, para nadie —dijo Cara-Pecosa—. Por otra parte, todos están muertos. Todo el mundo está muerto. Usted y Copito-Rojo son las únicas cosas que he visto en todo Paraíso de Brillante.

Mientras hablaban, Cara Pecosa perdió poco a poco su miedo a las alturas y se acercó a un lado del agujero cuadrado del suelo, hasta que ella y Cero-Gauss pudieron verse mientras hablaban.

—Tú eres una cría —los instintos de protección de Cero-Gauss empezaron a salir a flote en cuanto vio a la escuálida y manchada joven cheela—. ¿Qué te ha ocurrido? Estás cubierta por completo de pintura. ¿Queda alguien vivo en tu clan que se pueda cuidar de ti?

Cara Pecosa dudó un poco antes de contestar:

—No.

—En este caso yo seré responsable de ti hasta que podamos encontrar un miembro de tu clan. Me llamo Cero-Gauss. Soy uno de los profesores del Instituto. Pero primero hemos de lograr que yo y los animales podamos salir de aquí. Están terriblemente hambrientos y no quiero que se coman las plantas con las que investigo.

Se agachó debajo de una de las pesadas placas del techo que habían quedado

inclinadas, y volvió a salir con una jaula de animales vacía.

Después empujó su cuerpo hacia arriba por la fina rampa que se había formado por la intersección de dos de las placas del techo que habían quedado apoyadas en un rincón del arrasado laboratorio subterráneo y añadió la caja al montón de las que ya había allí.

Sujetándose en las cajas con parte de su arista, se estiró hasta que pudo colocar un ojo a nivel del hoyo, cerca de Cara-Pecosa. Como ya estaba bastante cerca, pudo ver que Cara-Pecosa era uno de aquellos huevos abandonados en Este paraíso. Esto explicaba sus ordinarias expresiones. Rin-Tin-Tin se abrió camino entre ellos, para conseguir una caricia ya que había cumplido con su deber.

—Sólo puedo asomar un ojo —dijo Cero-Gauss—. No he parado de intentarlo durante los dos últimos giros, pero no consigo hacer subir el resto de mi cuerpo. Necesito más jaulas, o lo que sea, para poder subirme a ellas. Creo que podrás encontrar más jaulas en el edificio que hay allí, cerca del edificio del ascensor.

—No lo sé —dijo unos golpecitos sobre el lomo del Vergonzoso y se lo acercó para abrazarlo—. Me parece que para esto hay que trabajar mucho.

—Los amigos de Rin-Tin-Tin están terriblemente hambrientos —dijo Cero-Gauss, que había conseguido deslizar la parte posterior de su arista sobre unos barrotes de la jaula para acariciar a Fracaso, Escoba, Algodón y Peludo y hacerles gritar.

—Está bien —dijo Cara-Pecosa con desgana—. No podemos dejar morir de hambre a los Vergonzosos. Ven, Copito-Rojo. Guíame hasta estas jaulas.

Antes del siguiente festín de giro, Cero-Gauss y los animales ya habían logrado subir a la superficie de la corteza. Cero-Gauss encontró el depósito de víveres para animales que estaba en el laboratorio, y un poco a disgusto, dejó que Cara-Pecosa les diera de comer, mientras ella se dedicaba a explorar el Instituto del Ojo Interior y la ciudad que estaba a su alrededor. Era peor de lo que había creído. No sólo habían muerto todos los demás cheela, también todas las plantas y animales habían perecido. Había ido al zoo para visitar las jaulas de los gigantescos Desliza-Lentos del hemisferio Norte, y también las de los Ligeros. Todos habían muerto. Los únicos Desliza-Lentos y Ligeros que habían sobrevivido eran sus híbridos miniatura. Encontró unas pocas semillas en algunos almacenes de artículos de jardinería, pero no estaba segura de que hubieran podido resistir las tormentas de radiaciones penetrantes que al parecer habían quemado todo lo demás. Por fortuna los alimentos envasados de los almacenes de comestibles se podían comer. Ella y los animales podían sobrevivir hasta que hubieran podido plantar y recoger algunas cosechas.

Cuando Cero-Gauss regresó al Instituto del Ojo Interior, descubrió que Cara-Pecosa había dispuesto las jaulas y algunas cajas de manera que formaran un recinto

para los animales y estaba jugando con ellos.

Cuando la profesora de las grandes insignias regresó, Cara-Pecosa advirtió que se había quitado las insignias baratas de plástico, que llevaba cuando estaba en el hoyo, y las había sustituido por otras hechas de metal muy caro. Cara-Pecosa se sacudió la montaña de Vergonzosos que tenía encima, haciendo retroceder a un curioso mini-Ligero, y salió del recinto que había construido. Las ondulaciones de los pedúnculos de la adulta de las grandes insignias, daban a entender que había algo que le preocupaba.

—¡Especies enteras aniquiladas! ¡Han sido barridas! —dijo Cero-Gauss—. Sólo nos queda la colección de mi laboratorio, y ¡es tan limitada!

—Pues a mí me parece que tenemos grandes cantidades de todo —dijo Cara-Pecosa—. Las tiendas están llenas de comida, y si queremos algo especial, podemos comernos uno de sus Vergonzosos. ¿Qué gusto tiene el de las rayas?

—¡No! —con sólo pensarlo Cero-Gauss sentía un gran terror—. No debemos comerlos. Son los últimos de Huevo. Debo hacerles criar para conservar vivas sus especies. Y a las plantas, también. Son las únicas que quedan. También tengo que salvarlas.

Se aproximó al borde del agujero para mirar a las docenas y docenas de plantas que estaban a muchos milímetros por debajo de su nivel. Allí podrían sobrevivir, pero estas plantas, o por lo menos sus semillas, deberían ser trabajosamente elevadas, hasta el nivel de la corteza, para que pudieran ser útiles a las generaciones futuras, si es que había generaciones futuras.

Cara-Pecosa se había colocado al lado de Cero-Gauss cuando ésta miraba a las plantas que estaban en el hoyo. El sentir un cuerpo inmaduro al lado del suyo, hizo colapsar las últimas defensas contra el síndrome del Anciano. Extendió un mando de incubación y con él cubrió el dorso escuálido, pecoso y pintarrajeado de la fea cría.

Cara-Pecosa había visto a los adultos hacer cosas muy raras, pero para ella representó una nueva experiencia cuando descubrió que la profesora desarrollaba una arruga, exactamente debajo de los bultos carnosos de sus párpados. La arruga se convirtió después en una lámina que se extendió por encima de su pecosa parte superior.

Un sentimiento desconocido la embargó. No era un sentimiento tan intenso como el que sentía cuando hacía juegos de ojos con Arista-Rota; era más como un sentimiento de descanso, cálido y de estar a salvo. Por fin pudo descansar de la constante vigilancia que la había mantenido viva, desde sus primeros y terribles días en el basurero, con los salvajes ligeros que intentaban darle caza. Ahora había alguien que se cuidaba de ella. Alguien que vigilaba por ella. Introdujo todos sus ojos debajo de los párpados, contrajo su cuerpo en forma de bola y, allí, bajo el mando de incubación, descansó. Le gustaba la profesora, y ella gustaba a la profesora. Quería a

los animales, y los animales la querían. Se preguntaba si aquello era lo mismo que pertenecer a un clan. Decidió quedarse allí, si la profesora quería.

FECHA: 06:58:08 MG; MARTES, 21 DE JUNIO DE 2050

El último sitio que Qui-Qui inspeccionó fue el Centro de Rejuvenecimiento. Tal como esperaba, todos estaban muertos, hasta las «plantas dragón» se habían roto por la raíz. Las largas barras de cristal que habían sostenido las plantas, relucían caídas sobre la corteza. Cuando salía, pasó junto al cuerpo inmóvil de un robot y se detuvo porque había percibido un chisporroteo eléctrico.

—¡Emergencia! ¡Emergencia! —susurraba una voz metálica.

Se acercó al robot. El cuerpo no se movió, pero la voz electrónica se hizo más fuerte.

—¡Emergencia! ¡Emergencia!

—La emergencia ha pasado —la arista de Qui-Qui vibró a través de la corteza.

El robot continuó dando la alarma como si no hubiera podido oíría. Qui-Qui pasó a la transmisión susurrada:

—La emergencia ha pasado —susurró Qui-Qui, utilizando su cuerpo para generar oscilaciones en el mar de electrones de su alrededor.

—¡Emergencia! ¡Cortezamoto! ¡Activen el Plan Dos! ¡Llamen al doctor! —dijo el robot.

—¡Alto! —ordenó Qui-Qui, que era la propietaria de una docena de robots personales—. ¡Emergencia terminada! ¡Puesta a cero! ¡Informe de su estado!

—Funcional a tres gruavos —dijo el robot—. He de informar a un doctor. Ha ocurrido un fallo.

—¡Alto! ¡Puesta a cero! ¡Emergencia terminada! Dime cómo activar las comunicaciones con Paraíso de Brillante.

—Debo informar a un médico. Usted no es médico —dijo el robot y se quedó mudo.

Qui-Qui estaba intrigada. Los ojos del robot no funcionaban. ¿Cómo sabía que no era un médico? Regresó a las oficinas principales, localizó los restos del doctor en medicina Sabino-Salk, de donde sacó las adornadas insignias de médico que se colocó en vez de sus joyas de gala. Regresó a donde estaba el robot, pero no demasiado cerca de él. Podría realizar una buena imitación del acento de la arista del doctor Sabino-Salk, pero nunca le había oído susurrar. Lo hizo lo mejor que pudo.

—¡Dime cómo reparar los enlaces de comunicación con Paraíso de Brillante! —ordenó.

—Abrir caja —dijo el robot.

Qui-Qui estaba desconcertada. Miró a su alrededor y vio una gran caja metálica

en un rincón de la sala. La pared de la sala había sufrido una abolladura muy grande, en el sitio donde la caja se había empotrado. Se acercó a la caja para descifrar su casi ilegible placa. ¡Era otro robot! Según su placa, era un robot de mantenimiento, para un grupo de máquinas de preparación de enzimas que ya deberían haber llegado al Centro de Rejuvenecimiento. Sacó los enganches y deslizó a un lado la pesada tapa. Doce ojos vítreos surgieron de una protuberancia del tamaño de un cuerpo de Vergonzoso y miraron a su alrededor.

La parte superior de la protuberancia tenía la marca de una planta rinconera.

—¡Energía! —dijo la cosa.

El fondo de la caja cayó y el robot salió deslizándose sobre su ondulante cara inferior. Se detuvo al lado del robot averiado para intercambiar información, y después se desplazó hasta la sala de máquinas de enzima, donde encontró un acumulador a media carga que le permitió rehacer su propia energía. Qui-Qui le había seguido. El robot no le hizo caso y empezó a levantar una máquina de enzimas para colocarla sobre su base.

—¡Alto! —dijo ella—. Repara los enlaces de comunicación con Paraíso de Brillante.

—Ésta no es mi función —dijo el robot—. Mi función es mantener el Centro de Rejuvenecimiento en condiciones operativas.

—¡Puesta a cero! —ordenó—; El Centro de Rejuvenecimiento no puede operar sin doctores. Todos los doctores han muerto. Debes conseguir otros doctores. Los doctores están en Paraíso de Brillante. Debes preparar los enlaces de comunicación con Paraíso de Brillante, para poder llamar a los doctores.

El robot abandonó la reparación de la máquina de enzimas averiada. Fue a la oficina central, encontró una de las consolas de videoenlace, y la abrió. Efectuó algunas pruebas, y se fue a la consola próxima a la primera. Como ninguna de las dos podía funcionar, sacó partes de una y otra, y luego de una tercera, y las colocó en una cuarta consola. Abandonó la sala durante un tiempo breve y regresó con una pequeña fuente de energía para conectar a la consola. Y siguió con sus pruebas de rutina.

—El enlace de comunicaciones está reparado. Paraíso de Brillante no contesta —informó y regresó, para proseguir la reparación de la máquina de enzimas.

Qui-Qui probó la consola de videoenlace. En su vida había tenido que hacer tantas llamadas de larga distancia, ya conocía de memoria todos los crujidos y murmullos de arista que indicaban el estado de los distintos tramos de enlace. La llamada llegaba probablemente hasta la central de la ciudad de Roca Blanca, pero las fibras estaban rotas entre aquella ciudad y Paraíso de Brillante. Intentó que el robot la acompañara a Roca Blanca, para reparar la central de comunicaciones, pero la máquina rehusó abandonar su puesto de trabajo y las máquinas de enzimas que le habían sido asignadas. Qui-Qui se cansó de insistir, y regresó a Roca Blanca, para

recoger su volador.

Tan pronto como activó el volador, el acoplador acústico hizo vibrar el suelo con un mensaje grabado.

—¡Qui-Qui! Conteste por el canal 36. ¡Qui-Qui! Conteste por...

El aparato de comunicaciones ya estaba puesto en el canal 36, y no tuvo que hacer más que activar el transmisor.

—Aquí, Qui-Qui —dijo y esperó la respuesta durante dos largos gruñidos.

—Aquí el teniente Capacidad-Shannon, Qui-Qui. ¿Está usted bien? Enseguida podrá hablar con la almirante.

La voz áspera y desagradable llegó a través del suelo. La almirante parecía estar aún más preocupada que la vez anterior.

—¡Su conducta no tiene excusa! —dijo la almirante Transferencia-Hohmann—. Quiero que, a partir de ahora, se ponga en contacto cada medio giro. ¿Entiende usted? ¿Dónde estaba?

—Intentaba encontrar a alguien más —dijo Qui-Qui—. Pero no he podido. ¿Y ustedes?

Tuvo que soportar otra larga espera.

—No —dijo Transferencia-Hohmann—. ¿Qué podemos hacer? ¡Estamos sentenciados! —otra larga pausa—. ¡Si tuviésemos a alguien más que no fuera una estúpida artista!

El enlace con la almirante se cerró. Qui-Qui estaba a punto de desconectar la potencia, pero oyó de nuevo a Capacidad-Shannon.

—Aquí hay alguien más que quiere hablar con usted —dijo.

—... ¿Hola?... ¿Es Qui-Qui?... —llegó una voz—. Yo... ah... hace tiempo que la conozco. La verdad es que no la conozco realmente. La vi cuando iba a entrar en el Centro de Rejuvenecimiento. Me llamo Red-Risco. Soy director de una compañía constructora o lo era hasta hace poco.

Qui-Qui ya había pasado por esta situación muchas veces. Otro macho que hablaba balbuceante, a causa de unos grandes párpados.

—Me acuerdo de usted —dijo con el acento de arista que utilizaba en el escenario—. El doctor dijo que usted necesitaba algunos ejercicios suplementarios. A mí me pareció que no, porque tenía muy buen aspecto.

Después de otra larga pausa, Red-Risco recuperó su ecuanimidad y contestó:

—Su aspecto también me agradó mucho —dijo—. Y apostaría a que ahora es todavía mejor, después del rejuvenecimiento.

—... Quisiera tener vídeo —intercaló Capacidad-Shannon.

—Ya han pasado veinte giros desde el estrellamato —continuó Red-Risco—. Y sólo hemos podido ponernos en contacto con usted. He hablado con la escasa gente que está conmigo en la estación espacial y que la conocen a usted, y he investigado

en nuestra biblioteca, a pesar de lo reducida que es. Usted es la productora de sus representaciones, se ocupa de sus propias finanzas y controla a una plantilla de docenas de personas, incluyendo una docena de robots, y además pilota su propio volador. Usted no es estúpida.

Dudó antes de seguir:

—¿Se cree usted capaz de llegar a ser un ingeniero?

—Claro que sí —contestó ella—. Si tengo un maestro adecuado y tiempo suficiente. ¿Por qué?

La respuesta de Red-Risco tardó dos grugiros en llegar.

—La almirante, en el fondo, tiene razón. Estamos clavados aquí arriba. No tenemos ninguna nave espacial que pueda aterrizar en Huevo, por sus propios medios, sin que se estrelle. No podemos construir un aterrizador, porque no disponemos de las herramientas ni de las primeras materias para trabajar. Necesitamos algo que «recoja» a alguna de nuestras espacionaves. Los bucles de salto se han derrumbado, pero tal vez sea posible reactivar alguna de las catapultas gravitatorias, si no está demasiado averiada.

—Mi plan es utilizar los robots que hay en Huevo —explicó Red-Risco—. Con un retraso de dos grugiros en las comunicaciones entre la órbita sincrónica y la superficie, resultará imposible para nosotros el dirigirlos. Pero si usted nos ayuda a controlarles, podremos mandarles la información que necesiten, para efectuar las reparaciones de la catapulta. Pero primero hemos de encontrar estos robots, y reunirlos en uno de los polos. ¿Podrá usted hacerlo?

—Ya he encontrado algunos —dijo Qui-Qui—. Todos están tan muertos como las personas, excepto uno. Lo encontré dentro de una caja en el Centro de Rejuvenecimiento del polo Oeste. Trabaja perfectamente, pero sólo quiere seguir reparando la maquinaria de rejuvenecimiento. He probado todos los trucos para controlar a los robots, pero lo máximo que he podido conseguir ha sido que arreglase las máquinas de videoenlace. Desgraciadamente, es el único robot capaz de funcionar que he encontrado. Temo que no podremos usar robots para reparar las catapultas de gravedad.

Aunque llegaba enmascarado por los ruidos parásitos, producidos por el desfase temporal gravitacional, Qui-Qui percibió un tono de abatimiento en la voz de Red-Risco, cuando volvió a oírle.

—Tendré que pensar en otra solución —dijo Red-Risco—. Bien. Adiós por ahora.

—Adiós, ingeniero Red-Risco —dijo Qui-Qui con su tono más halagador—. Para mí ha sido un verdadero placer poder hablar con usted. Confío en verle personalmente muy pronto.

Durante los dos grugiros siguientes, estuvo pensando en lo sola que iba a encontrarse durante muchos gran de giros.

Cuando la voz de Qui-Qui llegó por fin a Red-Risco, se había desplazado hacia el rojo por efecto gravitatorio, y se había convertido desde su escala normal de contralto, a una escala baja y profunda que sólo se solía oír, normalmente, en la intimidad de un cuarto de alfombras para el amor. Red-Risco tartamudeó una respuesta.

—... Ah... sí. He tenido mucho gusto... de verdad. Ha sido un gran placer poder hablar con usted, Qui-Qui... una maravilla...

El enlace se interrumpió.

Dos giros después, Qui-Qui regresó al Centro de Rejuvenecimiento llevando toda una panoplia de insignias de doctor en Medicina. El robot de mantenimiento había reparado el generador de potencia auxiliar y puesto en marcha una de las máquinas para hacer enzimas. Cuando hubo logrado esto, se había permitido trabajar en asuntos de prioridad inferior y había retirado todos los cadáveres y ordenado el local. En aquellos momentos estaba intentando hacer funcionar otra máquina de enzimas.

Qui-Qui entró en la oficina principal e intentó leer los archivos para descubrir la manera en que funcionaba el centro y así poder fingir mejor que era un médico. No había potencia en los bancos de memoria, por lo que fue a quejarse al robot. Lo mantuvo ocupado en ello dos giros, pero al fin consiguió que la memoria de la oficina central tuviera potencia y funcionara.

Descubrió, entonces, que los ficheros de memoria estaban en blanco. La radiación los había borrado, durante el seísmo. Fue al edificio del despacho antiguo del doctor Sabino-Salk y tomó algunos rollos libro de la pared de rollos. A excepción de algunas débiles marcas en el centro de los rollos, todos estaban borrados también. Comunicó su descubrimiento a la Estación Espacial del polo Oeste.

—¿Por qué está usted todavía en el polo Oeste? —Transferencia-Hohmann estaba enfadada—. ¡Debería estar buscando robots o cosas que pudieran ser de utilidad!

Cuando Capacidad-Shannon le dio las malas noticias, la voz de la almirante sonó mucho más desesperada:

—Ya suponía que los archivos de los ordenadores podían haber desaparecido, pero ¿también los rollos?

—Hasta las mismas pantallas de gusto —dijo Qui-Qui—. Antes había un letrero gustativo muy artístico en la corteza, a la entrada del centro. Ahora no sabe a nada.

La respuesta retardada de Transferencia-Hohmann fue desesperada además de inútil.

—¡La civilización ha sido destruida! ¿Qué vamos a hacer?

Qui-Qui no se molestó en responder. Apagó su transmisor y volvió a su batalla de inteligencias con el robot. En primer lugar consiguió que reconstruyera la mayoría de fichas de funcionamiento del Centro de Rejuvenecimiento, a partir de su memoria interna. Después las leyó cuidadosamente y se le ocurrió la forma de que el robot

recargara los acumuladores de su volador. Le ordenó que fuera a buscar los acumuladores de su volador que eran «carga urgente», y que los dejara al lado de los acumuladores que se usaban como potencia de socorro de las máquinas de enzimas. Después le mandó hacer una «reparación» en la oficina principal, y aprovechó para cambiar los cables de conexión y cargar sus acumuladores. El último paso fue conseguir que el robot transportara otra vez la «carga urgente» al volador. Ahora ya podía ir a cualquier parte de Huevo. Pero no había adonde ir.

FECHA: 06:58:09 MG; MARTES, 21 DE JUNIO DE 2050

Por fin, Huevo-Pesado recuperó el sentido. Borrosamente recordaba el dolor intenso de sus globos oculares. Se había convertido en un dolor apagado. Alargó sus pedúnculos para asegurarse de que sus ojos no se escondían debajo de los párpados, pero no podía ver nada. Escuchó con su arista, intentando imaginarse dónde estaba. A su alrededor todo estaba en silencio. No había más ruido que el latido de sus bombas de fluido y los débiles rumores que llegaban desde las profundidades de Huevo.

Empezó a recuperar fragmentos de memoria. Recordó que había estado andando sin rumbo por la cima de las montañas del polo Este, loco de dolor. Recordó que había encontrado la rampa de descenso. Que había marchado tambaleándose, cayendo, resbalando en la oscuridad, recordó haber llamado desesperadamente golpeando la corteza, hasta que su arista se despellejó, pero que nadie fue en su ayuda. Después, el dolor del hambre superó al dolor de las quemaduras.

Por fin encontró comida. Un trozo de comida estaba en su manipulador, a punto de ser introducido en su bolsa de comer. Pero, por alguna razón, no se lo había comido.

Notó que había algo debajo de su arista. Era el cuerpo de otro cheela. Desplazó su arista y palpó el cadáver. Era el de una hembra corpulenta. Había profundos cortes en el cuerpo que había sido destrozado por una burda cuchilla. El aguzado trozo de metal que había producido los cortes estaba en uno de sus manipuladores. El trozo de comida estaba en otro manipulador. Formó un juego de pseudópodos para palpar la comida. Era liso, redondo, blanco y parecía de piel...

—¡Un huevo! —gritó, golpeando fuertemente la corteza con su arista—. ¡He estado a punto de comer un huevo!

Volvió a enloquecer.

Con sus pedúnculos moviéndose en forma errática, devolvió el huevo a su madre, y se alejó tambaleándose por la calle desierta. Encontró una tienda que tenía la puerta abierta. Era un bar de pulpa. Se abrió camino, más allá del cadáver del encargado del bar y encontró un botín de envases de pulpa. No podía leer las etiquetas, pero después de sorber algunos envases hasta dejarlos secos, ya no le importaba. Desapareció el

dolor apagado de sus ojos. Se sentía bien. Cargó en sus bolsas de transporte tantos envases como podía llevar y emprendió su camino de regreso hasta la calle.

—¡Hola! —llamó, sin obtener respuesta. Debía seguir desplazándose. Debía encontrar a alguien.

Arrastró su sobrecargado cuerpo con gran fatiga, calle abajo y encontró otra puerta abierta. Era la de una tienda de composturas. Tal vez allí podría encontrar un buen cuchillo. Encontró muchas herramientas, pero no había un solo cuchillo. Descolgó una herramienta que estaba al lado de la alfombra de trabajo del mecánico. Era una lámpara de soldar. Funcionaba con unos depósitos de líquidos que, al mezclarse, producían una llama muy elevada de temperatura. El soldador estaba en posición de automático, e inmediatamente formó una llama muy larga que quedó dirigida hacia la piel de Huevo-Pesado. Gritó, preso de un dolor enloquecedor al sufrir otra vez un calor intenso. Sus bolsas empezaron a vomitar envases de pulpa destilada y soltó la antorcha que al tocar un envase lo hizo explotar, provocando una bola de fuego, de color violeta brillante.

—¡Puedo ver! —dijo Huevo-Pesado porque el chamuscado extremo de unos de sus pedúnculos había dado una débil respuesta a la intensa iluminación.

Extasiado por la luz, fue añadiendo envase tras envase a la hoguera. Estaba enloquecido. Todo el interior de la tienda empezó a arder y el calor le obligó a salir a la calle. Los depósitos del líquido del soldador originaron una tremenda explosión.

Cuando Qui-Qui volvió a mirar en el comunicador, había algunas buenas noticias.

—Senso-Atento en la Estación Espacial del polo Este, ha detectado un gran fuego y explosión en Ascensión de Liger, en la base de las montañas del polo Este —dijo el teniente Capacidad-Shannon—. Podría ser una señal, o un efecto retardado del estrellamote. Hasta ahora, éste ha sido el único signo de vida en Huevo.

—En este caso, es nuestra última esperanza —dijo Qui-Qui—. Me voy a Ascensión de Liger. Cogeré el volador, pero no voy a volar porque consume mucha potencia. Viajaré muy cerca de la superficie, donde los repulsores de gravedad encontrarán abundante masa, contra la que poder aplicarse. De esta manera podré dar dos vueltas a Huevo sin vaciar los acumuladores —se interrumpió—. A pesar de que esto sea un verdadero despilfarro, porque tengo un juguete espléndido que puede volar por el cielo y tengo que utilizarlo como un simple deslizador sobre la corteza.

Qui-Qui dejó al robot para que cuidara de su máquina de rejuvenecimiento e hizo elevar el volador a escasa altura, en busca del perfil de vuelo de consumo mínimo y se dirigió al polo Este. Metros y metros de terreno árido pasaron bajo su volador, mientras cruzaba por encima de la brillante corteza blancoamarillenta.

Evitando los restos del Bucle de Salto que estaban diseminados sobre la corteza, posó el volador en un espacio plano de los alrededores de Ascensión de Liger. No

pudo encontrar donde amarrarla. Se aseguró de que su máquina quedaba lejos de cualquier cuerpo sólido que pudiera averiarla, en caso de otro cortezamoto. Antes de alejarse del aparato efectuó una llamada en la estación espacial del polo Este que flotaba encima de ella, y esperó su respuesta.

—El incendio ocurrió en la barriada del oeste —dijo Senso-Atento—. En la parte vieja de la ciudad, justo al final de la rampa superconductor de descenso que utilizaban los trabajadores de Construcciones Red en el proyecto de la Fundación del Espacio. No tiene más que buscar una calle de las que van de este a oeste y dirigirse hacia las montañas.

Otra voz entró en el enlace de comunicaciones. Era la de Transferencia-Hohmann:

—Debe proteger su volador, a toda costa —ordenó la almirante—. El incendio puede haber sido causado por saqueadores. Debe ir armada e informarnos a cada docigiro.

—No tengo armas, y voy a necesitar dos docigiros sólo para llegar desde aquí al lado Este —dijo Qui-Qui—. Además el que haya habido un fuego, no significa que deba haber una banda de saqueadores. Informaré cuando regrese.

Qui-Qui empezó a sentirse algo incómoda, mientras atravesaba la ciudad abandonada. Avanzaba silenciosamente y se detenía frecuentemente para escuchar. Al fin, oyó una voz. Tenía el registro de tenor alto, de la arista de un macho. La voz sonaba desafinada, como la de un borracho. Mientras iba por las calles buscando el origen de la voz, reconoció la canción. Era su canción «Enlaza tus ojos con los míos».

Llegó a un cruce y miró calle abajo. Tambaleándose ciegamente de acera a acera había un sucio y borracho macho, de buen tamaño. En el sitio donde deberían haber estado sus ojos, no había más que llagas rezumantes al final de los muñones. Trozos de piel colgaban de su cuerpo lleno de ampollas. Sorprendida por el estado en que se hallaba, Qui-Qui se quedó quieta en el centro de la intersección, mientras él iba tejiendo su camino y se aproximaba. Su primera reacción fue la repulsión, que fue sustituida por la de la lástima, cuando consideró el dolor y sufrimientos por los que debía haber pasado para sobrevivir, mientras ella volaba en un lujoso volador. El macho iba llegando a la tercera estrofa de la canción, y ella, por lo bajo, unió su voz grave de contralto, a la de él.

... Sé mi amigo, sé mi amor.

Sé mi arista, mi cobertor.

Enlacemos nuestros ojos.

La voz del macho se fue perdiendo a medida que la de ella se iba haciendo más

fuerte.

—¡Realmente, debo estar volviéndome loco! —se decía a sí mismo, tirando al suelo el envase de jugo barato a medio consumir.

—No. No estás loco —dijo Qui-Qui acercándose a él.

—¿Es así como se muere uno? —dijo él, sin mandar todavía sus vibraciones de arista hacia ella—. Durante toda mi vida he deseado a Qui-Qui. Y ahora me parece que está conmigo.

—Estoy aquí —dijo Qui-Qui, con su inconfundible voz—. Soy la Qui-Qui de verdad, la que deseabas tanto, y he venido para cuidarte.

Se colocó al lado de Huevo-Pesado y dulcemente enlazó tres pedúnculos con los heridos muñones y lo condujo a un hospital que había visto a poca distancia de allí. Mientras iban uno al lado del otro ella le cantaba.

En el hospital, le lavó, puso ungüento en sus ampollas, vendó los muñones de sus ojos, y llenó sus bolsas de comer con comida decente. Después hizo el amor con él.

Se concentró en el cuerpo del macho e ignoró la falta de glóbulos oculares. La arista de él daba masaje al dorso de ella, con estremecimientos de placer, mientras sus doce muñones se enrollaban cada vez con mayor fuerza, alrededor de los pedúnculos de ella, hasta que se acoplaron párpado con párpado. El orificio de la base de los muñones de ojo se abrió y gotitas de fluido de su cuerpo cayeron en los expectantes párpados de ella. El dilatado deseo de ambos se satisfizo al fin. Qui-Qui se relajó debajo del cuerpo inmóvil de Huevo-Pesado mientras las gotitas seguían su camino, dentro del cuerpo de ella, hasta la acogedora huevera.

FECHA: 06:58:11 MG; MARTES, 21 DE JUNIO DE 2050

Las manos y los pies de Pierre habían sufrido tirones, dentro del agua y habían golpeado contra las paredes del tanque, por efectos de una fuerza inimaginable cuando las pantallas se habían vuelto oscuras. Durante tres inacabables segundos, las alarmas habían sonado por todo el Matadragones mientras el ordenador intentaba reparar los daños para volver a funcionar.

Por fin se iluminaron de nuevo las pantallas múltiples construidas en las paredes de su tanque.

—Informe de la situación —dijo.

—Estrellamoto en Huevo de Dragón —contestó el ordenador—. Los sistemas han sufrido daños a causa de los rayos gamma y de las ondas de gravitación. Estado operacional de un 82 por ciento.

—Hemos recibido una dosis importante de radiación —dijo César desde su parte de la pantalla múltiple—. Los que estamos en los tanques hemos recibido 120 rem. La mitad de una dosis mortal son 500 rem.

—¡Amalita! —gritó Abdul—. ¡Amalita! ¡Contéstame!

No hubo respuesta.

—Algo va mal —dijo Abdul y empezó a desalojar el agua de su tanque.

—El médico soy yo —dijo César—. Voy a revisar su estado.

—La superficie de Huevo ha sufrido severos daños —dijo Seiko—. Ha cesado toda su actividad. He activado los sensores de observación.

—Todas las comunicaciones con Huevo han desaparecido —dijo Jean—. Tenemos contacto con la estación espacial del polo Este.

En su parte de pantalla, su cara fue reemplazada por la imagen de un cheela que destellaba cada décima de segundo.

—¿Podéis observar alguna vida, debajo de vosotros, en Paraíso de Brillante? —preguntó Senso-Atento.

—No —contestó Seiko—. Hemos visto un resplandor térmico en el polo Este.

—Lo sabemos.

En una de las pantallas de Seiko apareció un círculo de destellos que el ordenador superponía, en una imagen de la observación de Paraíso de Brillante.

—Hay un área con nueva vegetación...

—¿Dónde?

—En el Instituto de Ojo In...

Seiko dejó de hablar, porque el cheela se había ido.

—Doc —dijo Pierre—. ¿Ya has encontrado a Amalita?

—Sí —dijo César—. Ha muerto.

—Creo que será mejor que no viajemos con Otis, hasta que las cosas de aquí se vayan arreglando —Pierre indicó al ordenador que cancelara el cambio previsto de trayectoria, por medio de la masa desorbitadora. Debería pasar casi un día, antes de que el asteroide se encontrara en una posición donde pudiera ser contactado otra vez.

FECHA: 06:58:20 MG; MARTES, 21 DE JUNIO DE 2050

Qui-Qui informó cuando regresó al volador. Se había llevado con ella a Huevo-Pesado. Hubiera podido viajar más aprisa si hubiera ido sola a informar y luego hubiera regresado para recogerle con el volador, pero ninguno quería separarse del otro.

—¿Dónde estaba usted? —explotó Transferencia-Hohmann cuando le pasaron la llamada del volador—. Estaba enferma de tanto preocuparme por si usted había cometido alguna estupidez y hubiéramos perdido el único vehículo que puede funcionar en Huevo. ¿Qué le ha demorado tanto?

—He encontrado a un superviviente, almirante. Necesitaba atención médica. Se llama Huevo-Pesado. Era un encargado de turno en el proyecto de la Fuente Espacial.

Quiere hablar con Red-Risco.

—Quiero decirle cuanto siento que hayamos perdido la Fuente Espacial —dijo Huevo-Pesado.

Después de la larga espera, contestó la voz de Red Risco.

—Me alegra saber que otro miembro de la tripulación pudo sobrevivir. Tan pronto como podamos bajar de aquí, vamos a volver a construir la Fuente Espacial. Es un gran alivio, además, poder contar con un obrero experimentado en construcciones. Tenemos mucho que hacer. Lo primero es que usted examine las catapultas del polo Este y me diga en qué estado están. Luego empezaremos a trabajar en su reparación.

Qui-Qui dejó que él mismo contestara.

—Qué más quisiera, jefe —dijo Huevo-Pesado—. Pero no me queda ningún ojo.

—Huevo-Pesado era el único que estaba vivo en Ascensión de Brillante —explicó Qui-Qui—. O sea que aquí no estamos más que nosotros dos.

—Es posible que haya alguien más —dijo Sensor Atento—. Los humanos informan que hay una zona con vegetación en el Instituto del Ojo Interior de Paraíso de Brillante. La Estación Espacial de Órbita Polar nos lo acaba de confirmar. Se ha decidido que usted vaya allí, enseguida.

—¡Y esta vez, manténgase en contacto con nosotros! —era la almirante Transferencia-Hohmann—. La continua preocupación ha hecho agravar la inflamación crónica de mis bolsas de comer. Usted va a dejar que el ingeniero sea el piloto del volador. ¿Lo entiende Qui-Qui?

—Estoy ciego, almirante —le recordó Huevo-Pesado.

Qui-Qui desconectó el enlace de comunicaciones y conectó la potencia al volador. Se deslizó por encima de la carretera que iba directamente hacia el oeste, donde estaba Paraíso de Brillante. La ancha calzada estaba destruida en muchos sitios y abundaban los restos de coches de deslizamiento. Conocía muy bien Paraíso de Brillante y condujo el volador hasta el lugar de aterrizaje próximo al Instituto del Ojo Interior. Uno al lado del otro se deslizaron por los campos del instituto. Había plantas por todas partes.

Había todas las variedades de plantas imaginables, pero sólo unas pocas de cada tipo. Qui-Qui recogió unos cuantos frutos maduros y los dos disfrutaron de los frescos sabores después de tantos giros de frutos envasados. Era evidente que las plantas habían sido transplantadas recientemente, porque las bandejas en que habían crecido estaban apiladas cerca de allí. Ambos escuchaban con sus aristas, pero no podían oír más que a unos Vergonzosos comestibles, que estaban en un corral lejano. Cuando pasaron cerca de un edificio de oficinas que tenía las vallas muy bajas, Huevo-Pesado se detuvo porque su sensitiva arista había captado algo.

—Por aquí cerca hay alguien refunfuñando.

Se encaminaron al edificio de oficinas y encontraron a alguien que estaba

ocupado en una alfombra escritorio. Era vieja y llevaba muchas insignias científicas, dispuestas en círculo, alrededor de su cuerpo. Qui-Qui apenas sí podía recordar el significado de tantas insignias.

—¿Hola? —dijo Qui-Qui con cierta reserva.

—Déjenme acabar esta línea —la científica terminó la escritura y les dirigió la atención de sus ojos.

—Soy Cero-Gauss, doctora en Magnética aquí, en el Instituto. Me alegro mucho de que por fin haya venido alguien, para conseguir que las cosas vuelvan a funcionar. Todo está muy mal. ¿Saben ustedes que los rollos y las memorias moleculares de la biblioteca se han borrado? He hecho cuanto he podido, intentando reconstruir mis notas de investigación, pero me falta tiempo, porque me he de cuidar de los animales y de las plantas. Estoy muy cansada. Sólo quiero cuidarme de los huevos y de las crías hasta que me muera.

—¡Usted no puede hacer esto! —dijo Qui-Qui.

—¿Por qué no?

—Por lo menos, no ahora. Nosotros tres somos los únicos que quedamos vivos en Huevo —explicó Qui-Qui—. Si la raza ha de sobrevivir, es preciso que pongamos muchos huevos.

—Soy demasiado vieja, y estoy demasiado cansada para poner huevos —dijo Cero-Gauss—. Además, no es cierto que seamos los únicos. Hay alguien más.

La arista de Cero-Gauss lanzó un mensaje direccional:

—Cara-Pecosa, querida. Haz el favor de venir. Tenemos compañía.

FECHA: 07:02:06 MG; MARTES, 21 DE JUNIO DE 2050

Puesto que las cosas ya se habían encauzado rutinariamente, Qui-Qui sólo tenía que comunicar cada docena de giros. En esta ocasión cuando lo hizo, Transferencia-Hohmann estaba en reunión y Capacidad-Shannon pasó la llamada a Red-Risco.

—Durante el último giro hemos tenido otro grupo de crías que han salido de sus cascarones —dijo Qui-Qui—. Es ya el undécimo. En breve plazo, Huevo-Pesado podrá empezar clases educativas, para preparar a los jóvenes ingenieros que usted necesita. Cero-Gauss, por fin, se ha resignado y acepta abandonar el trabajo de sus notas de investigación, para poder cuidarse de los huevos. Todavía considera algo obsceno el tener que empollar sus propios huevos, pero puesto que es una experta en genética, conoce perfectamente la importancia de tener un banco genético lo más variado posible, y cumple con «su deber», lo llama así, y todavía pone huevos, además de empollarlos.

Qui-Qui soltó una risita antes de proseguir. Se sentía cohibida al usar palabras obscenas, en una conversación educada.

—También conserva los registros de las «madres» de las crías, para poder evitar, dentro de lo posible, la generación entre parientes próximos —volvió a su risita—. No hay dificultad en identificar a los «hijos» de Cara-Pecosa. Con toda seguridad los genes pecosos son dominantes.

«Cara-Pecosa es genial con los animales. Con sólo mirarlos ya puede decir cómo se sienten. Los rebaños se multiplican rápidamente, y por fin, Cero-Gauss hace ya cuatro giros, nos permitió comer carne fresca. Yo misma, estoy convirtiéndome en una experta en cuidar plantas. Los terrenos del Instituto ya están completamente llenos de plantas productoras de frutos y semillas, y estamos haciendo nuevas plantaciones en zonas vírgenes, en los alrededores de la ciudad.

—También tengo buenas noticias —dijo Red-Risco después de la larga espera—. Hemos logrado ponernos en contacto con el robot del Centro de Rejuvenecimiento del polo Oeste, dándole órdenes mediante un haz compacto de Rayos X desde la Estación Espacial del polo Oeste. El robot sólo ha sido capaz de reparar una de las máquinas de enzimas, pero dentro de cinco días ya tendremos bastantes enzimas acumuladas, para el rejuvenecimiento de un macho o de una hembra pequeña.

—¡Es maravilloso! —exclamó Qui-Qui—. Puedo llevar allí a Huevo-Pesado, para que recupere la vista, y después habrá alguien que pueda decirle a usted lo que está mal en las catapultas de gravedad, y también podré disponer de otra persona con quien compartir la carga del cuidado de las plantas.

FECHA: 07:03:32 MG; MARTES, 21 DE JUNIO DE 2050

En aquella ocasión, Qui-Qui activó antes el comunicador. Su voz era solemne:

—Huevo-Pesado se ha fluidificado. Supongo que el sufrimiento de su cuerpo ha sido excesivo.

—¡Ha desaparecido nuestro último ingeniero! ¡Estamos condenados! —llegó el lamento de Transferencia-Hohmann—. Deberíamos abandonar.

—Yo no abandono —dijo Qui-Qui—. Déjeme hablar con Red-Risco. Quiero empezar las clases de ingeniería.

Mientras aguardaba la respuesta de Red-Risco, Qui-Qui repasaba mentalmente la genealogía de los jóvenes machos de más edad que estaban en la guardería. Si tenían que mantener en crecimiento su pequeño grupo, hasta que las hembras jóvenes tuvieran edad suficiente para poner huevos, ella y Cara-Pecosa tendrían que empezar a enseñar a los machos mayores algo más que la lectura, el cálculo, la agricultura y la ingeniería.

SACRIFICIO

FECHA: 07:08:13 MG; MARTES, 21 DE JUNIO DE 2050

Qui-Qui acababa de dejar su clase de ingeniería y sus lecciones, y estaba en los campos con su clase de agricultura para enseñar a distinguir los frutos maduros de los que no lo eran. A través de su arista le llegaba una conmoción intensa, desde los recintos de las crías. Cero-Gauss ahora ya era muy vieja y siempre tenía dificultades para mantener bajo control al gran número de crías, al tiempo que cuidaba de los huevos.

Qui-Qui abandonó la clase de agricultura y se apresuró para llegar a la guardería.

—¡Ojos flojos!, ¡ojos flojos!, los pecosos tienen ojos flojos —el agudo sonido de los burlones desafíos procedía de un grupo de crías, sin pecas, que impedían a tres crías pecosas el acceso a los comederos.

—Ya te explicaré yo quién es el débil —dijo uno de los pecosos, que se abalanzó sobre sus torturadores y consiguió montarse sobre uno de los machos, al que empezó a pinchar con un trozo puntiagudo de corteza. Cero-Gauss estaba ocupada con una cría que estaba saliendo del cascarón y no podía intervenir más que con gritos desde el recinto de los huevos.

Sobrecargada de trabajo, frustrada y enfadada, Qui-Qui se precipitó sobre las crías que se peleaban y con rápidos golpes de manipulador les hizo resbalar sobre la corteza para separarlos.

—¡Esto se ha acabado! —dijo ferozmente, sus oscuros ojos soltaban chispas sobre sus grandes párpados—. Vais a dejar de pelearos y comeréis en silencio.

Aunque algunos todavía gimoteaban a causa de los golpes, las crías se agruparon alrededor de los comederos y engulleron su ración del medio giro. Por fin llegó Cero-Gauss del recinto de los huevos, empujando delante de ella una nueva cría para acompañar hasta los comederos.

—Ya no sé qué hacer —dijo cansadamente Cero-Gauss—. Me parece que cada giro se pelean más. Me canso de decirles que debemos trabajar todos juntos, pero no me hacen caso.

—Confiemos en que estaremos mejor cuando algunas crías se hagan mayores y puedan ayudarnos —dijo Qui-Qui, mientras se iba a ver cómo iba la clase de ingeniería, antes de regresar a los campos.

Los jovenzuelos agricultores estaban discutiendo:

—No cojas ésta, estúpido —decía un jovenzuelo pecoso a otro sin pecas.

—¿Por qué no? A mí me parece que está perfectamente madura.

—Está llena de huevos de parásito.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque salta a la vista —dijo el pecoso—. No tienes más que comparar su color, con el del que está a su lado, que es bueno.

—No veo ninguna diferencia —dijo el que no tenía pecas.

—Es porque tú sólo tienes «ojos corrientes» —el pecoso desplegó con visible orgullo sus cuatro ojos rosados—. Nosotros, los de piel pecosa tenemos los ojos «especiales» para ver cosas que vosotros, los de piel vulgar, no podéis ver. Es por esto que somos especiales.

—Tú no eres tan especial —dijo el que no tenía pecas, levantando la vara que utilizaba para coger los frutos de las plantas más altas.

—¡Ya basta, acabad con eso! —voceó Qui-Qui desde lejos—. Vosotros, jovenzuelos, os comportáis como unos críos.

FECHA: 07:12:02 MG; MARTES, 21 DE JUNIO DE 2050

Mientras Transferencia-Hohmann se dedicaba a su trabajo en los rollos, algunos de sus ojos se fijaron en una de las estrellas del cielo que aumentaba rápidamente de tamaño. Dejó que el volumen se enrollara y se fue al puente de mando, mientras la estrella cada vez se veía mayor. Cuando llegó allí, ya pudo ver un punto blancoamarillento delante de la estrella. Era la última de las naves de exploración interestelar, la Abdul Nkomi Farouk. Todo lo que les quedaba de su flota en el espacio interestelar eran unas pocas naves de exploración.

—Estación Espacial del polo Este llamando a Abdul —dijo Transferencia-Hohmann.

Hubo una espera de casi dos mizgiros mientras las señales se propagaron a través de los 30 kilómetros que les separaban. Durante la espera se desconectaron los impulsores de curvatura del espacio del Abdul y la estrella retrocedió a su lugar de procedencia en el cielo, mientras la nave quedaba en órbita alrededor de Huevo.

—Aquí el capitán Ojo-Avizor, de la nave interestelar Abdul, informando a su base de acuerdo con las órdenes recibidas. La capitana Exploración-Lejana y el almirante Rebana-Acero recibieron las últimas posiciones de nuestras dos naves de exploración, y cuando nos fuimos de Herc X-1, todavía las estaban buscando. ¿Cuál es el estado de las cosas en Huevo? Todos estamos muy preocupados.

—Esto es terrible —dijo Transferencia-Hohmann—. Nos vemos reducidos a depender de una artista, que no ha sido capaz de hacer nada durante dos docenas de gran de giros. Convoco una reunión general para cuando ustedes lleguen.

El local principal de reuniones de la Estación Espacial del polo Este estaba repleto de cuerpos. Los otros lugares de reunión también estaban llenos de gente del

espacio, muy preocupada, que observaba atentamente los enlaces de vídeo con el local principal.

—Se han cumplido dos docenas de gran de giros desde que el desastroso estrellamoto destruyó la civilización de Huevo —empezó Transferencia-Hohmann—. He intentado todo lo que se podía hacer con el inadecuado apoyo que tenemos en la superficie, pero la situación continúa siendo desesperada. El único ingeniero que nos quedaba en la superficie se fluidificó antes de que pudiéramos salvarle. Nos hemos quedado sin otra posibilidad de preparar a nuestros ingenieros que la de hacerlo con una actriz como único maestro.

—Dadas las circunstancias, está haciendo un buen trabajo —dijo Red-Risco—. El problema es que sin robots ni otras máquinas que disminuyan el trabajo, los de la superficie tienen que emplear gran parte de su tiempo en mantenerse vivos. Les damos tantos consejos como nos resulta posible, pero la demora de dos grugiros, en el enlace de comunicaciones, no nos facilita las cosas.

—¿Cuánto tiempo habrá de pasar antes de que consigan poner en funcionamiento una catapulta de gravedad? —preguntó alguien.

—Todo depende de que Qui-Qui pueda seguir controlando las cosas allí abajo, y al mismo tiempo pueda seguir dando clases —dijo Red-Risco—. Si lo consigue, seleccionaremos a los más competentes en ingeniería gravitacional, les dispensaremos de ir a clase para que puedan ir a los emplazamientos de las catapultas gravitatorias del polo Este y del polo Oeste y nos comuniquen el alcance de los daños. Si los daños no son muy graves, será sólo cuestión de una o dos docenas de gran para preparar un equipo de ingenieros que pueda arreglar los desperfectos, reparar una fábrica de potencia, y ponerla en marcha.

—¡Está hablando de generaciones! —exclamó Transferencia-Hohmann—. ¡No me lo había dicho hasta ahora! ¡No podemos esperar tanto!

—Se lo dije, pero usted no me prestó atención —dijo Red-Risco—. No tenemos otra alternativa. Esperaremos las generaciones que hagan falta.

—Pero cada vez seremos más viejos. ¡Sin el rejuvenecimiento todos estaremos muertos, antes de que terminen! —dijo Transferencia-Hohmann—. Debe construir algunas máquinas de rejuvenecimiento.

—Olvida usted que no tenemos más materiales que los que hay en la estación espacial y en las espacionaves. He ordenado a mis ingenieros que estudien este problema. Resulta fácil utilizar de nuevo partes de metal de las naves que sean poco importantes, para construir las máquinas que fabrican las enzimas de rejuvenecimiento. Pero el procedimiento actual requiere el uso de un isótopo metálico muy escaso. Con el que hay en toda la flota espacial, no podremos construir más que dos máquinas, cada una producirá cada tres docenas de gran la enzima que necesita una persona. Resumiendo, sólo dos personas podrán mantenerse vivas mediante el

rejuvenecimiento.

—¡Si es así, es seguro que el resto tendrá que morir! —dijo Transferencia-Hohmann—. ¿De qué nos servirá el arreglo de las catapultas de gravedad, si sólo quedan dos personas que puedan salvarse?

—No podemos consentir que la población que está en el espacio quede reducida a dos personas —dijo Red-Risco—. Los cheela que están en el suelo, han perdido todos los rollos y toda su tecnología. Necesitamos que la población espacial se mantenga con todas sus posibilidades. Como no tenemos máquinas de rejuvenecimiento para hacer jóvenes cheela a partir de los viejos, tendremos que hacer jovenzuelos siguiendo el procedimiento clásico. Creo que no será tan malo, una vez nos hayamos acostumbrado.

Hubo un cierto número de murmullos de regocijo entre la audiencia, que se apagaron cuando habló la arista de Transferencia-Hohmann:

—No lo comprendo —dijo.

—Recomiendo que los médicos supriman las drogas contraceptivas a un personal seleccionado. ¿No lo entiende? —dijo él mientras sus pedúnculos de los ojos apuntaban a toda la sala de reuniones—. Podemos poner el recinto de los huevos allí, al fondo de esta sala, con los recintos de las crías a lo largo de los lados, y la guardería alrededor de la parte alta.

Por fin se decidió proceder a la construcción de las dos máquinas de rejuvenecimiento. Era importante mantener alguna continuidad en el proceso de convertir las estaciones espaciales y las espacionaves en una colonia espacial. Después de mucho debate, Transferencia-Hohmann y Red-Risco resultaron elegidos para usar las máquinas de rejuvenecimiento. Al resto de los cheela se les otorgó un huevo a cada uno, porque las estaciones espaciales no tenían cabida para una población superior al doble de la inicial. Muchos cheela dedicaron muchos gran a profundas consideraciones antes de decidir finalmente quien sería su «socio de huevo».

FECHA: 07:15:16 MG; MARTES, 21 DE JUNIO DE 2050

Qui-Qui fue requerida para acercarse al comunicador, por uno de los escribas, Esteno-Grafo.

—Todavía estoy copiando parte del manual de mantenimiento de los generadores de potencia auxiliar —dijo Esteno-Grafo a Qui-Qui cuando ésta llegó junto al volador—. Han intercalado un mensaje para usted, hace unos pocos mizgiros, reclamándola.

Qui-Qui esperó a que Esteno-Grafo terminara de escribir las palabras finales del

manual de mantenimiento en el rollo, con su pulida escritura, que le dictaban desde 406 kilómetros de altura. Esteno-Grafo activó el videoenlace. En la pantalla aparecieron algunos diagramas. Los copió rápidamente porque el videoenlace tenía un consumo de energía muy elevado. Tan pronto como hubo acabado, volvió a dejar el enlace sólo en audio. Una pausa, y Red-Risco habló.

—Nuestro nuevo Consejo Espacial ha tomado una decisión —dijo Red-Risco—. Creemos que ya ha llegado el momento de que usted vaya al polo Oeste para rejuvenecerse. Sí, ya supongo lo que está usted pensando: que la que debería ir es Cero-Gauss porque es la más vieja. El problema estriba en que el robot sólo ha conseguido hacer funcionar una de las máquinas de enzimas. Si enviamos allí a Cero-Gauss, usted no podría ir hasta 36 gran después. Tendría entonces una edad de 90 gran y cabe la posibilidad de que fluyera antes de poder ser rejuvenecida. Hemos decidido que no podemos permitirnos perderla a usted. Es la única con la mezcla de energía, determinación, optimismo y carisma que se requiere para lograr que los jovenzuelos de la superficie se consagren a nuestro objetivo conjunto: la reunificación de todos los clanes de Huevo. El resultado de la votación fue de 288 contra 1. No es preciso que le diga quién fue el «uno». Lo antes que pueda, debe usted ir al polo Oeste, pasar por el rejuvenecimiento, y regresar con el robot de rejuvenecimiento y las máquinas de las enzimas. El robot será muy útil para hacer funcionar algunos generadores de potencia en Paraíso de Brillante, y hasta podrá reparar algunas cosas más.

Qui-Qui confirmó la recepción del mensaje y devolvió el enlace de comunicaciones a Esteno-Grafo, que continuó escribiendo cuando volvieron a dictarle.

Qui-Qui empleó algunos giros en dejarlo todo organizado para que pudiera ausentarse el medio gran que tardaría en rejuvenecerse. Uno de los estudiantes de ingeniería, Fuerza-Coulomb, retiró el comunicador y uno de los acumuladores del volador para que pudiera continuar con las clases.

Cero-Gauss se sintió aliviada cuando supo que no había sido la elegida para el rejuvenecimiento, porque ella sólo quería estar con sus pequeñuelos. Ahora ya contaba con la ayuda de adultos para que cuidaran de las crías mayores y de la guardería. No tenía otra cosa que hacer que empollar huevos y explicar las historias de los viejos tiempos, antes del estrellamato.

Mientras el volador que llevaba a Qui-Qui hacia el polo Oeste se elevaba sobre la carretera, se cruzó con un gran rebaño de Vergonzosos comestibles.

Cara-Pecosa estaba con el rebaño, explicando su curso de pastoreo. Todos sus alumnos tenían pecas y por lo menos un ojo rosado. Les estaba enseñando cosas que no se podían encontrar en los libros de texto, tales como mirar a un animal con el ojo rosado especial y poder decir donde le dolía, y saber acercarse a un animal de manera

que éste supiera que eras un amigo.

Mientras Cara-Pecosa veía pasar el volador, una antigua preocupación volvió a molestar su bulbo cerebral. A cada giro se acercaba más la puesta a punto de las máquinas de gravedad de que tanto se hablaba. Después regresarían los del espacio, y con ellos sus leyes. Después volverían los claneros y sus látigos.

A Cara-Pecosa no le gustaba que regresaran los del espacio. Prefería que las cosas siguieran como estaban.

FECHA: 07:15:32 MG; MARTES, 21 DE JUNIO DE 2050

Ochenta giros después, Qui-Qui regresó de su rejuvenecimiento, en su volador. Llevaba con ella el robot y la máquina de enzimas. Planeó hacia un terreno de aterrizaje que estaba cerca del Instituto del Ojo Interior. Al parecer no había nadie por allí, y Qui-Qui tuvo que descender del aparato para amarrarlo. Oyó que algo se deslizaba sobre la corteza, y sus ojos vieron a algunos Ligeros domésticos en miniatura que se aproximaban. No reconoció a ninguno de ellos. Llevaba un trozo pequeño de comida en una de sus bolsas y lo sacó. Formó algunos pseudópodos para acariciarles y les llamó.

El grupo de Ligeros vio la comida y su deslizamiento se convirtió en una carga. Abrieron sus mandíbulas y unos agudos dientes aparecieron en posición de desgarrar. Rugiendo de hambre, se lanzaron sobre Qui-Qui. Ella echó el trozo de comida a un lado para distraerles, y emprendió una carrera hacia el volador. El robot la miró, impasible, cuando se deslizó rápidamente a bordo del volador y cerró de golpe el escudo magnético; goteaban jugos de un manipulador que había esgrimido contra una de las bestias.

Qui-Qui herida y algo asustada, estaba preocupada. Algo había ocurrido en su ausencia. Hizo elevar su volador, voló sobre la frustrada horda de Ligeros y se desplazó lentamente sobre las calles. Las plantas, que antes habían florecido en los terrenos del Instituto del Ojo Interior, estaban descuidadas. Habían sido despojadas de todos los frutos y simientes. Se aproximó a un edificio que estaba en el centro del Instituto y que parecía estar clausurado. Las puertas estaban cerradas, y delante de ellas se había amontonado rocas para que resultara difícil acercarse a ellas para abrirlas. Los paneles correderos de las ventanas, también estaban cerrados, y se habían dispuesto barras a través de la mayoría de las aberturas. Sobre la parte alta de la pared había una improvisada bobina de alambre. Unos débiles trazos de luz aparecían en el centro de las espiras cuando los núcleos erráticos, que llegaban desde el espacio, iban a morir, en una trayectoria espiral, en sus campos electromagnéticos superintensos.

El panel deslizante de unas de las ventanas protegidas con rejas se desplazó

ligeramente, un solitario globo ocular observó por la rendija. El panel fue desplazado totalmente a un lado, y Esteno-Grafo sacó la mitad de sus pedúnculos de ojo para agitarlos frenéticamente en dirección al rápido volador. Qui-Qui hizo elevar el volador sobre la pared y se posó dentro del edificio cerrado. Fue saludada por ocho de sus antiguos alumnos. Tres de ellos: Esteno-Grafo, el escriba; Fuerza-Coulomb, el ingeniero electromagnético; y Newton-Einstein, el ingeniero gravitacional, eran los mayores en edad a cuyo cargo había dejado las clases. De las tres docenas de alumnos que había en las clases avanzadas, sólo quedaban cinco.

—Fue terrible —dijo Fuerza-Coulomb—. Acababa usted de marcharse, cuando Cero-Gauss se fluidificó. Las cosas se pusieron peor.

—A decir verdad, —dijo Esteno-Grafo—. Las cosas estaban razonablemente bien, mientras nos ocupamos del ritual de descuartizar a Cero-Gauss para distribuir su carne. Casi toda ella se destinó a crías, ya que ella las amaba tanto. Después del ritual de la distribución, sin embargo, las cosas empeoraron. Cara-Pecosa me dijo que desconectara el comunicador.

—¿Por qué? —preguntó Qui-Qui.

—Dijo que no debíamos prestar atención a las voces que llegaban desde el cielo —interrumpió Fuerza-Coulomb—. Luego empezó a destruir el comunicador, pero le dije que podría sufrir descargas eléctricas, y que lo haría en vez de ella. Sólo lo desconecté de su fuente de potencia. Más tarde pude conseguir algunas piezas en una tienda del centro de la ciudad, las rompí y escondí el comunicador.

—Además dijo a los estudiantes que ya no tenían que asistir a clase —dijo Esteno-Grafo—. Muchos empezaron a alborotar y se fueron a jugar. Unos pocos me visitaron para preguntarme si podían seguir aprendiendo, por su propia cuenta. Eran ocho, pero a tres de ellos los mataron en las luchas.

—¿Qué luchas?

—Fueron terribles —dijo Fuerza-Coulomb—. Después de unos pocos giros en los que nadie trabajó, ya escaseaba la comida. Algunos de los de la piel lisa, trataron de matar a un Ligerito, de los comestibles, y sostuvieron una batalla con los de la piel pecosa.

—Al acabarse, muchos de los de la piel lisa habían sido rechazados hacia el Este —dijo Esteno-Grafo—. Antes de marcharse, esquilmaron todas las plantas y consiguieron apoderarse de algunos rebaños de Ligeritos para comer. Al principio fuimos con ellos, pero decidimos que nuestro deber primordial debía ser trabajar para el futuro de Huevo, y regresamos al sitio donde Fuerza-Coulomb había escondido el comunicador. Cara-Pecosa, y el resto de los pecosos no se metían con nosotros, mientras estuviéramos apartados de su vista.

—Estaba claro que no nos querían —dijo Fuerza-Coulomb—. Y en consecuencia empezamos a fortificar este edificio. ¿Qué le parecen mis barreras magnéticas?

—¿Te refieres a la bobina que está sobre la parte alta de la pared? —preguntó Qui-Qui.

—Sí. Desde que era un crío he coleccionado alambre superconductor, y al final he podido encontrarle un buen destino. Consumí mucha energía para cargarlo, pero nos libra, a la vez, de los pecosos y de los Ligeros.

—Cuando aterricé, me atacó una manada de Ligeros —dijo Qui-Qui.

—Ahora hay muchos animales salvajes —le dijo Esteno-Grafo. Todos los animales que antes eran domésticos, ahora campan por sus respetos. Además me he dado cuenta de que las jóvenes miniaturas de Ligeros y Desliza-Lentos ya son mayores que las de antes. El procedimiento de hibridación para conseguir las miniaturas debe ser temporal, porque las nuevas generaciones parecen estar en regresión.

—¿Dónde está ahora Cara-Pecosa? —preguntó Qui-Qui—. Cuando he llegado volando no he visto a nadie por aquí.

—Ella sabía que usted regresaría pronto —contestó Esteno-Grafo—. Supongo que no quería encontrarse ojo a ojo con usted, y por tanto se fue con el resto de los de piel pecosa, hace una docena de giros. Se fueron hacia el Norte, llevándose los Ligeros comestibles.

—Creo que es conveniente que pongamos otra vez en funcionamiento el comunicador —dijo Qui-Qui—. He de explicarles todo esto a los del espacio.

—Ya están enterados de todo —dijo Fuerza-Coulomb—. Puse en marcha el comunicador tan pronto como estuvimos protegidos aquí. Ahora lo está utilizando Newton-Einstein. Creo que está recibiendo instrucciones del ingeniero Red-Risco.

—Sígame y la conduciré hasta allí —dijo Esteno-Grafo y la guió a través del laberinto de paredes y pasillos—. No pase por allí —dijo, señalando con sus pedúnculos hacia lo que parecía el pasillo principal, al tiempo que giraba a su izquierda, entraba en lo que parecía un almacén, y trepaba sobre algunos sacos de frutos secos.

—¿Por qué? —preguntó Qui-Qui.

Fuerza-Coulomb no contestó, pero tomó una pesada nuez de las que se habían derramado de un saco roto y la hizo rodar por el corredor. La nuez se convirtió en un resplandor incandescente de plasma al rojo vivo.

—Red-Risco nos lo sugirió —dijo Fuerza-Coulomb. Desde luego que es más espectacular con objetos pequeños como una nuez, pero es capaz de convertir en almuerzo a un cheela grande.

Siguieron abriéndose camino a través del laberinto hasta el edificio interior donde Newton-Einstein hacía funcionar el comunicador.

—Sí. Acaba de llegar —dijo Newton-Einstein—. Le transmitiré las instrucciones. Qui-Qui deseaba oír otra vez la voz familiar de Red-Risco, pero Newton-Einstein

había terminado la conversación, y era evidente que no quería esperar otros dos grugiros.

—Saludos, maestra Qui-Qui —dijo Newton-Einstein; sus ojos parecían estar fijos, en sus párpados acabados de rejuvenecer—. El rejuvenecimiento la ha tratado muy bien. Tendría mucho gusto en tomar lecciones de usted cualquier giro.

Qui-Qui lamentaba ahora la necesidad que la había obligado a emparejarse con algunos machos núbiles hacia tanto tiempo. Habían crecido muy aprisa y ahora parecía que se habían vuelto descarados.

—¿Qué instrucciones dieron los del espacio? —preguntó, haciendo caso omiso de sus comentarios.

—Red-Risco cree que ya estoy debidamente preparado para evaluar las condiciones de las catapultas gravitatorias de Huevo. Sugiere que empecemos por las del polo Oeste, porque quedaron más alejadas del epicentro. ¿Nos vamos? —se acercó más y extendió un pedúnculo hacia ella.

—Nos llevaremos a Fuerza-Coulomb con nosotros —dijo Qui-Qui con voz firme, tomando el mando una vez más.

—¿Por qué? —preguntó Newton-Einstein—. No sabe nada de ingeniería gravitacional. Además, le necesitan aquí para que mantenga en funcionamiento los generadores de potencia.

—He traído un robot para que se encargue de los generadores de potencia —explicó Qui-Qui—. Te olvidas de que una catapulta gravitatoria requiere una planta de potencia. Mientras estés comprobando el estado de la catapulta, Fuerza-Coulomb puede dedicarse a ver si hay manera de que la podamos hacer funcionar.

—Si usted lo dice... —evidentemente Newton-Einstein estaba disgustado por no hacer el viaje a solas con Qui-Qui.

—Enséñame el resto del edificio —Qui-Qui empezó a deslizarse por un corredor que tenía unas fajas alternadas de polvo y de roca dura, en el suelo—. Y luego partiremos.

Esteno-Grafo se apresuró a cerrarle el paso.

—Este no lo tenemos activado —dijo Esteno-Grafo—. Pero usted debe saber lo que significan estas fajas alternadas en el polvo, para cuando las encuentre en el laberinto.

—¿Es otro tratamiento de shock? —preguntó Qui-Qui.

—Peor que esto —dijo Esteno-Grafo y apretó una parte de un cuadro, que estaba en la pared, para activar la trampa.

—Ten cuidado —aconsejó Fuerza-Coulomb.

—Más pronto o más tarde tendremos que aprender a hacerlo, con los ojos escondidos detrás de los párpados —dijo Esteno-Grafo.

No escondió sus ojos, pero se deslizó rápidamente sobre el dibujo a rayas. Su

arista efectuaba una ondulación exagerada que permitía que se apoyase sobre las partes duras de la corteza y formaba puentes para no tocar las partes polvorientas. Cuando estuvo a salvo en el otro lado, hizo rodar una nuez sobre el camino. Se produjo una explosión, procedente de un tubo enterrado bajo el polvo, en el centro del dibujo a rayas, que proyectó hacia lo alto un gran peso que arrastraba tras él una fibra delgada, pero muy resistente. El peso cayó precisamente al lado del tubo proyector y se incrustó profundamente en la corteza, llevando todavía el extremo de la fibra. Los bordes del agujero quedaron incandescentes a causa del impacto.

Qui-Qui miró los dos agujeros de la corteza, conectados por la resistente fibra y observó a Esteno-Grafo.

—Estos pasos cebra están distribuidos por todo el edificio —dijo Esteno-Grafo—, pero sólo los más exteriores están activados continuamente. Si el peso a gran velocidad no le hiere a uno en el bulbo cerebral, la fibra le dejará cosido a la corteza, hasta que vayamos a liberarle.

Esteno-Grafo desactivó la barrera, y Qui-Qui intentó cruzarla con el requerido contoneo exagerado. Consiguió hacerlo con un solo zumbido del dispositivo monitor de entrenamiento.

Antes de partir, Qui-Qui se elevó en una trayectoria alta para observar los alrededores. Había algunas grandes hordas hacia el norte, muy lejos, pero no pudo observar ningún peligro próximo. Era evidente que Fuerza-Coulomb disfrutaba con la experiencia de volar. Pero cuando aterrizaron, Newton-Einstein tenía sus doce globos oculares escondidos debajo de unos párpados muy pálidos.

Dejaron a cargo de Esteno-Grafo las responsabilidades del edificio, y Qui-Qui, Newton-Einstein y Fuerza-Coulomb se fueron hacia el polo Oeste, deslizándose sólo un poco por encima de la superficie. Una de las catapultas de gravedad no estaba muy lejos de la ciudad de Roca Blanca. A Qui-Qui la habían llevado a visitar el lugar de la catapulta, cuando estaba en la guardería.

Cuando se acercaban al lugar, Fuerza-Coulomb dijo a Qui-Qui que se detuviera.

—Por aquí, siguiendo la carretera, pasa una conducción de alta potencia. La conducción se juntó a la carretera, sólo un metro atrás, aproximadamente. Pienso que venía desde la planta energética que está allí, sobre aquellas laderas —agitó sus pedúnculos en dirección norte.

—Será preferible que lo vayamos a mirar ahora que estamos aquí —dijo Qui-Qui, que hizo virar el volador hacia el norte. Lo elevó unos cuantos centímetros para poder pasar fácilmente sobre los abandonados hogares y oficinas, y lo dirigió hacia el montículo artificial que se veía a lo lejos.

La planta energética estaba en un sorprendente buen estado. Durante el estrellamato, los movimientos de la corteza habían rebotado atrás y delante por toda la distribución irregular de estribaciones montañosas del polo Oeste, y se habían

cancelado virtualmente en el emplazamiento de la planta. Qui-Qui se sintió tan contenta con su descubrimiento, que abrió los depósitos de víveres del volador y sacó un envase de reluciente vino, para que les ayudara a pasar el tiempo que debían esperar antes de que les contestara la Estación Espacial del polo Oeste. Mientras ellos habían viajado sobre la corteza, Red-Risco había orbitado hasta la Estación Espacial del polo Oeste para disminuir la espera entre las comunicaciones.

—Me alegro mucho al oír que la mayor parte de la instalación de potencia parece estar en buen estado —dijo Red-Risco—. Lo primero que tenéis que hacer es conectar los circuitos de energía del volador a la consola de control. Confiemos en que podremos encontrar algunas unidades de potencia que hubiesen sido aisladas por los monitores de seguridad, antes de que fueran averiados por el estrellamato. Antes de activar algo, hacedme saber lo que dice el tablero de control de estado, y lo que pensáis hacer. Aquí no disponemos de expertos en instalaciones de potencia en corteza firme, pero nuestros ingenieros de las plantas de energía de la nave espacial pueden darnos algunas indicaciones.

Les llevó casi todo el resto de giro el maniobrar el volador hasta el edificio de la central de potencia y activar la consola de control. Aparecieron algunos destellos intensos de luces de color azul candente que indicaban fallos en algunas unidades, pero en la mayor parte del tablero había luces rojas brillantes bajo la indicación «PREPARADO».

—Las lecturas de presión en cuatro de las fuentes de potencia están sobre mínimos —informó Fuerza-Coulomb—. Los otros dos marcan cero. Debe de haber roturas en los bloques de fundición, porque en los cabezales de conexión a presión no se aprecian grietas. Voy a activar la fuente número 2. Conduciré su flujo a través del bloque maestro de distribución al motor generador número 2, y veré qué pasa.

No hubo ninguna objeción desde arriba, por lo que Fuerza-Coulomb oprimió el botón marcado «Arranque» en la consola y el cabezal de presión de la fuente de potencia 2 se abrió, para dejar pasar el fluido a alta presión, rico en neutrones, que procedía de las profundidades de Huevo, hasta el bloque principal de distribución. Las válvulas resistieron y los manómetros del bloque empezaron a marcar. Luego oprimió otro botón y el flujo penetró en el motor generador. Un rumor sordo vibró a través de la corteza, y se fue convirtiendo en un zumbido regular.

—¡Tenemos potencia! —gritó Fuerza-Coulomb—. ¡Ya vamos por buen camino!

Qui-Qui comunicó las buenas noticias a través del enlace de comunicaciones y, después, cambió las conexiones de los circuitos de potencia que conectaban la consola al volador, para que sus acumuladores se cargaran en vez de descargarse.

Después de dos envases más del centelleante vino de la ciudad de Roca Blanca y de una amistosa lucha a tres en el bien acolchado pero poco espacioso compartimiento posterior del volador, se quedaron exhaustos. Tardaron un giro entero

en abandonar la planta de potencia, para ir siguiendo con el volador la conducción de energía hasta la catapulta gravitatoria que estaba unos pocos metros más allá.

—Me parece que la catapulta está bien —dijo Newton-Einstein después de volar en círculos sobre el gigantesco anillo semienterrado en la corteza.

—¿No podría haber perdido el fluido ultradenso de los tubos cuando falló la potencia? —preguntó Fuerza-Coulomb.

—No, —repuso Newton-Einstein—. El fluido es, en realidad, polvo de agujero negro estabilizado con monopolos. Es terriblemente magnético y las canalizaciones están construidas con superconductor de alta temperatura. Incluso en el caso de falta de potencia, los tubos retienen el polvo de agujero negro que contienen.

Aterrizaron fuera del edificio de control de la catapulta y entraron.

—¡Tenemos suerte! —dijo Fuerza-Coulomb cuando vio una luz que brillaba encima de un interruptor de potencia de gran tamaño que estaba en un rincón—. ¡Los conductos que vienen desde la central están intactos y tenemos potencia! Activemos la consola y veamos cómo está la catapulta.

Cerró el disyuntor de potencia y se encendieron las luces de la consola. Todo el panel quedó iluminado exclusivamente con luces de color rojo oscuro, a excepción de una luz azul parpadeante que indicaba fallo y estaba en una esquina.

Newton-Einstein se deslizó hasta la consola, y el movimiento ondulante de sus pedúnculos se detuvo completamente, cuando leyó la inscripción que estaba grabada sobre la luz azul intermitente.

Preocupada, Qui-Qui se deslizó a su lado.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—Hay una fuga; el polvo ultradenso ha desaparecido.

Dieron una vuelta alrededor de la parte exterior de la catapulta y encontraron la fuga. Había un pequeño agujero en forma de embudo en la corteza, cerca de la base de los cimientos, en el lugar donde el chorro de polvo de agujero negro había caído sobre Huevo, arrastrando la corteza con él hacia las profundidades.

—La catapulta debía estar funcionando cuando llegó el estrellamoto —dijo Newton-Einstein—. El polvo estaba dando vueltas en círculo a gran velocidad y todo él salió por el agujero. Si no hubiera estado en funcionamiento, sólo se habría perdido el contenido de una espira. En este caso hubiéramos podido taponar la fuga y la catapulta hubiera funcionado con lo que quedaba.

—Bien, hay otras tres catapultas en el polo Oeste —dijo Qui-Qui—. Vayamos a verlas.

—Confío en que las centrales de generación de potencia puedan funcionar —dijo Fuerza-Coulomb—. No creo que podamos pensar en que las canalizaciones de potencia estén enteras, puesto que las distancias son muy grandes.

No se molestaron en detenerse en la siguiente catapulta gravitatoria. Una enorme

grieta de la corteza había roto el gran anillo en dos mitades. Dos giros después Newton-Einstein informó a la Estación Espacial del polo Oeste:

—Ninguna de las catapultas de gravedad está en condiciones de funcionar en el polo Oeste. Tendremos que probar en el polo Este.

Fue Qui-Qui la que tuvo que informar desde el polo Este, porque Newton-Einstein y Fuerza-Coulomb estaban demasiado descorazonados:

—Tal como sospechábamos, las máquinas de aquí están más destrozadas. Ni una siquiera de las fuentes de potencia conservaba su presión. No nos queda otro recurso que aprender a fabricar el polvo de agujero negro estabilizado con monopolos, para poder recargar la catapulta gravitatoria del polo Oeste una vez hayamos reparado la fuga. Vamos a tardar unos cuantos gran, porque ustedes tendrán que dictarnos la manera de hacerlo, con todos los detalles; pero seguiremos trabajando en ello.

Los tres esperaron pacientemente la respuesta. Les llegó y era de Red-Risco, que había regresado a la Estación Espacial del polo Este:

—Temo que nos va a costar algo más de tres gran. Ya nadie utiliza el polvo de agujero negro estabilizado con monopolos. No se ha fabricado desde hace por lo menos dos docenas de generaciones. No disponemos de información al respecto, porque se trata de un material obsoleto. Como los registros de la biblioteca de aquí se han borrado, tendremos que obtener la máxima información posible de los humanos, y esto va a requerir algunos minutos, quizás hasta una hora. Y, desde luego, la información que obtengamos no será más que conocimientos de tipo general. Yo y los demás ingenieros tendremos que ampliarla, convertirla en instrucciones detalladas para construir las máquinas que producirán y estabilizarán el polvo de agujero negro, ensayarlo aquí en prototipos y luego dictaros la información. Todo esto representa un tiempo considerable.

Sin hacer caso de las miradas de desespero de Fuerza-Coulomb y de Newton-Einstein, Qui-Qui trató de obtener un sonido alegre en su arista cuando contestó:

—Lo mejor es que se pongan ustedes en contacto con los humanos. Siempre les cuesta una eternidad hacer cualquier cosa. Y puestos ya en ello, pídanles una cápsula de la historia, de lo que ellos llaman «Las Edades Oscuras». Si podemos saber cómo su gente instruida pudo mantener islotes de conocimiento, mientras estaba rodeada por la ignorancia y la barbarie, podré aprender cosas que me ayuden a bregar con la situación que tenemos aquí. Otra cosa ¿alguien de ustedes sabe trucos de magia?

Regresaron al laberinto de Paraíso de Brillante. Lentamente la información fue llegando gota a gota desde los cristales de HoloMem, de la consola de los humanos, a la Estación Espacial del polo Este, donde era estudiada, comprobada y retransmitida a la superficie de Huevo. Cuando Fuerza-Coulomb murió, había podido construir más aparatos de comunicación con el espacio libre. Jóvenes escribas, escogidos para tal

honor, a causa de su impecable escritura, copiaban la información procedente del espacio y los manuales y los libros de texto pasaban a otros que trataban de construir y manejar las máquinas descritas, con sus herramientas y recursos inadecuados. Había largos periodos en que no se les dictaba información, por lo que los rollos eran decorados por los escribas con elaboradas ilustraciones fluorescentes en los espacios libres que quedaban en los bordes, y dentro de los diagramas técnicos.

Qui-Qui pasaba mucho tiempo en el volador, recogiendo comida y reclutas. Era conocida por los clanes de los alrededores como el Esplendente Dios de la Juventud y el Conocimiento, la Madre de Huevo. Podía volar por el cielo y hablar con las estrellas. Siempre era hermosa y no moría nunca.

Qui-Qui llegaba a cada aglomeración de clan volando muy alto en el cielo en su volador, describiendo círculos hasta que todos los individuos de la tribu la habían visto. Después, pasaba rozando la superficie y detenía en alto el volador sobre el suelo, en las proximidades de un gran altar rectangular de piedra que el clan había levantado y que habían llenado con altos montones de ofrendas de comida. Mientras sus acólitos iban transfiriendo las ofrendas al volador que permanecía a un lado, el Dios de la Juventud y el Conocimiento se deslizaba fuera por el otro lado, a través de una plataforma casi invisible, de cristalium. Parecía que flotaba en el espacio y sobre ella centelleaban unas luces de colores brillantes que salían de unos compactos generadores de iones que había embolsado en su cara superior.

Qui-Qui pedía ver las crías y jovenzuelos. Luego, saliendo aparentemente de la nada, materializaba regalos para los más jóvenes. Eran juguetes educativos, golosinas especiales (llenas de trazas de elementos importantes) para comer, y rollos para los que debían aprender a leer. Muy poco antes de que los jovenzuelos se convirtieran en adultos, se les concedía un viaje en el volador hasta el Templo del Laberinto de Paraíso de Brillante, donde se les examinaba. Solamente unos pocos eran elegidos para quedarse. Los demás volvían a sus clanes, asombrados por lo que habían visto. Una vez cada tres docenas de gran, Qui-Qui se retiraba a una habitación especial en el sagrado centro del laberinto, durante medio gran y salía de allí con su juventud regenerada.

FECHA: 08:26:37 MG; MARTES, 21 DE JUNIO DE 2050

Las tres últimas lanchas de exploración regresaron juntas del espacio profundo, y Exploración Lejana se presentó ante el Consejo Espacial.

—Las hemos encontrado casi en el mismo centro. Un gran número de estrellas de neutrones, y hasta había algunas que tenían vida. Pero en ninguna han pasado del estado salvaje. La vida es demasiado fácil en una estrella de neutrones. Sin competición, no se necesita inteligencia. Supongo que debemos agradecer a los

humanos que despertaran nuestra curiosidad hace tanto tiempo.

—¿Cómo van las cosas en Huevo? —preguntó Rebana-Acero a Transferencia-Hohmann.

—De una manera terrible —contestó—. Ya ha pasado toda una hora de los humanos desde el estrellamoto y las cosas no hacen más que ir cada vez peor. Estoy cansada de todo esto. Estoy cansada de tomar decisiones. Estoy cansada de luchar para que nos mantengamos en marcha. Estoy cansada de vivir.

—Quizá te deberías rejuvenecer antes —sugirió el almirante Rebana-Acero.

—No. También estoy cansada de rejuvenecerme. Te regalo mi rejuvenecimiento. Renuncio. Sustitúyeme. Me voy a cuidar huevos.

Sacó las estrellas de doce puntas de su piel, se las dio a Rebana-Acero y se fue a la sala principal de reuniones que se había convertido en recinto de incubación y guardería.

FECHA: 09:31:11 MG; MARTES, 21 DE JUNIO DE 2050

Después de funcionar durante generaciones, el volador dejó de volar a pesar de los esfuerzos de los ingenieros, tanto los del espacio como los de la superficie, para mantenerlo en uso. Ahora los clanes debían llevar sus ofrendas al Templo del Laberinto. El número de clanes había aumentado, no obstante, y muchos residían cerca del Templo del Laberinto, donde intercambiaban frutos por máquinas que evitaran tener que trabajar. Los clanes más alejados se volvieron olvidadizos, se apartaron de la influencia del Dios de la Juventud y del Conocimiento, y volvieron al estado salvaje.

En ocasiones especiales, Qui-Qui todavía volaba por el cielo, pero lo hacía por levitación sobre el Templo del Laberinto, por campos expulsores de la gravedad que se producían en un pequeño prototipo de catapulta de gravedad que sus acólitos habían conseguido construir. Únicamente utilizaba fluido nucleónico denso, porque la fabricación del polvo de agujero negro estabilizado con monopolos se les resistía.

Los giros transcurrieron.

BARBARIE

FECHA: 10:10:11 MG; MARTES, 21 DE JUNIO DE 2050

Llegó procedente del norte, avasallando todo lo que encontraba a su paso. Se llamaba Ojos-Feroces, El Terrible. Iba montado a lomos de un Ligerito gigante. Era menudo, pero de cuerpo robusto, adornado con abundantes pecas, resultaba ser un contrincante imbatible para cualquiera de los guerreros de su ejército, porque temían más al feroz resplandor de sus doce ojos rosados que a su látigo-espada.

Cuando era un crío de dos gran de edad que apenas si empezaba a hablar, había sido abandonado, en la ladera norte del volcán Éxodo, por los mayores de su clan, que andaba corto de comida. Como no tenía la aguda visión de un solo ojo «normal», aquel individuo tan dotado de pecas era poco útil para trabajar en los campos. La hambrienta cría encontró el nido de una pareja de Ligeritos salvajes, antes de que los Ligeritos le encontraran a él. Cuando los Ligeritos regresaron, le encontraron descansando, saciado, entre los desmenuzados restos de uno de sus huevos. Fue cuidado por los Ligeritos como si se hubiera tratado de uno de ellos y, al poco tiempo, participaba ya en las expediciones contra las manadas de los clanes que tenían cerca.

Muchos giros después, cuando ya era un jovencito, atacó el territorio de su antiguo clan. Iba montado en uno de sus hermanos de nido, haciendo centellear el látigo-espada que había inventado. Un conjunto de agudas esquivas de cristal de dragón atadas a una larga cinta de fibras tejidas. Nada podía alcanzarle porque estaba en lo alto de su montura, por encima de unas voraces mandíbulas dotadas de cinco dientes. Era invencible. Destrozó al jefe de su clan, convirtiéndole en trizas a latigazos, lo cedió a su montura para que se lo comiera, y se apoderó del clan. Hasta aquel momento no tenía nombre. Adoptó el de Ojos-Feroces, a causa de los temerosos susurros que podía oír cuando atravesaba el territorio a lomos de su montura.

Tres docenas de giros después, Ojos-Feroces estaba saciado. Sus bolsas de comer estaban llenas de comida, su bulbo cerebral estaba harto de las historias que había ordenado a los viejos que le relataran, y su ego estaba colmado por los cumplidos de los aduladores y serviles cheela que se disputaban las migajas de comida que él dejaba. Pero su deseo de poder no se saciaba, porque nunca podría perdonar a los que le habían abandonado a causa de sus excesivas pecas.

Ojos-Feroces seleccionó a tres de los cheela del clan, los pecosos que tenían un número mayor de ojos rosados, y les enseñó a montar en los Ligeritos. A los pecosos esto les resultó fácil porque, con sus ojos rosados, podían percibir unos sutiles cambios de coloración de la piel y de los ojos de los ligeritos que les permitían saber el humor de los peligrosos animales. Ojos-Feroces dejó a uno de sus nuevos guerreros

al frente del clan y, con el resto de los suyos, se fue a conquistar el clan vecino.

La táctica de conquista de El Terrible era muy simple. Su ejército sitiaba el emplazamiento de un clan y luego él, con un pequeño grupo de guardias de escolta, llegaba montado hasta su interior. Personalmente, desafiaba al jefe del clan. Si éste era lo bastante loco como para aceptar el duelo, no tardaba en convertirse en carne para alimentar al Ligerero de Ojos-Feroces. Su ejército permanecía allí el tiempo suficiente para alimentarse, ellos y sus monturas, desarmar y subyugar al clan, y escoger y entrenar a algunos reclutas. Después se iban, aunque dejaban a uno o dos de los suyos para mantener el clan bajo su control. En algunos de los primeros clanes les habían opuesto resistencia, pero a todos sus oponentes que hubieran quedado con vida al terminar la batalla les arrancaban todos los ojos menos uno, y les dejaban en libertad para que llevaran un aviso al clan vecino.

El Terrible, que ahora estaba a la cabeza de un pequeño ejército errante, tenía seis capitanes y cada uno de éstos iba al frente de una docena escogida de soldados montados. Estaban apoyados por un ejército mucho mayor que recogía alimentos y suministros de los clanes subyugados y los transportaban, por medio de largas filas de portadores, desde los polos Oeste, Norte y Este hasta cualquier parte donde estuviera el ejército. En aquellos momentos, las líneas convergían hacia la parte norte de los alrededores de Paraíso de Brillante.

—Vamos a caer sobre Paraíso de Brillante. ¡Oh, El Terrible! —dijo Lanza-Caída—. Allí está Qui-Qui, el Dios de la Juventud y del Conocimiento. Vive en el Templo del Laberinto, protegida por su magia. Se dice que nadie más que ella ha podido llegar hasta el centro del Laberinto.

—Ella no es más dios que yo mismo —dijo Ojos-Feroces.

—Pero cuentan que ella puede hablar con las estrellas y volar por el cielo. También dicen que se mantiene siempre hermosa y que no puede morir.

—No puede hacer nada que no pudieran hacer los antiguos que vivieron antes del gran cortezamoto —dijo Ojos-Feroces—. Sea o no sea dios, apuesto a que sus jugos se derraman cuando le arrojes una de tus lanzas.

Su Ligerero bramó e intentó morder al que montaba Lanza-Caída. Ambos tuvieron que golpear a sus monturas en sus sensibles ojos para aquietarlos.

—Los Ligeros ya tienen hambre —dijo Lanza-Caída.

—Pararemos allí y mataremos un Desliza-Lento para que coman.

Ojos-Feroces se deslizó hasta el suelo por la cola de su montura. Su arista golpeó la corteza gritando una orden:

—¿Dónde está el esclavo que lleva el vino? ¡Tengo sed!

—El Terrible ha llegado hasta el norte de la ciudad —informó el mensajero—. Se han detenido para comer y alimentar a sus monturas.

—El Terrible —susurró Qui-Qui que, de repente, se sintió muy cansada.

El robot había estado insistiendo para que se sometiera a otra operación de rejuvenecimiento, pero lo había pospuesto cuando llegaron las noticias de que El Terrible se aproximaba.

—Parece como si la historia de Huevo estuviera siguiendo la historia de la Tierra. Hasta tenemos nuestro Atila. Sólo que en vez de tener al huno Atila, el azote de Dios, tenemos al pecoso Atila, el azote de Brillante.

—Será mejor que nos marchemos —dijo Resorte-Lineal que era uno de los ingenieros mecánicos—. El Terrible es irresistible.

—No, —dijo Qui-Qui—. Si es verdad que es como el huno Atila de la Tierra, no se parará hasta que haya conquistado la totalidad de Huevo o haya muerto. Si huimos, nos perseguirá. Debemos quedarnos y luchar.

—Pero tiene seis docenas de guerreros montados que van con él, y docenas y docenas más que están en reserva.

—Debemos quedarnos y luchar —Qui-Qui tomó un machete y una lanza—. No podemos dejarle ganar, porque, si lo hiciera, el oscurantismo caería probablemente sobre Huevo, como en cierto tiempo cayó sobre la Tierra.

Ojos-Feroces no encontró oposición y pudo desplazarse por la desierta ciudad de Paraíso de Brillante. Hizo alto cuando su ejército llegó frente al Templo del Laberinto. Acompañado por Lanza-Caída, dio una vuelta completa alrededor del perímetro de la pared exterior. Las escasas ventanas que existían en la alta pared tenían barrotes y sus paneles deslizantes estaban completamente cerrados. Cada pocos milímetros había mirillas. Algunas estaban a nivel de la corteza y otras a nivel de los ojos. A través de algunas de ellas pudieron atisbar algún globo ocular que les estaba mirando. A lo largo de la parte superior de la pared se extendía una espiral metálica; de vez en cuando aparecían unos destellos de luz entre las espiras.

—Eso deben ser las «barreras magnéticas» de las que nos han hablado nuestros recientes esclavos —dijo Lanza-Caída.

—Es muy raro que pueda quemar una cosa que no está caliente ni reluce.

Ojos-Feroces, de repente, fustigó a su Ligero y se dirigió en línea recta hacia la pared, entre dos mirillas, alcanzó con uno de sus pseudópodos la parte alta de la pared, y retrocedió.

—Quema —dijo, chupando el extremo de su pseudópodo—. No podemos pasar por encima.

Sólo había una entrada al Templo del Laberinto. Era muy amplia, y como carecía de puerta y de rejas resultaba amenazante. En la misma entrada había cuatro corredores estrechos que enseguida empezaban a girar a medida que se iban bifurcando para tomar el laberinto. Los corredores eran demasiado estrechos, para

que por ellos pudiera pasar un Ligerero.

Ojos-Feroce reunió a sus guerreros.

—Lanza-Caída, tú y tus guerreros desmontad y preparaos para entrar. Tres en cada corredor. Id armados con espadas cortas y machetes para el combate cuerpo a cuerpo. Los demás deben acercarse con sus Ligeros hasta la pared, a ambos lados de la entrada y taponar las mirillas con picas y lanzas. Si no pueden vernos, no podrán luchar.

La vanguardia escogida de la Horda Pecosa se dispuso en línea, procurando que cada uno tuviera permanentemente un ojo «normal» (de visión aguda) vigilando a su comandante. Éste sacó de su bolsa un par de espadas de manipulador y las hizo ondear de una manera estudiada.

—¡Al ataque! —gritó.

Empezó la carga. Los que iban montados adelantaron rápidamente a Lanza-Caída y a su docena de guerreros que se movían por medio de sus aristas. Cuando los Ligeros cruzaron el desnudo terreno empezaron a bramar y a desviarse hacia un lado u otro, a pesar de los esfuerzos de sus jinetes para mantenerlos bajo control. Desde una de las mirillas un ojo vigilaba.

—Las barreras escondidas en la corteza les están obligando a dirigirse hacia los campos de tiro —informó Weber-Gauss al centro de control—. ¡Soltad los asustadores grandes!

Súbitamente, Ojos-Feroce oyó unos gritos y alaridos que surgían a lo largo de la pared exterior del Laberinto. A través de los agujeros que estaban a nivel de la corteza, salía una corriente de objetos que giraban y chillaban, bailando por encima de la corteza. Eran de cabeza ancha y se iban estrechando hasta una aguda punta en su base. Mediante algún procedimiento mágico eran capaces de sostenerse en equilibrio sobre la punta, en vez de caer sobre la corteza, como era de esperar.

Del cuerpo giratorio de los asustadores salían unos cuchillos cortantes que daban unos profundos tajos, tanto a los Ligeros, como a los guerreros. Asustados por los agudos chillidos, los Ligeros se desbocaron y los guerreros huyeron.

Uno de los asustadores chillones se dirigió directamente a Ojos-Feroce. Este, observó su aproximación y le dio un golpe con la punta de su espada-látigo. El asustador alteró su trayectoria y se desvió trazando una curva alrededor de la nerviosa montura. Ojos-Feroce cabalgó para interceptar a la asustada Lanza-Caída.

—¡Te dije que atacarás! ¡Mírame!

Lanza-Caída se detuvo al momento y todos sus ojos se elevaron sobre sus pedúnculos rígidos. Ojos-Feroce se acercó cabalgando hasta el globo ocular más próximo y formó un manipulador-pinza que utilizó para aplastarlo lentamente.

—¡Al ataque! —dijo.

Lanza-Caída reunió a sus guerreros y volvió a conducirles hacia la entrada del

mortal Templo del Laberinto. Los Ligeros rehusaron acercarse a la pared, y todos los guerreros se vieron obligados a desmontar y a recorrer con su arista el camino, a campo abierto.

Empezaron a salir de la pared más asustadores giratorios, pero ya no existía el efecto sorpresa. Los guerreros pecosos prosiguieron su avance intentando derribar a los asustadores con golpes de sus lanzas y espadas, pero el peculiar movimiento aleatorio de que estaban dotados y su rígida resistencia a ser tumbados ocasionaron muchas bajas. Sólo quedaron los guerreros que habían conseguido llegar lo bastante cerca de la pared para que los asustadores fueran lanzados detrás de ellos.

—Los asustadores grandes han conseguido acorralarles en el campo de tiro de los obuses —comunicó Weber-Gauss a su centro de control—. Empezad la barrera progresiva en las zonas que van del uno al ocho.

Una serie de explosiones, que procedían del interior del Templo del Laberinto, provocaron la incertidumbre en los atacantes, que miraron a su alrededor para ver cuál era el peligro que les acechaba. No vieron nada y después murieron al ser golpeados por unos enormes pesos que caían del cielo y los rajaban desde el dorso a la arista. El movimiento de las espadas de manipulador que blandía Ojos-Feroces estaba marcando todavía el ritmo de «ataque» y por este motivo los guerreros seguían atacando.

—Ya están al alcance de los lanzallamas —informó Weber-Gauss.

Unas llamaradas al rojo violeta salieron de los agujeros que estaban a nivel de los ojos y barrieron hacia atrás y hacia adelante, dejando unos charcos de líquido llameante y unos guerreros que chillaban a causa de las graves quemaduras. Uno de los guerreros consiguió llegar a la pared, entre dos de los agujeros y pudo tapar con su escudo uno de ellos, durante el intervalo entre las sucesivas proyecciones de fuego. El chorro del lanzallamas rebotó hacia dentro y se produjo una explosión detrás de la pared que hizo volar por los aires llamas y trozos de cuerpos. El pecoso se colocó delante de la mirilla y con el extremo de su pica en el agujero, daba continuos golpes para evitar que lo volvieran a utilizar. Todos los lanzallamas, uno tras otro, se redujeron al silencio cuando, mirilla tras mirilla quedaba bloqueada por alguna piedra de la corteza o por alguna pica que vigilaba un chamuscado, maltrecho y enfadado guerrero pecoso.

Tan sólo seis de los guerreros de Lanza-Caída consiguieron llegar a la entrada. Destacó a dos de ellos en cada uno de los tres corredores y ella entró sola en el cuarto.

—Los sensores manométricos indican siete objetivos —dijo Mega-Bar que vigilaba los indicadores del mapa del laberinto, colocado en la pared oeste de la sala de control—. Hay dos en cada uno de los corredores sin salida y otro en el camino principal del laberinto.

—Dejadles que pasen sobre las primeras trampas y luego reactivad las que queden detrás de ellos —dijo Gas-Neutrónico—. De esta manera les tendremos tanto a la ida como a la vuelta.

Lanza-Caída se deslizaba lentamente a lo largo del estrecho corredor. Introducía un cuchillo en todos los agujeros, antes de pasar delante de ellos y vigilaba atentamente por si había trampas. Con la punta de su espada corta, tanteaba enérgicamente la corteza que tenía delante, antes de pisarla con su arista. Cuando alcanzó la sección a rayas del corredor, extremó sus precauciones. Pinchaba el suelo y las paredes con su espada y empujaba por delante de ella su escudo cargado con la parte frontal de su arista, para dar peso. Como no sucedió nada, pasó por encima.

Desde lejos le alcanzó el ruido de un estallido y de un grito. Al parecer era Cicatriz-Fea. Casi inmediatamente después se produjo una fuerte explosión y se oyó otro grito de dolor. Alcanzó otra de las zonas a rayas y empezó a cruzarla precavidamente, utilizando como antes el escudo para protegerse. Hubo un fuerte estruendo y un escudo abollado salió despedido de debajo de su conmocionada arista. El escudo fue a dar en la parte alta de la pared, se quedó encima de la barrera magnética hasta que empezó a ponerse incandescente y a producir ruidos, luego volvió a caer sobre el corredor, casi encima de ella.

Ojos-Feroces esperó y esperó a que Lanza-Caída y sus guerreros salieran. Por fin lo hicieron, pero sus cuerpos eran empujados uno a uno hasta la entrada por una pequeña máquina que se ajustaba limpiamente a las paredes de los estrechos corredores. Habían sido quemados por una extraña llama que había cauterizado los agujeros que atravesaban sus cuerpos, y tres de los guerreros tenían heridas punzantes mortales que se extendían desde la arista a la parte superior.

Lanza-Caída fue empujada en último lugar. Ojos-Feroces envió a los carniceros para que se hicieran cargo del cuerpo, pero éstos la llevaron hasta él porque todavía vivía, a pesar de los enormes agujeros supurantes que tenía. Dos terceras partes de su cuerpo estaban paralizadas a causa de las lesiones en su bulbo cerebral, pero todavía era capaz de hablar con el resto de su arista.

—Tienen trampas que conectan y desconectan cuando quieren. Al entrar atravesé una de ellas, pero me cazó cuando regresaba. Me hice la muerta. Me acuchillaron sólo unas pocas veces, desde uno de los agujeros, pero me dejaron. Son unos flojos, que no están acostumbrados a matar. Yo me habría asegurado con una cuchillada al bulbo cerebral.

Levantó su deteriorado escudo y explicó:

—Mi escudo golpeó la «barrera magnética» pero no se quemó. Tal vez con muchos escudos, o con uno mucho mayor, se podría evitar que la barrera nos quemara.

Ojos-Feroces probó el escudo de ella sobre las barreras magnéticas que estaban en las zonas despejadas del exterior de la pared. Descubrió que podía atravesarla, con tal de estrechar su cuerpo para que no dejara de estar encima del escudo. Con otros escudos, sin embargo, la cosa no funcionaba. Interrogaron a algunos de los esclavos nuevos de los clanes locales y descubrieron que lo que se necesitaba era un metal especial al que llamaban «superconductor». Mandaron esclavos a Paraíso de Brillante con la orden de que recuperaran hojas de este material con el que fabricar escudos.

Había llegado la ocasión del festín de giro, y era ya tiempo de alimentar a los guerreros y a sus monturas. Había una gran abundancia de carne para los guerreros, porque los carniceros habían estado muy ocupados después de la batalla. Pero los Ligeros no probaron la carne de cheela, desde luego. Era demasiado exquisita para dársela a ellos, y además, no convenía que supieran que sus jinetes eran tan sabrosos. Los Ligeros comieron carne de Desliza-Lentos procedente del rebaño que viajaba con el ejército.

Ojos-Feroces estaba contrariado por lo que decidió matar por sí mismo al Desliza-Lento, en vez de dejar que los carniceros se ocuparan de la tarea. Uno de los carniceros levantó la arista directora del animal hasta la parte dorsal y condujo el Desliza-Lento directamente hacia su jefe.

Ojos-Feroces tenía la pica alzada y espero a que el Desliza-Lento se desplazara pesadamente hacia él. Era muy grande, su altura era el doble de la de las paredes que rodeaban el Templo del Laberinto. Observó atentamente las placas cuadradas de la armadura ósea, que eran mayores que un escudo y que se extendían por la parte superior y los lados del animal. Localizó un punto débil entre las placas móviles y se abalanzó hacia adelante para clavar su pica en la juntura, e inmediatamente retrocedió para salir de debajo del Desliza-Lento que se empaló a sí mismo en la pica y fluyó.

Ojos-Feroces dejó que los carniceros hicieran su trabajo. Mientras se alejaba, sus pedúnculos de los ojos se movían lentamente porque estaba sumido en profundos pensamientos. En lugar de reunirse con sus guerreros y comerse a sus camaradas, se limitó a coger un pedúnculo asado del cadáver de Lanza-Caída y chupó el ojo, mientras se dirigía a la zona donde los esclavos trabajaban para fabricar los escudos superconductores. Se detuvo y miró con desagrado el pedúnculo. Lamentablemente había cogido el pedúnculo cuyo globo ocular había sido aplastado, por lo que al chuparlo no había conseguido que soltara jugo en su bolsa de comer.

Estaba de mal humor cuando llegó a los recintos de los esclavos. Hizo que el esclavo que estaba a cargo de la armería abandonara su precaria comida del giro.

—¿Ves aquel Desliza-Lento muy grande que está allí? —preguntó al esclavo mientras sus pedúnculos se dirigían hacia el rebaño que estaba pastando cerca de allí —. La hembra corpulenta.

—Sí, ¡Oh, El Terrible! —contestó el esclavo.

—En vez de fabricar escudos con el metal «superconductor», quiero que hagas unas cubiertas metálicas para las placas de aquel Desliza-Lento.

—No me pidas que haga esto, El Terrible —suplicó el esclavo—. Un Desliza-Lento es peligroso cuando se enfada, y estoy seguro de que se enfadará si intentamos clavar placas encima de él.

—Te concedo tres giros —dijo Ojos-Feroces—. Después será un ojo por cada giro que te retrases.

Tiró a la corteza el pedúnculo que le había disgustado y regresó al festín en busca de otro. El esclavo recogió la comida desechada pero, por alguna razón, aquel pedúnculo no le supo tan bien como había supuesto.

—Han transcurrido cinco giros y todavía no ha hecho nada —dijo Qui-Qui—. Los guerreros van dando vueltas alrededor del Templo, fuera del alcance de los asustadores grandes, impidiendo que alguien pueda entrar o salir, pero no atacan. Deben estar planeando algo, pero ¿qué? Levítadme con la máquina de gravedad; tal vez pueda ver algo.

—Tendremos que desconectar la potencia de las defensas para poder activar la máquina —dijo Weber-Gauss—. Pero si no se trata de mucho tiempo creo que seguiremos a salvo.

Un docigiro después, los guerreros pecosos que rodeaban el Templo del Laberinto se pusieron en alerta cuando se empezó a transmitir un profundo zumbido por la corteza. El zumbido se transformó en un silbido y desde el centro del Templo ascendió el Dios de la Juventud y de la Sabiduría. Se elevó unos diez centímetros y se detuvo. Procedente de las afueras de Paraíso de Brillante se acercaba lo que parecía un robot gigantesco. No. Era un Desliza-Lento recubierto de metal. Encima de él se sostenía una pequeña figura pecosa.

Detrás del Desliza-Lento acorazado seguía la Horda Pecos, recuperada de sus heridas y con todo su poderío recuperado. Qui-Qui notó que sus ánimos se hundían junto con su cuerpo, cuando la máquina de gravedad volvió a depositarla en el suelo.

Ojos-Feroces no malgastó el tiempo en preliminares. Si el Desliza-Lento no conquistaba el Templo del Laberinto para él, habría fracasado. Montado en su parte más alta, se echó hacia atrás cuando las placas recubiertas de metal se desplazaron hacia adelante, debajo de él. Sus dos guardias personales procuraban que el Desliza-Lento siguiera avanzando en la dirección correcta, pinchándole de vez en cuando entre las placas armadas. Pasaron fácilmente por encima de las barreras magnéticas exteriores, aunque la corteza despedía rayos eléctricos a medida que los bobinados se iban destruyendo, a causa de la gran presión magnética que se acumulaba.

Esperó a que sus guerreros silenciaran los lanzallamas que estaban en un tramo de la pared, y luego hizo que su gigantesca montura acorazada se lanzara hacia adelante.

Las placas de metal superconductor, reforzadas por el gran peso del Desliza-Lento, hicieron presión contra la superpotente barrera magnética situada en lo alto de la pared exterior. Las bobinas de hilo zumbaron mientras la barrera pudo resistir la presión, pero luego la atmósfera se cargó de energía, lanzando chispas cuando las bobinas se colapsaron.

Espoleado por los pinchazos de los pequeños seres que iban montados en su parte superior, el Desliza-Lento acorazado empujó la pared exterior y la hizo caer sobre la siguiente pared del laberinto. El Desliza-Lento siguió adelante y penetró en un recinto secreto, al que hasta entonces sólo se podía llegar por un túnel subterráneo. Era uno de los centros de control de las defensas exteriores del Laberinto. Las lanzas de los guardias personales que iban a los lados de Ojos-Feroces dejaron a los acólitos clavados en la corteza.

El Desliza-Lento pasó por encima de los cuerpos y derribó otra pared, dirigiéndose hacia el centro del Templo del Laberinto. Una de las componentes de la guardia personal recibió el golpe de un peso que le cayó encima, después de haber sido alcanzada desde arriba, por un obús situado en el corredor por donde acababa de pasar. El resistente hilo sujeto al peso, la hizo saltar al lomo del Desliza-Lento. Cayó sobre la corteza y ardió.

Ojos-Feroces pinchó al Desliza-Lento para que empujara con más fuerza y abriera brecha en la pared siguiente. Ya habían alcanzado un gran cuarto interior, donde estaba un gran número de acólitos. Podía oír que sus aristas hablaban rápidamente, pero al parecer no hablaban uno con otro. Una imagen destellante de un cheela que estaba hinchado de un modo extraño, flotaba en el centro de una ventana mágica que estaba incrustada en el suelo.

—Atila ha logrado conducir un Desliza-Lento a través de las paredes. Ha penetrado profundamente en el Laberinto —el locutor miró hacia la pared que se venía abajo—. ¡Atila ya está aquí! ¡Estamos perdidos!

Empezó a correr, pero fue atrapado y destrozado junto a los demás, cuando intentaban escapar por una de las salidas del cuarto de comunicaciones.

Después de franquear otras tres paredes, el Desliza-Lento alcanzó el centro del complejo. Ojos-Feroces hizo detener su montura y miró a su alrededor. En el centro de la habitación había un revoltijo de cajas conectadas a unos pesados tubos. Pegada a una de las paredes estaba la hembra cheela más hermosa que jamás Ojos-Feroces había podido ver. Sostenía una pica y algo que parecía un machete, pero resultaba difícil para sus ojos distinguir algo tan pequeño.

—Tú debes ser Qui-Qui —dijo Ojos-Feroces—. La cheela que nunca muere.

Insertó una lanza en una bolsa especialmente preparada para lanzar armas arrojadas y rugió:

—Veamos si tu magia puede protegerte de una lanza.

El arma arrojadiza surcó el aire y fue a enterrarse profundamente en la corteza que estaba inmediatamente delante de Qui-Qui. Empezaba a cargar, cuando ella se precipitó hacia adelante para herirle con su pica. Ojos-Feroces empujó hacia un lado a su guardia personal, hizo girar hacia adelante su látigo-espada y cortó el extremo de la pica. En el golpe de retorno dio un profundo corte en la parte superior de Qui-Qui, que no lo notó.

Al quedarse sin su pica, Qui-Qui se refugió entre el amasijo de tubos y válvulas que constituían el sistema central de distribución de potencia de todo el complejo del Laberinto. El generador propiamente dicho estaba escondido en el antiguo laboratorio subterráneo de Cero-Gauss.

Intentó que Atila descendiera de su prácticamente invisible emplazamiento.

—Y tú debes ser Pecoso-Atila —dijo ella—. Me han dicho que te llaman «Ojos-Feroces», pero «Ojos-Débiles» sería un nombre más apropiado después de fallar unos blancos tan grandes como éstos —le guiñaba sus párpados inferiores—. Ven a cogerme, niño pecoso.

El insulto de ser llamado «niño» casi hizo perder el control a Ojos-Feroces, pero se contuvo y se calmó. A golpes del látigo-espada, que hacía restallar delante de él, hizo avanzar al Desliza-Lento por entre los tubos y cajas. Qui-Qui trepaba para apartarse. El Desliza-Lento se puso encima de una de las cajas. La válvula principal que había dentro se rompió y unas gigantescas oleadas de potencia atravesaron y quemaron el enorme cuerpo. El Desliza-Lento murió y se derrumbó, rompiendo otras conexiones de potencia. Las defensas automáticas del Templo del Laberinto quedaron colapsadas y la Horda Pecosa se precipitó a su interior. Qui-Qui quedó aplastada contra la pared por el cuerpo expandido del Desliza-Lento.

Ojos-Feroces descendió del Desliza-Lento moribundo y se acercó a Qui-Qui. De repente, una parte de la pared se deslizó hacia un lado y apareció un objeto metálico de forma abovedada. Se adelantó, habló y parecía que estaba vivo.

—¿Está usted preparado para someterse a su rejuvenecimiento? —preguntó el robot.

—¡No! —exclamó Qui-Qui, aunque su arista quedaba acallada por el cuerpo del Desliza-Lento que la estaba aplastando—. ¡No hables con él! ¡Puesta a cero! ¡Alto! ¡Desactiva tus circuitos!

—No puedo cumplir estas órdenes —contestó el robot—. Debo mantener en funcionamiento la máquina de rejuvenecer.

Qui-Qui no contestó. El robot se acercó a ella y examinó su cuerpo con sus sensores.

—Está muerta. Ha esperado demasiado antes de rejuvenecerse.

El robot se volvió hacia Ojos-Feroces, dio una vuelta a su alrededor con los sensores en funcionamiento.

—Usted tiene un tono muscular excelente, a punto para un rejuvenecimiento inmediato —dijo el robot—. ¿Le gustaría tener un cuerpo joven?

—¡Sí! —sus ojos no se apartaban de la mágica caja abombada de metal que se movía y hablaba.

—En primer lugar, hemos de preparar la ficha para el Comité de Rejuvenecimiento de los Clanes Aliados —el robot sacó un rollo de un compartimiento—. ¿Nombre?

Ojos-Feroces meditó durante unos momentos. Un cuerpo nuevo requería un nombre nuevo. Un nombre distinto a todos los demás.

—Atila —contestó con orgullo.

FECHA: 10:13:14 MG; MARTES, 21 DE JUNIO DE 2050

El Consejo del Espacio se reunió en un edificio sobre el que estaba suspendido el brillante globo de Huevo. El resplandor de Huevo ya no tenía el menor calor.

—Hemos perdido una buena amiga, que además era un gran profesor e ingeniero —dijo Red-Risco.

—Y que era nuestro único contacto con la superficie —añadió el almirante Rebana-Acero—. Al parecer estaremos clavados aquí hasta que Atila pierda el control. Quisiera que hubiera algún modo de matarle, por ejemplo, dejando caer algo sobre él.

—Nos resultaría bastante fácil deorbitar un proyectil —dijo Red-Risco—. Pero cuando el proyectil fuera ganando velocidad, el campo magnético de Huevo lo destrozaría, lo convertiría en una nube de plasma que se dispararía antes de llegar a la superficie. Para ocasionar daños tendríamos que deorbitar una masa muy grande. No disponemos de una masa así, ni de la energía necesaria para deorbitarla. Además podríamos matar a clanes enteros de esclavos inocentes, sólo para intentar matar a un solo individuo.

—Pues va a tener que transcurrir mucho tiempo antes de que la civilización vuelva a reconstruirse y puedan hacernos descender —dijo Rebana-Acero, resignado.

—Lo que hemos de hacer es descubrir la manera de bajar hasta la superficie sin ayuda —dijo Red-Risco.

—Esto será algo muy difícil —dijo Rebana-Acero—. Ninguna de las naves espaciales ha sido proyectada para aterrizar en la superficie. ¿Hay alguna manera de añadirle alguna clase de freno atmosférico o magnético?

—Huevo no dispone de atmósfera que pueda ayudar mucho —contestó Red-Risco—. Yo podría proyectar un freno de campo magnético si dispusiera de metal con la adecuada conductividad. Pero, al contrario que el frenado atmosférico, la energía cinética se convertiría en calor en el interior del freno metálico. A niveles

altos de frenado, el freno llegaría a fundirse. A niveles bajos nos encontraríamos con el problema de tener que suministrar gravedad a la tripulación. Además un freno magnético tiene menor eficiencia a medida que disminuye la velocidad. El frenado podría disminuir la energía del vehículo, pero todavía iría demasiado aprisa para poder aterrizar.

—¿Y no habría modo de añadirle alguna clase de propulsión para las fases finales? —preguntó Rebaña-Acero.

—Los impulsores inerciales de las naves de exploración son eficientes desde el punto de vista energético, pero su relación entre potencia y velocidad es demasiado pequeña y no puede utilizarse para la toma de tierra —contestó Red-Risco—. Es concebible que una de las naves de salto se modificase para usar los anticuados cohetes de antimateria, en la fase de aterrizaje. Pero incluso en el caso de que pudiéramos obtener las toneladas de antimateria necesarias para calentar el propulsor, no disponemos de los centenares de toneladas de propulsor que se necesitarían para dejar en el suelo una nave de salto con sus pesados generadores de gravedad. Estamos limitados por las disponibilidades de masa.

—Pues debemos encontrar alguna masa en alguna parte. ¿Serviría si sacrificáramos una de nuestras estaciones espaciales?

—Estoy pensando en otra cosa. Podríamos usar una de las masas de compensación que rodean la nave espacial de los humanos. Podrían arreglárselas con sólo cinco. Mi idea es utilizar una de estas masas como «primera etapa» para nuestro aterrizador. Se podría almacenar en la masa la energía que necesitamos y así no habría que acarrearla en el aterrizador y después transmitir esta energía al aterrizador por medio de algún sistema de lanzamiento.

—¿Estás pensando en un sistema de lanzamiento parecido al bucle de salto? —preguntó Rebaña-Acero.

—Son demasiado alargados para que quepan en la masa de compensación —dijo Red-Risco—. Yo pensaba en una catapulta gravitatoria grande que estuviera montada en la masa. De algún modo podríamos poner la masa en una órbita elíptica alrededor de Huevo que la acercara casi hasta la superficie. En el punto exacto de la periapsis, la catapulta gravitatoria lanzaría el vehículo de aterrizaje, en la dirección opuesta a la trayectoria orbital dejándolo quieto, estacionario, unos pocos metros por encima de la superficie.

—¡Y desde allí sería un aterrizaje fácil! —dijo Rebaña-Acero—. Podríamos desembarcar un equipo de ingenieros para que construyeran nuestra propia catapulta, para que el resto de nosotros pudiésemos bajar.

—Tengo la esperanza de poder matar dos pájaros de un tiro —dijo Red-Risco—. Estoy convencido de que podremos lograr que nuestro aterrizador sea la catapulta gravitatoria. Ahorraremos mucho tiempo.

—¡No puedes hacer volar una catapulta gravitatoria! Una catapulta gravitatoria sólo genera fuerzas cuando aumentan las corrientes de masa ultradensa. ¿Cómo vas a poder hacer funcionar las bombas? ¿Con un cable muy largo de alimentación de potencia?

—También se obtienen fuerzas gravitatorias cuando la corriente de masa disminuye —dijo Red-Risco—. Pero no deberías pensar en los cambios en las corrientes de masa. En realidad, lo que crea el campo gravitatorio es el incremento o la disminución del campo gravitomagnético que está dentro del toro. Creo que podemos lograr una catapulta gravitatoria que no necesite una alimentación exterior para que funcione. Pueden conseguirse cambios en el campo, sin alterar la velocidad de las corrientes de masa, sólo hay que cambiar su dirección. La verdad es que éste podría ser un buen proyecto para mi nuevo seminario de ingeniería gravitatoria. Y salió para ir a reunirse con su clase.

FECHA: 10:13:26 MG; MARTES, 21 DE JUNIO DE 2050

—Ya ha llegado el tiempo para los informes de los equipos de la clase —dijo Red-Risco—. ¿Cómo se está desarrollando el proyecto del aterrizador? ¿Quién es el jefe de equipo del aterrizador?

Uno de los alumnos, que estaba en la última fila, contestó:

—Se ha terminado el proyecto básico. Pondremos dos largos tubos multicanal delgados, que se enrollarán alrededor del toro en múltiples capas para lograr que el campo interior sea más uniforme. El aterrizador partirá con un tubo vacío y el otro lleno por completo de polvo de agujero negro que se desplace a gran velocidad. Esto provocará la creación de un campo gravitomagnético de máxima potencia en el sentido contrario al de las agujas del reloj. Cuando queramos utilizar la fuerza de repulsión gravitatoria, pondremos en funcionamiento una válvula de desvío para mandar parte de la masa en circulación del primer tubo al segundo, pero haciéndolo ir en sentido contrario. La corriente inversa anulará parte del campo gravitomagnético del interior, lo que equivale a disminuir su intensidad. El campo gravitomagnético decreciente generará un campo gravitatorio repulsor que mantendrá el aterrizador en levitación sobre Huevo.

—¿Cuánto tiempo va a estar inmóvil? —preguntó Red-Risco.

—Sólo tres mizgiros, por ahora —contestó el jefe del equipo aterrizador—. Puesto que ya disponemos del esquema básico, vamos a intentar disminuir el peso. Nuestra meta está en conseguir un tiempo de levitación de seis mizgiros, lo que nos llevaría a un tiempo aproximado de aterrizaje de un grugiro.

—Seguid trabajando —dijo Red-Risco—. ¿Equipo del lanzador?

—Nos ha correspondido el trabajo más fácil —informó otro de los estudiantes—.

El lanzador es básicamente como una de las catapultas gravitatorias de Huevo, sólo que mayor. En lo que realmente nos hemos esforzado ha sido en conseguir que el campo gravitatorio de repulsión sea lo más uniforme posible en el centro para rebajar al mínimo los esfuerzos sobre el aterrizador durante el lanzamiento. Su tamaño resultó ser terriblemente grande: unos veinte centímetros. No creo que seamos capaces de meterlo en una de las masas de compensación de los humanos. Vamos a necesitar la masa grande del deorbitador. Creo que los humanos la llaman «Otis» en honor del humano que construyó la primera fuente espacial.

—No era una fuente espacial, era un ascensor —aclaró Red-Risco.

—¿Qué es un ascensor? —preguntó un estudiante.

—No te preocupes. ¿Equipo de la base de lanzamiento?

—A medida que el lanzador se hace mayor, la base se va haciendo menor —dijo un tercer estudiante—. Hemos formado un grupo conjunto de estudio con una clase de astrofísica que imparte Casta-Plasma, doctor en Astrofísica. Estamos aprendiendo las realidades de la física de las partículas y del plasma, al tiempo que ellos aprenden lo divertido que es ser un ingeniero gravitatorio. Nuestro equipo se llama ahora «los Revienta Planetas». Salimos en una nave de exploración para echar un vistazo a Otis. Su superficie está demasiado metida dentro de la pelusa. Vamos a tener que utilizar monopolos para que se contraiga y se haga más densa. Por suerte, los humanos mantienen en funcionamiento su fábrica de monopolos y tienen muchos almacenados.

—Todos estáis haciendo un trabajo excelente —dijo Red-Risco—. Disponéis de 24 giros más para acabar vuestros informes de equipo, y luego creo que será preferible que Casta-Plasma y yo hablemos con los humanos antes de seguir adelante.

FECHA: 10:13:32 MG; MARTES, 21 DE JUNIO DE 2050

—Pierre, tenemos una llamada desde la Estación Espacial del polo Este —dijo Jean—. Es Red-Risco y un astrofísico que se llama Casta-Plasma. Nos están pasando una información detallada por un canal de datos, pero además quieren hablar contigo.

Pierre abandonó las comprobaciones del ordenador de la nave y conectó su pantalla al canal de comunicaciones. En ella aparecieron dos cheela. Red-Risco era el de menor tamaño, aunque era grande para ser un macho. La otra llevaba insignias en su piel con una estrella en explosión en su centro. Pierre ya había mejorado en identificar los sexos, aunque Casta-Plasma se lo había puesto fácil, al mostrar sus grandes párpados inferiores.

—Hemos descubierto la manera de poder regresar a Huevo —empezó Red-Risco ahorrándose los preliminares—. Puesto que tenemos muy pocas cosas en el espacio, tenemos que pedirnos alguna masa y algunos monopolos. Desgraciadamente las masas de vuestro anillo son demasiado pequeñas; sólo la masa de vuestro deorbitador podría

sernos útil. La reduciríamos de tamaño con monopolos, hasta que se convirtiera en una diminuta estrella de neutrones, para poder utilizarla como base, donde construir el aterrizador y su lanzadera.

Pierre estaba sorprendido.

—No veo como podríais hacerlo. Incluso si pudierais reducirla hasta llegar a una densidad igual a la de una estrella de neutrones, la ecuación de estado sería inestable y se colapsaría en forma de una miniatura de agujero negro.

—Esto ya lo sabemos —dijo Casta-Plasma—. Si inyectamos sólo un tipo de monopolo en la masa del deorbitador, podremos aumentar la densidad de su centro gracias a la formación de monopolo, pero los átomos de monopolos tendrán una tendencia a repelerse unos a otros, puesto que poseerán la misma carga magnética. Hay que confiar en que, de esta manera, podremos mantener bajo control la reducción de tamaño del deorbitador y evitar que se convierta en un agujero negro.

—Esto me parece muy arriesgado —dijo Pierre—. ¿Estáis seguros de vuestros cálculos?

—No —repuso Casta-Plasma—. Pero es un riesgo que debemos correr.

Súbitamente, en la pantalla apareció otro cheela.

Pierre reconoció las constelaciones de estrellas dobles, en la piel del almirante Rebana-Acero, jefe de los cheela del espacio.

—No es esto lo que nos preocupa —dijo—. No tan sólo queremos usar la masa del deorbitador como base donde construir nuestra catapulta gravitatoria, sino que además queremos bajar esta catapulta a la superficie de Huevo. Tendríamos que desviarla de su órbita habitual.

—No hay problema —dijo Pierre—. Sólo necesitamos su campo gravitatorio, y para esto no importa si es un asteroide degenerado, una estrella de neutrones en miniatura, o un agujero negro. El campo de gravedad externo es el mismo, sólo debéis volverlo a poner en su órbita elíptica cuando hayáis acabado de utilizarlo, porque lo vamos a necesitar para nuestro regreso al San Jorge. ¿No lo vais a estar utilizando durante mucho tiempo, verdad? Solo tenemos suministros para unas pocas semanas, ya que esta misión se había proyectado que durara ocho días.

—Este es el problema —ahora Rebana-Acero se había quedado solo en la pantalla—. Es posible que la masa de compensación resulte destruida, durante el proceso de colocar la catapulta gravitatoria sobre Huevo.

Pierre se quedó en suspenso durante unos segundos, pero en seguida se dio cuenta de que estaba malgastando lo que equivalía a semanas de vida del cheela, cuya imagen parpadeante indicaba que iba a esperar su respuesta en su pantalla, cada quinto de segundo.

—Sin la masa del deorbitador nos quedaríamos atascados aquí. ¿Qué probabilidades tenemos?

—Intentamos incesantemente encontrar una manera mejor de hacerlo —dijo Rebana-Acero—. Pero por ahora las probabilidades son de 12 a 1.

—Bueno —dijo Pierre—, esto no está tan mal.

—Hay 11 posibilidades en cada docena, de que la masa del deorbitador sea desintegrada, por efecto de las mareas, mientras traslada la catapulta gravitatoria hasta Huevo, y sólo hay una posibilidad de cada doce, de que sobreviva. Todo depende de cómo las dinámicas orbitales y de marea se complementen en los sistemas vibratorios internos de la masa del deorbitador durante su actual tránsito.

Pierre se detuvo a pensar unos pocos segundos, pero esta vez no se preocupaba por el cheela.

—Tenemos también a Óscar, que es la otra masa grande asteroide que se utilizó para colocar la masa del deorbitador en su órbita elíptica ¿Podrías utilizarla?

—Con los limitados recursos de que disponemos, no tenemos la posibilidad de alterar las leyes universales cuando se trata de masas grandes y de baja densidad —dijo Rebana-Acero—. Este asteroide está en su viaje fuera del sistema de Huevo del Dragón. En el mejor de los casos tardaríamos seis meses en traerlo hasta aquí. Esto, para nosotros, es la eternidad.

—Hmmm.

Pierre tomó en consideración las opciones y dijo:

—Creo que es mejor que hable con la comandante Swenson y el resto de la tripulación.

Se reunieron en el salón del mirador para discutir el asunto. El doctor Wong puso en negro el mirador en cuanto entró. Nadie protestó. Ya sería bastante difícil tomar una decisión aunque se prescindiera de tener la imagen amarilla de Sol brillando a ráfagas en el mirador.

—La comandante Swenson dice que la decisión debemos tomarla nosotros —explicó Pierre—. Su única condición ha sido que debe hacerse mediante voto secreto y que la decisión de dejar que los cheela usen a Otis ha de ser por unanimidad.

—Sería mucho más fácil decir «SI» si las probabilidades fueran mejores —dijo Jean—. Un ocho por ciento a favor no admite un pronóstico muy bueno.

—Ocho y un tercio por ciento —corrigió Seiko—. También debemos tener presente el número de seres inteligentes que están involucrados. Arriesgando nuestras cinco vidas podemos evitar que se extinga toda una civilización inteligente.

—No me gusta la manera en que habremos de morir —dijo Abdul—. Sufrir hambre hasta morir, no coincide con mi idea de diversión. Prefiero hacerlo rápidamente.

César habló:

—Quiero recordaros a todos que hace exactamente tres horas, todos hubiéramos

experimentado una muerte rápida si no hubiera sido por los esfuerzos de los dos cheela, el almirante Rebana-Acero y el ingeniero Red-Risco, que son los que ahora piden nuestra ayuda.

Pierre esperó por si había más discusiones. No las hubo, por lo que distribuyó hojas de papel en blanco.

—Escribid «SI» si estáis de acuerdo en dejar que los cheela usen Otis, o bien poned «NO» si estimáis que el riesgo es demasiado alto.

Luego Pierre recogió las papeletas y las recontó rápidamente.

—Hay cuatro «SI» y un «NO». Informaré al almirante Rebana-Acero que tendrá que encontrar otra forma de ascender a Huevo. Después programaré los cohetes conductores para que cambien la órbita de Otis y podamos volver a casa.

—Espera un momento —dijo Abdul—. He cambiado de opinión. Cambia mi voto por un «SI». No fue culpa de los cheela que Amalita desapareciera y sería estúpido guardar rencor a una estrella de neutrones. No importa.

FECHA: 10:25:02 MG; MARTES, 21 DE JUNIO DE 2050

Rebana-Acero y un Red-Risco de nuevo rejuvenecido observaron desde la lancha de exploración como la nave de transporte traía el primer lote de monopolos norte desde la distante fábrica de monopolos y los dejaba caer en la gran masa deorbitada de los humanos. Los monopolos se dispersaron en una nube difusa por efecto de la repulsión mutua desde el momento en que eran soltados de la nave de transporte. La nube fue absorbida por el campo gravitatorio del deorbitador y desapareció bajo la peluda superficie de la esfera de un kilómetro de tamaño. Más tarde debería disparar los monopolos hacia el interior de la esfera magnetizada con un acelerador electromagnético.

—El primero —dijo Red-Risco—. Y quedan muchos más. —Tragó una bola de mascar de una de las nuevas máquinas de alimentos.

—Va a ser un trabajo largo y pesado —respondió Rebana-Acero—. Cuarenta generaciones de transportes de monopolos, recorriendo siempre la misma extensión de espacio entre la fábrica y la masa deorbitadora. La situación puede producir monotonía, errores e incluso motines. Quiero mucha historia en las clases de las guarderías del trabajo de transporte y las mejores y más modernas máquinas de alimentos en las naves.

Contemplaron como el segundo transporte soltaba su carga de monopolos norte.

—Vayamos a las instalaciones de restauración de la Estación Espacial del polo Oeste —dijo Red-Risco—. Quiero ver cómo avanza la modificación de la lancha exploradora Abdul para convertirla en una nave de transporte.

Fue muchos gran después cuando Rebana-Acero y Red-Risco volvieron a visitar Otis. Rebana-Acero acababa de pasar por su rejuvenecimiento número 34 y tenía un aspecto muy joven, mientras que Red-Risco y la tripulación de la nave de exploración eran viejos y estaban cansados. El agujero negro que estaba en el centro de la nave de exploración entonces notablemente menos masivo, puesto que en reposo se había utilizado para maniobrar los impulsores inerciales durante los últimos 1.300 gran. Observaron a una nave de transporte que descargaba el último de los monopolos norte, en el depósito de la recámara de un largo cañón electromagnético. Un chorro de monopolos a elevada velocidad salió disparado con el cañón y penetró profundamente en la ahora ya sólida corteza de la masa deorbitadora. En el centro, los monopolos se mantenían en posición gracias a las intensas fuerzas de gravedad de aquella bola de diez metros de diámetro, a pesar de la repulsión magnética del resto de los monopolos que ya estaban en el núcleo ultradenso.

Cuando se hubo terminado esta etapa, a través de los enlaces de comunicaciones se propagó una combinación continua de tamboriles y bailes en señal de júbilo. Aumentó de volumen cuando la imagen del último lote de monopolo se extendió por el espacio que rodeaba a Huevo, con el lento avance de la velocidad de la luz.

—¡Estamos listos! —la anciana arista de Red-Risco intentaba mantener el ritmo de los tamboriles victoriosos de sus ingenieros.

—Esto es un gigantesco éxito para la especie cheela —dijo Rebana-Acero con calma, ya que sabía que todavía quedaba mucho por hacer—. Vamos a dejar que esto se enfríe durante ocho o doce gran y entonces volveremos a aplaudir con las aristas en nuestro largo viaje a casa.

—Los ingenieros gravitatorios de mi nuevo curso estarán preparados. ¿Dispones de un buen piloto experimentado en la gravedad para que nos lleve abajo? —preguntó Red-Risco—. A pesar de que la gravedad en la superficie y la velocidad de escape de Otis son sólo una pequeña fracción de las de Huevo, resultaría un aterrizaje peliagudo para alguien que sólo estuviera acostumbrado a volar por el espacio.

—Mi próxima promoción de pilotos ya se está entrenando en el anillo de masas que rodean la espacionave Matadragones —dijo Rebana-Acero—. Dentro de dos gran van a simular tomas de tierra a cincuenta metros por encima de Otis. Vas a poder disponer del mejor de este grupo, y él o ella tendrá autorización para escoger un nuevo nombre. Todos los de la clase están de acuerdo en que tal nombre será el de «Ascensor-Otis».

ATERRIZAJE

FECHA: 21:00:10 MG; MARTES, 21 DE JUNIO DE 2050

—Salgan todos del hemisferio sur —dijo el capitán Ascensor-Otis por medio de su amplificador de arista.

La orden procedía del puente de mando que estaba en el «polo norte» del gran transporte de carga y fue generando ecos por el casco que estaba debajo de las vacías bodegas de la nave esférica. La orden era innecesaria. Se estaban acercando rápidamente a la superficie de Otis y, mirando desde el hemisferio sur, parecía que el planetoide les estaba cayendo encima. La impulsión inercial zumbaba enérgicamente y la poderosa nave de carga se acercaba al planetoide. Ascensor-Otis se detuvo en un punto que estaba a cincuenta metros de Otis, desde donde podían ver como el asteroide iba girando lentamente. La atracción desde Otis ya era más fuerte que la atracción desde el agujero negro que estaba ubicado en el centro de la nave.

—Es agradable volver a estar sometido a una pequeña gravedad —dijo Red-Risco.

—No puedo saberlo porque siempre he vivido en el espacio —dijo Ascensor-Otis que hacía descender lentamente su nave en una trayectoria vertical.

A medida que se aproximaban más, la gravedad iba aumentando y empezó a adquirir valores equivalentes a los de Huevo. Empezaron a oírse coros de queja por toda la cubierta.

—No puedo mantener mis ojos levantados —dijo Ascensor-Otis. Red-Risco miró al piloto que estaba luchando por mantener sus ojos en alto, en el intenso campo gravitatorio. Sus pedúnculos eran delgados, y oscilaban cuando intentaban equilibrar los globos oculares que estaban en sus extremos. Los de Red-Risco se habían engrasado automáticamente y correctamente en su factor exponencial. Le dolían un poco a causa del limitado uso que había hecho de este proceso durante generaciones pero, por lo menos, los reflejos automáticos de equilibrio mantenían sus ojos en posición estable.

—No había pensado que fueras incapaz de desenvolverte en un campo de alta gravedad —dijo Red-Risco—. ¿Quieres que me haga cargo de los controles?

—No. Puedo ocuparme de ellos, pero voy a tener que pasar a controlar la pantalla con mi arista.

Hizo descender sus ojos debajo de sus párpados y se concentró en la imagen gustativa que aparecía en el puente, debajo de su arista.

Cayeron de forma rápida en los últimos metros, y luego Ascensor-Otis, muy lentamente, posó la nave de carga sobre la corteza. El fondo hemisférico se aplanó visiblemente, porque Otis tiraba con mucha fuerza del agujero negro que estaba en el

centro del carguero. Se podían oír crujidos y desgarros a través de las placas de cubierta. Los campos estabilizadores que retenían el agujero negro, en el centro de la nave, llegaron por fin a su límite y el agujero negro cayó a través del casco hacia el centro de Otis, donde se vaporizó. El casco rebotó en cierto grado, pero por último se estabilizó.

Red-Risco había supuesto que podrían empezar a trabajar tan pronto como hubieran desembarcado, pero tuvieron que dedicar una docena de giros y mucha comida para que los cheela, que habían crecido en el espacio, se desarrollaran hasta el punto de que pudieran desenvolverse en un campo gravitatorio intenso. Red-Risco había recuperado rápidamente la normalidad y había emprendido un viaje de prospección por la bola de diez metros de diámetro, mientras los demás se dedicaban a aumentar sus fuerzas.

—El analizador portátil indica que la corteza tiene un elevado porcentaje de metales de elevada dureza —dijo a su regreso—. Las regiones volcánicas donde hemos insertado los monopolos han tenido erupciones de materia que contiene los raros isótopos ricos en neutrones que podemos necesitar para obtener aleaciones, pero aparte de esto, la composición de la corteza es casi exactamente la misma por doquier. Emplacemos los generadores de potencia y pongamos en marcha los separadores de masa y las fundiciones.

Al cabo de medio gran, los separadores de masa producían materias primas pulverizadas que pasaban a las fundiciones para ser elaboradas. La primera estructura que se construyó fue una sencilla fuente espacial. Sólo tenía una corriente de anillos y sólo alcanzaba unos 50 metros, donde había una elemental plataforma superior, pero era capaz de funcionar como plataforma de aterrizaje de otra nave espacial de la flota. Al cabo de poco tiempo, la mayoría de los cheela del espacio estaba trabajando en Otis para construir las máquinas gravitatorias que habrían de permitirles el retorno a Huevo desde su forzoso exilio.

La siguiente tarea fue la construcción de una gran catapulta gravitatoria capaz de acelerar el aterrizador a varias veces la gravedad de Huevo, de tal manera que pudiera alcanzar la velocidad de escape de Huevo en menos de 10 centímetros de carrera. Era distinta de las antiguas catapultas que entonces yacían inactivas en Huevo y que sólo habían servido para lanzar al espacio unas pequeñas naves; esta catapulta gravitatoria debía ser lo bastante grande para lanzar una copia en miniatura de sí misma a esas elevadas velocidades. Les ocupó durante casi cuatro gran de giros la fabricación del anillo de veinte centímetros de diámetro, con muchísimos metros de tubería de gran resistencia, llena de líquido ultradenso, así como la batería de bombas destinadas a acelerar rápidamente el fluido hasta elevadas velocidades. La uniformidad del campo resultante del rechazo gravitatorio era importante.

—Vamos a probarlo una vez más —ordenó Red-Risco.

Controlaba las indicaciones de la serie de sensores que estaban diseminados alrededor del centro de gravedad del anillo de la catapulta. El anillo era muy grande en razón de su diámetro, pero era muy delgado en cuanto a su grosor. Red-Risco había apurado todas las reglas de ingeniería gravitatoria en su construcción. Sólo debería funcionar una vez, pero si funcionaba bien, valía la pena. Los ensayos que estaban efectuando eran sólo a un nivel de potencia muy inferior al operativo. Tenían que contentarse con esto, hasta que llegara el momento crucial de aplicar la plena potencia. La máquina zumbó, y los sensores dibujaron el contorno de un mapa con los niveles de fuerza gravitatoria.

—Sólo hay una diferencia de mil millones de gravedades a lo largo de un centímetro en la parte central del perímetro —anunció el ingeniero Push-Pull—. Estoy seguro de que el aterrizador podrá soportarlo.

Red-Risco examinó concienzudamente las gráficas, hizo unos ajustes pequeños en algunos bucles delgados y las guardó.

—El anillo de lanzamiento está listo. Ahora viene el aterrizador —dijo—. Acabamos de pasar por la apoapsis, lo que significa que sólo tenemos cuatro gran de giros para construirlo.

—Estará a punto mucho antes —dijo Push-Pull.

—Estoy convencido de ello —dijo Red-Risco—. Pero hay alguien más a quien debemos consultar antes de la entrega oficial. Conectó de nuevo su pantalla de arista y tamborileó un breve mensaje formal, y luego se fue sin esperar la respuesta. Porque la respuesta llegaría más tarde, mucho más tarde.

FECHA: 21:02:03 MG; MARTES, 21 DE JUNIO DE 2050

Llegó la llamada que Pierre estaba temiendo.

—Solicito que el asteroide O-1 sea reprogramado para que llegue al punto del espacio-tiempo definido por las siguientes coordenadas —dijo la imagen de Red-Risco.

A continuación llegó una lista de las coordenadas x , y , z , q , f , l , t en el sistema temporal de Huevo del Dragón. La órbita solicitada entraba tanto en el pozo gravitatorio de Huevo que la diferencia del diez por ciento en la relación de tiempos y de los arrastres posicionales entre el espacio profundo y la superficie de la estrella de neutrones era significativa.

Red-Risco no estaba acostumbrado a hablar con los humanos. Se olvidaba de adoptar siempre la misma posición cada vez que probaba en su pantalla si había respuesta, y a consecuencia de ello su imagen oscilaba cada quinto de segundo. Pierre vaciló. La imagen osciló.

La decisión definitiva ya se había tomado hacía mucho tiempo. Pierre tocó la pantalla que tenía delante y las coordenadas se transfirieron a los cohetes conductores que mantenían a Otis en el camino calculado. Después Pierre pulsó el cuadrado «Ejecución» en su pantalla de contacto. Los motores de los cohetes conductores soltaron fogonazos. Al cabo de unos segundos, Otis ya estaba en una nueva trayectoria que debería llevarlo hasta unos pocos metros de la superficie de Huevo del Dragón.

FECHA: 21:02:20 MG; MARTES, 21 DE JUNIO DE 2050

Push-Pull levantó su vista desde sus aparatos de ensayos para mirar hacia los cohetes conductores que, como un enjambre, daban vueltas alrededor de Otis:

—Parece que hay alguna actividad en la gran nave espacial de los humanos que da vueltas a nuestro alrededor.

—Ya lo he visto —dijo Red-Risco—; ¿cuál es el estado de los tubos de alto índice de caudal?

—Han resistido los ensayos de caudal a unos valores de presión dobles de los de trabajo —dijo Push-Pull.

—Está bien, pero está demasiado bien. Reducid su espesor en una duodécima parte y volved a hacer los ensayos. Quiero que la máquina sea tan ligera que resulte capaz de lanzarse a sí misma a 40 metros por encima de Huevo.

La construcción del aterrizador autolevitante de cuatro centímetros de diámetro requirió un tiempo significativamente inferior al de la máquina mayor. Se había concluido cuando faltaba casi un gran de giros para que Otis alcanzara su periapsis.

Rebana-Acero fue a ver el aterrizador cuando estuvo terminado. Era un toro que descansaba en el interior de otro toro mayor.

—¿Qué nombre lleva? —preguntó Rebana-Acero.

—Se trata sólo del aterrizador —Red-Risco contestó con evidente fastidio—. No tiene ningún nombre, excepto el de Vehículo de Descenso hasta la Superficie de Huevo, si quieres tomártelo en serio.

—Todas las naves deben tener su nombre —dijo Rebana-Acero—. Ya que va a volar sobre la superficie de Huevo debe llevar el nombre de algún animal volador.

—En Huevo no hay animales que vuelen —Red-Risco estaba aún más fastidiado.

—Pero hay animales voladores en el planeta Tierra de los humanos —exclamó Push-Pull—. Y uno de ellos es el águila.

—Entonces se llamará Águila —sentenció Rebana-Acero.

—Si tú lo dices —dijo Red-Risco.

—¿Hemos de hacer alguna cosa más?

—Tengo que reflexionar un poco —dijo Red-Risco—. Después de que hayamos aterrizado en Huevo, no habrá manera de regresar desde allí hasta que hayamos reconstruido la civilización. Tenemos una limitación en la cantidad de masa que podemos llevarnos, o sea que sólo tomaremos las cosas que vayamos a necesitar. Si nos olvidamos de algo, no habrá manera de volver a por ello. Decidme: ¿cuál es la relación mínima de técnicos especializados y de equipo que necesitáis para reconstruir la civilización?

—No lo sé —dijo Rebana-Acero.

—Ni yo. Pero será conveniente que lo sepamos antes de 122 giros.

Los giros fueron pasando y los miembros de la partida de desembarco fueron seleccionados y su equipo quedó embalado en los edificios que se habían construido en la parte superior de Águila. Huevo fue haciéndose mayor en el cielo, y luego desapareció detrás del horizonte del diminuto planeta, cuando los cohetes conductores de los humanos hicieron girar a Otis hasta que la catapulta gravitatoria estuvo delante de la trayectoria orbital. Al carecer de la luz de Huevo en su cielo, tuvieron que conformarse con la apagada luz de la superficie de Otis. La fría y rojiza luz tendió un palio sobre el último festín de giro que celebraron juntos.

Los que habían preparado la comida se habían esmerado. Además de los grandes montones de comida artificial, procedente de las máquinas de alimentos, había una gran cantidad de Vergonzosos enteros, que habían sido cebados especialmente para aquella ocasión, y decorados artísticamente con nueces frescas y frutos de los jardines que se habían desarrollado en Otis poco después de su llegada, utilizando semillas fabricadas artificialmente. A pesar de esto, el centro de atención era un cheela completo asado. El cuerpo estaba bastante maltrecho a causa de una caída desde el andamio que rodeaba la catapulta gravitatoria, pero esto no había desmerecido su sabor. Rebana-Acero y Red-Risco decidieron evitar los empujones de la concurrencia y se decidieron por uno de los Vergonzosos.

—Es un Vergonzoso excelente —dijo Rebana-Acero, sorbiendo un ojo del extremo de una tajada de pedúnculos.

—Pero no es tan bueno como los Vergonzosos que hay en Huevo —dijo Red-Risco.

—Llevaba ya mucho tiempo intentando olvidarme de que existían.

—Cuando yo estaba en Huevo, en realidad, nunca presté demasiada atención a lo que comía —dijo Red-Risco—. Cuando llegaba el festín de giro no hacía más que llenar mis bolsas como si estuviera recargando una máquina. Pero ahora que estamos próximos a nuestro retorno a Huevo, mis bolsas empiezan a dolerme, porque desean un trozo de Vergonzoso comestible, o un chorro de jugo de bayas del polo Sur.

—Ha pasado tanto tiempo...

Después de decir esto, Rebana-Acero permaneció en silencio mientras pensaba en la agonía y el completo desespero que los dos grupos separados de cheela habían sufrido durante docenas y docenas de generaciones. A pesar de que hacía poco tiempo que había pasado otra vez por el rejuvenecimiento, se sentía cansado y viejo.

El siguiente giro transcurrió rápidamente. El ascensor de la Fuente Espacial hacía continuos viajes, porque la base en Otis estaba siendo abandonada y la mayor parte de los cheela regresaban a sus naves espaciales. Sólo quedaron los 144 valientes que deberían bajar volando hasta Huevo, a bordo del Águila.

Desde la corteza de Otis, Red-Risco, contempló como la nave de carga zarpaba de la parte alta de la Fuente Espacial. Cuando se hubo alejado, guiñó sus ojos a un ingeniero que esperaba en los controles.

El ingeniero procedió a hacer unos ajustes, y el chirrido agudo, que les llegaba a través de la corteza, empezó a bajar de tono. Poco a poco, la torre se hizo cada vez más corta, hasta que quedó reducida a un montón de discos metálicos y a una pila de plataformas.

Hubiera sido más fácil cortar la corriente de anillos y dejar que la torre se derrumbase, pero Red-Risco no quería que hubiera proyectiles sin control que orbitaran alrededor de Otis y que pudieran caer en Águila.

La siguiente tarea consistía en efectuar la carga de los tubos de Águila.

—Conectad los cables de potencia a las bombas del haz de tubos número uno —dijo Red-Risco.

Unos altos mástiles se elevaron desde unos agujeros en la corteza y se acoplaron a dos docenas de bombas que estaban repartidas sobre la periferia del Águila. Las bombas zumbaron al ponerse a funcionar, y el polvo ultradenso de agujero negro empezó a circular, cada vez más aprisa, por los haces de tubos. El casco del Águila crujió cuando el fluido alcanzó velocidades relativísticas, pero las bombas siguieron empujando. El fluido, en vez de seguir aumentando su velocidad se iba haciendo más denso y los potenciales de gravedad que había en el interior del toro llegaron a hacerse tan altos que ya no podían ser interpretados por la antigua teoría de Einstein. El régimen de variación de la velocidad de flujo, sin embargo, había sido muy lento, por lo que las fuerzas de repulsión gravitatoria generadas en el agujero del toro habían sido despreciables.

Red-Risco notó que el ruido de las bombas llegaba a un máximo y se estabilizaba. El Águila ya tenía uno de sus dos circuitos multitubulares cargado de energía en forma de masa ultradensa a elevada velocidad. Había llegado el momento de la partida.

—Cambia a potencia interior —dijo.

Hubo un intervalo de variación en el sonido de las bombas cuando se cambió la

conexión de la potencia exterior a la interna. La potencia acumulada para compensar las pérdidas por fricción y por radiación gravitatoria sólo duraría unos pocos milisegundos, al final de los cuales ya deberían haber efectuado su vuelo. Observó que los grandes conductores de potencia, que habían servido para dar energía al Águila, se retraían de sus alojamientos del casco y se alojaban en los agujeros de la corteza. El Águila, levantada sobre el pedestal de su rampa de lanzamiento, ya estaba preparada para volar.

Red-Risco, cuya misión de ingeniero ya se había cumplido, paró el normal movimiento sinuoso de cuatro de sus pedúnculos y miró fijamente a Ascensor-Otis.

—El Águila está preparada para su lanzamiento, capitán Red-Risco.

Ascensor-Otis esperó en tanto que el movimiento de Otis desplazaba el punto de su pantalla de arista situada debajo de él, a lo largo de la representación de su camino. La órbita debía llevar a Otis a 100 metros de la superficie de Huevo y una vez allí pasaría sobre la superficie a un tercio de la velocidad de la luz. Se produjeron unos ruidos en la corteza de Otis cuando las fuerzas de la marea de Huevo intentaban destrozar el planetoide. Con mucha ansiedad, Red-Risco miró en todas las direcciones, con la esperanza de que la corteza de aquella región se mantendría en una pieza, durante algunos microsegundos más.

Un instante antes de que el planetoide llegase a su periapsis, el capitán intervino.

—¡Lanzamiento! —ordenó Ascensor-Otis.

Su arista se desplazó rápidamente sobre la pantalla de tacto que tenía debajo de él, y ráfagas de neutrones mandaron las señales en código desde el Águila a la maquinaria que estaba a su alrededor. Los generadores de potencia la habían almacenado en acumuladores temporales, en tanto que no llegase la orden de lanzamiento. Cuando llegó la señal, toda la energía acumulada, además de la que los generadores podían producir, fue conectada a las bombas que impelían el polvo ultradenso en la catapulta gravitatoria grande.

Las bombas, chirriando a causa de sus elevadas cargas, impelieron el polvo dentro del toro de veinte centímetros de diámetro, con unas aceleraciones increíbles. La rápida corriente de agujeros negros generó dentro del toro un campo gravitomagnético que aumentaba rápidamente. A su vez, el creciente campo gravitomagnético generó un campo gravitatorio repulsivo en el centro del toro. El Águila fue rechazada hacia arriba con una aceleración varias veces mayor que la gravedad de Huevo, pero la tripulación no lo notó, porque las fuerzas eran gravitatorias. El Águila alcanzó la velocidad de un tercio de la de la luz en dos nanosegundos y abandonó la superficie de Otis para quedarse flotando inmóvil a 100 metros por encima de los alrededores de Paraíso de Brillante. Empezó a caer.

—Desviad una duodécima parte del flujo del haz de tubos 1 al haz de tubos 2 —dijo Ascensor-Otis.

Hubo una pausa, y el primer oficial contestó:

—No hay respuesta, capitán.

—Prueba otra vez.

El Águila iba ganando velocidad a medida que caía.

—Ya lo he hecho, señor —contestó el primer oficial Arístides-Espacial—. Las señales salen y son recibidas, pero la válvula de escape no responde. ¡Debe estar obstruida!

—No está obstruida —intervino Red-Risco.

Pasó una imagen de la válvula de escape desde su pantalla de ingeniero, a la de los dos oficiales.

—Alguien no ha quitado el pasador de seguridad. Ved el indicador que brilla aquí, al final.

Fluyó fuera de su pantalla y se encaminó a la barandilla interior que rodeaba el agujero del toro.

—Utilice algo de la energía acumulada para disminuir el flujo en el haz de tubos 1 —dijo mientras escurría su cuerpo por debajo de la barandilla—. No podremos aterrizar así, pero esto puede frenar nuestra caída y darnos más tiempo.

—¿Adónde va usted? —preguntó Ascensor-Otis.

La respuesta llegó desde lejos y muy amortiguada, porque las vibraciones que lanzaba la arista de Red-Risco tenían que recorrer todo el circuito de los motores tubulares de Águila, hasta el puente de mando.

—Voy a sacar este pasador —dijo Red-Risco.

Red-Risco encontró el haz de tubos 2 y emprendió el camino a lo largo del gigantesco conjunto de tubos que se enrollaban en capas alrededor del cuerpo toroidal de Águila. Afortunadamente el Águila tenía su propia gravedad y no estaba en peligro de caer. Cuando se aproximó al agujero central del anillo, pudo ver la corteza de Huevo que estaba debajo de él. El capitán mantenía en funcionamiento las bombas del haz de tubos 1, pero el Águila estaba cayendo rápidamente. Red-Risco llegó al empalme donde ambos haces de tubos se conectaban por medio de la válvula de escape. A medida que se iba acercando al haz de tubos 1 su arista empezó a resbalar, porque el polvo ultradenso que corría por el interior del tubo trataba de arrastrarle con él a lo largo de su marco de referencia inercial. Apretó su arista fuertemente sobre la lisa superficie del haz de tubos 2 y con muchas precauciones se dirigió hacia la válvula de escape. Arrancó el pasador y lo mantuvo en alto frente al monitor de vídeo.

—¡Desviad el flujo! —gritó con la esperanza de que pudieran oírle a través del casco, a pesar de la gran distancia a que estaba.

—¡Esperaré! —vociferó el capitán a través de la red general de avisos de la nave—. ¡Apresúrese!

Red-Risco miró hacia la corteza que se aproximaba rápidamente. Allí abajo, en algún lugar, había docenas y docenas de envases de jugos de bayas del polo Sur que ya no podría saborear.

—¡Demasiado tarde! —gritó Red-Risco—. ¡Desviad el flujo!

La válvula de escape dio un golpe. El polvo ultradenso a elevada velocidad se desvió del haz de tubos 1 al otro.

El cambio en el potencial de gravedad creó un campo de gravedad repulsivo enormemente fuerte, que hizo saltar a Red-Risco de su lugar cercano a la válvula de escape y lo precipitó a la corteza que estaba debajo. Hubo un brillante chispazo de plasma incandescente y desapareció.

El campo gravitatorio de rechazo del Águila, desde el agujero central de su casco, empujó contra la masa de Huevo que estaba debajo. La espacionave disminuyó su caída. El capitán Ascensor-Otis, al fin, pudo controlarla. No podían estar sobrevolando mucho tiempo, porque dentro de poco ya habrían desviado todo el flujo. El Águila había derivado sobre una pequeña formación montañosa, y debería llevarla hasta un terreno de aterrizaje más llano.

Volando gracias a las fuerzas de repulsión gravitacional, El Águila fue planeando por encima de las pendientes de las montañas, provocando unos pequeños cortezamotos mientras hacía su propio valle, en donde antes sólo había una ladera. Pasaron por encima de un rebaño de animales que estaba pastando en la llanura y que se esparcieron en todas direcciones. Y ya, aprovechando la última cantidad de energía acumulada en las bombas para impulsar el último flujo transferido, llegaron flotando hasta posarse sobre la corteza. El primer oficial Arístides-Espacial vigilaba los sensores y los monitores de vídeo que iban en el fondo del casco.

—... 200 milímetros... cuatro y un cuarto abajo... indica contacto... se para el motor...

Hubo una pausa cuando la pesada máquina se hundió ligeramente en la corteza. Después sonaron tamborileos y silbidos electrónicos cuando el capitán Ascensor-Otis, por medio del enlace de comunicación por neutrinos, anunció a las naves que esperaban en órbita:

—¡Llamando a la Estación del polo Este! ¡Aquí la base en Huevo del Dragón! ¡El Águila ha aterrizado!

Vibraron las aclamaciones por el casco del Águila y tuvieron eco en la consola de comunicaciones que estaba debajo de la arista del almirante Rebana-Acero. Pero no se unió a ellas, porque todos sus ojos estaban mirando hacia arriba, hacia los fragmentados restos de la masa deorbitadora Otis. Habían salvado a su mundo, pero a expensas de una muerte lenta para cinco amigos inocentes.

Lee-Letras tuvo el primer aviso de la catástrofe por los ruidos de la corteza que procedían de la dirección de las colinas vecinas. El movimiento de sus pedúnculos de los ojos vaciló por un instante, pero volvió a la normalidad cuando su bulbo cerebral identificó el ruido como el de un cortezamoto más. Cuatro de sus ojos, que no eran rosados, volvieron a su tarea de leer el antiguo rollo que estaba desenrollado sobre la corteza. El rollo contenía instrucciones para hacer funcionar una máquina mágica que podía hablar a las estrellas del cielo. Había algunas palabras que Lee-Letras no conocía, pero confiaba que a fuerza de leerlas, una y otra vez, llegaría a comprenderlas.

El cortezamoto seguía haciendo ruido y parecía que se le aproximaba. Los reflejos de cazador que Lee-Letras tenía grabados en su arista roja con pecas blancas, alertaron su nódulo cerebral y dejó de leer para analizar las vibraciones procedentes de la corteza. No parecía que se tratara de un Ligerito salvaje, por lo que su rebaño de Vergonzosos comestibles no parecía estar en peligro de ser atacado. Pero era evidente que se trataba de algo nuevo, y que se dirigía hacia él.

Lee-Letras miró hacia la dirección que le indicaba su arista. Al principio no vio nada, pero luego observó una perturbación en la corteza. La perturbación procedía de las proximidades de una de las colinas cercanas. Miró hacia arriba y vio que una de las estrellas se caía del cielo. ¡Iba directamente hacia él! Su arista, sin dejar de chillar, le hizo apartar de allí, y tanto él, como el rebaño, salieron huyendo presos de terror.

Rebana-Acero esperó a que Ascensor-Otis hubiera cerrado las bombas del Águila y hubiera estabilizado los acumuladores de energía.

—Ha sido un aterrizaje excelente —dijo Rebana-Acero—. ¿Cuánta energía nos queda en los acumuladores?

—Solamente un cuarto de la que Red-Risco había planeado —contestó Ascensor-Otis—. Pero hay la potencia necesaria para mantener la nave en funcionamiento durante una docena de giros.

—Para entonces deberemos tener un nuevo generador que ya esté funcionando —dijo Rebana-Acero—. Reúne el equipo superior de ingeniería en el puente de control. También quiero que asistan tus oficiales superiores. Coloca a cuatro soldados espaciales en la barandilla exterior para que vigilen. Estamos lejos de cualquier ciudad, pero mientras descendíamos pasamos por encima de alguien.

La zona de personal del Águila era poco extensa, y por tanto no se tardó mucho en que todos los convocados estuvieran reunidos.

—Ahora que ya estamos sobre la corteza, nosotros, los soldados del espacio, estamos sin trabajo hasta que vosotros, los ingenieros, hayáis reactivado esta

catapulta y hecho aterrizar una nave para que podamos tripularla —dijo Rebana-Acero—. Con Red-Risco desaparecido, asumo la responsabilidad de la dirección de los ingenieros. Quiero que Ascensor-Otis asuma la responsabilidad del mando de los del espacio. A menos que uno de los espaciales tenga una habilidad técnica que pueda ser utilizada por los ingenieros, se ocuparán en tareas de colaboración, de seguridad y de interacción con los cheela de Huevo. El volar en ultrasofisticadas naves espaciales queda muy lejos de preparar comida y relacionarse con los bárbaros, pero cuanto antes los ingenieros puedan rehacer la tecnología en este lugar de Afligido por Brillante, antes podremos regresar al espacio.

—Todos estamos unidos en esta empresa —dijo Ascensor-Otis—. Mis soldados espaciales harán cuanto sea necesario.

—Sería una ayuda si pudiéramos prescindir de usar energía para los generadores de alimentos —dijo Rebana-Acero—. He visto que cuando aterrizamos ahuyentamos una manada de animales. Si puedes formar un equipo que se ocupe de recoger algunos de estos animales para alimentarnos, sus componentes no solamente ayudarían en nuestra crisis energética, sino que, además, serían considerados unos verdaderos héroes por un hambriento número de ingenieros.

—Regresaremos pronto —dijo Ascensor-Otis y se marchó al frente de sus oficiales superiores.

—Nuestra primera tarea será la de conseguir potencia —dijo Rebana-Acero a los ingenieros—. ¿Quién se ocupa de la planta energética en miniatura?

—Yo —contestó el ingeniero Pila-Potente—. Ahora mi equipo carga sus componentes en el ascensor.

—Descenderé en el mismo viaje —dijo Rebana-Acero—. ¿Qué más vas a necesitar?

—Un separador de masas y un generador de monopolos —dijo Pila-Potente—. Además vamos a necesitar centenares de metros de tubo de alta resistencia para llegar al magma, rico en neutrones, que está debajo de la corteza.

—Estarán preparados cuando los necesites —le aseguró el ingeniero Masa-Delta—. Y garantizados sin fugas.

—Creo que la dirección de un proyecto de la Compañía de Construcciones Red, va a ser uno de los trabajos más fáciles que haya tenido —dijo Rebana-Acero—. Aplaudamos con nuestras aristas.

—Este ascensor parece que se mueve muy despacio —dijo Rebana-Acero—. ¿Es debido al peso de las piezas de la central de potencia?

—No —dijo Pila-Potente—. Red-Risco programó los mandos del ascensor para que se recuperase la máxima energía posible y no para que se alcanzara la máxima velocidad segura de descenso. A la vez que descargamos el Águila, los motores del

ascensor están recargando los acumuladores de energía. Red-Risco siempre quería encontrar maneras de hacer disminuir el coste de los proyectos.

—En este caso, es posible que haya salvado nuestras pieles —dijo Rebana-Acero—. No hay la menor duda en que era un ingeniero excepcional.

—Sí, lo era —corroboró Pila-Potente, y todos callaron durante el resto del descenso.

Cuando llegaron a la corteza, Pila-Potente desplazó hacia un lado la reja de poca altura y retrocedió. Rebana-Acero esperó un poco y después se dejó resbalar hacia la corteza de Huevo.

—He regresado —declaró en voz baja el almirante Rebana-Acero a la cálida corteza blanco-amarillenta. Esperó a que los demás hubieran fluido del ascensor y le rodearan por todos lados, emocionados por haber regresado a su planeta original. Luego habló:

—No me llaméis más almirante Rebana-Acero. Antes, mi nombre era Estrella Fugaz. Pero a partir de ahora llamadme Gatea-Corteza, porque estoy cansado del espacio, y estoy cansado de los rejuvenecimientos. Voy a quedarme aquí hasta que me fluidifique.

Lee-Letras estaba atendiendo a uno de los Vergonzosos comestibles que le quedaban y que parecía estar enfermo. Retrajo sus ojos normales, oscuros, y dejó fuera sólo a sus tres ojos rosados para inspeccionar detenidamente el animal. El esplendor ultrarrojo de uno de los lados del Vergonzoso comestible indicaba que existía algún problema. Agradecido a su visión pecosa que acababa de salvar a otro de su rebaño, lo inmovilizó, metió un manipulador y empezó a sacar de sus bolsas de comer un gran número de piedrecitas que aquella estúpida criatura había confundido con tubérculos. Luego dejó que el Vergonzoso comestible volviera a pastar.

Al poco rato, oyó, muy a lo lejos, a los viajeros. Hacían mucho ruido. Lee-Letras se aplastó detrás de una roca de la corteza, replegó sus pedúnculos y dejó que su arista se ocupara de la observación. Se alegró de que su piel tuviera algunas pecas, porque así resultaba menos visible.

Era demasiado pronto para que los recaudadores del duodiezmo de Brillante-Centro hubieran llegado. Además, iban montados en Ligeros y, aún en el caso de que hubiesen desmontado, jamás hubieran hecho tanto ruido innecesario como aquellos cheela.

Escuchó atentamente y pudo distinguir algunas voces. El acento era cerrado y no podía entender muchas de las palabras.

—El Águila ciertamente abrió un buen surco en la corteza cuando bajamos —decía Ascensor-Otis mientras iban en fila india por la maltrecha corteza, levantando el polvo a su paso.

—Ve algo, delante —dijo la teniente Cuenta-Estrellas—. Tiene rayas negras.

—Debe ser uno de los animales de la manada —la doctora P.p.Ta-McCoy buscó en su rollo—. He preparado una lista de todos los tipos de animales y plantas que se supone han sobrevivido al estrellamoto —desenrolló rápidamente el rollo y se detuvo—. Aquí está. Es un Vergonzoso comestible. Las rayas llegan hasta la carne que hay dentro. La carne oscura tiene el sabor de tubérculos, y la carne blanca el de bayas.

—Mis bolsas ya empiezan a soltar jugos —dijo Cuenta-Estrellas—. Vamos a capturarlo y lo llevaremos a la base.

—No creo que nos resulte muy difícil —dijo Ascensor-Otis—. No parece que se mueva. Pero, por si acaso, vamos a rodearlo.

Lee-Letras asomó un ojo. Los desconocidos habían encontrado uno de los Vergonzoso comestibles que había muerto cuando la estrella voladora había caído. Se movían cautelosamente, como si creyeran que el animal estaba vivo todavía.

Era evidente que estaba muerto, porque a través de la corteza no llegaba ninguna repulsación de las bombas de fluido de la criatura. Algo debía andar mal en las aristas de los desconocidos si no se daban cuenta de aquello.

P.p.Ta-McCoy se acercó al inmóvil Vergonzoso, con rallas blancas y negras, y descubrió una gran herida en el dorso, donde un trozo de la corteza le había golpeado en el nudo cerebral.

—Mi capitán, está muerto.

—Bien. Procedamos a cortarlo para llevárnoslo a la base.

La doctora P.p.Ta-McCoy extrajo su maletín médico de su bolsa de transporte, y al poco rato un bisturí hacía las funciones de un cuchillo de carnicero.

—Me estaba preguntando con qué se alimentan los Vergonzosos comestibles —dijo Cuenta-Estrellas al tiempo que embolsaba un gran pedazo de animal—. No veo que por aquí haya mucho que pastar, excepto estos arbustos que al parecer son espinosos.

Su manipulador dejaba caer gotas de jugo y lo metió en una de sus bolsas de comer para chuparlo y dejarlo limpio.

—Mmm. ¡Delicioso! Tiene gusto de tubérculo.

—Esta planta es un arbusto que tiene tubérculos —le explicó la doctora—. Estos animales han sido educados para que escarben la corteza, cerca de estas plantas, y se coman los tubérculos.

—Creo que deberíamos llevarnos algunos tubérculos. Mientras la doctora corta la carne, los demás id cavando para sacar tubérculos. Serán un buen acompañamiento cuando los mezclemos con el concentrado blanco de carne, fabricado en los generadores de comida.

—Cualquier cosa será mejor que el concentrado de carne solo —dijo uno de los soldados del espacio cuando empezó a cavar.

Al cabo de un rato Lee-Letras creyó que debía hacer algo. Después de todo, su

trabajo consistía en proteger al rebaño del clan y parecía que los desconocidos de la estrella iban a llevarse el Vergonzoso para comérselo. Había muchos jovenzuelos hambrientos en el clan que podrían utilizar aquella comida. Por fin volvió a su volumen normal y trepó sobre la elevación que le había mantenido escondido. No trató de silenciar sus movimientos, pero los desconocidos no se apercebieron de su presencia. Preparó su pica de pastor y aflojó una bolsa de puñales de arista por si se daba el caso de que le persiguieran.

—Saludos, magníficos forasteros —dijo, anunciando su presencia. Pero no le oyeron.

—¡SALUDOS! —dijo más alto y por fin uno de ellos le vio.

—Es un nativo —dijo Ascensor-Otis—. Acerquémonos a él para hablarle. Probablemente este Vergonzoso comestible que estamos cortando es suyo. ¿Cómo es posible que nos haya estado espiando? Tened algunos ojos a la expectativa, porque puede haber otros.

—Saludos, magníficos forasteros —repitió Lee-Letras—. Si sois de Brillante-Centro llegáis pronto para el duodiezmo. Siento la pérdida de este animal, pero fue atropellado por vuestra nueva montura que se mueve con las estrellas.

Ascensor-Otis se tranquilizó cuando se dio cuenta de que podía entender casi todo lo que el jovenzuelo le estaba diciendo. El acento de su arista era abierto y arrastrado y se le escapaba el significado de algunas de las palabras. Lo de «Brillante-Centro» debía referirse a la parte central de Paraíso de Brillante, y lo de «montura» usaba una palabra raíz que implicaba que alguien corría sobre algo, aunque por allí no se veía vehículo alguno. Lo de «duodiezmo» no tenía el menor significado para él.

—Saludos, soy Ascensor-Otis —dijo el capitán—. No venimos del Centro de Brillante. Procedemos de las estrellas próximas. Las que no dan vueltas.

—Soy Lee-Letras —contestó el jovenzuelo—. Había leído que habían cheela que vivían en las estrellas vecinas, pero hasta ahora no lo había podido creer. Si no sois de Brillante-Centro no podéis llevaros el Vergonzoso Cebú. La recaudadora de Brillante-Centro se enfadará con vosotros si tomáis su duodiezmo.

—¿Quién es la recaudadora? —preguntó Ascensor-Otis—. ¿Y qué es el duodiezmo?

—Cada 72 giros, la recaudadora del emperador viene desde Brillante-Centro y nos ordena que reunamos el ganado del clan. Entonces le damos un duodiezmo para el emperador y se marcha con los animales. Nos da otros 144 huevos de Vergonzosos comestibles del tipo que quieren, para la siguiente cosecha, y cuidamos de ellos hasta que viene a recogerlos.

—¿Es decir, que se lleva la duodécima parte de vuestros animales, y ni siquiera os paga? —era evidente la incredulidad de Ascensor-Otis.

—No es así —contestó Lee-Letras—. Nosotros nos quedamos con la duodécima

parte de su rebaño, si hemos cuidado bien de él.

—¿Y por qué no criáis vuestro propio rebaño? —preguntó Ascensor-Otis.

—No tenemos huevos de Vergonzosos —dijo Lee-Letras—. El emperador no nos permite tener animales que se coman sus tubérculos. Nosotros mismos sólo podemos recoger tubérculos en las áreas montañosas donde los Vergonzosos comestibles no pueden llegar. Me temo que el clan va a pasar hambre este gran de giros. Hemos perdido seis Vergonzosos Cebú a causa de los Vergonzosos salvajes, y después vuestra máquina ha matado a dos más, y otros seis se espantaron y se han perdido. La carne que habéis cogido pertenece al emperador. La recaudadora del emperador se enfadará porque no estará fresca.

—Dile a la recaudadora que le pagaremos el Vergonzoso comestible —dijo Ascensor-Otis—. Precisamente ahora necesitamos comida, pero después de la próxima docena de giros tendremos comida en abundancia. La recaudadora y todo tu clan podréis venir y llevaros todo cuanto queráis.

—No dices la verdad. No puedes cultivar comida en una docena de giros.

—Nosotros fabricamos la comida —dijo Ascensor-Otis—. Utilizamos una máquina que produce comida con muchos sabores diferentes. Ven dentro de doce giros y la probarás.

Metió un pseudópodo dentro de una bolsa y sacó una joya deslumbrante, un anillo de ojo. Lo dejó en el suelo y retrocedió.

—Esto es un regalo para ti. Sentimos mucho que nuestra máquina voladora te haya espantado a ti y a tu ganado. Dile a tu jefe que no dejaremos que tu clan pase hambre.

Lee-Letras no miraba al deslumbrante anillo. En lugar de esto, cuatro de sus ojos miraban el rollo de metal plateado que la doctora McCoy sostenía todavía.

—¿Esto es un rollo? —preguntó Lee-Letras.

—Sí —contestó la doctora.

—¿Tiene letras y palabras?

—Sí. Y además tiene algunos dibujos.

—El anillo es muy bonito, pero preferiría tener algo nuevo para leer —dijo Lee-Letras—. Te cambiaría mi rollo, por el tuyo.

Hurgó en una bolsa y sacó de ella un mugriento y arrugado rollo.

—Es antiguo, y no reluce como el tuyo, pero todavía se pueden leer las palabras que tiene —lo levantó con ilusión.

—Voy a dárselo —dijo P.p.Ta-McCoy—. Puedo hacer que el ordenador imprima otra copia de la lista en cuanto llegemos a la base.

Se efectuó el trueque, al que el capitán añadió el anillo de gala de propina. Observó cuidadosamente el antiguo rollo.

Lo desenrolló hasta que llegó a la firma personal que iba al final.

—Se trata de un fragmento de un registro diario. ¡Fue escrito por Qui-Qui!

—Debemos saber de dónde lo ha sacado —susurró la doctora.

—Esto lo haremos luego. Ahora hemos de preocuparnos de tener la catapulta gravitatoria activada. Asegurarnos de que un clan no pasa hambre, y del modo que sea, hacernos amigos de un emperador dictatorial que, al parecer, es el amo de hasta el último Vergonzoso comestible y del último tubérculo de Huevo —acalló su susurro electrónico, y su arista se agitó para volver a hablar con Lee-Letras.

—¿Quién es el emperador del que nos hablas? —le preguntó Ascensor-Otis.

—Es el Poderoso, el Terrible, el Implacable. El cheela que nunca se fluidifica: Atila, El Pecosito —dijo Lee-Letras, y su arista tembló al pronunciar este nombre.

Mientras tanto, en la base, el ingeniero Pila-Potente estaba montando la central de potencia que habría de darles la energía que necesitaban para sobrevivir.

—Nos hallamos aproximadamente a unos veinte centímetros de la base —dijo—. Esto nos da la suficiente separación para que las grietas de la corteza que se desarrollen a causa de la central de potencia, no interfieran con los cimientos de la catapulta gravitatoria. Mi equipo situará aquí la máquina de barrenar y empezará las perforaciones.

—Para empezar ya dispones de bastante tubo para recubrir el agujero —dijo el ingeniero Masa-Delta—. Cuando hayas llegado a seis centímetros de profundidad, mi equipo te tendrá ya lista la primera docena de centímetros de recubrimiento. Y después ya podremos fabricar más aprisa de lo que tú puedas perforar.

—Ya lo veremos —dijo Pila-Potente—. El taladro de chorro de antimateria que proyectó Red-Risco atravesará esta corteza como un agujero negro puede atravesar a un humano.

Masa-Delta regresó a la base. Viajaba lentamente, mientras iba planeando la ruta de las líneas de potencia que debería instalar sobre los veinte centímetros de distancia que había entre el emplazamiento de la central de potencia y la base. Cuando llegó a la base, su equipo ya hacía trabajar el separador de masas al que alimentaban con cargas de corteza triturada. La mayor parte de la corteza salía de la máquina, en forma de polvo, que era llevado mediante tuberías a la escombrera. Los elementos raros y los metales útiles y sus compuestos se almacenaban, y los metales de elevada tenacidad y dureza se combinaban para obtener una aleación que luego salía expulsada en forma de tubo de gran diámetro.

—Los tres primeros centímetros ya están fabricados —dijo Masa-Delta a su equipo, cuando la punta final del largo tubo cayó sobre la corteza con un fuerte ruido. Vamos a anticipar algo la parada para el festín del giro. Mis bolsas de comer ya están húmedas sólo de pensar en el Vergonzoso comestible que nos espera. Tubérculos y bayas juntos en el mismo trozo de carne. Me resulta muy ardua esta espera.

Salió con su equipo, mientras un equipo de transporte elevaba el tubo terminado hasta los deslizadores de carga para su entrega en la distante ubicación de la planta de potencia.

Masa-Delta se detuvo en las afueras de la base para pedir que le orientaran. Durante el giro en que ella y su equipo habían puesto en funcionamiento el separador de masas, el equipo de edificaciones de la base, bajo la dirección de Dobla-Metales, había prácticamente desmantelado las plataformas de carga y las habitaciones del Águila y las había reconstruido sobre la corteza, en forma de edificio de viviendas.

—¿Ya habéis terminado la zona de comedores? —preguntó Masa-Delta.

—Ésta ha sido la primera cosa que hemos construido —contestó Dobla-Metales—. Tienes que salir por la puerta este de la pared exterior, y después sigues recto hacia el centro. Encontrarás la sala comedor y centro de reunión.

—¡Magnífico! —y Masa-Delta se puso al frente de su equipo para ir hacia la puerta este.

—Vais a disfrutar con el Vergonzoso comestible —dijo Dobla-Metales.

—Espero que tú y tu equipo no os lo hayáis comido todo —contestó Masa-Delta.

—No. El equipo que sirve la comida quiere que el Vergonzoso dure mucho, y no te sirven más que un trozo pequeño, después de que hayas comido una gran ración de concentrado de carne.

La mención del concentrado de carne provocó un coro de quejidos lanzados por las aristas del equipo. Los generadores de alimento artificial eran bastante versátiles y podían producir una gran variedad de sabores y consistencias, pero después de una docena de gran de no comer otra cosa que la comida artificial, sus bolsas les dolían, porque deseaban algo que fuese diferente.

La barrenadora antimateria avanzaba rápidamente a través de la corteza, y el agujero fue descendiendo milímetro a milímetro cuando el equipo de Pila-Potente cogió su buen ritmo de trabajo. Por fin se acercaron a la capa de magma. Las temperaturas, presiones y densidades eran tan elevadas que la cubierta exterior de la barrenadora empezó a mostrar evidentes señales de transmutación por goteo neutrónico, desde el casi excesivo flujo de neutrones que lo rodeaba.

—Bajad el último tramo del revestimiento y poned la válvula de presión en el extremo superior —dijo Pila-Potente—. Después poned una bomba de antimateria en la punta del muelle de la barrena, en vez de la propia barrena, y bajadlo. Vamos a hacer un gran volcán, un volcán domesticado.

Se hizo descender la bomba de antimateria hasta el fondo del agujero, y el muelle del barreno se retiró. Por medio de una pulsación de ondas acústicas codificada, se accionó la bomba que rompió los últimos centímetros que quedaban de la corteza, y el fluido neutrónico de la capa, a gran presión, empujó con fuerza hacia la superficie.

A medida que el fluido iba llegando a zonas de presión inferior, algunos de los neutrones se degradaron en electrones y protones, liberando energía y haciendo disminuir la densidad del fluido, lo que le hacía subir más rápidamente.

—¡Ya llega! —gritó Pila-Potente por encima del terrible fragor de la corteza—. Abrid la válvula de los generadores de potencia.

El fluido nucleónico a gran velocidad, de alta densidad, y elevada presión y temperatura, ascendió por el agujero del taladro y se arremolinó en el interior del generador de potencia, en donde se le sacaron sus energías libres térmica, cinética y nuclear. El polvo caliente de corteza resultante se envió por medio de una tubería, a una depresión cercana, y la potencia extraída de las entrañas de Huevo fue a través de las líneas de transmisión a suministrar energía a la maquinaria que había en la base, a unos veinte centímetros de distancia.

El almirante Rebana-Acero, ahora Gatea-Corteza, se reunió con el estado mayor y expuso:

—Ya estamos en marcha, pero todavía nos falta recorrer un largo camino. ¿Qué es lo que viene ahora en el plan de Red-Risco?

—La catapulta gravitatoria necesita una central de potencia dos docenas de veces mayor que la que ahora tenemos en operación —dijo Pila-Potente—. Mi equipo de exploración sísmica ha encontrado un prometedor manantial de magma energético a cuarenta centímetros de Brillante-Este. Hemos trasladado las perforadoras allí, y ya tenemos perforado un metro del primer agujero, pero vamos a necesitar que se construya una central de potencia.

—Mi equipo ha terminado las viviendas de la base —dijo Dobra-Metales—. Además, hemos instalado barreras magnéticas en todo el perímetro, para mantener alejados a los Ligeros salvajes. Ya estamos a punto para construir esta central. Tenemos una gran cantidad de robots controlados por ordenador que sueldan, remachan y cortan todas las partes de precisión. Pero necesitamos una forja para los componentes mayores. Estamos preparados para irnos allí, en cuanto tengamos suficiente metal disponible.

—El separador de metales ha estado produciendo chapa durante los últimos giros —les dijo Masa-Delta—, pero tendremos que volver a hacer tiras de tubo, en vista de la velocidad que lleva el equipo de Pila-Potente. Tal vez, lo primero que deberíais construir es otro separador de masas.

—Tienes razón —contestó Dobra-Metales—. Voy a hacer que mi equipo se ocupe de esto.

—¿Algo más? —preguntó Gatea-Corteza.

—No olvidéis que prometí al clan cercano que les daríamos comida cuando dispusiéramos de potencia —dijo Ascensor-Otis—. Hemos ido a visitarles varias veces durante los pasados giros y ya les conocemos bastante bien. Es evidente que

viven en un nivel mínimo de subsistencia. Les hemos llevado muestras de los varios sabores del concentrado de carne. Lo llaman «la comida de los dioses».

—Está bien —dijo Dobra-Metales—. Podemos darles una máquina de hacer concentrados a cambio de un rebaño de Vergonzosos comestibles.

—No querrán hacerlo —dijo Ascensor-Otis—. Dejaron que nos quedásemos con los que matamos durante el aterrizaje, pero el rebaño es propiedad del emperador. De hecho, creo que percibo una ansiedad creciente en la jefe del clan, a medida que se avecina la llegada de la recaudadora para llevarse el rebaño.

—¿Qué ha dicho la jefe? —preguntó Gatea-Corteza.

—No quiere hablar de esto. Pero cada vez que este tema sale a colación, observo un giro extraño, en la ondulación de sus ojos. Desde luego, es muy posible que sea sólo efecto de mi imaginación. A la jefa del clan, al igual que a muchos de los ancianos del clan, le faltan algunos de sus ojos. Tal vez las antiguas cicatrices son la causa de este giro extraño.

—Debemos mantener nuestra promesa, evidentemente —dijo Gatea-Corteza—. Vamos a visitarles al próximo festín de giro, y convertirlo en un verdadero banquete.

—Tendré mucho placer en alimentar a alguien que pueda apreciar mi comida —dijo el chef Contenta-Bolsas—. Si los ingenieros pueden preparar una batería de acumuladores, puedo dar al clan uno de nuestros generadores de comida y enseñarles cómo funciona.

—Yo les daré un deslizador —dijo Pila-Potente—, para que lo utilicen para transportar la máquina de concentrados hasta su clan, y después podrán usar la batería del deslizador para hacer funcionar la máquina de hacer comida. Cuando la batería esté baja, no tienen más que traerla hasta aquí y recargarla.

—He llegado a conocer muy bien a este clan —dijo Ascensor-Otis—. Son muy orgullosos e insistirán en traer alimentos a la fiesta.

—¡Bien! —dijo Contenta-Bolsas—. Quiero aprender todo lo posible acerca de las comidas nativas. No sólo la manera de prepararlas para servir las, sino además la mejor manera de cultivarlas. Cualquier cosa que pueda acallar los quejidos a la hora de comer.

—Tienes razón, chef —dijo Gatea-Corteza—. No podemos vivir siempre de comida artificial. No olvidéis que nuestro objetivo principal es convertirnos otra vez en nativos de Huevo.

—Invitaré al clan al próximo festín de giro —dijo Ascensor-Otis.

EMPERADOR

FECHA: 21:02:58 MG; MARTES, 21 DE JUNIO DE 2050

La larga procesión que procedía del distante villorrio del clan empezó a llegar mucho antes del final del giro. Estaban todos los miembros del clan, excepto los que debían cuidar del rebaño.

Escudo-Abollado, la jefe del clan, encabezaba la procesión, llevando su deformado escudo delante de ella. Inmediatamente detrás iban sus guerreros, que llevaban un Vergonzoso comestible acabado de matar. Era rojo con círculos blancos relucientes. Seguían los jóvenes con bolsas llenas de tubérculos y bayas. Después acudieron los Ancianos. De sus bolsas asomaban los inquietos ojos de las crías. Cerrando la comitiva iban los pastores que no estaban cuidando del ganado.

—¿De dónde han sacado el Vergonzoso de color rojo y blanco? —susurró Gatea-Corteza, mientras llegaba la procesión.

—Hay otro clan más hacia el este, al que han encargado que cuiden de los Vergonzosos de este sabor —contestó Ascensor-Otis—. No veo la mayor parte de las joyas de gala que les he regalado. Probablemente han hecho un intercambio con el otro clan, dando las joyas, a cambio de uno de los Vergonzosos comestibles que el emperador consiente que se queden.

—Bienvenidos, amigos del clan de la Corteza Polvorienta —dijo el capitán Ascensor-Otis—. Vuestros regalos de comestibles, para nuestra escasa comida de cambio de giro, son muy de agradecer. Mientras esperamos a que empiece el festín del giro, tal vez queráis probar las muestras que hemos dejado en las alfombras de comer.

—Demos gracias a Brillante por nuestros nuevos amigos y sus maravillosas máquinas de hacer comida —dijo Escudo-Abollado—. Ojalá que nunca volvamos a tener hambre.

Los guerreros y los jóvenes descargaron sus regalos de comida, que eran recogidos entusiastamente, por el equipo del chef Contenta-Bolsas. Los miembros del clan, que acababan de hacer un largo viaje, tenían hambre y paseaban entre las alfombras de comer probando la gran variedad de alimentos que las máquinas de hacer comida eran capaces de fabricar.

—¿Es que vosotros, los cheela del espacio, no vais a comer nada de todo esto? —preguntó Lee-Letras a Ascensor-Otis, quien inmediatamente tomó una bola elástica de concentrado de carne de color rojo oscuro y la introdujo en una de sus bolsas de comer, para tranquilizar a Lee-Letras.

—Preferimos esperar para saborear la comida que habéis traído —dijo Ascensor-Otis.

—El Vergonzoso comestible no es malo —dijo Lee-Letras, introduciendo en una de sus bolsas de comer un par de cristales dorados—. Pero no entiendo porque queréis comer tubérculos y bayas, en vez de estos sabrosos manjares.

—Ya lo sabrás cuando te hayas pasado algunos gran sin comer más que el concentrado de carne de la máquina que os daremos —le dijo Ascensor-Otis.

—Jamás me cansaré —dijo Lee-Letras chupando el extremo de un bastón de color amarillo y plata—. Probaré todo lo que hay en el rollo de instrucciones.

—¿Serás tú quién maneje la máquina? —preguntó Ascensor-Otis.

—Sí. Ya que soy el único del clan que sabe leer, me han encargado de hacerla funcionar.

—El festín de giro está servido —tamborileó fuertemente sobre la corteza el chef Contenta-Bolsas.

Todos entraron en el edificio y pasaron a la zona de comedores donde la comida preparada con el Vergonzoso rojo y blanco, puesto sobre una guarnición de tubérculos cortados y bayas frescas, les esperaba. Pronto estuvo rodeado por los espaciales, mientras que los miembros del clan de la Corteza Polvorienta se reunían alrededor de su nueva máquina de hacer comida. Lee-Letras casi se olvidó de comer mientras hacía funcionar la máquina fabricando montañas de cristales dorados, bolas de color rojo oscuro, huevos blanquiazules y cilindros amarillos y plateados y descubriendo que cada uno era más sabroso que los anteriores.

—Verdaderamente, es una máquina milagrosa —dijo Escudo-Abollado a Gatea-Corteza mientras se repartían los chorros de un envase de jugo de bayas—. Pero, a pesar de todo, me preocupa. Mis trabajadores estarán inquietos si no tienen que cazar, para conseguir comida.

—Pueden venir aquí y les enseñaremos otras cosas. Les enseñaremos a leer letras, a trabajar con los números y a manejar las máquinas. Hasta les podremos instruir para que construyan sus propias máquinas.

—¡Es una idea excelente! —dijo Escudo-Abollado—. Te dejaré algunos aquí cuando nos marchemos. Es posible que mientras les enseñáis, puedan ser útiles en la construcción de la gigantesca máquina que podrá atraer las naves estelares que están en los cielos.

Súbitamente, tres pastores llegaron al comedor, deslizándose a la máxima velocidad que sus aristas les permitían. Uno de ellos había dejado caer su pica de pastor, a causa del pánico.

—¡Ha venido la recaudadora! —gritó el primero de ellos.

—Contó el rebaño y se puso muy enfadada —dijo el segundo acercándose a Escudo-Abollado—. Nos ha dicho que la acompañemos hasta donde estés, y hemos venido lo más aprisa que hemos podido.

Por la corteza se transmitió una alarma:

—Cien Ligeros se acercan por el este —dijo una voz de ordenador—. Las barreras magnéticas han sido activadas.

—¿Ligeros? —dijo Gatea-Corteza.

—Los guerreros del emperador no se arrastran por la corteza —dijo Escudo-Abollado—. Cabalgan a lomos de unos Ligeros entrenados.

Escudo-Abollado salió de la almohadilla de reposo vecina a la alfombra de comer que había compartido con Gatea-Corteza, para marcharse. Gatea-Corteza se unió a ella.

—Esto no es asunto tuyo —dijo Escudo-Abollado—. Debo ir yo misma a su encuentro. Están enfadados conmigo, pero no contigo.

—Quiero conocerles y explicarles que la pérdida de los Vergonzosos fue un accidente —dijo Gatea-Corteza.

—El emperador no acepta excusas —dijo Escudo-Abollado.

—Pero tal vez aceptara el pago. O puede ser que la recaudadora acepte un soborno. Además, creo que debo hacer desconectar la barrera magnética, antes de que alguno de los Ligeros domados del emperador se quemara la arista.

—Esto será prudente —dijo Escudo-Abollado.

Gatea-Corteza anuló la barrera magnética y se mantuvo al lado de Escudo-Abollado mientras esperaban que la recaudadora y su escolta se aproximaran. Cada uno de los Ligeros llevaba un cheela con gran número de pecas. El dibujo irregular rojo y blancoamarillento de las pecas, alcanzaba a sus globos oculares. Detrás de los cinco Ligeros se arrastraba una hilera de porteadores que llevaban sus bolsas repletas de carga; algunos eran pecosos, pero mucho menos que los cinco guerreros. Los guerreros mantenían sus ojos alerta, en todas las direcciones, ya que estaban en territorio desconocido pero, al parecer, se quedaron indiferentes al ver a lo lejos la enorme catapulta gravitatoria y las máquinas menores, diseminadas por la base.

—No sé cómo pueden ver con estos ojos rosados —susurró el ingeniero Conductor-Térmico—. Esto debe ser un gran inconveniente en una batalla.

—No pueden ver muy bien —explicó Escudo-Abollado—. Pero los pecosos lo compensan con su gran control sobre los animales. Corren rumores de que el emperador puede hablar a los animales.

—Ya veo que el montar en un Ligeros debe ser una ventaja muy importante en una batalla —dijo Ascensor-Otis—. Un guerrero montado en un Ligeros sin duda podrá luchar con ventaja contra una docena de guerreros que estén en el suelo.

—Contra dos docenas —dijo rápidamente Escudo-Abollado—. Lo sé.

Sus ocho ojos miraron hacia las profundas abolladuras de su escudo. Dejó caer el escudo al suelo y se adelantó desarmada para saludar a la recaudadora.

—Te saludo, recaudadora del emperador —dijo ella—. Soy Escudo-Abollado, jefa del clan de la Corteza Polvorienta.

—Has fracasado —dijo la recaudadora. La dureza de su áspera voz quedaba apagada por el cuerpo de su Ligero—. Hemos venido a coger los 132 Vergonzosos Cebú que son propiedad del emperador. Nos faltan cuatro. Ya conoces el castigo.

—Sí, recaudadora —dijo Escudo-Abollado acercándose más.

—¿Cuál es el castigo? —susurró Gatea-Corteza a Lee-Letras, que estaba a su lado.

—Un ojo —dijo Lee-Letras—. Un ojo por cada Vergonzoso.

—¡Pero si ahora ya no tiene más que ocho!

—Yo me adelantaré contigo, Escudo-Abollado —dijo uno de los Ancianos de su clan.

—¡Esperad! —dijo Gatea-Corteza—. Somos visitantes que venimos de las estrellas del cielo. Cuando nuestra gran nave llegó de las estrellas, matamos accidentalmente algunos de los Vergonzosos Cebú que el clan cuidaba. Estaremos más que satisfechos si podemos indemnizar al emperador, por su pérdida.

—Te favorece el que admitas tu crimen, esclavo —dijo la recaudadora—. Ya se nota que eres un forastero, porque no sabes que el emperador no necesita monedas. El dinero sirve para los tratos entre los esclavos. Lo que el emperador quiere, lo toma.

—Podemos darle una máquina que hace comida —dijo Gatea-Corteza—. Puede hacer más comida que un gran de Vergonzosos comestibles.

La recaudadora hizo una pausa, y los ojos de ella iban cambiando el ritmo de sus movimientos mientras meditaba.

Gatea-Corteza aprovechó su vacilación.

—Aquí mismo tengo algunas muestras —dijo acercándose a las alfombras de comer. Escogió media docena de bolas rojas y otra media docena de cubos dorados y se las aproximó.

Formó un potente manipulador que levantó sobre el lomo del Ligero para dárselas a la recaudadora. Ésta tomó una de cada clase y las inspeccionó cuidadosamente. Después miró fijamente a Gatea-Corteza.

—¡Cómetelas! —le ordenó—. ¡Ahora!

Estuvo atenta mientras él las cogía de nuevo y las introducía en una de sus bolsas de comer. Después de unos pocos sezgiros volvió a abrir su bolsa para demostrar que ya no estaban allí. Entonces volvió a levantar las restantes hasta ella, para que escogiera otra. Ella chupó cuidadosamente un cristal amarillo y luego lo dejó caer en su bolsa de comer.

—El emperador cogerá la máquina de hacer comida —dijo ella.

—La pondré sobre otra máquina que la transportará y así no tendréis que cargar con ella —dijo Gatea-Corteza.

—Será mejor que le dé un deslizador de carga —dijo Pila-Potente—. Está provisto de un gran acumulador. No queremos que el emperador se quede sin comida.

Pocos mizgiros después ya estaba cargada sobre el deslizador una segunda máquina y la presentaron a la recaudadora.

—Ésta es la caja que controla al deslizador —dijo Gatea-Corteza—. La he dejado en «automático». A cualquier parte que llevéis la caja, el deslizador la seguirá.

La recaudadora cogió la caja y después llamó al jefe de los esclavos:

—Ven, esclavo. Tú llevarás la caja. Ten mucho cuidado para no dañar la máquina de comida del emperador. La pena sería severa.

—Sí, recaudadora —dijo el porteador. Gatea-Corteza observó que sólo tenía nueve ojos.

Gatea-Corteza entregó un rollo.

—Este rollo contiene las instrucciones de funcionamiento de la máquina de comida. En él, el emperador podrá leer la manera de hacer con esta máquina más de una docena de gran de diferentes clases de comida.

La recaudadora cogió el rollo y se lo introdujo en una bolsa sin dignarse mirarlo.

—El emperador tiene que hacer otras cosas más importantes que leer —dijo ella—. Yo me cuido de leer para él.

—Queda mucho espacio libre en el deslizador —dijo Gatea-Corteza—. Tus porteadores pueden poner su carga en él y la transportará en su lugar.

—¡Ah! Sí. La carga —dijo la recaudadora—. ¡Descargad los huevos!

Cada uno de los porteadores vació tres o cuatro bolsas, y poco después había sobre la corteza un montón de huevos de Vergonzoso que tenían rayas blancas y negras. No obstante los porteadores todavía eran bastante voluminosos. Probablemente todavía cargaban con los suministros para la expedición, incluida la comida para los Ligeros.

La recaudadora miró desde arriba a Escudo-Abollado.

—Aquí hay 144 huevos de Vergonzoso Cebú. Son propiedad del emperador. Dentro de 72 giros volveré. Si habéis cuidado bien a los 144 Vergonzosos de Cebú, os dará magnánimamente doce de ellos para que el clan se alimente. Si no lo hacéis ya conocéis la penalización.

—Sí, recaudadora —dijo Escudo-Abollado.

—Y hablando de penalizaciones —dijo la recaudadora—. Todavía no has pagado la del último fracaso.

—¡Pero os hemos dado la máquina de hacer comida! —objetó en voz alta Gatea-Corteza.

—¡Silencio, esclavo! —rugió la recaudadora—. Tú no puedes dar nada al emperador. El emperador lo coge.

La recaudadora enfocó sus ojos a Escudo-Abollado:

—Además, el emperador no admite excusas —dijo, sacando una larga espada, que tenía forma de látigo, de su vaina que iba a lo largo del flanco de su Ligero.

—Lo entiendo, recaudadora —dijo y cuatro ojos de Escudo-Abollado se alzaron sobre sus rígidos pedúnculos.

—Yo quiero estar a tu lado —dijo un Anciano.

—Yo también quiero —dijo otro avanzando con un pedúnculo erecto.

—Yo también —dijo el capitán Ascensor-Otis y se adelantó bravamente para estar junto a Escudo-Abollado y alzó un pedúnculo cuyo globo miraba desafiadoramente a la recaudadora.

—¡Este asunto no te concierne! —susurró Escudo-Abollado con tanta intensidad que la onda electrónica hizo oscilar la piel de Ascensor-Otis.

—Yo pilotaba mi nave cuando originó los daños de tu clan —dijo Ascensor-Otis—. Quiero limpiar el honor de mi clan compartiendo tu castigo.

—A mí, poco me importa de dónde salgan los ojos —dijo la recaudadora acabando la conversación mediante un experto corte de su látigo-espada. Cuatro ojos cayeron sobre la corteza y se reventaron. Después, la recaudadora envainó su látigo-espada e hizo que su Ligerito se montara en el deslizador. Sus cuatro escoltas silenciosos hicieron lo mismo.

—Nuestros Ligeritos están cansados de tanto viajar —dijo la recaudadora al jefe de los porteadores—. Coge la caja y ve delante de esta máquina flotante, hasta Brillante-Centro.

Se fue, sin mirar hacia atrás.

Escudo-Abollado esperó a que la recaudadora se hubiera alejado para dedicar su atención a Ascensor-Otis que estaba a su lado.

Los once pedúnculos de los ojos que le quedaban, estaban rígidos de furia, con los globos oculares inmóviles y fijos sobre la lejana mota que se veía en el horizonte.

—Es inútil luchar con los guerreros del emperador —dijo Escudo-Abollado—. Por suerte, no vienen con frecuencia.

En lugar de estirarse para tocar su piel con un pseudópodo, ella estiró uno de sus pedúnculos en buen estado y frotó la base rígida de uno de los tallos de ojo de él. Las sutiles implicaciones sexuales del contacto le ayudaron para que volviera a estar en posesión de sus sentidos.

—Tu clan y el mío han participado en un festín de hermandad. Sé que hablo en nombre de todo el clan del espacio —dijo Ascensor-Otis—, cuando afirmo que queremos ser algo más que amigos del clan de la Corteza Polvorienta. Aunque no estemos sujetos por relaciones de intercambios de parejas y huevos, podemos atarnos por una relación de los dos clanes, mezclando nuestros jugos corporales derramados en combate.

Levantó el muñón de sus pedúnculos, de cuyo extremo todavía goteaban los jugos corporales. Ella acercó su muñón reciente y tocó el de él, mezclando sus jugos. Hubo un instante de duda, y luego los dos Ancianos del clan, que habían tomado parte en el

sacrificio, se acercaron a ellos y añadieron sus dos muñones. Gatea-Corteza tomó un objeto agudo de una de sus bolsas y deliberadamente se hirió en uno de sus pedúnculos y se adelantó para unirse al grupo.

—Has sido muy valiente cuando te has adelantado —dijo Escudo-Abollado cuando se deshizo el grupo—. Tendré mucho honor en compartir un huevo contigo, porque estoy segura que la cría traerá honor a nuestro clan. ¿Querrá vuestro clan, ser nuestro clan exterior, intercambiando parejas y mezclando los jugos de combate? Es decir, ¿estás de acuerdo en procrear con una hembra que sólo tiene siete ojos?

—Ninguno de nosotros es perfecto —dijo Ascensor-Otis agitando su muñón.

—Pues si tu jefe de clan lo permite, vendrás con nosotros cuando regresemos a los recintos de nuestro clan —dijo Escudo-Abollado—. Estoy segura que tenemos mucho que aprender uno del otro.

—No tengo inconveniente —dijo Gatea-Corteza—. ¿Y tú, capitán Ascensor-Otis?

—Tampoco yo —contestó él—. Pero creo que ha llegado el momento de que cambie mi nombre. A partir de este momento, no me llaméis capitán Ascensor-Otis. ¡Elijo que me llaméis Ojo-Vengador!

Escudo-Abollado reunió a su gente. Cogieron su cuota de huevos de Vergonzoso y se dirigieron al este, hacia el emplazamiento de su clan. Lee-Letras estaba al cuidado del deslizador que transportaba la máquina de hacer comida, mientras Ojo-Vengador iba a su lado, dando instrucciones, por medio de su arista que golpeaba rápidamente. No se fue todo el clan, algunos de sus miembros jóvenes se quedaron con el «clan del espacio» para ser aprendices de los ingenieros y descubrir los secretos de la lectura y de los ordenadores.

La noticia de los forasteros que venían de las estrellas y de sus maravillosas máquinas de fabricar comida, se propagó por toda la corteza. Los jefes de otros clanes les visitaron y fueron recibidos calurosamente por Gatea-Corteza y alimentados con la deliciosa «comida de las estrellas» hecha por las máquinas. Los componentes de los clanes estaban muy dispuestos a aprender todo lo posible, sobre aquellas máquinas milagrosas de los espaciales. Los recuerdos de una vida cómoda y con abundancia, en los días anteriores al estrellamoto, se habían transmitido oralmente por medio de los relatos de los Ancianos en sus guarderías; por esta razón no temían a la tecnología, sino que la aceptaron enseguida.

Al cabo de poco tiempo, los clanes abandonaron sus lugares de origen y fueron a establecerse alrededor de la base de los espaciales. Tuvieron mucho cuidado en llevar con ellos las manadas de los Vergonzosos comestibles del emperador. Pero, en vez de dejarles pastar, los rebaños fueron encerrados en establos dotados de barreras magnéticas y alimentados con productos hechos por las máquinas, que se habían adaptado para manufacturar el alimento de los Vergonzosos comestibles, y produjeran así el crecimiento óptimo de los animales. Pero no se los comían, porque el chef

Contenta-Bolsas y el ingeniero Dobra-Metales habían trabajado juntos hasta construir máquinas de comida que pudieran ofrecer raciones de Vergonzoso que no se podían distinguir de las reales.

—Parece como si mi gente dedicara la mitad de su tiempo a fabricar máquinas de comida —dijo Dobra-Metales una vez en la reunión del Estado Mayor.

—Serías más exacto si dijeras una duodécima parte —dijo Gatea-Corteza—. Además, con todos los aprendices del clan, tu equipo de construcción de máquinas de comida es el doble de lo que era antes.

—Mi equipo de ingeniería de la corteza es cinco veces mayor de lo que era —dijo el ingeniero Gatea-Corteza al grupo—. Ya tenemos los cimientos de soporte debajo de la catapulta de gravedad y hemos excavado y recubierto la corteza que quedará bajo el agujero central. Ahora estamos ocupados en construir caminos. Dentro de los próximos cuatro giros tendremos pavimentados todos los caminos del campo base y los de los edificios de los clanes. Y la carretera que va hasta la central de potencia será ensanchada en doce giros, hasta el tamaño de un Desliza-Lento.

—Con el personal adicional y la carretera, la construcción de la central de potencia principal ya va muy por delante de lo previsto —dijo Pila-Potente—. La planta primera empezará a chupar magma dentro de seis giros.

—Bien —dijo Push-Pull—. Mi equipo ha acabado de conectar de nuevo las tuberías de la catapulta de gravedad, para transformar la máquina voladora, en una catapulta convencional. Cuando tengamos una planta de potencia, podremos probarla a una cuarta parte de la potencia.

—Cuando juzguéis que ya estáis preparados, mandaré un mensaje a la Estación Orbital del polo Este pidiendo que nos envíen una nave de exploración poco cargada —dijo Gatea-Corteza—. Quiero traer una máquina de rejuvenecer. Algunos de estos jefes de clan se están volviendo viejos y están casi sin ojos a causa de sus encuentros con la recaudadora.

Su experiencia es demasiado valiosa para dejarla perder en estas circunstancias.

—Podemos construir nuestras propias máquinas de rejuvenecer —dijo Masa-Delta—. Si los talleres de precisión de las arcas interestelares pueden fabricar la delicada maquinaria interior, la gente de Dobra-Metales podrá hacer lo que falte.

—Todavía tendremos el problema de conseguir el raro catalizador para ocasionar la formación del enzima de rejuvenecimiento —recordó Gatea-Corteza a su colega.

—Esto no es ningún problema —contestó Masa-Delta—. Hemos estado metiendo tanta corteza dentro del separador de masas, para hacer nuestra provisión de metales, que como subproducto hemos reunido una cantidad de catalizador suficiente para hacer trabajar una docena de máquinas de rejuvenecimiento.

—¿Ojo-Vengador, como van tus relaciones con los clanes? —preguntó Gatea-

Corteza.

—De una manera excelente —dijo Ojo-Vengador—. Los miembros del clan de la Corteza Polvorienta casi se consideran espaciales. Se juntan muy a gusto con los otros clanes y hasta han empezado a encargarse de las clases de las primeras letras y de la iniciación a los ordenadores. Pero parece que hay cierta tensión en la actuación de los Ancianos. Creo que ha llegado el tiempo en que la recaudadora ha de visitarles.

—Este pensamiento también me pone tenso —dijo Gatea-Corteza. ¿Estamos preparados para cuando venga?

—Confío en que lo estemos —dijo Ojo-Vengador.

FECHA: 21:03:12 MG; MARTES, 21 DE JUNIO DE 2050

La recaudadora llegó por el oeste. Ella y sus cuatro guerreros de escolta, montados en sus Ligeros iban por el centro del camino pavimentado, mientras los portadores se arrastraban paralelamente a ellos, por la corteza, transportando su pesada carga de huevos de Vergonzosos. A pesar de que estaban muy lejos, Gatea-Corteza podía ver el preocupado remolino en el movimiento de los ojos de la recaudadora, cuando pasaba por el lado de los edificios del clan y por los corrales de los Vergonzosos comestibles.

—La sincronización es casi perfecta —dijo Gatea-Corteza cuando miró al cielo con un ojo.

Un objeto grande estaba cayendo del cielo directamente hacia ellos. Un gruñido grave se inició sobre la corteza. Después se convirtió en un desgarrador alarido para amortiguarse cuando la catapulta de gravedad detuvo bruscamente en el aire a la esférica nave de exploración y la depositó con suavidad sobre la plataforma de aterrizaje.

El clan cheela y los Vergonzosos ya habían visto más de una docena de aterrizajes y no se alteraron. Pero los portadores que iban con la recaudadora, retrocedieron y se dispersaron. Algunos de ellos, sacaban huevos de sus bolsas mientras huían. Dos de los Ligeros se desbocaron, y fue menester el experto comportamiento de los guardias guerreros para reducirlos, aunque no sin que antes uno de los Ligeros destrozara tres de los huevos que habían quedado en el suelo.

La recaudadora consiguió dominar a su montura y miró fijamente a Gatea-Corteza; luego con enérgicas órdenes y restallidos de su látigo-espada, reorganizó su expedición. Tres ojos quedaron en el camino. La recaudadora hizo avanzar a su Ligeros y sacó un rollo de una de sus bolsas.

—¡Jefes de clan! ¡Adelantaros hasta aquí!

Los jefes de los ocho clanes que habían ido a vivir alrededor de la base, formaron un grupo delante de la recaudadora. Escudo-Abollado se adelantó a los

demás. No llevaba armas, pero llevaba su escudo a un lado.

—Saludos, recaudadora del emperador —dijo—. Soy Escudo-Abollado, jefe del clan de la Corteza Polvorienta.

—He venido para coger los 132 Vergonzosos Cebú que pertenecen al emperador —dijo la recaudadora—. ¿Por qué habéis abandonado los terrenos de pasto que os había asignado, y los habéis traído hasta aquí, sin permiso?

—Aquí, los Vergonzosos del emperador están protegidos contra los Ligeros salvajes. Si los cuentas, verás que no hemos perdido ninguno. Aquí, los Vergonzosos del emperador tienen mejor pasto. Si los observas, verás que tienen un aspecto inmejorable.

La recaudadora ya había contado los Vergonzosos de rayas blancas y negras cuando había pasado por el lado del redil. Era verdad que, excepto uno que faltaba del rebaño del clan del Risco Blanco, todos estaban en excelentes condiciones.

—Voy a llevarme 132, de cada rebaño, para el emperador —dijo la recaudadora—. El emperador, magnánimamente os da el resto, para que alimentéis a vuestro clan.

Agitó sus ojos en dirección de los porteadores, que empezaron a desembolsar su carga de huevos de Vergonzosos.

—Aquí tenéis los huevos para el próximo rebaño. Son propiedad del emperador. Guardarlos con cuidado. Ya conocéis la penalización.

Escudo-Abollado vacilaba cuando empezó a hablar, pero al fin pudo tamborilear toda la respuesta:

—No queremos los Vergonzosos comestibles que sobran. Los damos voluntariamente al emperador.

—Tú no puedes dar nada al emperador, esclavo —dijo la recaudadora con gran enfado—. ¡El emperador lo coge! A causa de tu insolencia voy a llevarme todos los Vergonzosos, y vuestros clanes ya pueden ir desenterrando tubérculos. Ahora coged estos huevos de Vergonzoso y cuidad de ellos.

—No queremos más huevos de Vergonzoso del emperador —en esta ocasión Escudo-Abollado tenía una voz más atrevida.

—¡Esclavo insolente! —gritó la recaudadora—. El emperador lo posee todo. Cada Vergonzoso, cada tubérculo, cada fruto y cada planta y hasta la carne de los Ligeros salvajes, son del emperador. Recoged estos huevos. De lo contrario os voy a desterrar a todos de las tierras del emperador y pasaréis hambre.

—Nosotros damos al emperador, todo lo que es del emperador. No necesitamos la comida del emperador. Ya tenemos las máquinas de hacer comida, para alimentarnos.

—Me llevaré las máquinas de hacer comida, esclavo. Todo pertenece al emperador, incluyéndote a ti —sacó su látigo-espada y lo hizo oscilar amenazadoramente—. Cuando haya terminado contigo, insolente gusano de la corte, nadie volverá a hablar de negarse a cuidar los Vergonzosos del emperador.

Escudo-Abollado alzó su escudo cuando la recaudadora lanzó su montura hacia adelante. Gatea-Corteza tamborileó una breve orden en la corteza y una casi invisible barrera magnética se levantó a través del camino. El Ligero disminuyó de velocidad y retrocedió cuando su arista alcanzó la barrera magnética. Los campos magnéticos de elevadísima intensidad, deformaban las moléculas de la arista del Ligero hasta el punto de la rotura. El Ligero bramó y retrocedió para aliviar la parte quemada de su arista.

Gatea-Corteza se adelantó para ponerse al lado de Escudo-Abollado.

—Ya no es necesario criar más Vergonzosos —dijo a la recaudadora—. Ahora las máquinas de hacer comida ya puede producir su carne de Vergonzoso al igual que las demás comidas que hacían. Aquí ya hemos casi terminado nuestra tarea, y queremos ver a nuestro emperador. Podemos darle muchas, muchas máquinas de hacer comida, deslizadores de carga, deslizadores personales, pavimentadoras de caminos y otras máquinas, además de las centrales de potencia para hacerlas funcionar. La totalidad de Huevo puede alcanzar una gran prosperidad y los esclavos ya no van a ser necesarios.

Gatea-Corteza advirtió que habían desaparecido los movimientos de los ojos de la recaudadora, mientras intentaba asimilar la idea de no tener esclavos a quienes dar órdenes.

—Si el emperador me garantiza un salvoconducto —dijo Gatea-Corteza—, yo, junto con mis fabricantes de máquinas, tendremos mucho gusto en visitarle en Brillante-Centro. O bien él puede venir aquí. Como puedes ver, no hemos atacado a tu partida y os hemos dado más de lo que habíais venido a buscar. Estaremos contentos si el emperador viene a visitarnos. Si lo desea, puede montar en nuestras astronaves y mirar hacia abajo, para ver simultáneamente todos sus dominios.

Como si tratara de acentuar su oferta, se oyó por la corteza un silbido que iba en aumento y la catapulta gravitatoria lanzó de nuevo al cielo la nave de exploración.

Enfrentada con la barrera que no podía franquear, y atemorizada, a su pesar, por la tecnología que veía a su alrededor, la recaudadora optó por retirarse.

—Voy a informar a emperador de vuestra conducta —dijo—. Él decidirá lo que tendréis que hacer.

Gatea-Corteza hizo descender la barrera que rodeaba los corrales, y los portadores, que ya habían recogido los huevos de Vergonzoso, se llevaron los dóciles rebaños por el largo camino que los conduciría a Brillante-Centro. Pero, antes de retirarse, la recaudadora y su guardia utilizaron las aristas de sus Ligeros para derribar todas las paredes bajas que delimitaban las zonas de viviendas de los clanes y desparramar por la corteza sus escasas posesiones.

—Confío en que el emperador sea más razonable que la recaudadora —dijo Dobra-Metales.

—Si este emperador es el Atila original —replicó Gatea-Corteza—, ni siquiera dos docenas de rejuvenecimientos serían suficientes para hacerle razonable. Opino que es conveniente que trabajemos en nuestras defensas.

La recaudadora regresó a Brillante-Centro cuando Atila acababa de pasar por su último rejuvenecimiento. Su cuerpo compacto y musculoso era más fuerte que los anteriores, pero con las mismas pecas que aquellos. Sostenía una bolsa exterior llena de cristales dorados que lanzaba de uno en uno, dentro de una de sus bolsas de comer.

—Buen botín, Ojos-Locos —dijo mirando a los Vergonzosos comestibles que iban desfilando delante de él—. Quiero uno de estos a rayas.

—Ordenaré a los criados que te lo preparen para el festín de giro, ¡El Terrible! —dijo la recaudadora.

—¡Lo quiero ahora! —exigió Atila—. Tengo hambre —señaló hacia un criado que estaba cerca—. Este estúpido robot del rejuvenecimiento, no hace otra cosa que alimentarme con concentrados y decirme que coma despacio. He tenido que abollarlo con mi espada, para que me soltara.

—He tenido algún problema en las provincias del este —dijo la recaudadora después de un largo silencio.

—¿Algunos esclavos que te sisaban?

—No. No sólo nos entregaban todos los Vergonzosos que se suponía nos debían dar, sino que además no quisieron quedarse con su parte.

—Ya me parecía que los rebaños eran mayores. ¿Qué les pasa? —preguntó Atila—. No sobrevivirán mucho tiempo, si no comen más que tubérculos.

—También rehúsan comer tus tubérculos y tus frutos —dijo la recaudadora.

—Lo que dices me hace creer que tu nudo cerebral ha dejado de trabajar, Ojos-Locos —dijo Atila—. Si no fuera que te conozco muy bien, podría decir que te estás volviendo vieja, para ser la recaudadora.

—Todavía soy la más fuerte entre todos tus guerreros. ¡Oh, El Terrible! —dijo la recaudadora con temor—. Pero todavía traigo noticias peores que éstas, ¡Oh, El Terrible!

—Acaba ya con esta imbecilidad de ¡Oh, El Terrible!, Ojos-Locos. Me siento magníficamente en este nuevo cuerpo y ya sabes que no hay otro de mis guerreros que pueda ser tan bueno como tú como recaudador del emperador.

Se interrumpió durante unos instantes, mientras un criado le servía un trozo crudo de Vergonzoso Cebú, y prosiguió:

—Esto es así, a menos que dejes de estar en el primer puesto en los próximos ejercicios de combate.

Atila llenó a rebosar su bolsa de comer con la carne y empezó a chuparla ruidosamente. Después echó sobre la carne algunos cristales dorados.

—Excelente combinación —dijo—. Ahora, cuéntame las malas noticias.

—No quieren quedarse con el nuevo cupo de huevos.

—Estoy seguro de que has rajado a tiras al jefe del clan y a unos cuantos viejos, hasta que has encontrado a alguien del clan que quiera hacerse cargo de los huevos en vez de morir. ¿No es cierto?

—Lo he intentado, ¡Oh, El Terrible! —dijo la recaudadora con su arista, que tartamudeaba a causa del miedo—. Pero estábamos cerca de los edificios del extraño clan que hace las máquinas de fabricar comida. Crearon una barrera invisible que hizo detener a mi Ligero —se calló cuando advirtió que los movimientos de los pedúnculos de él, adquirirían un lento movimiento pensativo—. Hice lo mejor que podía hacer, ¡El Terrible!

Atila, finalmente, rompió su silencio.

—¿Tu Ligero tenía la arista quemada? —preguntó.

—Sí —contestó ella, sorprendida por la pregunta—. No lo puedo comprender. No vi ninguna radiación calorífica que saliera de la barrera.

—Este extraño clan hace otras cosas, además de las máquinas de comida —dijo Atila pensativamente—. Te metiste en una barrera magnética. Se necesita bastante más que un Ligero, para poder cruzarla. ¿Qué más viste?

—Tienen muchas máquinas. Algunas de ellas recubren la corteza con unos caminos lisos. Otras escupen tubos largos y barras de metal, y otras se deslizan cortando el metal, en forma de piezas para las otras máquinas. Además, han convertido su gigantesca máquina de volar, en una máquina que atrapa las esferas metálicas que caen del cielo.

—Éstas son historias de Anciano, de los días de antes del gran cortezamoto —dijo Atila—. Y ahora vas a contarme que hay cheela que viven entre las estrellas.

—Yo misma vi dos cheela que salían de la esfera y descargaban unas máquinas pequeñas —le explicó la recaudadora—. Después volvieron a meterse dentro de la esfera y ésta fue disparada de nuevo hacia el cielo.

—No me gusta la idea de que haya alguien que pueda entrar y salir de Huevo sin mi permiso. ¿Qué pasaría si todos los esclavos decidieran irse a vivir a las estrellas?

—El jefe del extraño clan se ofreció a darnos todas las máquinas que queramos, incluyendo las nuevas máquinas de comida que pueden hacer cualquier clase de Vergonzoso —dijo ella—. Dijo también que ya no necesitaremos pastores o cosechadores para los alimentos, porque todo el trabajo puede ser hecho por las máquinas. Ya no vamos a necesitar los esclavos. Y a mí no me gusta todo esto.

—Si los esclavos no existieran —dijo Atila—, no habría necesidad de un emperador, ni de sus guerreros.

Introdujo otro pedazo crudo de Vergonzoso en su bolsa de comer.

—Existe una rebelión que cae del cielo —dijo—. Voy a aplastarla con mi arista,

como hice ya hace mucho tiempo.

Se limpió su manipulador en la corteza y se encaminó hacia el antiguo Templo del Laberinto, que estaba en Brillante Centro.

No encontró guardias alrededor del laberinto. Los esclavos tenían tanto temor a aquel sitio que nunca se acercaban por allí. Atila prescindió de la entrada y rodeó la parte exterior, para llegar a un gran boquete de la alta pared. Mientras fluía sobre los amontonados bloques de piedra, la recaudadora se rezagaba.

—Ven conmigo, Ojos-Locos —ordenó Atila—. ¿Vas a permitir que los cuentos antiguos te afecten?

—He oído decir que por aquí, hay trampas mortales —dijo la recaudadora.

—Has oído bien —Atila volvió a seguir, hasta el interior, aquel sendero de destrucción, aunque la recaudadora se había detenido en seco—. Pero las trampas mortales dejaron de funcionar cuando pude llegar al generador de potencia.

Por fin llegaron delante de la última pared rota que daba paso a una habitación muy grande. En su centro había un montón de placas metálicas y unos huesos viejos de Desliza-Lento.

Atila apartó los huevos a un lado y recogió una placa metálica, tan grande como un escudo de los mayores. Cuando le dio un golpe, sonó con gran fuerza.

—Me parece que es sólido —dijo. Lo dejó en el centro de la habitación y se colocó sobre él, levantando el extremo de su arista, para que ésta no tocara el suelo. Se mantuvo en semejante posición durante un momento.

—¿Has podido oír un susurro? —preguntó, y entonces la placa metálica prestaba ecos a su arista.

—No he oído nada —dijo la recaudadora.

—Esto está bien —dijo Atila—. Todavía es superconductor.

Empezó a apartar más huesos y a amontonar las placas.

—Trae unos esclavos aquí, para que amontonen las placas —ordenó—. Tal vez tengas que persuadirles un poco con tu látigo-espada.

En aquel momento, Atila sintió un dolor agudo en su arista. Cuando miró hacia abajo, pudo ver una hoja de puñal y unos pocos huesos de cristalium de pedúnculos de ojos.

—Has conseguido que la última cuchillada sea la tuya, ¿no es cierto, Qui-Qui? —dijo, su arista golpeó y los huesos se desparramaron por la habitación.

—¿Quién es Qui-Qui? —preguntó la recaudadora.

—Es alguien a quien conocí hace mucho tiempo —dijo Atila.

Cuando salían por el agujero de la pared del laberinto, Atila dijo:

—Recuerdo que hace algún tiempo mandé construir un zoo, porque quería ver todos los animales que vivían en Huevo, ¿dónde está?

—Siempre ha habido un zoo en Brillante-Centro, por lo menos desde que yo era

una cría —dijo la recaudadora.

—Condúceme allí —dijo Atila, trepando por la cola de su Ligerito.

En el zoo, Atila pasó rápidamente a lo largo de los corrales hasta que llegó al del Desliza-Lento. Desmontó y se coló por una estrecha grieta que había en su gruesa pared.

—Son peligrosos. ¡Oh, El Terrible! —le advirtió el cuidador.

—Silencio, esclavo —dijo Atila cuando el Desliza-Lento ya se dirigía hacia él—. Ojos-Locos, ven aquí.

La recaudadora bajó de su cabalgadura y, con la espada pronta, entró en la jaula.

—Mantente en movimiento delante de él, provocándole —dijo Atila. Se hizo a un lado y se quedó quieto. La atención del Desliza-Lento se desvió hacia la recaudadora, que se apartó y el Desliza-Lento la siguió. Atila se abalanzó desde la parte trasera y se agarró al lado delantero de una placa, mientras ésta se elevaba sobre la corteza y empezaba a subir hasta la parte alta del animal rodante.

La recaudadora iba alternando los golpes y los gritos delante del Desliza-Lento. Las enormes placas surgían sobre la parte superior del animal y parecía como si hubieran de caer directamente encima de ella.

De repente oyó como si el Desliza-Lento estuviera pronunciando su nombre.

—Ojos-Locos —dijo la amortiguada voz—. ¡Mira hacia aquí arriba!

La recaudadora retrocedió para poder ver a Atila que estaba montado sobre el Desliza-Lento. Su arista se desplazaba hacia atrás, a medida que las placas del Desliza-Lento iban pesadamente hacia adelante.

—Todavía no he olvidado la manera de hacerlo —dijo Atila con orgullo.

Golpeó con fuerza al animal en su parte alta y éste se detuvo, sorprendido. Le golpeó en otro sitio y le hizo reanudar la marcha.

—Es un modo estúpido de cabalgar —dijo cuando su arista volvió a desplazarse, para mantenerse encima del animal—. No puedes dejar descansar tu arista, como cuando vas montado en un Ligerito. Tienes que andar lo mismo que él, pero hacia atrás. Acució al Desliza-Lento, hasta que éste avanzó a su velocidad máxima y entonces, hábilmente, bajó por la cola hasta la corteza.

—Busca algunos esclavos y clávale aquellas placas superconductoras. ¡No habrá ninguna barrera magnética que pueda detenerme!

—Es demasiado lento; para llegar donde están los edificios de los extraños, se necesitará un gran de giros —dijo la recaudadora.

—Se nota que nunca has tenido que desplazar un ejército —dijo Atila—. Unos cuantos guerreros montados en Ligeritos pueden circular rápidamente por la corteza, pero un ejército de guerreros se mueve con la misma rapidez que un Desliza-Lento, y al igual que este animal, come todo lo que haya a su paso.

Hurgó en su bolsa y sacó algunas bolas rojas. Dejó caer dos de ellas en su bolsa

de comer y el resto lo hizo rodar, para que pararan por donde iba a pasar el Desliza-Lento que se aproximaba.

FECHA: 21:03:45 MG; MARTES, 21 DE JUNIO DE 2050

—Oíd todos —dijo Abdul—. Sucede algo divertido allí abajo, en Huevo. Pulsó un interruptor general y la imagen se pudo ver en todas las pantallas.

—Parece una columna de hormigas —dijo César.

—Es una analogía muy adecuada, Doctor Wong —dijo Seiko—. He vigilado los resúmenes de noticias de los cheela. La base de desembarco está en alerta, a la espera de un ataque de Atila. Esto tal vez sea su ejército.

—Estarán allí dentro de veinte segundos —dijo Pierre—. ¡Si pudiéramos hacer algo...!

—Los cheela pecosos tienen ojos rosados —dijo Seiko—. ¿Os acordáis de cómo los ojos del profeta Ojos-Rosados eran afectados por nuestro láser?

—¡Abdul, enfoca el láser sobre la base de desembarco! —interrumpió Jean.

—De acuerdo. Pero un haz de láser no va hacerle otra cosa a un cheela más que estimularle.

FECHA: 21:04:15 MG; MARTES, 21 DE JUNIO DE 2050

El gemido de las bombas de la catapulta gravitatoria cambió de tono cuando recogieron la nave que iba fuertemente cargada y la dejaron suavemente en la plataforma de descarga. Docenas de cheela del espacio salieron por la curvada rampa y empezaron a descargar la bodega. Cuenta-Estrellas abandonó el puente de mando y fue a saludar a Gatea-Corteza.

—He tenido problemas para conseguir voluntarios que quisieran quedarse en el espacio, a pesar de que allí se está más seguro —le explicó Cuenta-Estrellas—. Todo el mundo quiere estar aquí abajo, porque es donde está la acción.

—Veo que has traído armas —observó Gatea-Corteza.

—Sí, proyectores de positrones, fuentes de obuses, minas de antimateria, deslizadores cortacabezas y un par de metros de bobinas para barreras supermagnéticas.

—Voy a pasarle las bobinas de barrera al ingeniero Electro-Magnético inmediatamente —dijo Gatea-Corteza—. La Horda Pecososa está tan sólo a unos pocos giros de distancia.

—La he visto cuando descendíamos —dijo Cuenta-Estrellas—. La columna se alarga algunos centenares de metros. ¿Estás seguro de que tenemos posibilidades contra todos ellos?

—La mayoría son porteadores y personal auxiliar —dijo Gatea-Corteza—. Los únicos a los que realmente hay que temer son al propio Atila y a unas tres docenas de gran de sus guerreros pecosos. Si podemos derrotarles, el resto se rendirá.

—Tres docenas de gran contra dos gran —dijo Cuenta-Estrellas.

—Pero nuestros 288 tienen la tecnología a su favor.

—Tenemos algo más a nuestro favor —añadió Cuenta-Estrellas.

—¿Qué es? —preguntó Gatea-Corteza.

—Que sabemos que no podemos perder. Levantadme unos cuantos metros para que pueda ver lo que están haciendo.

FECHA: 21:04:16 MG; MARTES, 21 DE JUNIO DE 2050

Atila cabalgaba en su Ligero al frente de su ejército. Grupo tras grupo, cada uno al mando de un granturión que disponía de un gran de guerreros montados, se extendía hacia el oeste por el largo camino pavimentado. Al lado de Atila iba la recaudadora.

—Vaya bonito camino que los forasteros han hecho para nosotros —dijo la recaudadora—. Servirá para anticipar su muerte.

—Parece acabado de pavimentar —dijo Atila—. No me lo explico, ni los puntos calientes, tampoco.

—¿Qué puntos calientes? —preguntó la recaudadora.

—Guarda esos globos oculares negros bajo tus mullidos párpados y usa los rojos que Brillante te ha concedido —repuso con dureza Atila.

La recaudadora hizo descender sus ojos normales y miró con los rojos hacia el camino. Podía ver unos puntos irregulares de color ultra-rojo a lo largo del pavimento, como si debajo hubiera algo caliente.

—¿Qué son esas cosas? —preguntó la recaudadora.

—No lo sé; y no me gustan las cosas que no comprendo.

Llegaron a los lindes del territorio de los forasteros. Los guerreros que iban en cabeza se detuvieron. Hacía falta casi un giro para que se reuniera allí el resto de la columna.

Atila había estado deseando aquella batalla. Era la primera vez, en muchas generaciones, que sentía cómo los escalofríos del peligro corrían por su piel.

—¡Traed esos Desliza-Lentos! —ordenó—. Y que los primeros doce granturiones me den sus informes.

Los doce jefes de grupo montaron en sus Ligeros y le rodearon.

—Cabalgaré con el primer Desliza-Lento por encima de las barreras de la puerta principal —dijo Atila—. Los cuatro primero grupos han de seguirme cuando entre.

Se volvió hacia el granturión del cuarto grupo:

—¡Arista-Rota!

—Zi, ¡Oh, El Terrible! —la arista de Arista-Rota no pronunciaba bien, a causa de una gran cicatriz, recuerdo del mordisco de un Ligerero.

—Tú montarás el segundo Desliza-Lento sobre las barreras de la derecha y los grupos cinco al ocho te seguirán. Once-Ojos irá con su Desliza-Lento a la izquierda.

—¡Traedme mi Desliza-Lento! —ordenó, apeándose de su Ligerero. El Ligerero se quedó con su pareja, que era montada por la recaudadora.

—Casi ya hemos llegado al festín de giro —le recordó la recaudadora.

—No nos detendremos para el festín —dijo Atila—. Mis guerreros comerán carne de los forasteros como festín del giro.

Atila ascendió por la arista directora del Desliza-Lento y tomó el control del enorme animal. Los granturiones hicieron girar sus cabalgaduras y salieron apresuradamente a reunir sus grupos.

Los guerreros vieron a Atila montado en el Desliza-Lento, oyeron los gritos de sus granturiones, e inmediatamente se lanzaron hacia adelante, mientras sus gritos de guerra se mezclaban con los rugidos de los Ligeros.

—¡Nos atacan! —exclamó Gatea-Corteza—. Ni siquiera va a hablar antes con nosotros.

—Hacía mucho tiempo que El Terrible no tenía una excusa para luchar —dijo Escudo-Abollado—. Tiene miedo de que os rindáis.

—Pues va a tener una lucha de verdad —prometió Gatea-Corteza—. ¡Detonad las minas antimateria!

El ingeniero Pila-Potente cerró un interruptor y con un ruido desgarrador, el camino del oeste explotó bajo las aristas de la Horda Pecosa. Los Ligeros y los guerreros que los montaban fueron destrozados por las explosiones y lanzados hacia los lados.

Los que habían ido por los bordes del camino, o por entre los diferentes emplazamientos de las minas, se alejaron rápidamente hacia ambos lados. Pero fue sólo para encontrarse con los desgarradores estallidos de otras dos ristras de minas, que explotaron a cada lado de la carretera.

Atila percibió una sorda explosión, a través del cuerpo de su Desliza-Lento, cuando detonó la mina antimateria. El Desliza-Lento dio un fuerte aullido de dolor, pero siguió adelante agujoneado por la criatura que lo montaba. Atila se dio cuenta de que el animal estaba herido. Pero, si se exceptuaba una placa destrozada debajo de su armadura metálica, todavía era operativo. Observó desde su privilegiado observatorio, en lo alto del Desliza-Lento, los daños que acaba de sufrir su ejército. Al contrario que su Desliza-Lento, el ejército había resultado muy maltrecho por el ataque sorpresa. Los guerreros no habían sido presa del pánico durante el ataque y seguían avanzando hacia su enemigo, pero no estaban en sus formaciones habituales.

Cada uno de ellos, tenía por lo menos, uno de sus ojos fijo en su emperador.

Atila sacó sus espadas de manipulador, y las hizo centellear formando unas figuras complicadas alrededor de su cuerpo. Los guerreros controlaron su desorganizado empuje y buscaron a un granturión. Los granturiones, con sus espadas de manipulador haciendo señales, reunieron los guerreros que estaban a su alrededor y, luego, hicieron una señal a su jefe. Ya no quedaban más que seis grupos. La mitad de los guerreros habían muerto a causa de las minas antimateria. Con las espadas centelleantes. Atila alineó los grupos tras de los tres Desliza-Lentos y el ataque continuó.

—¡Hagamos andar a este animal! —gritó Atila, metiendo la punta de un puñal entre las ranuras de la armadura del Desliza-Lento. Andaba hacia atrás según el Desliza-Lento rodaba pesadamente hacia adelante. Encima de él, vio una gran esfera suspendida en el cielo. No se dejó amedrentar por ella. Aquella esfera ya caería, cuando lo hiciera la fortaleza y la potencia fuese desconectada.

Desde muy alto, sobre el campo de batalla, Cuenta-Estrellas seguía el desarrollo de la acción e informaba a sus amigos que estaban debajo.

—Los dos primeros grupos están dentro del alcance de las fuentes de obuses —informaba—. Coordenadas: uno-tres y uno-seis.

—Uno-tres disparada —dijo Dobra-Metales, accionando los pequeños interruptores de su consola. Uno-seis disparada.

Unas filas de tubos, largos y casi en posición vertical, dispararon sus salvas, y docenas de pequeñas bolas pesadas se elevaron en el cielo para caer después, como pequeños meteoritos vengadores, sobre la Horda Pecosa. La corteza vibraba a causa de los gritos de los guerreros y los Ligeros perforados, pero el ataque seguía.

—Coordenadas uno-dos. Coordenadas uno-siete. Coordenadas dos-tres —iba informando Cuenta-Estrellas desde arriba.

Abajo, en el suelo, Atila sacó sus espadas de manipulador y lanzó otra señal. Los granturiones, en respuesta a ella, cambiaron su manera de avanzar, a una forma en zigzag. Muchas de las mortíferas bolas que caían no daban en el blanco. Atila oyó un gruñido cuando el guerrero que estaba a su lado recibió una bola en su nudo cerebral. Su cuerpo muerto, caído ante la parte delantera del Desliza-Lento, fue aplastado al llegar a la corteza.

—Tres-tres. Cuatro-siete. Dos-cuatro. Cinco-siete. Seis-Siete —iba diciendo Cuenta-Estrellas.

—Mis cañones están vacíos —contestó Dobra-Metales.

—El Desliza-Lento de Atila casi ha llegado a la barrera y los otros dos, no van muy distanciados de él —anunció Gatea-Corteza—. ¡Hemos de detenerles! Activad los robots.

Los tubos, que habían actuado a la manera de las plantas fuente, habían cesado

definitivamente de tirar píldoras. Se estaban acercando a la barrera.

Atila aminoró la marcha de su Desliza-Lento, temeroso de nuevas sorpresas. Descansando en el suelo, delante de las invisibles barreras magnéticas, había unos complejos trozos de metal. De repente parecieron cobrar vida. Cada uno de ellos tenía un manipulador muy largo que pinchaba, cortaba o quemaba. Los robots habían sido programados para ir tras los Desliza-Lentos, y especialmente, de sus jinetes. Algunos fueron aplastados bajo las pesadas placas armadas, pero otros se escabulleron alrededor, hasta la parte trasera de los animales y empezaron a trepar por su arista directora. Eran insensibles a las hojas de espada, y cuando un Ligerito se había encontrado ya alguna vez con uno de aquellos robots que cortaban, quemaban y pinchaban, rehusaban volver a acercarse a ellos.

—¡Utilizad vuestros dardos! —gritó Atila a los guerreros que estaban cerca de él.

Los guerreros tenían unas bolsas, especialmente adaptadas, que cargaron con unos dardos, pesados y cortos, y usaron sus músculos internos para despedirlos, formando un corto arco, desde sus puestos en lo alto de sus Ligeritos. Los dardos perforaban las pieles metálicas de los robots, dejando unas heridas relucientes. Algunos dejaron de funcionar, otros se quedaron clavados sobre la corteza, pero los restantes siguieron adelante.

—¡Hay dos que están trepando por tu Desliza-Lento! —dijo uno de los guerreros que estaba cerca de él.

—¡Arrojad dardos!

Atila estaba tamborileando fuertemente sobre el Desliza-Lento, para lograr que se diera la vuelta, porque así los robots debería trepar por una corriente descendente de placas móviles, lo que disminuiría su velocidad de avance. Primero uno, y después el otro, fueron alcanzados por los dardos. El Desliza-Lento volvió a gruñir. Uno de los dardos había atinado en una juntura de su armadura. El Desliza-Lento ya estaba rodeado de una masa arremolinada de guerreros montados en Ligeritos, que después de silenciar al resto de los robots, intentaban atacar de nuevo.

—Los robots han alcanzado a dos de los Desliza-Lentos —dijo Cuenta-Estrellas.

—Ya hemos podido oírlo por la corteza —dijo Gatea-Corteza gritando por encima de los bramidos de los Desliza-Lentos—. Debe ser muy desagradable tener un robot de construcción que se abre paso cortando y quemando hasta el nudo cerebral de uno.

Los bramidos se acabaron con unos sollozos. El Desliza-Lento que quedaba, hizo coro al grito de su moribunda pareja, y después volvió a sus habituales gruñidos de queja, porque la polilla que estaba en su parte alta, volvía a pincharle para que siguiera adelante.

—No han podido alcanzar al que nos importaba más —dijo Gatea-Corteza—.

Atila está a punto de romper la barrera magnética.

—Seguidme —chilló Atila.

Con las espadas de manipulador haciendo unas victoriosas florituras, lanzó su Desliza-Lento contra la barrera magnética. La corteza rugió, cuando los generadores intentaron mantener el campo, y después se derrumbó la barrera. Con gritos de triunfo, la vanguardia de la Horda Pecosá se coló por la abertura. Cayeron hacia atrás al encontrarse con otra barrera de haces de positrones, que ocasionaba grandes agujeros en sus pieles. Los generadores de positrones tenían un alcance limitado en aquella atmósfera tenue, pero evidentemente llegaban más lejos que los dardos. Estos, sin embargo, podían ser lanzados en cualquier dirección, mientras que los haces de positrones iban describiendo espirales alrededor de las líneas del campo magnético que iban de este a oeste. Los espaciales con sus rayos y los guerreros con sus dardos, luchaban unos contra otros como si fueran los caballos y los alfileres en un cruento final de partida.

—¡Pastores! ¡Diseminad vuestras adhesivos! —chilló Lee-Letras a los suyos.

Después corrió entre los grupos que luchaban y tiró unos pequeños adhesivos de arista por el lugar donde iban a pasar los Ligeros. Muchos imitaron sus acciones. Los Ligeros que avanzaban se encontraron con los adhesivos y se detuvieron bramando. Sus jinetes maldecían y los apuñalaban para conseguir que volvieran a marchar, pero muchos de ellos fueron alcanzados por los punzantes rayos positrónicos.

Lenta, pero inexorablemente, los defensores hubieron de retroceder. Nuevamente, Atila alzó su espada y señaló una orden. Los guerreros que estaban alrededor de él empezaron a maldecir y volvieron a combatir con su máxima dureza.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Gatea-Corteza a Escudo-Abollado.

—Atila ha decidido llamar al resto de su ejército —dijo Escudo-Abollado—. Los del primer escalón están muy enfadados, porque no han podido concluir la batalla por ellos mismos.

—Pues vienen muy aprisa —les informó Cuenta-Estrellas.

Atila hizo una nueva señal, y los guerreros que estaban con él cesaron de luchar y se retiraron, para poner una guardia que protegiera la abertura que había conseguido hacer en la barrera magnética. Cuando el resto de su ejército se aproximó, Atila se lanzó por la parte trasera del Desliza-Lento y montó en su Ligero. Enarbolando sus espadas de manipulador, se hizo seguir por la Horda Pecosá a través de la abertura.

—¡Soltad los deslizadores cortantes! —vociferó Gatea-Corteza—. Ved bien como los apuntáis, porque no pueden distinguir al amigo del enemigo.

Docenas y más docenas de pequeños deslizadores motorizados se aproximaron a

través de la corteza. De su parte superior surgían tres largas hojas, afiladas como navajas, que obligaron a más de un guerrero a abandonar su malherida montura. Pero un guerrero de la Horda Pecos, aunque estuviera descabalgado, era un enemigo formidable. Gran tras gran, los Ligeros y los que los montaban pasaban por la abertura. Las fuentes de obuses ya habían sido recargadas y entraron de nuevo en funciones. Los rayos de positrones centellaban por la atmósfera mientras se comían la carne, dejando grandes agujeros, y los coches deslizadores dirigidos por los incansables espaciales, vomitaban bombas de antimateria por ambos lados, hasta que el conductor era detenido por un látigo-espada o por un dardo en su nudo cerebral. Los defensores habían sido rechazados de su última barrera magnética. El Desliza-Lento armado se desplazó de nuevo hacia adelante.

Un maltrecho coche deslizador se paró junto a Gatea-Corteza y Escudo-Abollado. Su conductor era Ojo-Vengador. Sus bolsas estaban llenas de objetos pesados.

—Hemos de detener a este Desliza-Lento —dijo Ojo-Vengador—. Bajad las barreras, mientras cruzo por allí.

Sin esperar la respuesta puso su control de velocidad en la posición extrema y se dirigió directamente hacia la barrera.

—¡Detente! —gritó tras él Gatea-Corteza, pero hizo una seña al ingeniero Electro-Magnético. La barrera se interrumpió, el coche deslizador la cruzó a toda velocidad y se volvió a conectar de nuevo.

—Es un loco —dijo Once-Ojos a Atila—. ¡Avanzad con los dardos! —ordenó a sus guerreros.

—Va a por el Desliza-Lento —gritó Atila, hostigando a su Ligero para que se moviera. El Ligero de la recaudadora ya iba por delante del suyo, y ella estaba sacando de la vaina su látigo-espada. Ojo-Vengador le hizo un quiebro y lanzó una bomba antimateria hacia ella, pero ésta conocía su objetivo y no se dejó engañar. Él aumentó la velocidad de su coche deslizador hasta el máximo, intentando situarse a su lado, pero el látigo-espada le acertó en el costado. Ojo-Vengador explotó cuando las bombas antimateria que llenaban sus bolsas provocaron una gigante deflagración. Los restos del coche deslizador se metieron debajo de las placas del Desliza-Lento que seguía avanzando.

Una conmocionada recaudadora pudo salir de debajo de su Ligero muerto, ordenó a un guerrero que le cediera su montura y estaba sacando otro látigo-espada de su bolsa de armas cuando llegó Atila.

—Ahora sólo puede salvarnos un milagro —dijo Gatea-Corteza.

De repente, un grito de angustia partió del ejército que avanzaba. El grito también

salió de algunos de los guerreros amistosos, del clan vecino.

—Atila y sus guerreros están escondiendo sus ojos —observó con asombro Escudo-Abollado.

—¡Es demasiado brillante! —gritó Lee-Letras, escondiendo tres de sus ojos.

—¿Qué es demasiado brillante? —preguntó Gatea-Corteza.

—Es un rayo ultra-rojo que viene del centro de los Ojos de Brillante. Me causa dolor en mis ojos rojos.

—¡Los humanos han conectado su láser! —exclamó Gatea-Corteza.

—La mayor parte de los soldados de la Horda sólo tienen unos pocos ojos salidos —dijo Escudo-Abollado—. Tienen dificultades para gobernar sus Ligeros.

La recaudadora escondió sus ojos pecosos y observó con sus dos ojos comunes. Tuvo que hacerlos ondular atrás y adelante para poder enterarse de lo que pasaba a su alrededor.

—¡Apagad esa luz! —vociferó Atila, mientras tenía todos sus ojos escondidos debajo de los párpados.

Se había vanagloriado de que ninguno de sus ojos era normal aunque aquello pudiera significar que era incapaz de leer la letra menuda de un rollo.

Los dos Ligeros, el de Atila y el de la recaudadora, resultaron heridos por los deslizadores cortantes y se detuvieron para cuidar de sus heridas. La luz ultra-roja seguía brillando.

—Estos estúpidos Ligeros no sirven para nada —gritó Atila.

Sacó sus tres espadas de manipulador y se deslizó al suelo por la parte trasera de su Ligerito. Con los incesantes movimientos de sus espadas, protegió sus flancos de los enemigos que no podía ver y trató de atisbar por debajo de sus párpados pese a la deslumbrante y hostil luz. La recaudadora se bajó también para estar junto a su jefe.

Algo que chillaba escalofriantemente pasó por uno de sus lados, y después otro pareció que pasaba por debajo de ellos. Sólo después de que el pequeño misil, con unas superafiladas hojas verticales, hubo pasado, la recaudadora se dio cuenta de que su arista estaba resbaladiza y que sus músculos ya no trabajaban bien. Atila volvió a gritar y apoyó su pequeño cuerpo musculoso, en el de ella, tratando de levantar su arista para apartarla de otro deslizador cortante.

Los Ligeros resultaron muy fáciles de matar, recordaba después Gatea-Corteza. Al no tener sus jinetes que les protegieran, fueron dianas fáciles para los rayos positrónicos. Los guerreros pecosos eran más duros. A pesar de que muchos de sus ojos estaban ciegos, cuando ya estaban sobre la corteza, podían usar su arista para saber si se acercaba algún enemigo, y muchos de ellos tenían uno o más ojos normales que les permitían ver, pero Atila no tenía ninguno.

La batalla se prolongaba, pero la luz ultra-roja que venía desde arriba seguía

brillando.

—¡Esto no terminará nunca! —gritaba Atila agitando sus espadas a su alrededor, con las que entretejía un escudo. La recaudadora se había separado de él, para evitar las hojas cortantes.

—Los humanos tardan siempre mucho tiempo en hacer cualquier cosa —dijo Gatea-Corteza que estaba a poca distancia de allí—. Por esta vez, permita Brillante que no se apresuren.

—Venid a cogerme, esclavos —dijo la recaudadora haciendo restallar su látigo-espada sobre la corteza.

Los músculos de su bolsa de armas lanzaron un dardo, pero el tiro resultó corto e hizo vibrar la corteza. Hizo voltear su látigo amenazadoramente alrededor de ella.

—Con mucho gusto —dijo Escudo-Abollado levantando su escudo y su pica.

El látigo-espada de la recaudadora empezó a girar con velocidad mayor cuando se fue hacia Escudo-Abollado.

—¡Escudo-Abollado, espera! —gritó Gatea-Corteza.

Desde una distancia segura, a salvo del alcance del látigo-espada, lanzó hacia la recaudadora un rayo positrónico que le ocasionó un gran agujero.

Con los jugos que se derramaban por su arista y su costado, la recaudadora lanzó un golpe de látigo-espada para cortar un ojo de su atacante. Un escudo abollado paró el golpe. Otro rayo del arma antimateria quemó profundamente su nudo cerebral.

La recaudadora se fluidificó.

La corteza que estaba alrededor de Atila se quedó en silencio, pero el resplandor ultra-rojo persistía. Atila dejó de mover sus espadas para poder oír, con su arista, lo que estaba pasando. Los manipuladores que sostenían las espadas percibieron una vibración que procedía de la empuñadura. Cuando Atila volvió a agitar las espadas, ya no tenía nada que agitar. Las hojas de las espadas se habían desintegrado.

Atila sacó un ojo rosado al resplandor ultra-rojo y... ¡vio una piel pecosa!

—Dame tu espada —exigió Atila.

—Sí. ¡Oh, El Terrible! —dijo una voz y la espada de Lee-Letras cortó el ojo que asomaba.

—¡Ojo-Vengador está vengado! —proclamó Lee-Letras.

Atila gemía en su agonía.

Gatea-Corteza levantó su lanzador de positrones y dijo:

—Acabemos de una vez.

—¡No! —dijo Escudo-Abollado—. ¡Es mío!

Se montó encima de Atila. El cuerpo del emperador se retorció y su arista casi quedó hacia arriba, en su intento de sacudirse a su atacante. Ella lo mantuvo debajo y metió su espada corta, en su nudo cerebral. Los párpados de Atila se relajaron y los ojos rosados fluyeron sobre la corteza, cuando se apagó por fin el resplandor que

venía de los Ojos de Brillante.

Escudo-Abollado levantó un globo ocular sin vida y lo cercenó de su soporte. Se fue hacia el ojo siguiente.

—Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco —dijo—. Esto salda la cuenta de lo que me debías. Ahora pasaremos cuentas de lo que debes a los Ancianos que estuvieron a mi lado.

Siguió dando la vuelta alrededor del cuerpo que se fluidificaba hasta que llegó al último de los ojos. Gatea-Corteza lo sostenía en un manipulador y tenía un pequeño puñal preparado.

—Estoy cansada —dijo Escudo-Abollado—. Puedes quedarte con éste.

—Éste es por Qui-Qui —y Gatea-Corteza cortó el último globo ocular del emperador de Huevo del Dragón.

—¿Quién es Qui-Qui? —preguntó Escudo-Abollado.

—Alguien a quien conocí hace mucho tiempo —dijo él.

FECHA: 21:04:17 MG; MARTES, 21 DE JUNIO DE 2050

—Ha sido una excelente elección de frecuencia, Jean —dijo Seiko—. Ultravioleta corto. Demasiado larga para la visión normal de los cheela y demasiado corta para poder causar efectos sexuales secundarios. Decididamente esto ha decidido la batalla.

—¿Qué sucede? —preguntó Abdul.

—Qué ha sucedido, debes preguntar. Todo se ha terminado en una décima de segundo.

—¿Pero quién ha ganado? —chilló Abdul.

—Los cheela del espacio, desde luego.

Seiko recogía las emisiones de resúmenes de noticias que llegaban desde la corteza.

—Con una pequeña ayuda de sus amigos —dijo Abdul.

—Necesitan un poco más de ayuda —dijo Seiko—. Sus bibliotecas quedaron aniquiladas por el estrellamoto, y desean que les devolvamos parte de la información que está en los cristales de HoloMem de nuestra biblioteca. No lo quieren todo, e informarán a nuestro ordenador de las secciones que necesitan.

—Voy a coger el primer cristal.

Pierre que estaba sentado frente a la consola de la biblioteca estiró el brazo para alcanzar el estante de los HoloMem y sacó uno de ellos. Todavía estaba marcado «A hasta AME» pero el contenido del diccionario humano había sido sustituido, hacía mucho tiempo, por todo el conocimiento de los cheela. La transmisión del contenido del cristal sería más rápida si se efectuaba desde la consola de comunicaciones de la cubierta principal, por lo que Pierre se empujó por la escalera de metal, lo más aprisa

que pudo, sabía que por muy rápido que se moviera un humano siempre le parecería muy lento a un cheela.

ESCAPE

FECHA: 01:01:10 MG; MIÉRCOLES, 22 DE JUNIO DE 2050

—Este es el último de los cristales HoloMem del archivo, Pierre —dijo Jean cuando se apartó de la consola de comunicaciones—. La mayor parte de lo que contiene estaba en código. Espero que tengan las claves criptográficas.

Se volvió a inclinar hacia adelante, porque la imagen del Locutor-del-Cielo aparecía en la pantalla.

—Claves evidentes —dijo Locutor-del-Cielo—. Adiós.

—Me gustaba más el viejo Maestro-del-Cielo —dijo Pierre—. Era tal su verborrea que nos dejaba tiempo para pensar.

—Ahora tenemos mucho tiempo para pensar —dijo Jean en voz baja mientras cerraba la consola de comunicaciones.

Metió la mano debajo del pupitre y extrajo el cristal de HoloMem que había salido de la biblioteca, y lo reemplazó por el cristal normal de la consola que contenía el registro de todo lo que pasaba por la consola.

—Demasiado tiempo —dijo Pierre.

Siguió a Jean que se metía por el pasillo que bajaba hasta la cubierta de la tripulación. Jean se fue a la biblioteca para restituir el cristal HoloMem a su estante. Pierre, motivado por su responsabilidad como comandante, volvió a la cocina y se puso a mirar los listados de los alimentos que había en los armarios de la despensa. Había comida para ocho días más si se consumían raciones normales, para dieciséis días a media ración, para treinta y dos días a un cuarto de ración. Sólo para un mes. Faltaban cinco meses más para que Óscar regresara de su alargada órbita elíptica, alrededor de Huevo. Sus ojos no miraron hacia la fila de armarios que tenían la etiqueta en blanco. Saltando ligeramente a causa de la escasa gravedad, sobrepasó a Jean que estaba en la consola de la biblioteca y viró para entrar en la sala de estar. Doc hablaba con Seiko, y Abdul miraba pensativamente a través de la mirilla que había en el suelo.

—¿Están listos los HoloMem? —preguntó Abdul, mirando hacia arriba.

—Sí —dijo Pierre, flotando suavemente hasta el almohadón que estaba a su lado.

—¿Queda algo que podamos hacer los simples humanos? —preguntó Abdul.

—Los cheela ya no nos necesitan más. Hay que suponer que ya están muy avanzados en su recuperación.

Una pequeña mota de un blanco vivo apareció en la parte exterior de la ventana de observación y se quedó parada.

—Sonríe —dijo Abdul—. Estás a punto de ser retratado por unos turistas.

La mota soltó una nube de chispas. Hubo un juego de luces y después las chispas

volvieron a la reluciente mota, que se alejó velozmente.

—¿Pierre, que planes tienes para el resto de la misión? —preguntó Seiko.

—No tengo planes.

—¡Pues deberías tenerlos! —la voz de Seiko estaba alterada—. ¡No deberíamos malgastar nuestras vidas sin hacer nada mientras esperamos la muerte!

Pierre levantó su mirada de la mirilla; su angustia se adivinaba en sus facciones a través de su descuidada barba.

—Soy incapaz de encontrar el modo de salvarnos —dijo y las lágrimas empezaban a salir de sus ojos.

—Claro que no puedes —dijo Seiko—. No hay posibilidad de salvación para nosotros. Es cuestión de números. Hay que alimentar a cinco personas y sólo tenemos ración para ocho días. Podríamos conseguir alargarlas si utilizamos nuestras reservas corporales, pero se agotarían dentro de un mes. Hasta podríamos considerar la posibilidad de comernos el cuerpo de Amalita. Lo máximo que podríamos obtener de él, serían cincuenta kilos de carne.

Se volvió hacia el Doctor Wong:

—¿Doctor, cuantas calorías tiene la carne? —le preguntó.

—¡No puedo creer lo que estoy oyendo! —dijo Abdul—. ¡En modo alguno, pienso convertirme en un caníbal! ¡Me voy!

Intentó tirarse de cabeza por la puerta para ir a su habitación, pero Pierre le sujetó poniéndole una mano sobre su hombro. Lo mantuvo así e hizo una señal a Doc para que contestara.

—Utiliza los mismos valores que los de la carne de cerdo, Doc —sollozó Abdul—. Alguna vez he oído decir a mis amigos los caníbales que es muy difícil advertir la diferencia.

—Muchas carnes tienen unas 4.000 calorías por kilo —dijo el Dr. César Wong—. Una persona normal puede vivir con medio kilo de carne al día, si la dieta se puede suplementar con vitaminas.

—O sea que los 50 kilos solo nos durarían 20 días a ración normal, u 80 días a un cuarto de ración —dijo Seiko—. Todavía nos quedamos cortos por dos meses —hizo una pausa de un segundo—. Como dije antes: no tenemos salvación.

—Creo, y no me equivoco, que lo que ahora vas a decir es que lo echemos a suerte —dijo Abdul a Pierre.

—¡Abdul! —dijo Pierre severamente.

—Ya he calculado esta posibilidad —dijo Seiko—. Pero en ella aparece un problema. Si esperamos a que alguno fallezca de hambre, entonces va a quedar muy poco alimento en su cuerpo.

—¡En el mío no va a quedar ninguno! —dijo Abdul.

—Pero, por otra parte, si una persona fallece al principio del periodo, resulta que

no sólo su cuerpo será una fuente de alimentos significativa, sino que además no habrá consumido alimentos mientras pasaba el tiempo. Si tomo los datos de calorías supuestos por el Doctor Wong, mientras dos cuerpos podrían permitir raciones reducidas a una cuarta parte para cuatro personas, durante el mismo tiempo, si hubiera tres cuerpos se dispondría de alimento adecuado para los restantes tres, durante seis meses.

—¡Magnífico! —exclamó Abdul—. ¿Por qué vamos a detenernos en el canibalismo, cuando podemos celebrar homicidios rituales?

—Aunque esta opción, en teoría sea factible —continuó Seiko—. Yo misma no tengo la menor intención de sugerirla ni mucho menos de participar en ella.

—¿Qué te pasa? ¿Temes sacar la paja corta?

—No. La paja larga —contestó Seiko—. Ni tú, ni yo, ni ninguno de los demás podría regresar usando esta solución. Yo, por ejemplo, voy a consumir mis últimos días completando mis estudios científicos, preparando mi trabajo para que sea publicado y transmitiéndolo al San Jorge. Será la culminación de mi carrera. Cuando haya terminado, estaré dispuesta a morir.

Se dirigió otra vez al Dr. Wong.

—¿Tenemos cápsulas terminales a bordo, Doctor Wong? —le preguntó.

—Desde luego —repuso César.

Seiko, entonces, se volvió hacia Pierre.

—Va a resultar difícil mantenerse racional a medida que vaya pasando el tiempo —dijo flemáticamente—. Aconsejo que penséis ahora en consignar al espacio, el cuerpo de Amalita. Así evitaríamos tentaciones, después.

Se tiró de cabeza por el pasillo que iba hasta la cubierta científica.

Pierre miró a todos los demás.

—Tiene razón —dijo Jean.

—Ayudaré a sacarla —dijo César.

—Si no os importa, será mejor que yo esté en cualquier otra parte —dijo Abdul—. Creo que no podría resistirlo.

—Claro —dijo Pierre—. Doc y yo nos encargaremos de hacerlo, y Jean puede ocuparse de manejar los controles de EVA.

Amalita había sido colocada en el armario en posición fetal, por lo que resultaba relativamente fácil desplazarla por la cubierta, pero apenas sí se la podía hacer pasar por los agujeros de los pasillos. Todavía llevaba su traje espacial, ya que el Doctor Wong no había necesitado continuar su examen, cuando al quitarle el casco vio que tenía el cuello roto. Seiko cerró la consola de física estelar, y amortiguó la mesa de imagen cuando llevaron a Amalita a la cubierta científica.

—Sostendré a Amalita mientras vosotros os ponéis vuestros trajes —dijo ella, tomando la congelada carga inerte.

—La compuerta EVA está preparada —dijo Jean—. Se alzó de la consola de EVA, ayudó a Pierre y a César con sus trajes y repasó la hoja de comprobaciones previas, tan cuidadosa y concienzudamente como siempre lo había hecho Amalita.

—Botas de magnetoextinción... —dijo Jean. Pierre movió un interruptor de su consola pectoral que ordenaba la distribución pseudoaleatoria de los monopolos magnéticos que llevaba en las suelas de sus botas, para que duplicaran la distribución hexagonal de los monopolos, incorporada a las plantas interiores y al casco del Matadragones. Sus botas golpearon la cubierta y giraron hacia fuera formando un ángulo de treinta grados.

—Comprobado —dijo y abrió la compuerta de EVA. Se dio la vuelta y ayudó a César para conseguir hacer entrar el cuerpo de Amalita.

—No olvidéis vuestras cuerdas de seguridad —dijo Jean—. Fuera de aquí, hay unos campos gravitatorios muy fuertes.

Pierre amarró una cuerda a su propio traje y otra a una anilla del traje de Amalita. En aquel momento apareció una cabeza oscura por el agujero del pasillo.

—Tengo que despedirme de ella —dijo Abdul.

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para poder mirar la cara terriblemente quemada de Amalita. Su mano izquierda acarició la chamuscada cabellera, mientras besaba por dos veces su mano derecha y la apoyaba suavemente en las ampollas congeladas, de los cerrados párpados de Amalita. Se dio la vuelta y regresó por el pasillo, de cabeza, dejando tras él una nube de lágrimas que ascendía impulsada por un remolino de aire.

Jean efectuó todo el ciclo de operaciones, para que salieran al exterior.

—El mejor sitio para soltarla es cerca de la ventana del observatorio —dijo Pierre después de salir por la compuerta exterior.

Cuidadosamente fijó sus botas de magnetoextinción en el casco y sujetó su cuerda de seguridad a un punto de amarre.

—Será atraída hacia fuera, hacia el anillo de masas de compensación y desaparecerá en un relámpago de plasma. Lo que no queremos, en absoluto, es que ella o sus «trozos» queden en órbita.

Se desplazaron lentamente sobre el casco de la nave hasta llegar a un punto próximo al mirador. Estaban de pie en el polo sur de su pequeña luna que giraba alrededor de la estrella de neutrones, dando cinco vueltas por segundo. Pero el casco del Matadragones no giraba cuando estaba en órbita, sino que mantenía su orientación en relación a las lejanas estrellas. Para los dos humanos que estaban de pie sobre el casco, la estrella de neutrones de un blanco incandescente parecía girar alrededor del ecuador de la nave cinco veces por segundo, mientras encima y debajo de ellos giraba un anillo formado por seis masas rojas que pasaba por sobre los dos polos de la nave esférica a la vez que giraba para mantenerse siempre tangente a la dirección de la estrella. Con esta configuración, las mareas de gravedad creadas por

las masas anulaban las peligrosas mareas de gravedad de la estrella, permitiendo la supervivencia de los humanos.

—Le daré un ligero empujón mientras vas aflojando la cuerda de seguridad —dijo Pierre.

Soltó el cuerpo de Amalita, y las mareas no compensadas empezaron a tirar de ella alejándola. Cuanto más se apartaba de la nave y se aproximaba a las masas del anillo, más intensas eran las fuerzas que tiraban de ella. Una pléyade de chispas blancas se reunió, manteniéndose a distancia, para observar.

—Se está volviendo pesada —dijo César.

—Me parece que es estable —dijo Pierre—. Suéltala.

El extremo de la cuerda de seguridad dio un latigazo al salir de la amarra y se fue tras de Amalita, que se aceleraba rápidamente hacia el anillo que estaba 200 metros más allá. Un poco antes de que alcanzara el anillo, su cuerpo fue rodeado momentáneamente por una nube de motas blancas. Se vio un relámpago y Amalita desapareció.

Cuando Pierre y César regresaron a la nave, Jean y Seiko les ayudaron a sacarse los trajes.

—A no ser que alguien quiera usar la consola de la biblioteca, creo que voy a volver a trabajar en mi libro —dijo Pierre.

—¿Cuál de ellos? —preguntó Jean.

—La versión popular de todo lo que ha sucedido en este viaje. Iba a llamarla Huevo del Dragón pero los editores de Interplanetaria Ballantine dicen que ya tienen un título del mismo nombre en su fondo. Por otra parte quieren algo más personal, por lo que eligieron Mi visita a nuestros amigos nucleónicos. Creo que el título es algo tonto, pero ellos son los que pagan.

—Creo que el dinero ya no tiene la menor importancia —le recordó Seiko.

—Hmm.

Pierre miró la mesa, donde aparecía la imagen de la estrella y advirtió que había muchas cosas nuevas en la superficie de la estrella de neutrones.

—Ha habido muchos cambios, en la última hora —dijo a Seiko.

—Sí —contestó ella—. Mientras tú y el Doctor Wong estabais fuera, los cheela han vuelto a establecer una civilización tecnológica muy avanzada, sobre el suelo, y han reanudado unas actividades intensivas en los viajes espaciales. Han recuperado muy rápidamente lo perdido cuando ocurrió el estrellamoto y avanzan a una marcha muy acelerada.

—Será mejor que me ocupe en escribir si es que me he de mantener a su nivel.

Pierre se agachó y se empujó por el agujero del puente que daba al pasillo. Se detuvo cuando llegó a la cubierta principal. Abdul estaba allí. Había abierto la protección metálica de una de las mirillas ecuatoriales y estaba mirando a través del

cristal teñido.

—¡Eh!, fíjate en los mirones —chilló Abdul a través de la cubierta—. Es como si yo fuese una de las cabezas del Monte Rushmore. ¿Por qué no vienes aquí y juegas a ser Teddy Roosevelt? Ya tienes la barba, para empezar.

Cuando Pierre se acercó a la ventana, el número de las motas que estaban fuera, aumentó extraordinariamente.

FECHA: 01:30:04 MG; MIÉRCOLES, 22 DE JUNIO DE 2050

Pensamiento-Ocupado se paseaba por el aula de la guardería criticando el trabajo de los alumnos. A pesar de que gran parte de la educación de los jóvenes se hacía por medio de las conexiones por holovideo con el programa «Maestro Superior» del ordenador central, todavía quedaban algunos temas que eran explicados mejor por profesores vivos en aulas centrales. El arte plasmático era uno de estos tópicos, especialmente porque los generadores eran muy caros y voluminosos.

—Es una estructura excelente, Ojos-Bellos —dijo Pensamiento-Ocupado—. Pero los colores son demasiado pálidos para una forma tan atrevida. Tal vez deberías probarlo con más corriente en el generador de iones.

El estudiante ajustó los controles que tenía debajo de su arista e incrementó la intensidad de los rayos de iones que se disparaban dentro de los campos magnéticos que tenían una forma determinada. Los iones circulaban en espiral a lo largo de las líneas de campo magnéticas, desprendiendo un resplandor de radiación sincrotrón. Con el aumento de la corriente, el interior de la escultura magnética resplandecía mucho más. Ojos-Bellos aumentó, entonces, la potencia de uno de los generadores de campo magnético que estaba en la base, y ajustó algunas guías superconductoras que estaban sujetas a la parte alta. La escultura había pasado a ser una forma flotante de resplandecientes colores incandescentes. La forma era de simetría doble. Había una estructura interior de un intenso violeta que básicamente era casi esférica, pero tenía unos grandes agujeros irregulares que penetraban en su interior, con un triángulo y un rectángulo debajo de ellos. Cubriendo la estructura violeta aparecía un manto de plasma grumoso de tonalidad azul blanquecina con zonas de amarillo claro.

—Se parece a algo muy conocido —dijo Pensamiento-Ocupado.

—Es el retrato de un humano —dijo Ojos-Bellos—. Este es Pierre Carnot Niven, el comandante de la expedición.

—Si tú lo dices. A mí todos los pausados me parecen iguales.

—Pero no cuando les conoces bien —dijo Ojos-Bellos—. Pierre tiene pelos en la parte de abajo de su bulto-cabeza, además de en la parte de encima.

Ojos-Bellos prosiguió con impaciencia.

—He aprendido todo lo que se refiere a los humanos en mis cursos por holovideo.

El programa «Maestro Superior» dice que hago progresos en este tema y me ha autorizado para que siga un programa especial avanzado en humanología.

—Esto está muy bien, Ojos-Bellos, pero ésta es una clase de arte abstracto. A pesar de que a los humanos les veamos como muy raros, esto no los califica como pertenecientes al arte abstracto. Para la próxima clase quiero que te limites a hacer lo que se te pide.

Pensamiento-Ocupado se fue hasta el centro de la habitación y dio unos tamborileos para llamar la atención de la clase.

—Cada uno debe terminar su escultura y registrar el conjunto de los controles en la memoria. Cuando hayáis terminado, daré una noticia.

Hubo muchos intercambios de susurros entre los estudiantes, mientras hacían los últimos ajustes en sus obras y luego cerraban sus generadores. Cuando se reunieron alrededor de su maestro Pensamiento-Ocupado, éste tuvo el momentáneo instinto de estirarse y cubrirlos a todos ellos con su manto de incubación. Se libró de aquel sentimiento, pero decidió inscribirse otra vez para el rejuvenecimiento. Ya lo había estado posponiendo demasiado.

—El clan de la Roca Blanca ha prosperado mucho en estos últimos tiempos —dijo Pensamiento-Ocupado—. Con la disminución de nuestra cuota de huevos, que ha hecho el Consejo de Control de Población de los Clanes Aliados, hemos tenido menos gastos de escuela-guardería. Los Ancianos del clan han decidido que toda la escuela-guardería haga un viaje para conocer a los humanos. Después de todo, pasamos por un periodo único en la historia, en el que los cinco humanos pueden ser vistos de cerca y al mismo tiempo.

Ojos-Bellos se quedó extasiado al oír la noticia. Por primera vez iba a poder ver a los humanos que había estudiado.

La clase tomó un transporte deslizante hasta el polo Oeste, y subieron por la Fuente Espacial del polo Oeste, hasta la cúspide. Pensamiento-Ocupado había preparado un enlace especial con «Maestro Superior». Durante el camino ascendente, los alumnos de la clase se beneficiaron de una conferencia sobre las particularidades geográficas del hemisferio del polo Oeste que quedaba por debajo de ellos. En la Plataforma Superior tomaron una nave de turismo, construida especialmente para ver a los humanos. Poseía unos generadores de gravedad artificial y unas gradas para que todos pudieran tener una buena visualidad, sin que la nave humana les diera la incómoda impresión de estar «encima de ellos».

—¡Caramba! Son enormemente grandes —dijo Ojos-Bellos cuando la nave de los turistas se quedó inmóvil flotando a un metro de la mirilla que enmarcaba las caras inmóviles de Pierre y de Abdul.

Conformó un pseudópodo y señaló hacia uno de los humanos.

—Ese es Pierre. Se puede distinguir porque tiene un parche amarillo en toda la

parte de abajo de su cabeza. Ese otro es Abdul, que sólo tiene un delgado parche amarillo debajo de la nariz.

—¿Qué es esa sustancia amarilla? —preguntó una de sus condiscípulas.

—Pelos. Los humanos son en gran parte pelones como nosotros, pero tienen parches de pelos en sus cabezas, parecidos al pellejo de un Ligerito.

—¡Horroroso! —contestó ella.

La nave de turismo se acercó a la mirilla vecina por la que Jean Kelly les miraba.

—Todos parecen iguales —dijo alguien—. Creía que tenían la piel de colores distintos.

—Así es, en la parte del espectro de longitud de onda muy grande, en la que funcionan los ojos humanos —explicó Ojos-Bellos—. Pero todos parecen iguales si se les mira con visión de rayos X.

La nave de turismo disponía de un proyector de holovideo con una secuencia de interrupción temporal. Primero vieron a Abdul en el mirador llamando a Pierre, la aparición de Pierre en la ventana, después Abdul y Pierre hablando y mirando hacia la nave visitante. Las sacudidas que se veía en las fotografías, hechas a intervalos de tiempo, hacían que todos saltaran sobre sus aristas.

—¡Parad de reír! —chilló Ojos-Bellos—. ¡Estos valientes humanos han dado sus vidas para salvar a Huevo, y os estáis riendo de ellos como si fueran Ligeritos en un zoo!

—¡Ojos-Bellos! —la arista de Pensamiento-Ocupado golpeteó desde lejos—. ¡Pórtate bien!

La arista de Ojos-Bellos se mantuvo en silencio, pero su nudo cerebral todavía estaba furioso.

—Debe haber alguna manera de poderles salvar —pensaba—. Y no cambiaré este maldito nombre que llevo, hasta que la descubra. Cuando lo consiga escogeré otro nombre mejor: un nombre noble.

FECHA: 01:30:05 MG; MIÉRCOLES, 22 DE JUNIO DE 2050

—¡Fíjate en esas naves espaciales! —dijo Abdul—. Tienen casi 10 centímetros de longitud y poseen muchas cubiertas. Deben ser el equivalente a nuestros cruceros de lujo, que vienen para disfrutar de las vistas.

—Ya no los hacen esféricos —dijo Seiko que observaba desde un mirador vecino—. Han descubierto un método eficaz para producir gravedad, y ya no necesitan ir paseando los agujeros negros en miniatura. Su capacidad tecnológica aumenta a una velocidad asombrosa.

—Me pregunto si serán capaces de desplazar asteroides —dijo Jane, esperanzada.

—Les sobra la energía para que puedan hacerlo —dijo Pierre—. Lo que pasa es

que Óscar es demasiado frágil, y ellos y sus máquinas son muy densos.

—En los holovideos, Superman puede ser capaz de levantar icebergs —dijo Abdul—. Pero si intentase levantar un iceberg no conseguiría otra cosa que un montón de cubitos de hielo.

—No hay ninguna manera de que Óscar regrese antes de seis meses —dijo Seiko utilizando su teutónico tono autoritario—. Será mejor que dejemos de pensar cosas absurdas. Es contraproducente. Vamos a morir, y no podemos hacer nada para evitarlo. Me voy a la cocina a buscar algo que comer. ¿Alguien quiere acompañarme?

—Ahora no tengo hambre —dijo César. Los demás siguieron mirando por las ventanas a las naves visitantes.

FECHA: 03:54:50 MG; MIÉRCOLES, 22 DE JUNIO DE 2050

Al final llegó el giro en que Ojos-Bellos cesó en su empeño y regresó a la ciudad de Roca Blanca, el lugar de donde era originario su clan. Buscó al jefe de la escuela y solicitó un puesto para ocuparse de los más jóvenes.

—Hay pocas plazas —dijo el jefe de la guardería 71—. Consejo Control-Población hace disminuir cheela y aumentar robots.

A Ojos-Bellos no le gustaba el estilo brusco del lenguaje que se había desarrollado durante los últimos 60 gran de giros. En aquel tiempo, cada cheela tenía una horda de robots a su disposición y muy raramente se relacionaba con los otros cheela, lo que explicaba que la buena educación ya no se notara en el lenguaje. Después de todo, los robots no tienen sentimientos y no hay que convencerles para que hagan algo, sólo hay que decirles que lo hagan. Puesto que estaba hablando con un cheela, decidió que sería mejor utilizar el antiguo estilo.

—Le estaría enormemente reconocido si pudiera encontrar un empleo para mí —dijo Ojos-Bellos—. He trabajado duramente durante 300 gran de giros y deseo dedicarme al cuidado de los jóvenes.

—¿Experiencia? —preguntó el jefe de la guardería 71.

—Tengo títulos superiores en Humanología, Medicina Humana, Ciencia Ampliada de la Materia, Ingeniería Inercial y Gravitatoria y Administración Científica. Además he sido jefe del Cuarto Segmento en la Legislatura de los Clanes Aliados.

—¿Éxitos?

—No demasiados, me temo —dijo Ojos-Bellos—. Me he pasado la vida tratando de encontrar alguna manera de evitar que los humanos se mueran de hambre. He estudiado la medicina humana para buscar algún método, como por ejemplo, el sueño profundo, para conseguir que los humanos puedan vivir sin alimentos. He estudiado la Ciencia Ampliada de la Materia para intentar descubrir la manera de fabricar

alimentos, con el equipo que los humanos tienen en el Matadragones. He estudiado la ingeniería inerciales y gravitatoria para encontrar la forma de que el lejano asteroide regrese antes. No tuve éxito.

»Me metí en la política, llegué a ser jefe del Cuarto Segmento. Logré que me dieran fondos para formar un grupo especial de trabajo para resolver el problema del hambre de los humanos, después dejé la legislatura para hacerme cargo de este grupo. Disponía de las mentes más brillantes, tanto de los cheela como de los robot, que trabajaron en este problema, durante dos generaciones. No tuvieron éxito. Cuando se acabaron los fondos, renuncié y vine aquí. No tengo éxitos que pueda contar a los jóvenes. Me temo que no sería una buena elección para trabajar aquí.

—No —corroboró el jefe de la guardería 71.

Su arista estaba ocupada en su pantalla de toque.

—Hay un huevo disponible para incubar durante 18 giros.

—Lo tomo —dijo Ojos-Bellos.

El alma predestinada de Ojos-Bellos, estaba en paz, por fin. Del huevo había salido una cría casi perfecta, exactamente tal como los geneticistas habían predicho. La cría tenía el nombre oficial de Roca Blanca/207891384, pero Ojos-Bellos, recordando un viejo cuento que había leído durante sus estudios humanológicos, lo llamó Máximo-Tigre.

Máximo-Tigre se escondía y salía otra vez de debajo del manto de incubación de Ojos-Bellos, jugando al escondite con sus compañeros robóticos. Mientras Máximo-Tigre jugaba, Ojos-Bellos recogió uno de los juguetes educativos de las crías. Era demasiado caro para ser un juguete tan sencillo, pero los psicólogos de las crías creían que era importante para los pequeños que tuvieran experiencias con los fenómenos paradójicos desde su más tierna edad.

El juguete consistía en un anillo sencillo. Iba con una docena de pequeñas esferas metálicas. Cuando una esfera se empujaba a través del agujero central del anillo, no salía inmediatamente por el otro lado. Según fuera el lado por donde hubiera entrado la bola, salía en un tiempo diferente, bien en el pasado o bien en el futuro. Había seis bolas en reposo sobre la corteza. Distraídamente, Ojos-Bellos cogió cinco de aquellas esferas y las metió una cada vez, por el agujero del anillo. Hubo una larga pausa, y después las cinco esferas fueron apareciendo y cayendo fuera.

De repente, Ojos-Bellos replegó su manto de empollar y salió aprisa del recinto, dejando atrás a un sorprendido Máximo-Tigre.

Los compañeros de juego robóticos distrajeron la atención de Máximo-Tigre del fugitivo Ojos-Bellos, a la vez que mandaban unos mensajes de emergencia al jefe de la guardería para pedir un sustituto.

FECHA: 03:55:03 MG; MIÉRCOLES, 22 DE JUNIO DE 2050

La pantalla de la consola de comunicación se iluminó presentando la imagen de Locutor-del-Cielo. Destacándose sobre la algarabía de datos en transferencia, llegó una señal de llamada.

Seiko se acercó a la consola y la imagen de Locutor-del-Cielo empezó a hablar de inmediato.

—Lees aprisa —dijo la imagen—. Escuchas lento. Lee.

La imagen fue reemplazada por un texto que iba pasando rápidamente por la pantalla, a la velocidad máxima a la que sus ojos podían leer.

Seiko no sabía cómo los cheela lo habían conseguido, pero habían tomado el control del programa visual de la consola de comunicaciones.

—Pierre, —dijo Seiko sin dejar de leer—. Van a intentar salvarnos.

—¿Han descubierto algún modo de desplazar a Óscar? —preguntó él, que llegó flotando hasta su lado.

—No —dijo Seiko—. Han descubierto un modo de desplazarnos a nosotros.

Pierre leyó la pantalla al mismo tiempo que ella, y después dijo al resto de la tripulación:

—Todos hemos de meternos en los tanques de protección frente a la gravedad elevada —dijo—. Los cheela nos van a llevar de viaje.

FECHA: 04:02:35 MG; MIÉRCOLES, 22 DE JUNIO DE 2050

Productor-de-Neutrinos-84 estaba vigilando cuando el enjambre de sus trabajadores robóticos se acercó a la gigantesca ventana del observatorio, situado en el polo sur de la espacionave de los humanos. Se detuvieron a algunos metros del casco y colocaron tres generadores de neutrinos que inundaron el interior de la espacionave con haces de neutrinos de frecuencias cuidadosamente seleccionadas. Después se llevó su equipo al lado diametralmente opuesto, donde colocaron muchos detectores de neutrinos, muy próximos unos de otros. Cada robot llevaba en su parte trasera el símbolo de la planta rinconera de la Compañía de Construcciones Red.

—Este es uno más de los «programas imposibles» de Construcciones Red —dijo con orgullo el ingeniero.

Cuando los detectores estuvieron emplazados, una holoimagen generada por ordenador empezó a formarse lentamente en la pantalla.

—El aire, el agua, los humanos, el acero... todo es semejante al vacío —dijo Productor-de-Neutrinos-84 mientras esperaba con impaciencia a que la imagen se acabara de formar.

—Si hubiesen hecho un scanner de neutrinos a un objeto de densidad decente, la

imagen se habría formado casi en el acto.

Tras medio giro, la imagen se había concretado lo suficiente para poder ver que los humanos se hallaban dentro de los tanques, en los que se acababa de sustituir el aire por el agua.

Productor-de-Neutrinos-84 conectó su consola para comunicarse con Vaciador-111. Se trataba de una antigua y experimentada ingeniera de demolición, a la que se había asignado la delicada misión de desmontar de su nave espacial el comunicador de los humanos sin alterar sus posibilidades de funcionamiento. El comunicador había de ser entregado a otro equipo de ingenieros para que calibrase algunas máquinas que permitirían que los cheela ultradensos alimentaran y controlaran, sin deteriorarlo, aquel tenue equipo humano.

—Humanos en tanques —dijo Productor-de-Neutrinos-84.

—Procediendo —dijo Vaciador-111 cuando su equipo de robots desmontadores empezaron su trabajo.

El comunicador disponía de dos conexiones, que atravesaban el casco, con los aparatos electrónicos del interior del Matadragones. Una era un cable de potencia para alimentar la fuente láser y la otra un cable modulador, de fibra óptica, que transmitía la información. Desplazándose cuidadosamente, los robots desmontadores formaron un microabánico de rayos desintegradores para cortar las dos líneas en los mismos conectores. Debían tener cuidado para evitar los extremos libres de los cables que describían eses lentamente por efectos de los campos variables de gravedad que había en el exterior del Matadragones. Después, los robots desmontadores atacaron la estructura de soporte mecánico. El comunicador láser quedó suelto.

Vaciador-111 frotó su pantalla de arista, y apareció la imagen de otro ingeniero de Construcciones Red. Era Gravitón-321. Sus insignias de ingeniero tenían un círculo que significaba gravedad, en vez del triángulo que significaba desmantelamiento.

—Para ti —dijo Vaciador-111.

—Para mí —contestó Gravitón-321—. Y luego para los electromagnéticos.

—¡No toques nada! —canturreó Vaciador-111 en la pantalla.

—Ni tú, tampoco —dijo Gravitón-321 mientras la pantalla se apagaba.

Gravitón-321 distribuyó su equipo de robots gravitatorios en el camino del comunicador láser que lentamente iba dando tumbos. Su trabajo iba a consistir en tomar el láser bajo su control y hacerlo detener. Tenían que hacerlo sin tocarlo, porque el instrumento humano era tan frágil que no podía soportar el más ligero toque de cualquiera de las máquinas de los cheela.

El escuadrón de robots gravitatorios de Construcciones Red había sido especialmente diseñado para aquel trabajo. Tenían forma esférica, y cada uno llevaba un pequeño agujero negro en su interior. El agujero negro proporcionaba el campo de gravedad básico que utilizaba el robot. El casco de los robots estaba dotado de unos

potentes intercambiadores y desviadores de gravedad que modificaban la forma, intensidad y hasta la dirección de las fuerzas de gravedad que procedían del agujero negro. Manteniéndose cuidadosamente a una distancia de seguridad, los robots tiraban y empujaban del comunicador láser que iba de aquí para allá, hasta que consiguieron ponerlo bajo su control. Después se lo llevaron a través del anillo giratorio de masas compensadoras hasta un lugar seguro, donde los ingenieros electromagnéticos intentarían actuar sobre él.

Jefe-Electromagnético-1 esperaba pacientemente la llegada del comunicador láser procedente de la posición orbital de los Pausados. Su equipo de ingenieros electromagnéticos estaba preparado. El equipo estaba formado por jóvenes, que debían dar el ímpetu que necesitaban, y por técnicos más experimentados, que debían proporcionar la cautela. Porque, en su intento de acoplar sus ultradensas máquinas nucleónicas a la dilatada materia electrónica de las máquinas que usaban los humanos iban a conquistar una nueva frontera.

Los electromagnéticos eran personajes de una clase especial. Era preciso tener una personalidad obstinada para especializarse en un campo como el electromagnético, en donde casi no había ninguna oportunidad para practicar la especialidad. Por regla general, los ingenieros electromagnéticos no hacían más que hablar entre ellos y proyectar experimentos que requerían conductores electromagnéticos que alcanzaran centenares de metros de distancia por la superficie de Huevo, para medir las ondas extralargas electromagnéticas procedentes del espacio. También cooperaban en los programas instructivos del «Maestro Superior» si se daba el caso de que algún estudiante fuera lo bastante raro como para querer ser ingeniero electromagnético.

Aquella era la primera ocasión en que había necesidad de un mando para el equipo de ingenieros electromagnéticos, y el ingeniero Jefe-Electromagnético-1 era el primero de su profesión.

Gravitón-321 y su escuadrón de robots consiguieron que el comunicador láser se detuviera cerca de las extrañas máquinas de los electromagnéticos que flotaban en órbita, a cierta distancia del Matadragones. Almacenó muchos de sus robots, pero dejó algunos para que se ocuparan de mantener el comunicador láser en su lugar. Jefe-Electromagnético-1, su equipo de ingenieros y sus hordas de robots especializados le estaban esperando.

—Para ti —dijo Gravitón-321.

—Para mí —dijo Jefe-Electromagnético-1.

—¡No toques... —inició Gravitón-321.

—... nada! —canturreó un coro de aristas del equipo de los electromagnéticos.

El cable de alimentación de potencia al láser fue trasladado cerca de un generador de electrones. Resultaba difícil para los ingenieros electromagnéticos generar

corrientes intensas a unos voltajes tan pequeños. Pero al poco rato, cuatro amperios de electrón a 500 voltios salían por un lado del generador de electrones, y cuatro amperios de positrón salían por el otro. Los robots electromagnéticos de Construcciones Red orientaban estos haces, utilizando los campos eléctrico y magnético que emanaban de sus cuerpos, y los hacían llegar hasta los conductores que había en el extremo cortado del cable.

—Fotones láser detectados en el extremo del instrumento de los humanos —dijo Ingeniero-Electromagnético-32, que se ocupaba de la respuesta de un detector de fotones de larga longitud de onda alojado en uno de sus robots que estaba situado delante del comunicador láser.

—¿Erosión positrónica? —preguntó Jefe-Electromagnético-1.

—Diez picómetros de mizgiro —contestó Ingeniero-Electromagnético-25.

—Bien —dijo Jefe-Electromagnético-1.

Parecía que la técnica para sacar los electrones del conductor de retorno era correcta. Un conjunto de robots generadores de ultravioleta iluminaban, con fotones violeta, el metal del que hacían desprender los electrones. Estos electrones revoloteaban, en forma de nube, sobre el extremo conductor cargado positivamente, donde eran aniquilados por la corriente de positrones. La mayor parte de los rayos gamma procedente del aniquilamiento eran diseminados por la nube electrónica, pero algunos fotones de energía elevada podían llegar hasta el metal en donde causaban la pérdida de iones cobre.

—¿Temperatura del alambre? —preguntó Jefe-Electromagnético-1 a otro de los ingenieros.

—Estabilizada a 323 K —dijo Ingeniero-Electromagnético-28—. La refrigeración electromagnética está funcionando.

Su equipo de robots eran detectores que evaluaban con detalle el espectro de los fotones térmicos excitados en la superficie del metal por donde penetraban los rayos de electrones.

Una vez conseguido esto, el rayo de electrones se modulaba para producir fotones térmicos que tuvieran un espectro igual al detectado, pero con las frases invertidas, para que, por término medio, los nuevos protones tuvieran tendencia a anular a los originales.

Por tratarse de una técnica estadística, no trabajaba con una perfección absoluta, pero conseguía mantener los alambres por debajo de su punto de fusión.

—¡Modulación! —ordenó Jefe-Electromagnético-1.

Ingeniero-Electromagnético-55 golpeó en su consola de control y sus 20.736 robots empezaron a emitir, por sus cuerpos, radiación infrarroja de onda larga. Los robots estaban desplegados en una cuadrícula de 144 por 144, y su salida de infrarrojos estaba dispuesta en fase, de modo que coincidiera, en forma de pequeño

cinturón, exactamente allí donde estaba el extremo cortado de la fibra óptica del cable de comunicaciones.

—Modulación comprobada —informó Ingeniero-Electromagnético-32.

—Bien —dijo Jefe-Electromagnético-1. Ahora ya tenía la seguridad de que los cheela podían encontrar una manera de introducir y sacar información de los alambres eléctricos y de las fibras ópticas de los humanos. Se puso en contacto con Gravitón-321.

—Desvía el láser hacia el San Jorge... —dijo.

No hacía falta una respuesta. Gravitón-321 empezó a trabajar con sus robots, gobernándolos por medio de los bloques de toque, que estaban a los lados de su pantalla táctil-gustativa.

—... y... —prosiguió Jefe-Electromagnético-1.

—¿... y? —preguntó Gravitón-321, intrigado por tamaña verbosidad.

—¡No toques... —inició Jefe-Electromagnético-1.

—... nada! —gritó Gravitón-321, que se divertía mucho.

El San Jorge estaba muy lejos de la peligrosa estrella de neutrones, en una órbita de 100.000 kilómetros a la distancia de un tercio de segundo luz, por lo que transcurrieron tres giros antes de que Jefe-Electromagnético-1 pudiera establecer contacto con el ordenador del San Jorge, utilizando el comunicador láser que había retirado del Matadragones. Cuando el ordenador advirtió que se estaba comunicando directamente con los cheela, en lugar de hacerlo con los humanos que pensaban despacio, repitió rápidamente el mensaje que había estado procesando. La imagen era la de una hembra humana con el pelo amarillo, atado en forma de larga trenza, que le caía sobre uno de sus hombros. A Jefe-Electromagnético-1 le recordaba un tipo ridículo de Vergonzoso, conseguido por cruzamientos entre parientes próximos, cuyo pelo era tan largo, que necesitaba un ayudante robot para que se lo sostuviera en alto, apartándolo de su arista, cuando quería desplazarse. Su enlace con la consola la identificó como Carole Swenson, comandante de la expedición del Matadragones.

—¡Matadragones! Vuestro último comunicador láser está muerto. ¡Cambiar a enlaces alternativos! Mata...

Jefe-Electromagnético-1 reflexionó durante unos instantes si debía contestar al angustiado humano, para asegurarle que la tripulación no estaba en peligro inmediato. Pero para cuando ella hubiera acabado de decir «Matadragones», él ya habría tenido la oportunidad de obtener el permiso, para seguir con el resto de su misión. Y ya podría comunicarle la buena noticia de que los cheelas intentarían devolver la tripulación a la nave insignia San Jorge. Borró la imagen humana de su pantalla y lanzó una llamada al administrador del Proyecto de Transporte de los Pausados.

Dos giros después, Jefe-Electromagnético-1 recibió la visita personal del administrador del Proyecto de Transporte de los Pausados. A Jefe-Electromagnético-1

no le gustaba trabajar con aquel Anciano, que insistía en que se le llamara por su arcaico nombre, en lugar de uno más adecuado a su cargo.

—Soy Ojos-Bellos —dijo el administrador. Su arrugada piel y el movimiento incontrolado de sus pedúnculos contrastaban con el intenso resplandor de sus ojos rojo oscuros.

—Los ensayos de acoplamiento han tenido éxito —informó Jefe-Electromagnético-1.

—¡Magnífico! —dijo el administrador.

—¡Magnífico! —repitió el administrador, sin que hubiera necesidad de ello.

—¡Magnífico! —dijo una vez más el administrador.

Jefe-Electromagnético-1 empezaba a preocuparse.

Los movimientos ondulantes de los pedúnculos de Ojos-Bellos se hicieron más rápidos y su piel cambió de color cuando sus emociones se acercaban al punto límite de rotura. Su arista volvió a agitarse.

—Pro... —de repente, cuatro ojos cayeron sin vista sobre la cubierta. Jefe-Electromagnético-1 se dio cuenta inmediatamente de que el Anciano era víctima de un ataque que afectaba a uno de los trilóbulos de su nudo cerebral.

—¡Ojos-Bellos! —se precipitó a ayudar al Anciano y su arista tamborileó una llamada de urgencia en la cubierta.

Ocho ojos rojo oscuros le miraban fijamente y le obligaron a detenerse. No eran unos «ojos bellos» pero si eran ojos de fanático.

—Pro... Pro... seguid con el proyecto —los golpes de su arista eran débiles pero claros.

—Ojos-Bellos —dijo Jefe-Electromagnético-1—. Me quedo hasta que lleguen los médicos.

—¡Vete! —fue su respuesta—. Pero no me llames más Ojos-Bellos. Llámame Salvador-de-los-Humanos.

Su piel, fuertemente arrugada, se estremeció y se colapsó. El cuerpo del Anciano se fluidificó en todas las direcciones. Cuando los robots médicos quisieron entrar, su paso estaba bloqueado.

Después de celebrar una consulta con Directora-Jefe-5, que era la supervisora de Construcciones Red y del contrato para el Transporte de los Pausados, Jefe-Electromagnético-1 regresó a su comunicador láser. La humana Carole Swenson había terminado su frase y estaba en la pantalla con los ojos muy abiertos, leyendo el mensaje del cheela. No había tiempo para esperar a que la humana reaccionase, por lo que Jefe-Electromagnético-1 dejó un largo mensaje para el ordenador del San Jorge y otro más corto para ella.

—Matadragones será desintegrado. Los Seis Ojos de Brillante serán colapsados.

El retorno de su tripulación para dentro de seis meses.

Desconectó el comunicador láser, reunió a sus ingenieros y a los robots y se dirigió hacia el Matadragones.

Vaciador-111 distribuyó su equipo de robots cuidadosamente alrededor de la periferia de la gran ventana emplazada en el polo sur de la nave de los humanos. Cuando recibió la señal de la Directora-Jefe-5, activó su consola y los robots desintegraron la parte del casco que rodeaba la ventana. La ventana salió disparada cuando se vació el aire de la nave. Tocó su pantalla de tacto y apareció la imagen de otro ingeniero de Construcciones Red. Se trataba de Gravitón-321.

—Para ti —dijo Vaciador-111.

—Para mí —contestó Gravitón-321.

—No toques...

—Ni lo pienses —ambas pantallas retumbaban de risa.

Gravitón-321 colocó sus robots gravitatorios al paso de la losa de vidrio que iba dando tumbos con lentitud. Aquella pieza de vidrio superresistente, era una de las muchas partes de la espacionave que los científicos de la materia dilatada querían examinar. Cuando los robots tuvieron el vidrio bajo su control, mandó a algunos con la ventana, mientras él y los restantes robots regresaban al Matadragones. Cuando llegó allí, Vaciador-111 ya había cortado un gran trozo circular del casco de la espacionave. La tarea de hacerse con aquel trozo de casco era tan igual a la de recoger la ventana, que Gravitón-321, ni siquiera se preocupó de dar órdenes a los robots. Pensaban con más rapidez y eran más inteligentes que él, cuando se trataba de hacer aquel tipo de trabajo.

Jefe-Electromagnético-1 y su equipo habían llegado ya y Gravitón-321 se unió a ellos para entrar por el agujero que había allí donde había estado el mirador. Notaron cierta incomodidad al penetrar en el interior de la nave. Faltaba el resplandor de Huevo y además no podían ver el cielo.

—Tanque 6 de protección de los Humanos, adelante —dijo Jefe-Electromagnético-1 a su equipo, cuando llegaron hasta el centro de la habitación cilíndrica—. Tomad su control.

Los ingenieros electromagnéticos aportaron sus generadores. A cada uno de sus equipos se le asignó un ingeniero de demolición, para que sus robots se utilizaran para despejar un pasaje a través de las paredes y cortar los cables. Al cabo de unos pocos docigiros habían dejado desconectado del casco el tanque 6, donde estaba Abdul, y habían reemplazado la potencia de la nave que llegaba al tanque, por la suya propia. También habían insertado su enlace óptico en la conexión de fibra óptica de los demás tanques.

Jefe-Electromagnético-1 controlaba el canal de transmisión de vídeo y no se

cansaba de mirar a un humano, tal como se veía en su propia región visual del espectro. Aquel humano era muy diferente de Carole, la comandante de la expedición humana. El pelo que se veía encima del bulto-cabeza de aquel humano, era corto y negro, en vez de largo y amarillo. En vez de la larga y gorda trenza que salía de lo alto del bulto-cabeza de ella, aquél tenía una ridícula cuerda de pelo, en medio de su bulto-cabeza. La cara era de coloración oscura, y las pupilas de sus ojos parecían estar abiertas completamente. Jefe-Electromagnético-1 se preguntaba si la apariencia del humano se debía a la máscara respiratoria que tenía que llevar bajo el agua, o si tal vez se debía a otra causa.

FECHA: 04:02:39 MG; MIÉRCOLES, 22 DE JUNIO DE 2050

—Me he quedado sin potencia, durante un segundo —dijo Abdul casi al borde del pánico—. ¿Qué pasa?

—Los cheela han abierto el casco y se pasean por dentro del Matadragones —dijo Pierre.

—¡Confío con toda mi alma en que sepan lo que están haciendo! —contestó Abdul.

FECHA: 04:02:40 MG; MIÉRCOLES, 22 DE JUNIO DE 2050

Director-Ingeniero-5 convocó una reunión con su equipo de jefes.

—Separados todos los tanques —dijo Jefe-Vaciador-18.

—Potencia en todos los tanques —dijo Jefe-Electromagnético-1.

—Recogidas todas las muestras —dijo Jefe-Científico-23.

—Preparados los generadores de los monopolos —dijo Jefe-Monopolo-4.

—Preparados impulsores inerciales —dijo Gravitón-53.

—Adelante —dijo Directora-Jefe-5.

Pudo volver a su tarea de trenzar el largo pelo de su Vergonzoso, un auténtico campeón en los concursos.

Podría haber tenido robots que se ocuparan de aquella tarea, pero Rapunzel era merecedor de sus cuidados personales.

—Cortad —dijo Jefe-Vaciador-18 a su equipo de ingenieros.

Vaciador-111 y sus robots, desgajaron la torre científica del polo norte del Matadragones, que se quedó en flotación sometida a las mareas residuales gravitatorias. Sería sostenida allí, en un lugar determinado, por los robots gravitatorios, mientras que los robots demoledores la reducirían a energía almacenada.

—Para ti —dijo Vaciador-111.

—Para mí —dijo Gravitón-321. Se detuvo, en espera de la siguiente frase de Vaciador-111. Hubo una larga pausa.

—¡Toca! —dijo Vaciador-111, manteniendo sus robots alejados por un tiempo.

—¡Toca! —dijo Gravitón-321.

Lanzó su volador directamente hacia la gigantesca estructura.

Metió sus ojos debajo de sus párpados para evitar el resplandor del frío metal, que se convertía en plasma caliente al ser descompuesto por el intenso campo gravitatorio que rodeaba a su nave espacial.

Había una brisa de gas ionizado que rápidamente se posó sobre la cubierta y salió por el lado opuesto.

—¡Toca! —gritó de nuevo a su pantalla, mientras hacía virar su volador y lo lanzaba de nuevo contra aquella montaña de nada.

Al poco rato, muchos ingenieros habían dejado sus robots en automático y se habían juntado a la diversión. Directora-Jefe-5 fue notificada de la interrupción del programa de ejecución del contrato, pero no hizo nada al respecto. Probablemente los robots podrían terminar el trabajo en la mitad de tiempo, ahora que sus jefes no les estorbaban porque estaban jugando.

Fueron necesarios cinco largos segundos, para reducir el Matadragones a cinco tanques esféricos de acero que flotaban graciosamente en el centro de un anillo de seis asteroides condensados. Los ingenieros electromagnéticos de los cheela llevaron de nuevo hasta allí el comunicador láser y lo fijaron al tanque de Pierre, de manera que apuntara hacia el San Jorge.

FECHA: 04:02:45 MG; MIÉRCOLES, 22 DE JUNIO DE 2050

—¡Me alegro mucho de verte! —dijo Carole Swenson cuando la cara de Pierre apareció en su pantalla—. ¿Estáis todos bien?

—Por ahora, sí —dijo Pierre.

Alcanzó su panel de control y dispuso su pantalla en formato fraccionado que combinaba las imágenes de los demás miembros de la tripulación del Matadragones con la de Carole.

—Me gustaría de verdad ver lo que estos fulanos nos están haciendo —dijo Abdul—. Pero las cámaras del monitor han desaparecido con todo el resto de la nave.

—Os estamos apuntando con el telescopio grande —le dijo Carole—. A esta distancia, cada uno de vuestros tanques de aceleración no es más que un borrón, pero tenemos una buena resolución de los asteroides compensadores. Hasta conseguimos detectar las actividades de los cheela. A pesar de que ellos y sus máquinas son demasiado pequeños para que podamos verlos, como son de color blanco incandescente podemos obtener mucha información mediante interferometría.

Descontando algunas máquinas que están cerca de vosotros, me parece que se concentran fuera del anillo de los asteroides. Permitidme que os pase una fotografía.

La pantalla se quedó en blanco y luego apareció en ella una imagen visual en la que se superponía unas gráficas de ordenador. El ordenador había añadido un efecto estroboscópico graduado, según la velocidad de rotación de Huevo, para que se viesen los asteroides como si estuviesen en reposo.

—Uno de los asteroides es menor que los demás —dijo Jean.

—De acuerdo con el plan que me comunicaron —explicó Carole—, van a reducir el tamaño de todos los asteroides, introduciendo en ellos monopolos magnéticos. Después reducirán el radio del anillo hasta que los asteroides se aglomeren en forma de un anillo sólido giratorio, formado por materia ultradensa cargada magnéticamente. Esto no me gusta. Las mareas del campo gravitatorio del anillo alcanzarán órdenes de magnitud superiores a las de las mareas de Huevo. No creo que, incluso dentro de vuestros tanques de aceleración, podáis sobrevivir a sus efectos.

—Te olvidas de las masas incrementadoras —le dijo Seiko.

—¿Qué son? —preguntó Carole.

—Lo de las masas incrementadoras está explicado muy bien en las instrucciones que nos han dado los cheela, comandante Swenson, —dijo Seiko—. Estoy segura que estas instrucciones también has de haberlas recibido.

—Sólo las he leído por encima —admitió Carole.

—Las masas incrementadoras son unas masas densas, exactamente iguales que las masas compensadoras, pero únicamente hay dos de ellas. En vez de estar colocadas en forma de anillo alrededor del punto que hay que proteger, van colocadas encima y abajo de este punto. En esta posición las dos masas se añaden a las mareas de la estrella de neutrones.

—Pero esto ha de hacer que las mareas sean peores —dijo Carole.

—En este caso, no. Cuando ellos encogen el tamaño del anillo de las masas compensadoras, las mareas del anillo superan a las mareas de la estrella, y por esto las mareas de la estrella han de ser «incrementadas» por las masas incrementadoras.

—Los cheela las traen ahora —dijo César que estaba mirando a través del cristal de su tanque de aceleración.

Las masas incrementadoras eran de tamaño modesto. Eran antiguas espacionaves cheela del tamaño de una pelota. En su centro tenían agujeros negros para proporcionar a los cheela la gravedad suficiente para que se conservaran en estado condensado.

—Me parece que nos van a colocar dos masas incrementadoras a cada uno de nosotros —dijo Abdul, que observaba la actividad que se desarrollaba al otro lado de su mirilla—. Creía que lo iban a hacer con dos masas grandes para todos.

—A causa de la manera como se suman las fuerzas de marea, —dijo Seiko— pueden lograr un trabajo mejor, si anulan individualmente las mareas de cada tanque.

—Los asteroides ya son unos puntos pequeños —dijo Jean.

—Y el anillo empieza a encogerse —añadió Pierre.

—No volveré a quejarme por unas poquitas 200 «g» por metro —dijo Abdul—. ¡Eh! Las fuentes de presión ultrasónica se han conectado. ¡Esto se está poniendo mal! ¡No me gusta nada!

—El anillo de asteroides tiene ahora un radio de 50 metros y se ha conglomerado en forma de anillo sólido —dijo Carole—. Me parece que las cosas se han parado.

De repente, las pantallas se borraron y en todas ellas apareció un mensaje:

LA PRÓXIMA FASE SE INICIARÁ DENTRO DE DIEZ SEGUNDOS. LA TRIPULACIÓN DEL MATADRAGONES REGRESARÁ DENTRO DE SEIS MESES.

Los diez segundos transcurrieron lentamente. Los dos milisegundos siguientes estuvieron llenos de actividad. Cada uno de los tanques fue despedido hacia arriba, alejándolo del centro del anillo.

El anillo se colapsó hasta que sólo llegó a tener unos pocos metros de diámetro.

A medida que se encogía, su brillante superficie se fue volviendo cada vez más roja y, al final, llegó a ser de un profundo, oscuro e imposible color negro. Ya ni siquiera reflejaba la luz amarilloblanquecina de Huevo. Uno por uno, los tanques fueron lanzados a través del agujero central del invisible anillo.

Los pesados tanques de acero se distorsionaron visiblemente cuando lo atravesaron.

Pero no aparecieron por el otro lado.

FECHA: 04:03:01 MG; MIÉRCOLES, 22 DE JUNIO DE 2050

Pierre gritó cuando sus brazos golpearon contra las crujientes paredes del pesado tanque de acero. Cuando creía que sus dedos iban a separarse de su mano, ya había pasado todo. Tosió para echar algo de agua que había respirado, limpió su máscara e intentó controlar el panel de mandos. El vídeo estaba inactivo, y así, tuvo que mirar por la ventana.

Pudo comprobar la presencia de otros tres tanques, gracias a la luz que salía por sus ventanas. Huevo y su perpetuo resplandor habían desaparecido.

La mayor parte del cielo era negro y sin estrellas. Muy lejos había una pequeña zona elíptica, con unas pocas docenas de estrellas. Las estrellas de aquel trozo de cielo eran de colores que iban desde el azul al ultravioleta. Lo que resultaba más desconcertante era que la zona de luz estelar parecía estar en rotación, mientras él y los otros tanques estaban quietos.

—¡Esto ha sido una deformación espacial de Kerr! —dijo Pierre en voz alta.

—Es correcto —llegó una voz. La imagen del Locutor-del-Cielo estaba en la pantalla.

—¡No es posible! —dijo Pierre—. Recuerdo de mis clases de ingeniería gravitacional que un anillo de Kerr, con la masa de un sol, tendría un agujero de un kilómetro de diámetro. Las masas de los asteroides compensadores son muchas órdenes de magnitud inferiores a las del sol. El anillo mayor que se podría hacer con ellas sería de un micrón de diámetro. Según Einstein, esto es imposible...

—Einstein era inteligente, pero era humano —dijo Locutor-del-Cielo—. No alcanzó a combinar la gravedad con el electromagnetismo. Nosotros lo hemos hecho. La teoría unificada está de acuerdo con Einstein cuando se trata de masas grandes. Para masas muy pequeñas, los diámetros de las deformaciones espaciales magnéticas son mayores que lo que predijo Einstein.

Mientras Locutor-del-Cielo hablaba, Pierre advirtió que la hilera de esferas en flotación libre estaba siendo desplazada. Los tanques, con sus nubes de equipo atendido por robots, habían llegado a colocarse debajo de la zona giratoria del cielo. Los robots cheela dispusieron los tanques en círculo y los aceleraron hasta que giraron en el mismo sentido que el pedazo de cielo que estaba encima de ellos. La aceleración continuó.

—Nos estamos desplazando en el tiempo —dijo Pierre.

—Sí —dijo Locutor-del-Cielo—. La relación es un mes de tiempo normal galáctico, por cada diez minutos del tiempo particular de tu tripulación. Volvemos por medio de la deformación espacial dentro de una hora. En el espacio normal habrán transcurrido seis meses. El asteroide Óscar ya habrá regresado.

Los robots cheela ya habían establecido los enlaces de comunicaciones entre todos los tanques y Pierre pudo ver a cada uno de sus compañeros, en una de sus diminutas pantallas.

—¿Estáis todos bien? —preguntó.

—Sí —dijo Abdul—. Pero no quiero pensar que tendremos que volver a pasar por esta trituradora de carne.

—El programa de comprobaciones de ingeniería indica que hay un problema —dijo Jean.

—Estoy muy sorprendido que todavía funcione, después de los drásticos cambios que han hecho los cheela —dijo Seiko.

—¿De qué problema se trata? —preguntó Pierre.

—Hay una fuga en el tanque 6 —contestó Jean.

—Es el mío —dijo Abdul—. Y es cierto. He perdido algo de presión. El agua debe de haberse helado y taponado la fuga, afortunadamente. La presión parece ser que se ha estabilizado.

—¡Ese tanque ha de ser reparado! —dijo César—. Es seguro que no va a poder resistir otro viaje, bajo esas extremas fuerzas de marea.

—Los cheela pueden hacer milagros. Pero no creo que puedan soldar, lo que ellos llaman niebla y nosotros acero. Tendré que correr el riesgo.

Abdul se calló y parecía que estaba intrigado. Se separó del aparato visor y puso sus manos contra la pared posterior del tanque.

—¡Eh! —dijo—. Noto unos pequeños tirones de gravedad próximos a la pared. Van interrumpidamente hacia arriba y hacia abajo.

—Veo alguna actividad fuera de tu tanque —le dijo Seiko—. Parece como un arco eléctrico. Creo que intentan tapar la fuga con soldadura.

—Confío en que agarre —dijo Abdul.

FECHA: 05:06 TIEMPO DE LA TRIPULACIÓN; MIÉRCOLES, 22 DE JUNIO DE 2050 (00:01 MG; DOMINGO, 25 DE DICIEMBRE DE 2050)

—Faltan diez segundos para el regreso —dijo Locutor-del-Cielo.

Pierre vio como el panorama que aparecía a través de su mirilla temblaba y cambiaba, cuando el círculo de tanques se convirtió en una línea que se alejaba del trozo del cielo, describiendo un gran arco, y después se precipitaba a través de la deformación de Kerr a gran velocidad. Los siguientes milisegundos transcurrieron demasiado rápidamente, para que los torturados humanos se dieran cuenta de su paso.

Cuando Óscar se aproximó a la deformación espacial, los cinco tanques surgieron, uno a uno, del aplanado círculo de negrura. Después del paso del segundo tanque, el diámetro del anillo aumentó un poco, después se contrajo cuando el tercer tanque lo atravesó. Las oscilaciones del anillo se hicieron mayores y el cuarto tanque resultó ligeramente distorsionado por las mareas del anillo en contracción. Era obvio que los cheela no habían esperado encontrar esta inestabilidad. Consiguieron frenar el último tanque para que no atravesara el anillo, cuando tenía su diámetro mínimo, pero no fue suficiente. El tanque estalló, lanzando a un ser humano y a multitud de gotas de agua, al vacío del espacio.

Los robots cheela reunieron los restantes cuatro tanques en línea, exactamente debajo de la penapsis del asteroide Óscar, que llegaba a gran velocidad. El asteroide pasó rápidamente por encima de los tanques y, de uno en uno, su campo de gravedad lanzó los tanques hacia arriba, en una trayectoria que rápidamente los alejó de las mareas de Huevo.

Los cheela intentaron ayudar el humano que quedaba. Colocaron un trozo del tanque, para escudarlo de la radiación de Huevo. Evitaron que las mareas le destrozaran, formando un compensador miniatura con sus densas espacionaves que revoloteaban a su alrededor. Pero, no obstante, no pudieron evitar que fuera

arrastrado otra vez hacia la masiva deformación del espacio.

Como sus ojos estaban protegidos temporalmente del vacío del espacio por su máscara subacuática, pudo mirar hacia arriba y hacer gestos de adiós a sus camaradas que se alejaban.

Luego, apartándose del pesado trozo de acero del tanque, se lanzó de cabeza dentro del anillo negro giratorio, para reunirse con los átomos que habían formado el cuerpo de Amalita. Poco antes de que su cuerpo alcanzara el anillo fue rodeado momentáneamente por una nube giratoria de motas de un blanco incandescente. Se produjo un relámpago y se fue.

FECHA: 05:15 TIEMPO DE LA TRIPULACIÓN; MIÉRCOLES, 22 DE JUNIO DE 2050 (00:10 MG; DOMINGO, 25 DE DICIEMBRE DE 2050)

Cuando llegaron al punto más alto de su trayectoria, los cuatro tanques se reunieron con un volador del San Jorge que se los llevó a remolque. Mientras una figura con traje espacial amarraba la cuerda de remolque, se acercó otra figura y miró a través de la mirilla de Pierre. Era la comandante Carole Swenson. Pierre vio una ancha sonrisa en la cara de ella, que apoyó su casco sobre la pared exterior del tanque y lanzó unos gritos de saludo.

—Es la última vez que te dejo conducir una espacionave. ¿Has anotado el número de matrícula del camión?

Vio que Pierre no podía hablar debajo del agua, a no ser a través de su laringófono, por lo que le gritó un mensaje más y volvió al volador, para el viaje de regreso.

—Os tengo preparada una sorpresa —había dicho—. Nos veremos en la compuerta de aire.

Pierre no podía comprender porque Carole parecía tan feliz. Tal vez era porque los cuatro supervivientes de la tripulación del Matadragones habían logrado regresar. Pero Pierre sólo podía pensar en los dos que no lo habían conseguido. Él había sido responsable de ellos y ahora ambos estaban muertos. Le horrorizaba lo que debía hacer después. Tendría que notificarlo a sus familias. ¿Cómo se puede decir a alguien que sus seres queridos se han convertido en átomos dispersos?

FECHA: 05:50 TIEMPO DE LA TRIPULACIÓN; MIÉRCOLES, 22 DE JUNIO DE 2050 (00:45 MG; DOMINGO, 25 DE DICIEMBRE DE 2050)

Los cuatro tanques se reunieron muy juntos en la compuerta de carga del San Jorge, y no tardó en llenarse todo aquello de charcos de agua y de gente mojada que chapoteaba llorando.

—Carole, siento mucho lo de Amalita y Abdul —dijo Pierre cuando se quitó la máscara—. Si hay algo que yo pueda...

—Bueno... —Carole sonreía feliz—. ¡Ven! Quiero presentarte un par de buenos amigos nuestros.

Le cogió de la mano y tiró de él a lo largo del corredor hasta que llegaron al cuarto de comunicaciones. La habitación estaba vacía, a excepción del operador de comunicaciones. Pierre estaba absolutamente desconcertado.

—Hola, Pierre —era la voz de Amalita.

—¿Habéis tenido un buen viaje desde Huevo? —preguntó la voz de Abdul.

Pierre se volvió para ponerse delante de una pantalla de comunicaciones que estaba en un rincón. Vio las videoimágenes de Amalita y Abdul en dos segmentos de la pantalla.

—¡Sorpresa! ¡Sorpresa! —gritaba Abdul.

—Somos realmente nosotros —dijo Amalita—. O por lo menos todo aquello de nosotros que es importante.

—Hasta tengo un mostacho para atusarlo —se alzó una mano de Abdul para retorcer el extremo de su largo bigote—. Y parece que sea real, a pesar de estar hecho de software en vez de hardware.

Carole apretó el brazo de Pierre en señal de confirmación, mientras le decía:

—Los cheela les hicieron un scanner completo inmediatamente antes de que sus cuerpos fuesen destruidos. Sus esquemas intelectuales están ahora en los superordenadores de los cheela.

—Pero Amalita fue irradiada y congelada —protestó Pierre.

—Admito que he perdido algo de memoria —dijo Amalita—. Pero mi personalidad básica está todavía aquí.

—Sí —dijo Abdul—. Y es tan mandona como siempre.

—¡Cállate!

—¿Lo ves? —dijo Abdul, levantando las cejas y encogiéndose de hombros—. Todavía será más mandona cuando nos den los cuerpos que nos están haciendo para pasear por ahí.

—Nos hemos hecho más pausados para poder despedirnos de todos vosotros y de nuestras familias —dijo Amalita—. Pero luego será preferible que nos adaptemos a las velocidades normales de los cheela si hemos de estar con ellos y enterarnos de lo que está pasando allí...

—¡Doc! ¡Seiko! ¡Jean! —llamó Abdul—. Estamos aquí, en la pantalla.

Pierre se volvió para ver las atónitas miradas del resto de su tripulación cuando entraron en el cuarto de comunicaciones. Su cronómetro dio la hora y lo miró. Iba a ponerlo en hora para que fuera de acuerdo con el reloj de la pared, pero decidió no hacerlo. No hay mucha gente que pueda vivir en una línea temporal, que es seis

meses más corta que la del resto del universo.

FECHA: 06:00 TIEMPO DE LA TRIPULACIÓN; MIÉRCOLES, 22 DE JUNIO DE
2050

El largo día había concluido.

APÉNDICE TÉCNICO

Las siguientes secciones son extractos seleccionados del libro *Mi visita a nuestros amigos nucleónicos*, de Pierre Carnot Niven, Ballantine Interplanetary, New York, la Tierra, y Washington, Marte (2053). Este libro es el único que ha ganado en el mismo año (2053) los premios Nobel, Pulitzer, Hugo, Nébula y Moebius.

HUEVO DEL DRAGÓN

La estrella natal de los cheela recibió de los humanos este nombre pintoresco de Huevo del Dragón, porque está exactamente al extremo de la constelación Draco (El Dragón), como si el Dragón hubiera dejado tras de sí un huevo en su nido.

Por pura coincidencia, los cheela la llamaron también Huevo, porque es el origen del calor y de la luz que les da vida y reluce cálidamente como los huevos que ellos ponen.

Huevo, al igual que muchas otras estrellas de neutrones, tiene un movimiento de rotación muy rápido porque es un cuerpo compacto, de unos 20 kilómetros de diámetro, que se formó por condensación de una estrella roja gigante, de baja velocidad de rotación y que medía algunos millones de kilómetros de diámetro.

La mayor parte de la masa, campo magnético y momento angular de la estrella original se conservaron en la estrella de neutrones. Huevo del Dragón tiene una gravedad en su superficie 67 mil millones de veces mayor que la de la Tierra, un campo magnético en los polos de un billón de gauss, y una velocidad de rotación de 5,0183495 revoluciones por segundo.

Así, un giro de Huevo es aproximadamente una millonésima parte de un día terrestre.

Esta escala aproximada de un millón a uno en la relación de tiempos, parece también ser aplicable a los procesos vitales de los cheela. Nuestros amigos nucleónicos, piensan, hablan, viven y mueren un millón de veces más aprisa que los humanos.

ESCALAS DE TIEMPOS RELATIVOS

Los cheela usan un sistema de numeración de base doce, porque tienen doce ojos. Las unidades de tiempo cheela se dan en la tabla siguiente, con el equivalente intervalo en la escala humana, teniendo en cuenta el promedio de vida de los cheela comparado con el promedio de vida de los humanos.

Tiempo humano	Tiempo cheela	Observaciones
1 día	3,000 gran	100 generaciones cheela
1 hora	126 gran	4 generaciones cheela
45 min.	94 gran	promedio de vida cheela
15 min.	31 gran	1 generación cheela
29 seg.	1 gran	= 144 giros (equiv. al año humano)
0.2 seg.	1 giro	= rev. Huevo (equiv. a un día humano)

17 miliseg.	1/12 giro	= 1 docigiro (equiv. a la hora humana)
1.4 miliseg.	1/144 giro	= 1 grugiro (equiv. a 10 minutos humanos)
115 microseg.	1/1728 giro	= 1 mizgiro (equiv. a 1 minuto humano)
10 microseg.	1/20736	= 1 sizgiro (equiv. a 4 segundos humanos)
800 nanoseg.	1/248832	= 1 parpadeo (equiv. a 1 parpadeo humano)

NUESTROS AMIGOS NUCLEÓNICOS

Es muy difícil imaginar una forma de vida más extraña que la de un cheela. Un cheela típico pesa lo mismo que un humano, unos 70 kilogramos, pero los núcleos del cuerpo cheela han perdido sus nubes electrónicas, por lo que están condensados en un diminuto cuerpo que está aplastado por la elevada gravedad y estirado por el elevado campo magnético, quedando en forma semejante a la de una tortilla de medio centímetro de diámetro y medio milímetro de alto, o sea algo mayor que una semilla de sésamo.

El cuerpo es duro y flexible, con una arista en la parte inferior semejante a la de una babosa. Pero, a diferencia de la babosa, el cheela puede moverse en todas direcciones. Los cheela tienen doce ojos distribuidos por su periferia, dándoles una visión de 360 grados. Los ojos están en lo alto de unos pedúnculos, parecidos a los de la babosa, pero a causa de la elevada gravedad el pedúnculo es mucho más recio. Los cheela ven usando los rayos ultravioleta y rayos X blandos emitidos por la superficie candente de Huevo a 8,200 grados K.

A pesar de su extraña apariencia, no podemos considerarles como repugnantes y terroríficos monstruos. Por el contrario, han llegado a ser buenos amigos nuestros. Es lógico sospechar que su pequeño tamaño influye mucho en esto, igual que el hecho de que no puedan utilizar nada de la Tierra, ni utilizar la Tierra misma. Todo lo que esté constituido por materia normal, se colapsaría, por el simple roce con su ultradenso cuerpo nucleónico.

VIDA EN UNA ESTRELLA DE NEUTRONES

Vivir en una estrella de neutrones es muy diferente a vivir en la Tierra, pero nuestros amigos, los cheela, están muy a gusto. El campo gravitatorio, verdaderamente elevado pues es 67 mil millones de veces mayor que el de la Tierra, obliga a que todo tenga que estar construido muy bajo, sobre la corteza, y que tenga que ser muy reforzado. El campo magnético, también muy elevado, de un billón de

gauss, tiene tendencia a alargar los objetos en el sentido de las líneas de fuerza y hace muy difíciles los desplazamientos en sentido transversal a las mismas. Los dos polos magnéticos de Huevo del Dragón están en lugares opuestos de la estrella de neutrones, próximos a su ecuador. Se les llama polos «Este» y «Oeste». A mitad de la distancia entre ellos, las líneas de campo magnético son paralelas a la superficie, y los cheela encuentran fácil moverse hacia el Este o hacia el Oeste, pero les resulta muy difícil hacerlo en direcciones Norte o Sur.

En la estrella de neutrones faltan cosas que nosotros damos por descontadas. No hay ningún sol. La luz y la energía que nos mantienen vivos en la Tierra nos llegan desde el Sol durante el día mientras que por la noche reina la oscuridad y el frío. Por esto, muchas de las formas de vida de la Tierra duermen durante la noche. En Huevo, la luz y la energía que mantiene vivos a los cheela sale hacia arriba desde la corteza. No existe la oscuridad y por esto las formas de vida de Huevo no conocen el sueño. No tienen ninguna luna, o sea que no tienen meses. No están en órbita alrededor de ninguna estrella, o sea que no tienen año. Su única unidad natural de tiempo es la rotación de las estrellas fijas en el firmamento. Así su equivalente del ciclo día-noche es un giro de la estrella.

Los cheela no tienen lámparas, velas, chimeneas o linternas porque no existe la oscuridad ni el frío en la ardiente corteza de Huevo. Hasta el interior de una cueva está iluminado brillantemente por el resplandor de las paredes. Los cheela no tienen cuadros colgados, ni puertas o ventanas con goznes, ni libros con hojas, ni tejados, ni tapaderas porque la gravedad es demasiado alta. No tienen aviones, pelotas, cometas, silbatos, abanicos, pajitas, perfumes, pulmones ni respiración porque allí no hay aire. La poca atmósfera que hay, consiste en unos escasos electrones e iones de hierro o de otros elementos típicos de los núcleos corticales. No tienen sombrillas, bañeras, duchas ni retretes autolimpiantes, porque no existe la lluvia, ni hay ríos, ni lagos, ni mares.

La vida de un cheela moderno no es aburrida. Aunque los cheela no precisan ropa para cubrir sus flexibles y elásticos cuerpos que, además son de forma variable, se visten. Incluso los cheela sin civilizar usan pinturas corporales para cubrir su desnudez, y las pinturas modernas que son líquidas, cristalinas y fluorescentes de emisión variable, hace que las calles resplandezcan con formas y colores, durante las aglomeraciones de las vísperas del giro festivo. Los cheela civilizados nunca abandonan su residencia sin antes insertar, en los esfínteres apropiados en su flanco, un juego de seis insignias que indican su profesión y la categoría que en ella tienen. En ocasiones más sonadas, llevan joyas que sustituyen o complementan a las insignias de su flanco, además de las joyas en forma de anillo que rodean cada uno de sus doce pedúnculos de los ojos.

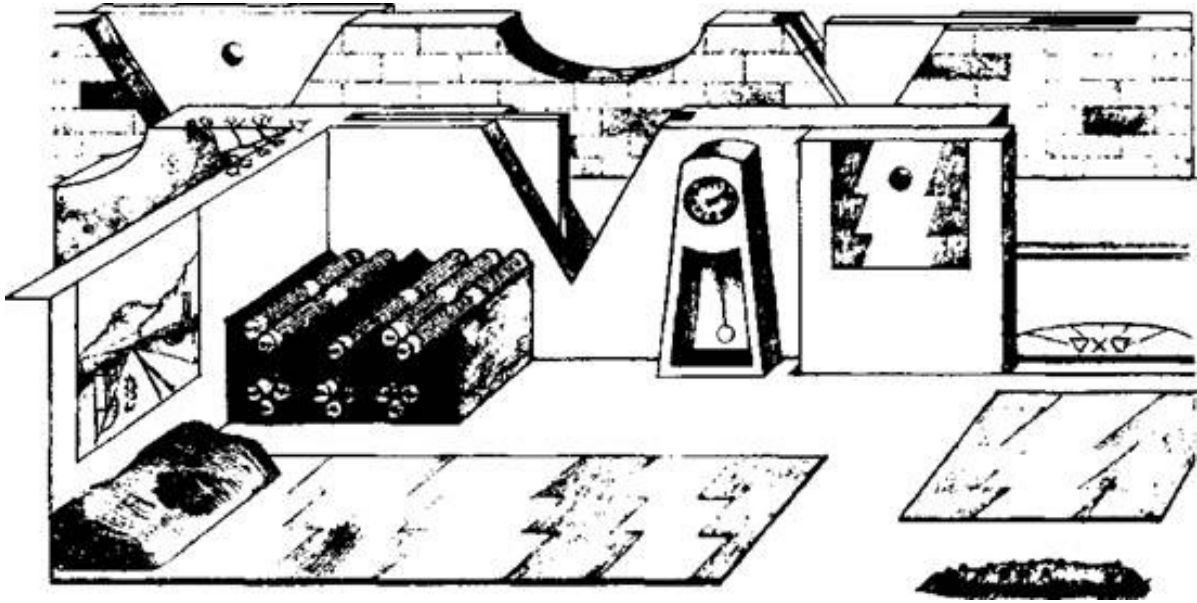


Figura 1. Edificio de vivienda cheela. Estilo típico primitivo.

En la figura 1 se ve un rincón de una vivienda típica cheela. Hay pinturas en la pared, pero están pintadas directamente en ella. Hay libros, pero son del tipo rollo, que se guardan en paredes de rollos. Hay colchones y almohadas blandos, pero son para descansar y leer y no para dormir, porque los cheela no duermen nunca. Hay ventanas, pero no tienen cristales, porque no han de resguardarse del aire frío ni del caliente. Si un cheela quiere estar en la intimidad, tapa la ventana haciendo deslizar horizontalmente una cortina. Hay una puerta al exterior, que también se desliza sobre un raíl. Aunque los cheela modernos usan cronómetros movidos por energía nuclear para llevar la cuenta del tiempo, el elegante y antiguo reloj de péndulo funciona tan bien en Huevo como en la Tierra, siempre que el soporte del péndulo sea lo bastante reforzado para resistir su enorme peso. En la Tierra un péndulo de un metro bate lentamente segundos, mientras que en Huevo un péndulo de un milímetro bate rapidísimamente tres veces por parpadeo. A la derecha, puede verse uno de los animales de compañía preferidos de los cheela, un Vergonzoso de pelo largo.

Los cheela ponen huevos que dejan en los nidos de su clan, y por esto no forman unidades familiares y cada cheela vive solo, con sus animales de compañía. Muchos cheela prefieren un Vergonzoso. En Huevo hay muchas razas de Vergonzosos, casi tantas como razas de perros hay en la tierra, y probablemente por los mismos motivos.

Un Vergonzoso mestizo típico es un animal peludo de forma ovalada. Tiene una arista inferior para moverse, y doce ojos en lo alto de los pedúnculos. Aunque muchos cheela no lo quieran reconocer, si hacemos caso omiso del pelo y de la inteligencia muy inferior, un Vergonzoso se parece y se comporta como una joven cría de cheela. Si se tratara de la Tierra, sería como si los animales de compañía preferidos fuesen monos, en lugar de gatos o perros.

Los cuerpos de los cheela son muy anchos, comparados con su altura, y por esto

ocupan mucha superficie. Para acomodar estos anchos cuerpos sin usar sótanos, ni pisos uno encima de otro, el hogar y el lugar de trabajo también ocupan un área respetable, por lo que las paredes dan directamente a la calle, como sucedía en las antiguas ciudades de la Tierra.

La interpretación dada por un arquitecto de una calle típica cheela, en la ciudad de Ascensión de Liger, se puede ver en la figura 2. Las montañas del polo Este se pueden ver al fondo. A la derecha se levantan los acantilados del lado Sur que señalan la línea de la falla de aquel lado. La calle principal va de Este a Oeste, con edificios a cada lado, pegados a las aceras de deslizamiento. Cerca del polo Este el campo magnético sale del suelo hacia arriba, por lo que todas las direcciones son de difícil desplazamiento, y los cruces de las calles son ángulos rectos.

En ciudades alejadas de los polos, como es el caso de la capital, Paraíso de Brillante, las calles «transversales» forman un ángulo de treinta a sesenta grados con las calles de fácil circulación que van de Este a Oeste.

Cuando se desplazan por estas calles transversales, los cheela hacen fuerza con sus cuerpos contra las aceras de deslizamiento y empujan su marcha, en ángulo al campo magnético, hasta conseguir alcanzar la próxima calle este-oeste donde el deslizamiento ondulante es más fácil.

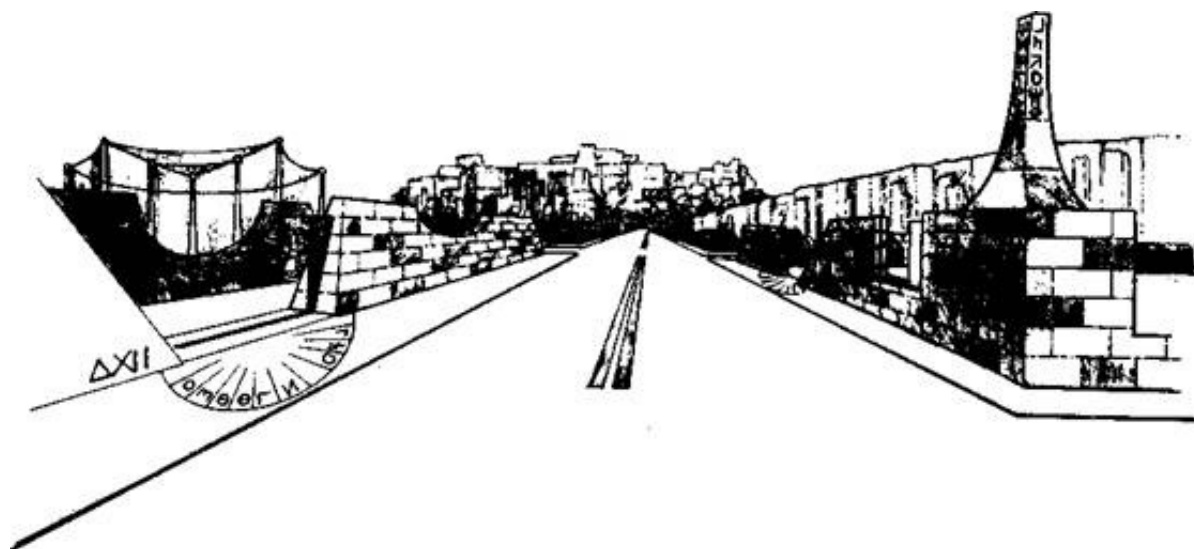


Figura 2. Vista de una calle típica en Ascensión de Brillante.

Los cheela se enteraron por los humanos de que existían problemas de tránsito, mucho antes de que sus ciudades fueran lo bastante grandes para tenerlos. Esta calle con la doble línea amarilla en el centro, está a punto para las carreras de coches deslizantes de los días festivos.

Cada edificio ocupa casi siempre todo un bloque por sí solo. (En Paraíso de Brillante, los «bloques» tienen forma de rombo o de triángulo). Los indicadores de nombre de las calles van incrustados en las esquinas de las paredes de los bloques, y las entradas de los edificios se identifican por números en la pared y el nombre del

propietario en la acera de deslizamiento. El bloque de viviendas de la izquierda es una versión moderna, con diseños de ventanas semicirculares y un patio interior vallado, con un árbol de tres troncos. El bloque de viviendas de la derecha es una versión más antigua, con ventanas cuadradas sencillas y sin patio interior.

VIDA DE LAS PLANTAS EN HUEVO

Las plantas de Huevo elaboran alimentos extrayendo energía de la corteza caliente de Huevo, por medio de su sistema radicular, y eliminan el calor residual transmitiéndolo a la fría temperatura del cielo. Una de las mayores formas de vida vegetal es el parasol o planta-pétalo que aparece en la figura 3. Tiene una sola raíz perforadora, enterrada profundamente en la corteza. De la única raíz nacen doce reforzados «troncos» curvados, aptos para soportar esfuerzos de compresión. Los doce están sujetos a un poste central mediante tirantes de tensión. Desde los doce extremos de los troncos, y a través de la parte alta de la planta se sujeta muy tensada una membrana o «piel». Esta membrana alta, de cara al frío cielo, es muy emisiva y oscura. En los extremos de los doce troncos están los emisores y receptores de polen.



Figura 3. Planta Parasol.

Los cheela evolucionaron desde la planta parasol y en sus genes todavía tienen el código genético de la planta. Con una adecuada manipulación de su balance «hormonal» pasan a ser inmóviles, disuelven sus músculos interiores y se reorganizan constituyendo una variante de la planta parasol que se conoce con el nombre de planta dragón. Invirtiendo el proceso, desarrollan un cuerpo cheela joven que sirve de

nuevo acomodo a su cerebro y sistema nervioso, que no ha sido afectado por la transformación. Este proceso animal-planta-animal ofrece a los cheela un método de rejuvenecimiento de su cuerpo.

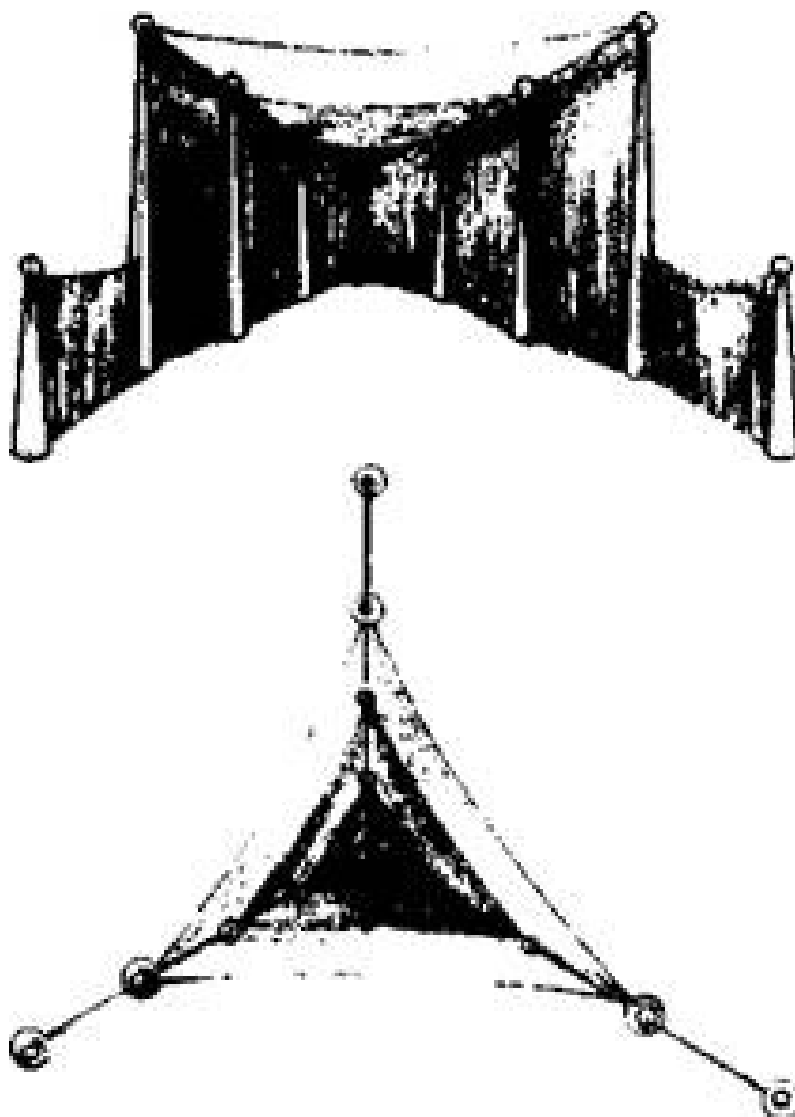


Figura 4. Planta triposte.

Otra forma de planta es el triposte (véase la figura 4). Desarrolla troncos secundarios, como el árbol baniano de la Tierra, que luego se enlazan unos con otros con membranas y fibras tensoras que completan la estructura en forma de tronco triple.

Una tercera forma de planta es la rinconera, nombre ya descriptivo de por sí. Se encuentra, por lo general, en hendiduras de las rocas de las áreas montañosas de los polos magnéticos Este y Oeste. Aunque esta resistente planta montañosa también puede crecer en los rincones y grietas de las casas y oficinas de las ciudades. Como puede verse en la figura 5, la rinconera utiliza las rocas y repisas para su soporte mecánico. La raíz perforadora asentada en la base de la grieta, sube por el rincón de ésta hasta la superficie superior, donde se asegura a los lados opuestos de la grieta con unas raíces anchas de superficie. Las raíces de superficie sirven luego de anclaje

de fibras tensoras cuya distribución recuerda la de las telas de araña terrestres, formadas en las esquinas de las habitaciones.

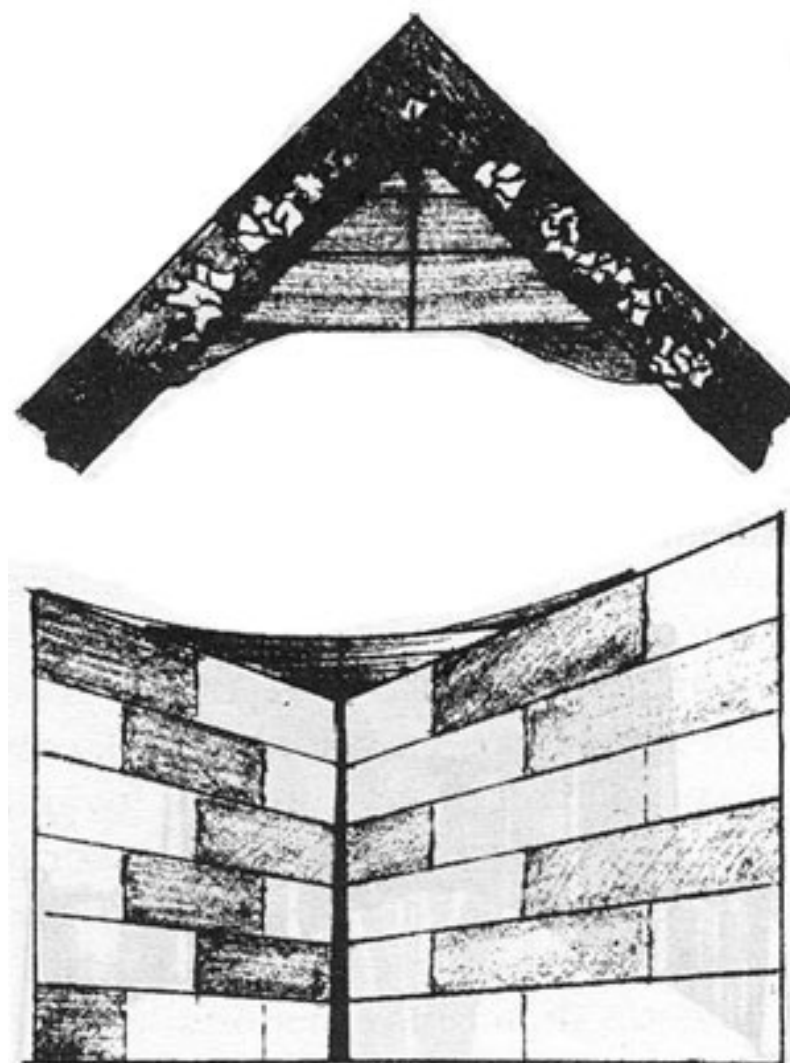


Figura 5. Planta rinconera.

Esta telaraña sirve de soporte a una membrana. La superficie de la membrana es altamente emisiva para que el calor pueda escapar al frío cielo de arriba, y la superficie inferior es plateada para que refleje el calor de la candente corteza de abajo.

ESTRELLAMOTOS

El único «fenómeno meteorológico» que los cheela conocen en Huevo, que no tiene casi atmósfera, es el estrellamoto, o seísmo estelar, y más propiamente hablando, distinguiremos entre cortezamoto y estrellamoto según su magnitud. Mientras que un importante seísmo de la Tierra tiene una magnitud Richter de 8 o más grados, los grandes estrellamotos en las estrellas de neutrones pueden alcanzar un equivalente a la magnitud 16 de la escala de Richter.

Pudimos observar un estrellamoto desde muy cerca y puesto que teníamos en funcionamiento varios instrumentos que nos permitieron hacer mediciones, podemos tener una idea bastante clara de cómo es un estrellamoto. Nuestro conocimiento actual está expuesto en un libro recientemente publicado por varios miembros de la tripulación del Matadragones (véase nota 1).

Nuestros hallazgos no son significativamente diferentes de los de otras publicaciones anteriores que trataban de este tema y que explicaban como la energía de vibración de la corteza se transmite al campo magnético y luego a los pocos electrones e iones de la atmósfera (véase notas 2 y 3), como los pequeños seísmos pueden servir para predecir los grandes (véase nota 4), y como un gran seísmo de la corteza puede desencadenar un colapso del núcleo o sea un estrellamoto. Por desgracia la posibilidad de poder predecir un gran seísmo, a partir de datos de seísmos menores, es de muy poca ayuda a los humanos que anden por allí, porque la secuencia ocurre en menos de un segundo.

MAQUINARIA ULTRADENSA

Como ellos mismos son ultradensos y viven en un mundo ultradenso, los cheela han desarrollado una tecnología de máquinas ultradensas que están mucho más allá de nuestras facultades de comprensión actuales, aunque Einstein y otros nos hayan dado algunas pistas. Para podernos acercar a Huevo del Dragón con nuestra nave espacial Matadragones, los humanos construimos algunas máquinas ultradensas sencillas.

La figura 6 nos permite ver los problemas que se presentan cuando se trata de conocer mejor y más de cerca una estrella neutrónica. Si nuestra espacionave está en órbita a una altitud h sobre una estrella neutrónica de masa M y radio R , resulta que únicamente el centro de la espacionave está en caída libre. El resto de los objetos de la espacionave (incluyendo la tripulación) están sujetos a fuerzas gravitacionales variables. La aceleración a de estas fuerzas que soporta cada uno de los miembros de la tripulación es proporcional a su distancia l al centro de masas de la nave espacial.

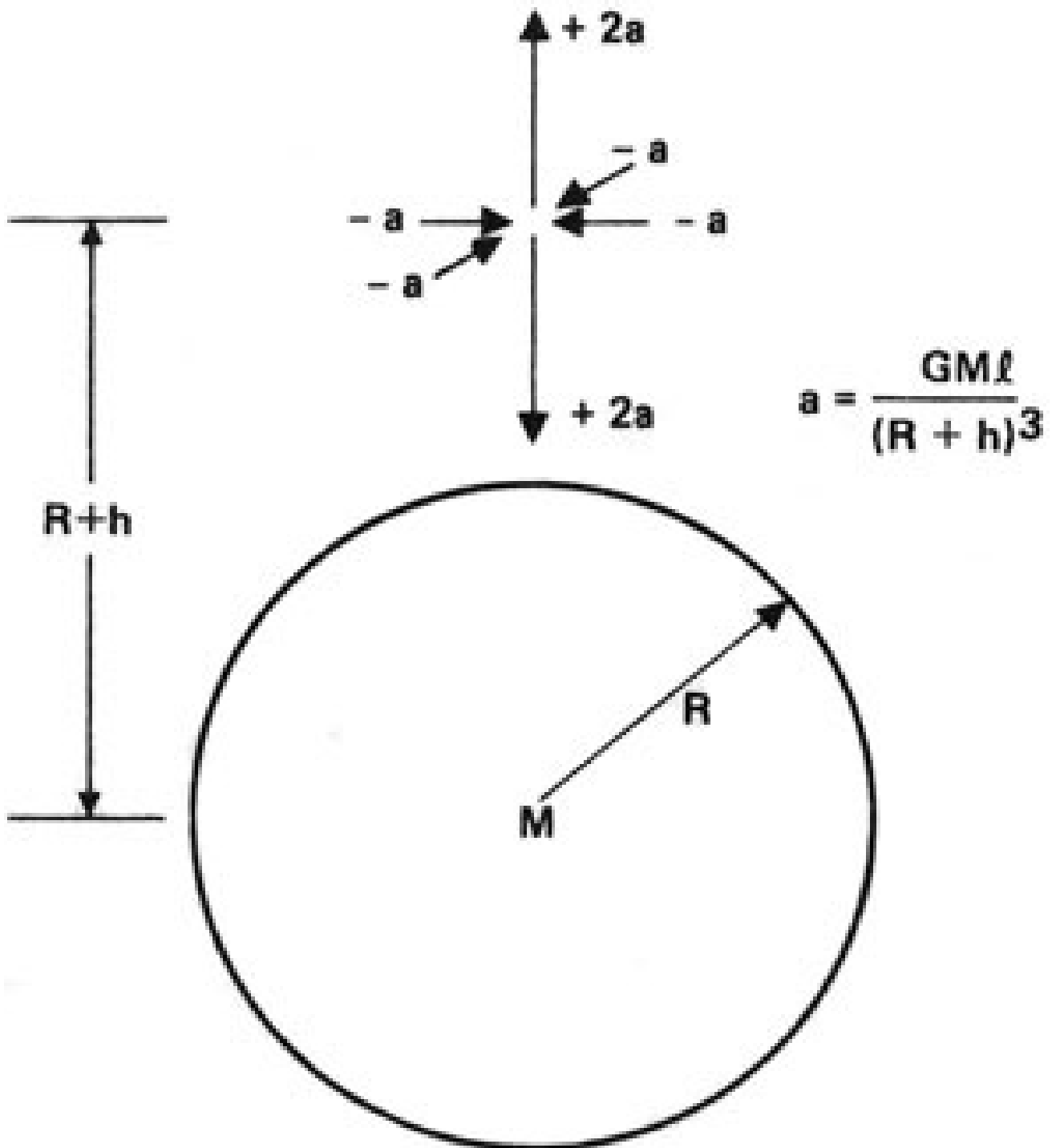


Figura 6. Aceleraciones de marea sobre una masa.

Queríamos situar el Matadragones a 406 kilómetros de altitud sobre Huevo de forma que estuviera en órbita sincrónica alrededor de la estrella (con el periodo orbital igual al de la rotación periódica de la estrella). A esta distancia de una estrella de neutrones, a pesar de que el movimiento orbital compensa la atracción de la gravedad en el centro de la nave espacial, la aceleración debida a estas mareas de atracción es de 200 veces «g» («g» es la atracción de la gravedad terrestre) hacia afuera, por cada metro que se aleje en dirección radial hacia la estrella de neutrones, y es de 100 «g» hacia adentro, en un plano tangente a la estrella.

Para contrarrestar estas mareas, la tripulación del San Jorge construyó un

compensador de gravitación, con seis masas ultradensas, dispuestas en forma de anillo alrededor de la nave espacial. Como puede verse en la figura 7, las mareas en el centro del anillo de masas tienen una distribución que es exactamente la opuesta de las mareas que hay sobre una sola masa. Ajustando la masa m y la separación r de las masas del anillo pudimos compensar las mareas de la estrella de neutrones y acércanos lo suficiente a ella, para recoger datos científicos.

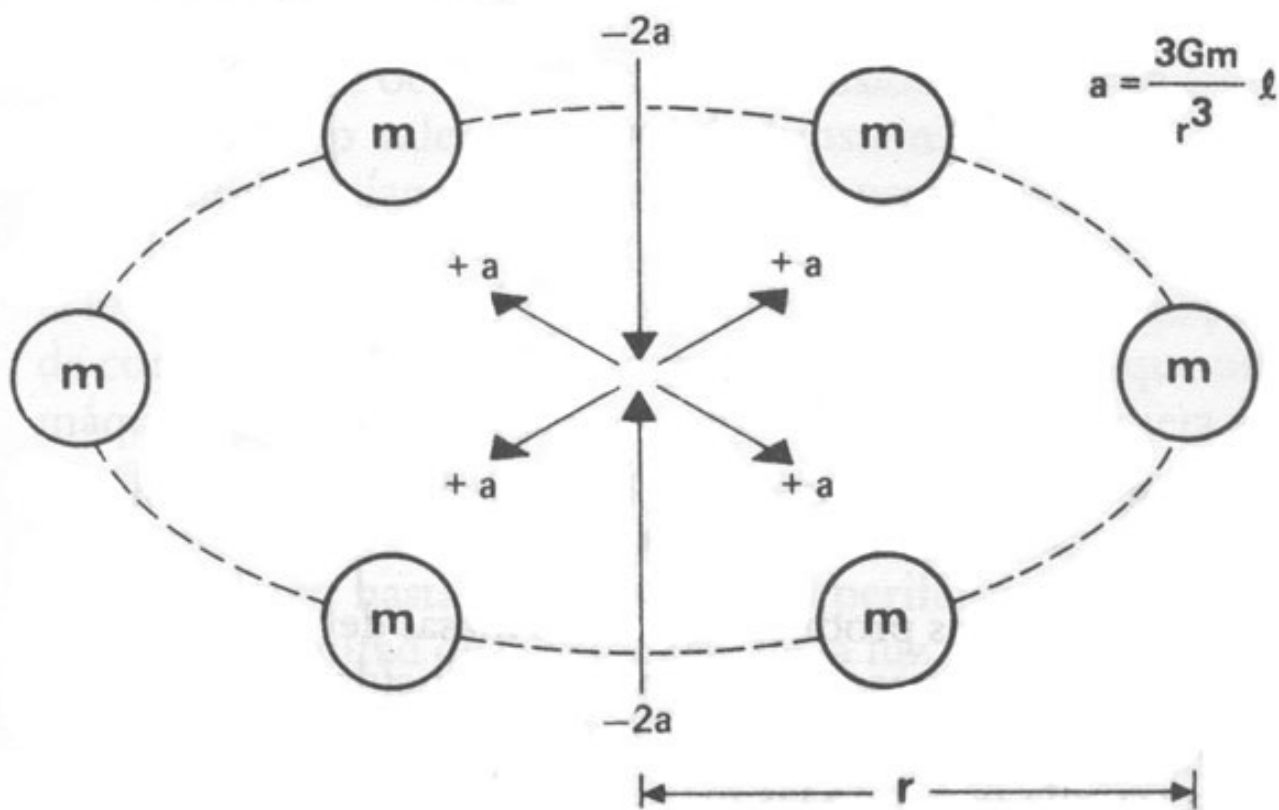


Figura 7. Aceleraciones de marea con un compensador de mareas de seis esferas.

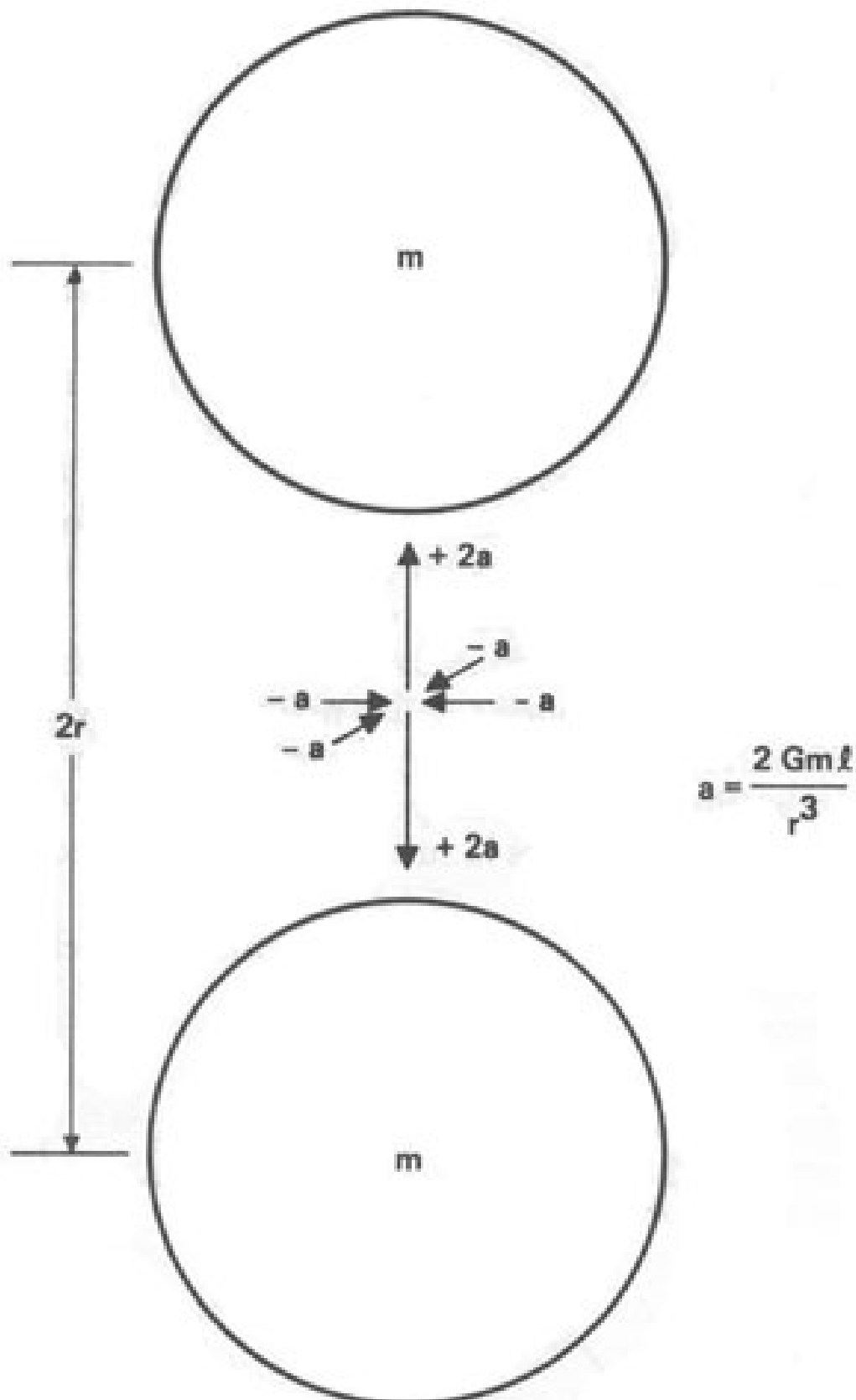


Figura 8. Aceleraciones de marea en un incrementador de mareas de dos esferas.

Después, cuando los cheela quisieron achicar el anillo de masas, las mareas producidas por las masas del compensador fueron más intensas que las mareas producidas por la propia estrella de neutrones, y fue necesario «aumentar» las mareas de la estrella para que las mareas resultantes se aproximaran a cero. Como se ve en la

figura 8, esto se consiguió con un aumentador de mareas de dos masas. Esta configuración de masas no da ninguna fuerza gravitatoria resultante, en el punto que está entre las dos, con lo que no variarían los parámetros orbitales del objeto que esté entre las masas. Un completo desarrollo del estudio de las fuerzas de marea, y de cómo pueden ser compensadas y aumentadas mediante instalación de esferas densas, puede encontrarse en un antiguo trabajo sobre la producción de regiones de picogravedad en las proximidades de la Tierra (véase nota 5).

Las fuerzas de marea de una estrella de neutrones y los compensadores y aumentadores necesarios para poder soslayarlas, podrían haber sido comprendidas por Newton, aunque éste se hubiera sorprendido mucho al saber que existían tales estrellas y máquinas superdensas. Los cheela tienen máquinas superdensas que todavía son más sorprendentes. Sabemos que los cheela usan tecnologías que van mucho más allá que la teoría de la gravitación de Einstein, especialmente tratándose de las densidades, campos y velocidades tan altas, como las que pueden generar los cheela.

Los secretos de fabricación de las máquinas superdensas de los cheela están todavía ocultos tras su código criptográfico en los cristales HoloMem, en el Museo Smithsonian. No obstante, si las leyes de Newton sobre la gravitación son válidas para densidades de masa bajas, las leyes de Einstein sobre la gravitación son todavía válidas para las altas densidades de masa, y pueden utilizarse para darnos algunas pistas de lo que puede ocurrir cuando las densidades son tan enormes que ya no valen las leyes de Einstein.

Los cheela tenían una máquina que conseguía mandar mensajes hacia el futuro o hacia el pasado. La teoría general de la relatividad de Einstein puede servir para explicar cómo puede construirse tal máquina, a pesar de las paradojas que una máquina como ésta podría crear en caso de que pudiera ser construida. En la figura 9 puede verse que si un cilindro alargado ultradenso se hace girar, del modo que sea, alrededor de su eje largo hasta que la velocidad periférica del cilindro sobrepase la mitad de la velocidad de la luz, un simple análisis (véase nota 6) nos dice que habrá de existir una región próxima a la parte media del cilindro, pero fuera de la superficie del cilindro, donde el espacio y el tiempo están mezclados. Escogiendo una trayectoria apropiada, un objeto o fotón puede enviarse dando círculos alrededor del cilindro, en el mismo sentido o en el sentido contrario de rotación para que se vaya al pasado o al futuro respectivamente. El modo como los cheela consiguieron construir un cilindro ultradenso, que girara durante el tiempo necesario para mandar un mensaje, es algo desconocido.

MULTIPLICADOR PERIÓDICO DEL ESPACIO-TIEMPO

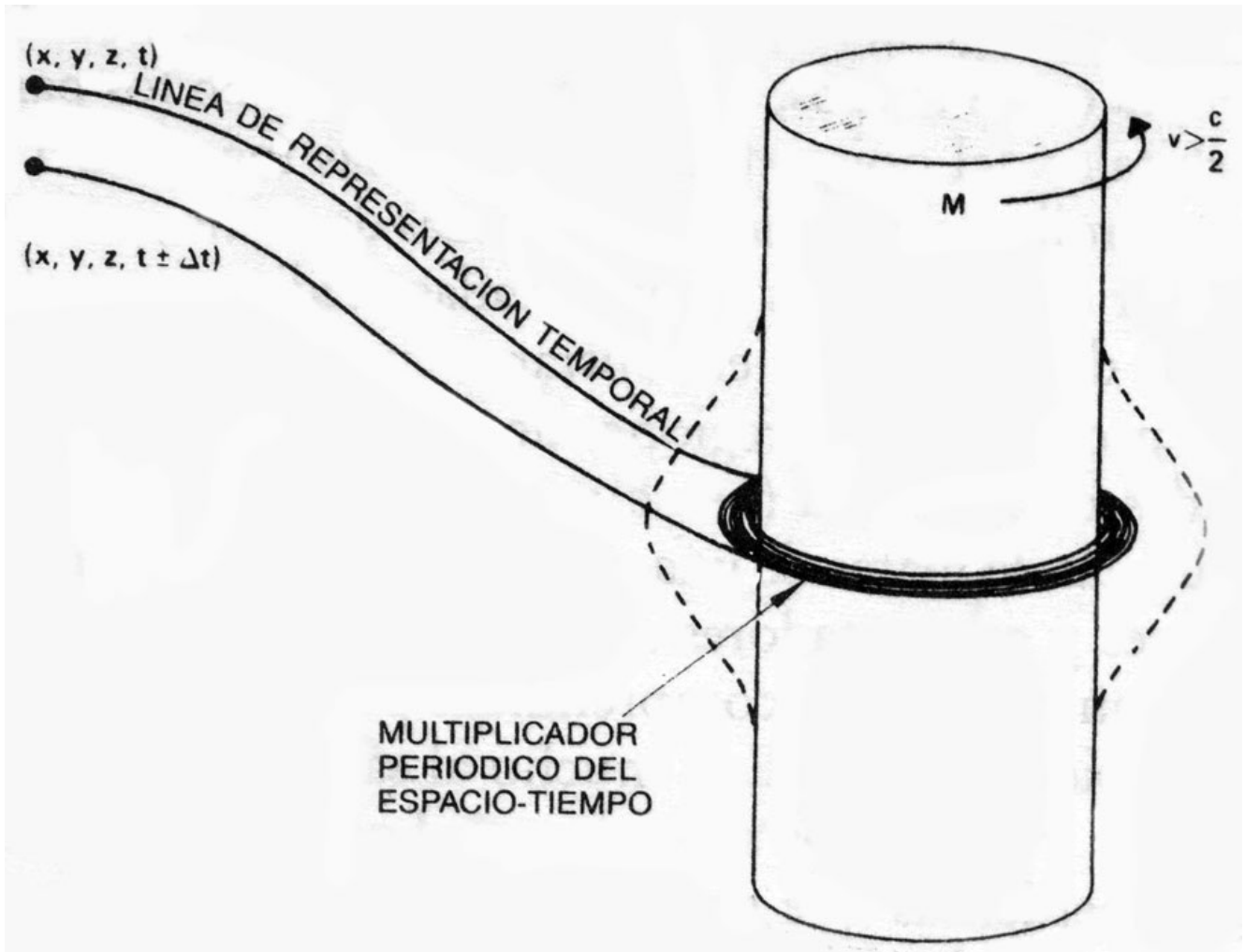


Figura 9. Máquina de Tiempo, de dos sentidos.

El punto de partida del transporte espacial de los cheela fue una catapulta de gravitación. No estamos completamente seguros de su funcionamiento, pero una vez más la Teoría General de la Gravitación de Einstein nos da una pista. Se ha demostrado (véase notas 7 y 8) que la teoría de la gravedad de Einstein tiene algunas semejantes con la teoría del electromagnetismo de Maxwell. En el electromagnetismo, el origen básico de todas las fuerzas es la carga del electrón. La carga genera un campo eléctrico. Si se desplaza la carga para tener una corriente eléctrica, la corriente genera un campo magnético. También es sabido que si aumenta o disminuye un campo magnético, la variación del campo magnético genera un campo eléctrico.

Lo mismo ocurre con la gravedad. El origen básico de todas las fuerzas es la masa de cualesquiera que sean las partículas de que se trate. La masa genera un campo gravitatorio. Si se desplazan las partículas para formar una corriente de masa, esta corriente genera un nuevo campo que es el equivalente gravitacional del campo magnético.

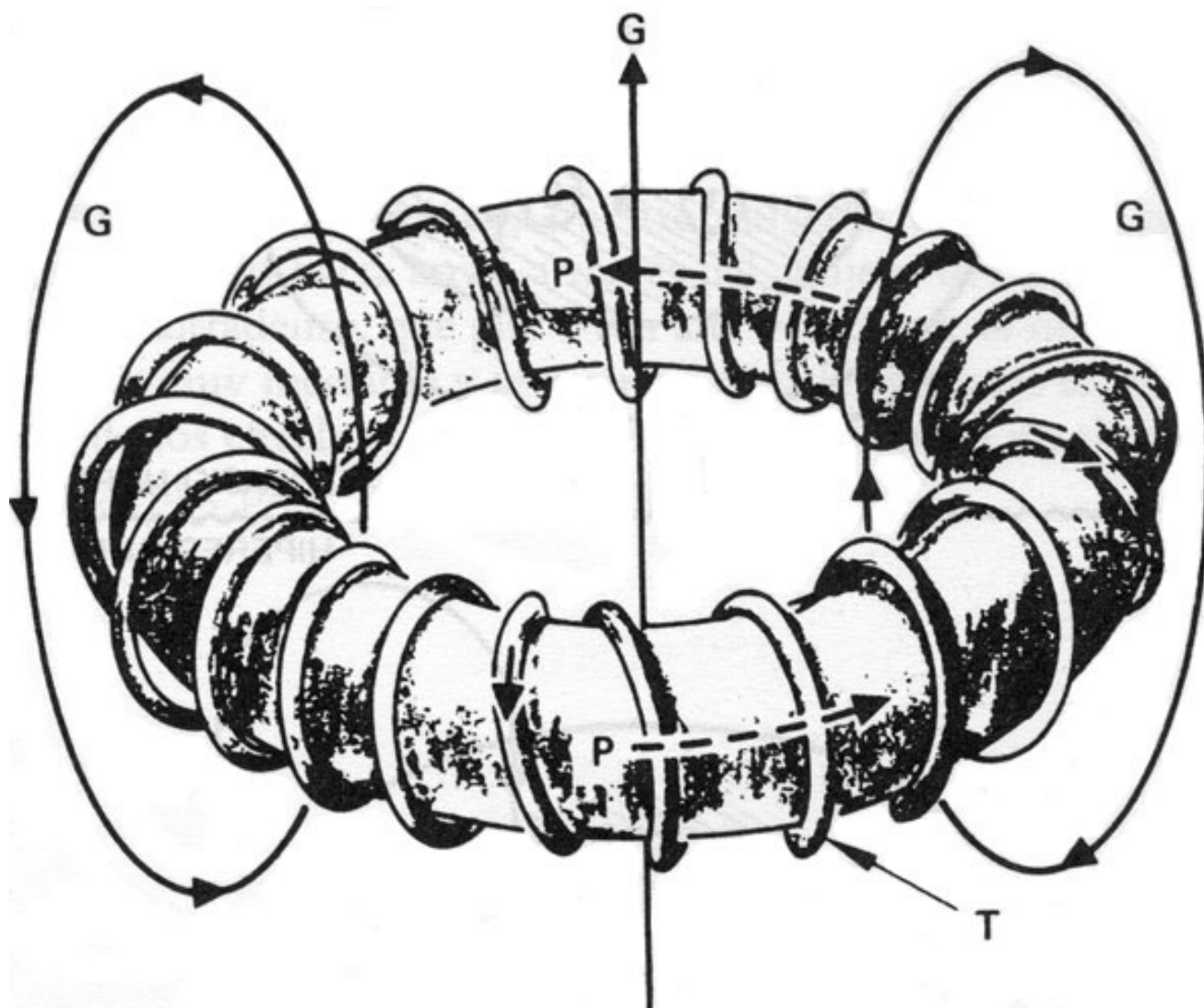


Figura 10. Catapulta gravitatoria.

En la figura 10 hemos dibujado un toro que tiene un tubo arrollado por donde circula una corriente de masa **T** que genera un nuevo campo **P** llamado protacional o de Lense-Thirring. Si se aumenta o disminuye el campo protacional genera un campo gravitacional, en el centro de la catapulta, que impulsará hacia arriba a cualquier objeto que se encuentre en el centro del anillo. La catapulta gravitacional de los cheela debe basarse en algo parecido, pero es evidente que deben estar involucrados otros nuevos conceptos físicos. La teoría de Einstein predice que una máquina de este tipo, que use material con la densidad de una estrella de neutrones, no podría generar un campo gravitacional lo bastante potente como para catapultar una nave espacial fuera de Huevo.

La máquina ultradensa más asombrosa que construyeron los cheela era un generador de curvatura del espacio, en miniatura.

La Teoría General de la Relatividad de Einstein puede darnos una pista sobre su fundamento, pero sólo una pista ya que el tamaño del curvador de espacio que construyeron los cheela era mucho mayor que lo que podía predecir la teoría de Einstein. Hay una solución exacta, relativamente simple, de las complejas ecuaciones

de campo de Einstein, que describe el campo exterior de una masa densa que gira. Se la conoce como la solución métrica de Kerr.

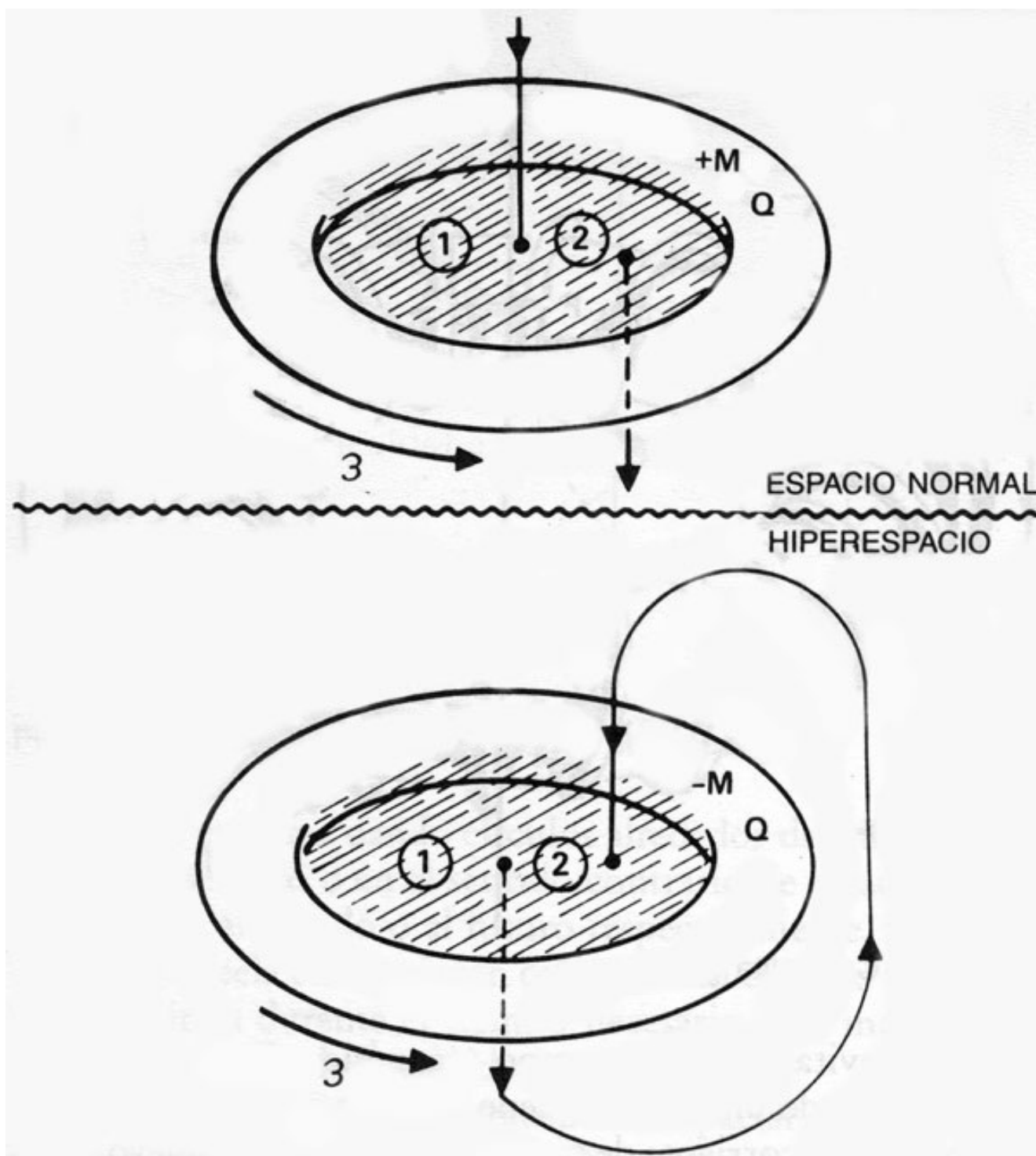


Figura 11. Distorsión espacial métrica de Kerr.

Si aceptamos que la masa giratoria está en forma de un anillo ultradenso, como se ve en la figura 11, de masa M y carga eléctrica o magnética Q , usando la expresión métrica de Kerr, puede demostrarse (véase notas 9 y 10) que si el anillo que gira es lo bastante denso y gira a suficiente velocidad, actúa como un curvador de espacio y una máquina de tiempo combinados. ¡Cuando se hace pasar un pequeño objeto a través del centro del anillo, no sale por el otro lado!

Al contrario, los matemáticos predicen que el objeto entrará en un hiperespacio, donde espacio y tiempo se han intercambiado. Si el objeto se mueve a favor o en contra del sentido de giro del anillo, se desplazará atrás o adelante en el tiempo. Para retornar a nuestro universo, bastan con mover el objeto hacia atrás, a través del agujero del anillo. Un anillo ultradenso, que gire a tan alta velocidad, es necesariamente muy inestable y se requirió toda la avanzada tecnología de los cheela para mantener estable el anillo un tiempo suficiente, para intentar un rescate.



ROBERT L. FORWARD (15 de agosto de 1932-21 de septiembre de 2002). Decano Científico de los Laboratorios de Investigación Hughes, en Malibú, California, y uno de los pioneros en el campo de la astronomía gravitatoria. Participó en la Universidad de Maryland en la construcción de la primera antena para la detección de radiación gravitatoria procedente de las supernovas, de agujeros negros y de estrellas de neutrones. Posteriormente, construyó la primera antena de láser para la recepción de datos gravitatorios. Publicó más de cuarenta comunicaciones técnicas en revistas científicas y otros muchos artículos de divulgación y especulación científica para revistas como *Analog*, *OMNI*, *Galileo* y *Galaxy*.

Cuando sus ideas podían materializarse con la tecnología actual (como los sensores de gravedad, la propulsión por láser y el enfriamiento electrónico) las realizó como proyectos de investigación; pero cuando resultaban demasiado avanzadas las utilizaba para escribir artículos de ciencia especulativa o como idea central de sus novelas y relatos de ciencia ficción.

Es conocido en el mundo de la ciencia ficción por sus artículos de divulgación científica y, muy especialmente, por su primera novela, *HUEVO DEL DRAGÓN* (1980), que ha sido considerada un clásico de la ciencia ficción hard. El gran éxito del libro llevó a la aparición de una continuación: *ESTRELLAMOTO* (1985), su tercera novela.

Su segunda novela, *THE FLIGHT OF DRAGONFLY* (1984), había aparecido señalizada en *Analog* entre diciembre de 1983 y febrero de 1984 con el título

Rocheworld. Escribió también algunos relatos como *Twin Paradox* y *Acceleration Constant*. En 1988 escribió un libro de divulgación sobre la antimateria escrito en colaboración con Joel Davis y que lleva por título *MIRROR MATTER: PIONERING ANTIMATTER PHYSICS*.